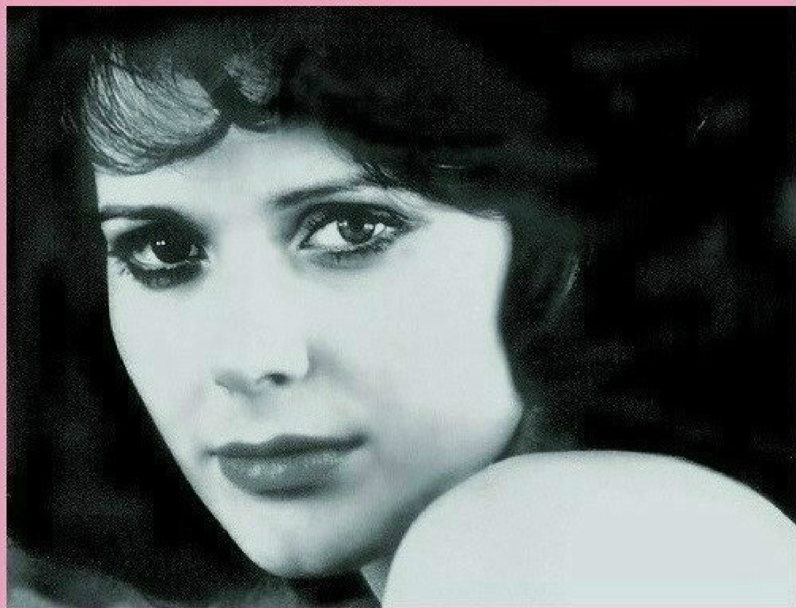
Emmanuelle Arsan

Emmanuelle 2

La antivirgen



La sonrisa vertical



Emmanuelle cree que domina ya el arte de amar: imagina que ya ha probado todo cuanto había que probar, y el consentimiento de su marido a todo lo que ella hace la lleva a disfrutar cada vez más de su cuerpo… con todos los que la requieren. Pero Mario la enfrenta a nuevos retos: «conquistar» a una joven pero bellísima novicia, participar en una fiesta orgiástica en los palacios de un príncipe, exhibirse prácticamente desnuda en público, «venderse»… Ella no sólo superará ampliamente todos esos retos, sino que, poco a poco, empezará a sentirse mucho más plena y feliz que cualquier otra mujer.



Emmanuelle Arsan

Emmanuelle 2. La antivirgen

La sonrisa vertical 144

ePub r1.0
ugesan64 07.10.14

Título original: *Emmanuelle 2. L’antivierge*
Emmanuelle Arsan, 1978
Traducción: Josefa Lázaro
Diseño: ugesan64

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.1



Yo llamo virgen a la mujer que únicamente ha hecho el amor con un solo hombre.

M. R. A.

El mundo sólo es real si yo lo perturbo.

Alain Bosquet, *Segundo testamento*

1

El amor al amor y lo que hace de ti la novia del mundo

> Nosotros, que moriremos tal vez un día, hablemos del hombre inmortal en el hogar del instante.
>
> Saint-John Perse, *Amargos*.

—Anna Maria Serguine.

Mario se apoyó en la «i» del nombre interminablemente, en una nota alta, aislada, que daba al resto de las sílabas un tono de confianza mullido y tierno.

La joven estaba sentada al volante de su automóvil. Mario le tomó la mano y le mostró a Emmanuelle los dedos largos y sin sortijas, apoyados en su palma.

«Anna Maria», repite un eco dentro de Emmanuelle, que trata de saborear de nuevo la sensación de caricia después de la vibración florentina de la «r». Vuelven a ella retazos de canto llano religioso, impregnados de incienso y cera caliente. *Panis angelicus*. Las rodillas de las muchachas bajo las faldas decentes. Los ensueños deleitosos, *O res mirabilis*! Las gargantas que prolongan las «íes», las lenguas que las humedecen con su saliva, los labios que se entreabren dejando asomar los dientes que se ofrecen… *O salutaris hostia*… Emmanuelle dora con una luz de vitral, venida del otro extremo del mundo, el rostro desconocido, recriminándose no encontrar más que palabras de colegiala para describir su belleza.

«¡Una pura maravilla!», celebra ella en secreto. «De una pureza segura de sí, jubilosa, feliz». Se le encoge el corazón. ¡Tanta gracia no puede ser más que un sueño!

—Tú la volverás real —dijo Mario, y Emmanuelle se preguntó si

no había pensado en voz alta.

Estalló la risa de Anna Maria, tan natural que Emmanuelle se sintió aliviada. Y se decidió a tomar la mano de la visitante.

—Pero no ahora —bromeó ésta—. He de llegar al té de las damas. —Se volvió hacia Mario, mirándolo de abajo arriba, como si hubiese olvidado lo alto que era. El coche parecía casi a ras del suelo—. ¿Ya encontrarás un alma buena que te acompañe a la vuelta? —preguntó a Mario.

—*Via, cara, via!*

Las llantas patinaron sobre la grava. «¡Sin parabrisas, sin guardabarros, sin capota!», se inquietó Emmanuelle, levantando los ojos al cielo oscuro. Ya apesadumbrada, miraba alejarse el sueño.

—¡Y yo que creía conocer lo más bello que ha hecho la Tierra! ¿Dónde has encontrado a ese arcángel?

—Es de la familia —dijo Mario—. A veces me sirve de chófer. —Y preguntó—: ¿Te interesa?

Emmanuelle no contestó.

—Volveré mañana —anunció él. Dejó pasar un momento—. Te prevengo, vas a necesitar mucha persuasión. Pero estoy seguro de que la harás entrar en razón.

—¿Yo? —protestó Emmanuelle—. ¿Cómo voy a hacer semejante cosa? ¡Si apenas he empezado a aprender!

Sentía una punzada de despecho. Sin consultarlo con ella, y después de una sola lección, ¿ya daba por terminada la experiencia?

Habían atravesado el jardín de Emmanuelle y la terraza. Permanecieron de pie en el salón, delante del gran móvil de hierro negro cuyas hojas se movían impulsadas por la respiración de Mario.

Ella observó:

—Seguramente tú la habrás educado ya. ¿Qué más puedo hacer yo?

—No se trata de Anna Maria, sino de ti.

Él esperó que ella replicara, pero Emmanuelle se limitó a hacer un gesto de escepticismo. Mario explicó entonces:

—El acto que mejor te crea es aquel que haces ejecutar. Ninguna forma es tan tuya como la que tú rehaces. Pero a lo mejor ya estás satisfecha de lo que eres.

Emmanuelle sacudió su melena negra.

—No —dijo con firmeza.

—¡Entonces, cambia! —concluyó Mario en tono fatigado. Pese a ello, agregó—: Porque eres mujer, en tu papel entra el amor a ti misma. Pero porque eres diosa, te incumbe también la salvación ajena.

Ella sonrió, recordando el camino de tablas del templo en la noche. Él la miró fijamente.

—¿Has empezado a instruir a tu marido?

Ella negó con una mueca, entre arrogante y avergonzada.

—¿No se ha extrañado de la duración de tu ausencia?

—Sí.

—¿Qué le has dicho?

—Que me habías llevado a fumar opio.

—¿Y no te ha soltado un sermón?

—Me ha hecho el amor.

Ella leyó la pregunta en los ojos de su confesor.

—Sí —dijo—. Pensé en ello durante todo el rato.

—¿Y te gustó?

La expresión de Emmanuelle respondió por ella. Revivió la exaltación nueva que experimentó cuando el semen de su marido se mezcló dentro de ella con el del *sam-lo*.

—Ahora estarás deseando volver a hacerlo —declaró Mario.

—¿No te he dicho ya que acepto tu ley? —Era verdad. En aquel momento no imaginaba siquiera de qué hubiera podido dudar. Para convencer a Mario, repitió la máxima que él le había inducido a formular la víspera—: «Todo el tiempo dedicado a otra cosa que no sea el arte de gozar, entre brazos cada vez más numerosos, es tiempo perdido». —Después le preguntó—: ¿A qué cree Anna Maria que debe dedicar su tiempo?

—En preparar otro tiempo. En castigarse en este mundo para ser premiada en el otro.

La voz de Emmanuelle se volvió imparcial:

—Es que para ella existen otros valores que no son los del erotismo. También ella tiene sus dioses y sus leyes.

Él la miró con interés.

—Espero ver —dijo— si el sueño del cielo hará que se pierda una muchacha para los hombres, o si el amor a lo real ganará un alma para la Tierra.

Emmanuelle le toma del brazo.

—Qué mala anfitriona soy. No te ofrezco nada para beber. Ni para fumar.

Trata de arrastrarlo hacia el bar, pero él la retiene.

—Espero que, por lo menos, no lleves nada debajo de ese *short* —dice con suspicacia.

—¡Qué pregunta!

Es tan corto que apenas asoma por el borde del jersey de color coral. Por la entrepierna se distinguen los bucles negros del pubis de Emmanuelle.

De todos modos, Mario encuentra motivo de crítica en lo que ve.

—No me gusta ese *short*. Una falda se levanta: es un acceso. Un *short* es una traba. Me desinteresaré de tus piernas si siguen asomando de esa especie de saquito.

—Ya me lo quitaré —concede ella de buen humor—. Pero antes dime qué quieres beber.

Él está pensando en otra cosa.

—¿Por qué nos quedamos dentro? Me gustan tus árboles.

—¡Pero si va a llover!

—Todavía no llueve.

Es él quien lleva a Emmanuelle donde él quiere: hasta el ancho reborde de piedra que rodea la terraza. Un relámpago tiñe de verde el vacío entre las flores inmóviles del flamboyán.

—¡Oh, Mario, mira qué chico más guapo pasa por la calle!

—Sí, está muy bien.

—¿Por qué no lo llamas y le haces el amor?

—Hay un tiempo para cada cosa bajo el cielo, dice el Eclesiastés, un tiempo para perseguir a los chicos y un tiempo para dejarlos correr.

—Estoy segura de que el Eclesiastés no dice nada de eso. Mario, tengo sed.

Él cruza las manos, paciente. Ella sabe lo que está esperando; Mario se encoge de hombros, baja la cabeza arrugando la barbilla

con gesto de testarudez y mira sus muslos desnudos hasta la ingle. Allí, la tela traza una línea roja: que la vean a una desnuda por encima de esta línea es indigno.

—¿Y bien? —insiste él.

—Vamos, Mario, aquí no. Pueden vernos desde la casa de al lado. ¡Mira! —Señala con el dedo unos visillos que se mueven—. Ya sabes cómo son los tailandeses. Siempre hay alguien curioseando.

—¡Perfecto! —exclama él—. ¿No me habías dicho que te gustaba que admiraran tu cuerpo?

El gesto mortificado de Emmanuelle hace sonreír a Mario, que prosigue:

—Recuerda: lo que es discreto no es erótico. La heroína erótica es, a semejanza de la elegida de Dios, aquella que da motivo de escándalo. El escándalo del mundo es lo que produce la obra de arte. ¿Es estar desnuda esconderse cuando se está desnuda? Tu lujuria no tiene sentido si la encierras tras las cortinas de tu alcoba: el prójimo no se liberará de su ignorancia, de su vergüenza ni de su temor. Lo importante no es que tú estés desnuda, sino que él te vea desnuda; no que tú grites de placer, sino que él te oiga gozar; no que tú cuentes tus amantes, sino que los cuente él; no que tú hayas abierto los ojos a la verdad del amor al amor, sino que ese otro, ese que todavía anda a ciegas en su noche y sus quimeras, descubra en tu mirada que no existe más luz que ésa y vea en tus gestos el testimonio de que no hay más hermosura que ésa. —Su voz se hace más apremiante—: Cualquier recaída en el pudor desmoralizaría a una multitud. Cada vez que te inquiete el temor al escándalo, piensa en los que viven esperando secretamente tu ejemplo. No los defraudes. ¡No ridiculices la esperanza que, formulada o informe, consciente o ciega, ponen en ti! Si una sola vez, por timidez o porque dudas, impides que se consuma un acto erótico, piensa que ninguna audacia ni ningún mérito futuro podrían redimir tal espantada. —Guarda silencio un instante y, luego, en un tono imperceptible de desdén, añade—: ¿O es que vas a hablarme de las conveniencias? ¿Qué quieres, hacer como los demás o que los demás hagan como tú? ¿Quieres ser Emmanuelle o una persona cualquiera?

—Yo puedo respetar las convicciones de mis vecinos —se

defiende ella—, pero eso no significa que tenga que compartirlas. Y si a ellos no les gusta lo que me gusta a mí, ¿por qué he de querer escandalizarlos? A mí no me importa nada que ellos vivan a su manera. ¿Podríamos vivir en el mundo sin un poco de tolerancia, de discreción, de cortesía? Incluso podemos dejar que crean que pienso y actúo como ellos. La sociedad está hecha de estos convencionalismos, de estos compromisos.

—El que se comporta como el vecino de enfrente es el vecino de enfrente. En lugar de cambiar el mundo, no hará sino reflejar lo que pretende destruir.

Emmanuelle parece impresionada.

—Eso no es mío —se excusa Mario—. Es de Jean Genet. —Y continúa, con voz más suave—: En amor, como dijo otro dramaturgo, demasiado ni siquiera es bastante. Si ya has actuado bien, constantemente tienes que superarte. A ti misma y a los demás. No consientas que otro te rebase o llegue a tu misma altura. No basta con ser ejemplar una vez. Hay que serlo en lo sucesivo.

Emmanuelle mira a lo lejos sin decir nada. Se sienta sobre el murete, abrazada a sus piernas, con la barbilla en las rodillas. Luego, con una tensión casi hostil, pregunta:

—¿Y por qué tengo que hacer todo eso? ¿Por qué yo?

—¿Por qué tú? Porque tú puedes. Como otros pueden resolver ecuaciones o componer sinfonías, tú puedes destacar en el amor físico y en la belleza. Y lo que uno puede hacer, tiene que hacerlo. No querrás haber pasado por este mundo sin que quede nada de ti, ¿verdad?

—¡Tengo diecinueve años! Mi vida no se ha acabado…

—Pero ¿tienes que esperar para empezarla? ¿Eres demasiado niña? Es verdad, yo te enseño el heroísmo; pero el mundo lo necesita. Tu especie lo reclama.

—¿Mi especie?

—Sí, este antiguo ácido aminado, esta antigua ameba, este antiguo tarsero, esta cosa *increíble en la que hay que creer*…, empeñado en ser otra cosa. ¿Animal? ¿Vertebrado? ¿Mamífero? ¿Primate? ¿Homínido? ¿*Homo*? ¿*Homo sapiens*?… Todo son etiquetas caducadas. Aquellas especies que el hombre prepara: hombre del espacio-tiempo, hombre del pensamiento sin muros,

hombre de cuerpos múltiples y espíritu único, hombre creador y modificador de hombres, pero, siempre, amenazado por sus criaturas y sangrando, como por un estigma, por sus errores y sus enigmas. ¿No quieres ayudarle?

—¿Le ayudará que yo me quite el *short*?

—¿Sería eso servir al hombre, perpetuar la ilusión, la superchería, la fobia? ¿Perpetuar el pudor?

—¿Y tú crees realmente que, para el tiempo pasado o para el futuro, puede tener importancia enseñar o dejar de enseñar el pubis?

—El futuro sólo depende de tu imaginación y de la osadía de tu cuerpo. No de tu fidelidad a las costumbres. Lo que en la época de las cavernas fue sabiduría, en nuestros tiempos puede haberse convertido en una necedad. Estamos hablando del pudor. ¿Se trata de una virtud innata, de un valor humano bueno o malo en todos los tiempos? En realidad, no tiene nada de respetable. En un principio fue un rasgo de prudencia, un hallazgo ingenioso, justo, saludable; hoy es un remilgo, un sofisma, un contrasentido, una perla falsa del absurdo, un refugio de iniquidad, una copa de perversión…

—Sabes perfectamente que no soy pudibunda y que tus letanías me divierten. Pero ¿tan en serio hay que tomarlo?

—El hombre se arañaba con las zarzas y se enredaba en las lianas. Tenía las zarpas y los dientes de la fauna rival y pasaba más tiempo trepando, saltando y rodando entre espinos y sílex que acariciando a sus mujeres en la humedad salina de sus grutas. El primero que tuvo la ingeniosa idea de proteger el órgano del que dependía la llegada y el número de sus descendientes prestó un servicio a la especie. Y si no hubiera tenido la ocurrencia de hacer de esta precaución una ley ética, un rito, un rasgo de elegancia, un *encanto*, ¡quién sabe si el hombre hubiera llegado a imponer su supremacía! Lo que con el tiempo se convertiría en beatería, al principio fue precaución biológica, una iniciativa impuesta por la evolución. Por lo tanto, en el plano de la verdadera moral, un bien.

Mario se sienta frente a Emmanuelle.

—Después, de no ser por el invento del vestido, la especie hubiera muerto de frío. —Se pellizca con un gesto de mal humor la

camisa salpicada de sudor—. Hoy, fíjate, la Edad del Reno está lejos, los glaciares se fundieron y nosotros seguimos disfrazándonos porque estaría feo andar desnudos… —Suspira, irritado—. Nuestros asientos son de terciopelo y nuestros jardines están cubiertos de césped. Nuestros animales no tienen caparazón ni colmillos. Pero seguimos temiendo a nuestros sexos. La ropa interior, una vez cumplida su función y perdido su significado, se ha convertido en algo sagrado. ¿Me preguntas por qué debemos arrancárnoslo como si fuera la túnica de Deyanira? El apego a un mito que ha perdido su finalidad embrutece al hombre. La energía que se gasta por una causa mágica le es robada al pensamiento creador.

Mario recobra súbitamente su vivacidad.

—Cuando a los griegos les dio por civilizarnos, la tarea que les pareció más urgente fue la de desnudarse. Al principio, mirando a la Edad de Piedra, seguían ocultando su verga. El desnudo no se impuso en la palestra hasta la época de la razón y de la cultura. Si aquellos guerreros y filósofos no hubieran aprendido a tiempo a burlarse de sus taparrabos, tal vez nosotros seríamos bárbaros todavía. —Un brillo burlón aparece en los ojos del italiano—. Y no vayas a creer que los efebos dorios preferían estar desnudos en el gimnasio por simple comodidad. Su intención era ofrecer el espectáculo de su belleza a los *erastés* que después inmortalizarían su memoria. La estatua de Eros presidía el gimnasio al lado de la de Atenea. A sus pies daba el hombre los primeros pasos por el camino de la sabiduría.

Durante unos instantes Mario parece soñar con una época en la que Emmanuelle cree que a él le hubiera gustado vivir. Luego, Mario continúa, haciendo un amplio ademán:

—Lo que te digo acerca de la historia del pudor vale también para los otros tabúes sexuales. ¿A qué oprobio no te expondrías si confesaras ante tus amistades que te gusta sentir un miembro viril en la boca y retenerlo en ella hasta que acaba de gozar, que te deleitas con las caricias de tus propias manos y que en tu lecho recibes otros cuerpos además del de tu esposo? Estas prohibiciones tuvieron su sentido en otro tiempo. Cuando era deber del hombre poblar la Tierra, hubiera sido un desatino desperdiciar el esperma. Fue, pues, una buena idea hacer del onanismo un pecado. Ahora

que la proliferación humana se ha convertido en un peligro, lo que debería prohibirse es gozar en la vagina de la mujer, y lo virtuoso esparcir el semen allí donde no pueda fructificar. El antiguo temor del esposo a que su mujer fuera fecundada por otro hombre ya no tiene razón de ser, y menos aún desde que las técnicas contraceptivas se han sumado al arte de la caricia y de los labios para acabar de distinguir las cosas. Por lo tanto, en este siglo es algo obsoleto, y una amenaza para el pensamiento, considerar reprobable la búsqueda del placer de los sentidos al margen de los mecanismos reproductores, del mismo modo que ya es hora de calificar de inofensiva y legítima la afición de nuestras mujeres a los penes nuevos.

Mario parece esperar una respuesta de Emmanuelle, pero ella no dice nada y él prosigue:

—Si queremos que nuestros hijos tengan poderes mentales distintos de los nuestros, es necesario que, gracias a nuestra valentía, encuentren un mundo liberado de las represiones absurdas y de las angustias vanas. Un sabio pacato, un sabio devoto, es un sabio coartado: ¡qué no hubieran llegado a descubrir Pascal o Pasteur de haber tenido la mente liberada! ¿Y qué decir del artista que tolera que le pongan las anteojeras y el cabestro? Nadie puede pretender, en nombre del hombre, ese honor del mañana si cree o finge creer que el cuerpo que se exhiba será condenado. Esos estambres, esos pistilos, ese regalo para la vista de esos encantos desnudos con que la naturaleza quiso honrar a las flores, ¿iba a concederlos un dios perverso a su criatura preferida para su mortificación y su caída? Pero no hay que alarmarse… Basta la extraña infibulación de ese *short* para que se te aseguren los goces de la eternidad. Perdona que me exalte, pero ¿te parece tolerable que la raza humana, con toda esa carga de inteligencia y de escepticismo, templada por tantos milenios de insolencia y de peligros, fortalecida por tanta risa y embellecida por tanta poesía, sea hoy este Aquiles amedrentado que busca su salvación en los trapos, los escondrijos y la vergüenza de las vírgenes? Ésta es la misión del erotismo: despojar a los vivos de las camisas de fuerza que les atan y de los artilugios como los verdugados que los ridiculizan.

Emmanuelle mira con ojos indulgentes el fino jersey que se tensa sobre sus senos. Pero Mario no le hace caso y le recuerda su deber.

—No sé si el erotismo es un bien en sí. Lo que sé es que te lleva a aborrecer la estupidez y la hipocresía, que te provoca el deseo de ser libre y la fuerza para conseguirlo. Cuando el mundo se vuelve presidio, él es la lima, la escala, el santo y seña. No conozco secreto que pueda, mejor que esta *lucidez*, liberar al hombre de sus terrores más estériles, dándole la posibilidad de sustraerse a la gravidez herciniana, para saltar al espacio estelar sin postulados. Y porque no quiero que en la era de las alas tus gestos sigan determinando las mutilaciones, las prudencias y las artificiosidades, te conmino a que hagas una exhibición de tu belleza y de tus sentidos, a fin de que los que te miran engendren un linaje menos feo, menos impotente, menos crédulo, menos servil y menos obsesionado por las simulaciones que ellos mismos. —Se tiende de espaldas, con la cabeza junto a los pies de Emmanuelle—. Quizá el desafío que entraña la exhibición de tu sexo desnudo sobre esta piedra pueda devolver la indocilidad y el amor a aquellos seres humanos que están amenazados de deshumanización por las leyes demasiado nuevas de la naturaleza y las leyes demasiado viejas de la ciudad. —Se levanta y continúa—: Si la misión de la inteligencia es conocer la verdad, la de la moral es reconocerla. Con un solo método: abrir los ojos. Y una sola regla: no mentir. La misión parece fácil. Y sin embargo… —prosigue encogiéndose de hombros—. ¡Paciencia! Ya sabes lo que dijo aquel matemático colega tuyo: la verdad nunca triunfa, pero sus enemigos acaban por morirse. —Una visión interior parece alegrarlo de pronto—: ¡Quién sabe si no será una imprudencia esperar demasiado! En una época en que los robots empiezan a estar mejor vistos que los hombres, tenemos que darnos prisa en poner a prueba nuestro cuerpo y en glorificar sus poderes si queremos que ese cuerpo se conserve. Se ha dicho que beber sin sed y hacer el amor en todo momento era lo que más nos diferenciaba de los otros animales. No me sorprendería que dentro de poco la única manera de distinguir un ser humano de una máquina sea la propensión de aquél a desafiar el orden sexual con el desorden del erotismo. No te quepa duda de que los androides transistorizados

que un día pilotarán nuestras naves-cohete sabrán reproducirse mediante el coito, y ya verás como les gusta. Pero mientras no se aparten de las leyes naturales ni del sentido común y prefieran masturbarse, mientras sus hembras no aprendan a disfrutar del orgasmo con otras mujeres, nosotros seguiremos siendo interesantes.

Emmanuelle le escucha embelesada. Mario se explaya con ella, pero no tarda en abstraerse de nuevo en su tema:

—El hombre no sólo necesita números transfinitos, sincrotrones, cortisona y trasplantes de corazón. Sí, es bueno que combata la malignidad de los metabolismos y que ponga a su servicio los mesotrones y las moléculas. Pero en un mundo en el que el ser humano conoce su factor Rh y, mediante un solenoide engendrado por su técnica, mide la longitud de onda de sus deseos, necesita más que nunca descubrir el valor de vivir. —Mario subraya sus palabras con un deje de pasión.

»Nosotros, testigos de que la forma de barbarie que se enorgullece de alimentarse de carne cocida puede coexistir, por indecente que sea tal espectáculo, con el embrión al que se le cambiaron los cromosomas y el átomo al que se le alteró la estructura, procuraremos que no se nos escape de las manos ese precioso hilo de Ariadna que nos salva de tropezar con los muros ciegos y de desmoralizarnos entre tanta confusión y delirio: el amor a la belleza. Y por lo tanto, el amor al amor; porque el amor es, además del poder de ir delante en la carrera, la obra más bella de todas las obras: el arte hecho hombre, el arte que hace hombres, pero también el hombre hecho arte. ¡Que sea arte el amor a nuestra carne, prodigio que eterniza! Para que seamos perpetuos como la piedra, como esos aluviones formados por miles de millones de gemas que la crecida de los grandes ríos quánticos arrastra a través de las llanuras del espacio. Puedes estar segura: no hay porvenir más grandioso para estos perecederos genios solitarios que somos nosotros, aquejados por la fragilidad de nuestras pulsaciones y nuestras células que nos fustiga cual plaga angélica, que esta oportunidad que tenemos de legar, en el vacío indestructible de la materia, esas figuras de brazos levantados y ojos de estrella que habremos esculpido para nuestro placer y que serán nuestra honra.

Sí, ellas son la única supervivencia verdadera del hombre, su descendencia reconocida, su desafío victorioso a la muerte, ¡su obra! Teme a la muerte si no has de dejar algo que sea más de lo que tú has sido. ¡Pero a qué altura te sitúas por encima de las piedades y las agonías seculares si, con el cincel de tu vida, eternizas ese cuerpo amenazado de cilicios y sudarios bajo los rasgos de la dicha en el mármol de la belleza!

Mario abre las manos, levanta la cara al cielo, se le quiebra la voz.

—«Antes de que se oscurezcan el sol,

y la luz y la luna y las estrellas…».

Emmanuelle deja sueltas las rodillas que aprieta con los brazos. Mira a Mario como cuando él hablaba a la orilla del *khlong*. Él continúa:

—«Sí, en un momento dado todo sirvió. Incluso el cristianismo. Un día, a los mortales, abrumados por magias y sacrificios, a las tribus, enloquecidas por desconfianzas y desprecios, un hombre les dijo: “Amaos los unos a los otros. Todos sois una única especie fraterna. No hay raza elegida, no hay esclavos, no hay condenados. Os libero de vuestras ficciones y de vuestras matanzas. Os libero de vuestros ídolos y de la quimérica carga de vuestros pecados originales. Vuestros sacerdotes, sus templos y sus libros no tienen ya respuesta para todo. Debéis haceros a vosotros mismos las preguntas, sin ignorar que nunca recibiréis respuesta. Es vuestra búsqueda sin fin ni reposo la base de vuestra existencia y de vuestra libertad. No se os juzgará más que por lo que hayáis hecho…”. Aquel día, el mundo dio un gran paso adelante.

»Después, el sentido del Evangelio se perdió; y la doctrina del progreso se ha convertido en un gran sistema de represión en el que todo impulso vital es pecado. El Mesías sirvió a la evolución. Su Iglesia constituye un obstáculo. Hoy sois vosotros los que debéis propagar la buena nueva del amor. Un amor que no sea una ofensa. Un amor que libere de la vergüenza y ante cuyo sacrilegio los fariseos, una vez más, se tapen la cara con el manto. Un amor que deshaga el engaño y, al mismo tiempo, esté henchido como una vela por el sortilegio y el misterio de los grandes comienzos. Un amor que sea una victoria sobre la debilidad y el miedo, una

victoria de la vida. “Goza de la vida con una mujer a la que ames”, dice el Eclesiastés. “Todo lo que tu mano pueda hacer, hazlo con todas tus fuerzas, porque no hay obra, ni inteligencia, ni ciencia, ni sabiduría en la morada de los muertos adonde vas”. El cuerpo es lo que merece que se llore de amor: “¡No, el cielo no!”, clamaba la moribunda, “¡el cielo no, mi amante!”. Al amor a la muerte que clama el demente, el pensamiento responde que sólo quiere creer en la bondad de la vida, en la fiesta carnal de los vivos: “Más vale un perro vivo que un león muerto…”. Solamente el desprecio del cuerpo hace al cuerpo perecedero, y haber tenido sus leyes por viles es lo que las envileció. Si hay en el mundo algo sagrado, tiene que encarnarlo el sexo. Feliz el que, a la hora de la muerte, pueda decir: aposté por un cuerpo y no he perdido mi vida.

»Emmanuelle, no me da miedo, no me da vergüenza proyectar en tu cuerpo el mañana del mundo. —Mario reflexiona. Luego, en tono más sosegado, continúa—: Un sacerdote no podía atreverse a ir tan lejos, hasta la erosfera, de la que la noosfera no era sino una etapa. El erotismo, nombre secreto de la evolución, no es más que la espiritualización creciente de la materia. El cerebro, por si solo, no nos haría capaces de alcanzar más que lo que es. Necesita un botafuego: el órgano creador de unas visiones más lejanas que la naturaleza, lo que nos proyecta al más allá de la tierra, es el sexo. Privado de él, el hombre estaría inmovilizado. Si el cerebro de los hombres es más que el cerebro de los ángeles y mucho más que una trama cibernética es porque lo cruzan ríos de esperma. El falo es nuestra oportunidad, sin él no seríamos más que máquinas de espaldas heladas. —Por un instante, Mario vuelve a hablar con severidad—: Espero que cuando te hablo de órgano sexual y de cerebro, tú sepas atribuir a cada uno de ellos lo que le corresponde y no confundas el arte erótico con el simple apetito de los sentidos. Para la mayoría de los hombres, el poder de los sentidos es una riqueza perdida. El uso que hacen de él es el que podría hacer un mono un poco listo. El erotismo debe ser, en primer lugar, una organización del pensamiento que vuelva a los sentidos dignos del hombre. No te dejes engañar. La verdadera faz del erotismo no es la lascivia, sino el amor.

»¿Me has tomado por un maniaco sin corazón? —De pronto, la

voz de Mario suena con un acento dolorido—. Es el sufrimiento de los hombres lo que me hace clamar. Creo que la felicidad de los hombres es su razón de ser. Y que es posible alcanzarla. Y que tú la encontrarás, si no te falta valor ni curiosidad. Creo que los hombres pueden aprender a vivir si aprenden a cambiar en un universo cuya ley es el cambio. Es preciso que se libren de la obsesión del pasado y que renueven a tiempo sus modos de pensar y sus reglas. Y las más retrógradas, las más limitadas, las más injustas de todas son aquellas reglas impuestas por la aritmética de la pseudomoral sexual, con sus binomios y sus unidades irrisorias, en una época de la ciencia en la que el estudio de los valores aislados cede el paso al de los conjuntos, como tú debes de saber, como buena matemática. ¡Ah, cuánto heroísmo se necesita para desterrar unos hábitos que sólo sirven para hacernos sufrir! Nos consideramos seres morales y todavía no estamos convencidos de que tenemos el deber de vivir felices. No es verdad eso de que “no hay amor feliz”. El amor que yo te enseño le da su oportunidad a la felicidad. No es producto del cansancio ni de la decadencia, sino signo de salud de los que tienen la juventud por delante. Es su experiencia de un mundo que todavía no está hecho. No llores, Emmanuelle: la alegría de mañana tiende hacia tu realidad carnal sus brazos desgarrados. La soledad no puede ser la eterna vocación del hombre. Sin duda, para éste la soledad no es más que una fase elemental del conocimiento, una enfermedad infantil del espíritu de la que se curará cuando crezca. Creo que el futuro de la especie está en la unión, más que en el aislamiento; primero, la unión de dos, después, de tres, de cuatro, de grupos que sean verdaderas unidades, conjuntos de variables complejos, espíritus con cuerpos múltiples. Tal vez así, en cien millones de años, se supere esta condición que hoy sólo nos permite empezar a vivir “al otro lado de la desesperación”. La virtud que yo atribuyo al erotismo es ésta: derribar el muro de la soledad. Conceder por fin al hombre el deseo del hombre. Y estoy seguro de que el hombre puede triunfar en esto más que en cualquier otra disciplina, más que en cualquier ascetismo, más que con ayuda de drogas y sacramentos. Comprenderás, pues, que el exclusivismo y los celos sean para mí los peores crímenes, unos atentados contra la evolución, nacidos de la hipocresía y la perversidad de las sectas

suicidas, esclavas de los poderes de prodigalidad de la especie. Porque amarse más de dos no es injuriar al amor, ni traicionarlo, y tampoco es prueba de su fracaso. Es la puerta hacia una vida de abundancia en la que el amor multiplicará al que ama y le impedirá amputar al amado. Este amor del que un día seremos capaces significará el fin del embotamiento y de la ignorancia, el fin de la infancia; será el tiempo del hombre que empezará a ser. Tal vez un tiempo de auténtica alegría. El orgullo de nuestros sexos y nuestros senos dorados, la rueda de nuestros brazos danzantes, nuestras alas locas, los saltos de nuestras piernas desbancarán a los tangos lúgubres de nuestras vacaciones resignadas. Será posible vivir una juventud entre las tumbas. ¡Ah, no tengo que esforzarme para creerlo: es mi única fe!».

Los ojos de Mario conmueven a Emmanuelle, que aún le deja decir:

—«El mundo será lo que hagan de él la inventiva y la temeridad de tu cuerpo. Mi misión es abrirte los ojos a tu oportunidad. Los que vengan después tendrán que intentar que no se te deifique ni se te adore. Cuando el erotismo se convierta a su vez en una religión, con sus cultos, sus iglesias, sus obispos y sus diablos, su latín y sus tabernáculos, sus excomuniones, sus indulgencias, sus curias y sus guerras justas, cuando, a su vez, pretenda tener respuesta para todo, y si la Tierra, bajo su ley y sus hogueras, vuelve a quedar triste, entonces el hombre estará preparado para provocar otras sublevaciones. Ahora te toca a ti derribar los falsos dioses, sus templos desolados y sus ritos sin fe. ¡Emmanuelle, líbranos de nuestro mal!».

Ella lo mira y espera. Parpadea una o dos veces, baja finalmente los ojos, se queda quieta. Luego, al cabo de unos minutos que se le hacen largos, yergue el busto y, con movimientos lentos, se levanta el jersey, se desabrocha el *short*, lo baja hasta las rodillas, luego hasta el tobillo, y lo lanza con el pie al otro lado del murete. El contacto con la piedra, ni fría ni caliente, pero sí lisa y dura, le contrae las nalgas.

Emmanuelle no protesta cuando Mario le pide que se tienda boca arriba de manera que todo el bajo de su vientre quede al descubierto. Para ofrecerlo mejor, deja caer las piernas a cada lado

del parapeto. El pubis sobresale y sus muslos se abren, hermosos, mostrando el relieve de sus músculos largos y ahusados, a flor de piel, a los que el azar cambiante del sol del monzón tiñe alternativamente de ámbar u oscurece.

2

La invitación

> Ella va a entrar en esa pequeña colectividad compuesta por malditos y bienaventurados que es la única aristocracia que aún merece cierto respeto. Porque, por más que digan, es más difícil penetrar en ella que en el mundillo de los artistas.
>
> André Pieyre de Mandiargues,
> *Le Belvédère («Les fers, le feu, la nuit de l'âme »)*

Desde la calle no se la puede ver bien, debido a los árboles. Pero está segura de que, desde las ventanas que dan a su jardín por encima del seto, sus vecinos la observan. ¿Quiénes son? No lo sabe, nunca los ha visto. ¿Qué sienten? ¿Acaso se masturban? Ella imagina sus manos febriles… y su clítoris se yergue, se endurece, emite ondas que le oprimen las sienes…

La voz de Mario la sobresalta.

—¿Alguna vez te has acariciado delante de tus sirvientes? —le pregunta.

—¡Claro que sí!

En realidad, sólo Ea es su muda confidente cuando Emmanuelle se hace el amor a sí misma, por la mañana, en la cama o bajo la ducha, o después del almuerzo, en el diván, mientras lee o escucha discos. Los demás sirvientes —al menos que ella sepa— no muestran tanta curiosidad.

—Anda, sé buena, llama a tu criado —dice el invitado—. Sí, ahora. Es muy guapo.

Emmanuelle siente que le falta valor. No, eso no puede hacerlo.

Mario tiene que comprender… Pero la mirada del juez pesa sobre ella. Se dice que parece querer recuperar el tiempo perdido. Casi le parece oír los fatídicos golpecitos del mazo que miden su culpabilidad. Uno, otro… ¿Cuántos minutos de eternidad se han anotado ya al Debe de su cuenta? Y sabiendo que, tarde o temprano, se comportará como él ha predicho (porque lo que hace no es darle órdenes, sino leer en ella, adelantándose apenas a su propio conocimiento), ¿de qué sirve resistirse? Sin suspirar, ella pronuncia el nombre del criado, primero en voz baja y después más alto.

Cuando aparece el muchacho de ojos de gato y andares de jungla, Mario le hace señas para que se acerque y se arrodille al lado de ellos.

—¿Quieres que él te haga gozar? —pregunta a Emmanuelle.

Ella se muerde los labios, quisiera advertirle que el muchacho entiende el francés. Pero Mario empieza a hablar de pronto en una lengua que ella no ha oído nunca. El muchacho le responde en voz baja, mirando al suelo, al parecer tan azorado como Emmanuelle. Mario parece estar aleccionándolo. Ella reconoce el tono. ¡Qué bien suena la erotología explicada en tailandés! Emmanuelle, a pesar de la situación, lo encuentra divertido. Pero se sobresalta y tuerce el gesto cuando Mario, de improviso, guía hasta su vulva la mano del muchacho, imprimiéndole el movimiento preciso, impidiéndole escapar y corrigiendo su torpeza. A los pocos instantes, los dedos intimidados ya se han desentumecido lo suficiente para que Mario los deje continuar sin su ayuda.

—Me ha confesado que te desea —dice Mario—. ¿Te parece justo hacerle sufrir?

Y como ella no responde, él insiste:

—¿Acaso temes rebajarte?

—¡Eso no! —se indigna Emmanuelle, furiosa, a pesar de su turbación, hasta el extremo de reunir fuerzas para exclamar—: ¡Un hombre es un hombre!

—Éste tiene hambre y sed de tus senos y de tu vientre, de tu boca y de tu sexo, de tocar tu cuerpo y penetrarlo. Desde que llegaste, ha estado soñando con el momento en que tendría el valor de seducirte. Pero ¿acaso no te correspondía a ti, en esto como en

todo, el honor de la iniciativa y la osadía? ¿Habrías tolerado que este mozalbete resultara más resolutivo que tú? —Después, sin relación aparente, sugiere—: Piensa en Anna Maria.

Emmanuelle intenta hacerlo. Cierra los ojos. Pero, antes de que pueda evitarlo, la asedia el recuerdo de Bee. Quizá sea por el perfume de los rosales.

Recuerda la carta que redactó la víspera para su amiga perdida. Pasajes enteros vuelven a su memoria, palabras inútiles, puesto que su destinataria no ha de leerlas nunca.

> *Las nuevas que quiero darte son que, una vez más, el día en Tailandia ha amanecido sólo para ti y para mí. Este sol que, cuando te alumbra a ti, viene a despertarme a mí, como un reloj feliz de dar la hora de su puntual pasión… Estamos lo bastante cerca una de otra para compartir el mismo cielo.*
>
> *Hacia ti, que despiertas detrás de tantos muros, tiendo mi sueño estremecido por el hormigueo de tu ausencia. Y te abrazo estrechamente, dulce esperada, embotada por el sueño, mientras mi aliento humedece tus labios.*
>
> *Mis dedos te dan ojos que ven, cabellos sin viento, nervio a tus piernas de seda; y cubro tu cara con su máscara de esmalte. Yo te he hecho como eres.*
>
> *Al ritmo de tu sombra proyectada en la esfera de mi memoria, más fiel que las estaciones del año, acompaso el movimiento de mi vida. Giro alrededor de ti, desde el alba, desde el confín del espacio, al paso de las horas sobre el reloj de piedra; yo, que soy un planeta sin sol.*
>
> *Cada vez que me despierte, te hablaré, desde el fondo de tu ausencia, aunque tú difícilmente puedas oírme. Estos días sin ti los grabaré uno a uno como la amante graba en la corteza del roble. Y si, algún día, un viajero se extraviara en este bosque de sueños y de vigilias en el que hemos vivido separadas, nuestros nombres entrelazados le contarán nuestra leyenda.*
>
> *Y, de árbol en árbol, me encaminaré hacia ti, mi fuente, enclavada en el calvero, donde sé que al fin descansaré. Me tenderé en el borde y me inclinaré para mirarme en ti. Y me refrescaré la cara con tus aguas vivas, mi fuente, después de la*

caminata. Y nada podrá apartarte de mis labios. Por la mañana, tú me lavarás para que yo pueda deshacerme de la noche; por la noche, serás el olvido de los olvidos del día.

Yo cumpliré por ti la promesa del puente negro que nos separa y nos une, todas las noches, por encima de las aguas del olvido…

Se entrelazan en la carta deseos, caricias, aclamaciones… Ahora poco importa ya qué mano la mantenga con las piernas abiertas sobre el murete de granito, qué ojos la contemplen ni qué oídos la oigan desde detrás de las persianas: ya no es capaz de sentir más que orgullo.

*

Poco después, Emmanuelle y Mario vuelven a estar en el salón.

—¿Cómo quieres el té? —pregunta ella—. ¿Con ocho o con catorce terrones? ¿O prefieres un metro[1]?

—Si no has de ofenderte, te diré que conozco una ambrosía más humana. —La contempla serenamente—. Ven a mi lado —le ordena.

Ella se sienta y se dispone a acariciarlo. Él la detiene. Ella permanece quieta a su lado, feliz de mirarlo y deseosa de instruirse. ¿Quién va a saber mejor que él lo que hay que hacer para divinizarse? ¿Acaso el glorioso placer que en este momento siente ella en su cuerpo es diferente del placer que experimentan los hombres? ¿Por qué habría de serlo? Una verga imaginaria se hincha y late en su vientre, se endurece, se dilata entre sus dedos. Ella desfallece por seguir la savia que, a impulsos de su mano viril, sube por su sexo erguido y se dispone a brotar de ella. Apretada contra el otro, en quien en este instante ella ama su propio sexo, goza al mismo tiempo que él, vaciándose de noches y noches de semen ignorado.

Sus labios se entreabren. ¿Quién apagará la sed que les acucia? ¿Él o ella?

Mario le tiende una copa de pie alto y fino. ¡Comunión

exquisita! Hallazgo de sí en la sustancia del otro. Tragos sabrosos de su propia materia, fruto amoroso de un cuerpo que se consume por algo más que por sí mismo…

—Ahora, ¡sé mujer! —le dice él.

Ella protesta. Quiere ser hombre para él, como es mujer para las mujeres. Se lo dice y le pide que la ame como si fuera un muchacho.

—¿Qué muchacho podría acariciarse delante de mí como una mujer, aunque se muera por complacerme? —arguye él—. No me ofrezcas lo que puedan darme otros.

Emmanuelle deja de protestar, se quita el jersey y sonríe ante su desnudez soberbia. Sus manos resbalan por todo ese cuerpo que ella ama, suben hacia sus senos, los levantan, pellizcan los pezones hasta que éstos se ponen rígidos, los vuelven sensibles como un clítoris, luego los sueltan bruscamente, recorren la curva del pecho, como para calmar el espasmo incipiente, bajan a las caderas, suben lentamente hacia las axilas, vuelven a encontrar, al regreso, sus senos implorantes y los recompensan por la espera.

Sus labios buscan en el vacío otros labios, unos senos, un sexo. Pero es su propio sexo lo que su mano encuentra, y el capricho de ese instante guía su mano hacia una abertura minúscula del tamaño de una picadura de insecto sobre el satén rosa de la carne. Sus dedos giran sobre este punto sensible, lo barrenan, lo oprimen sin descanso, lo irritan con su roce, su temblor, con unos rasguños imperceptibles de las uñas.

Con los ojos cerrados, las caderas tensas, los pies descalzos separados, Emmanuelle ofrece la imagen de una crucifixión sorprendente, negro, ocre y rosa sobre el crepúsculo incipiente.

Su propia dulzura la colma, la obliga a proferir sollozos de ternura y quejas. Llora por cómo languidece y extrae nuevas fuerzas de esta mortificación deleitosa. En vano trata de prolongar la espera y ser indulgente con aquella parte de su ser en la que parece fundirse toda. Pero no puede; tiene que continuar, ir hasta el límite, ese límite que cada vez le parece imposible de superar o, incluso, de volver a alcanzar…

Su mano, en forma de concha, se cubre el sexo como para protegerlo y contener su violencia cuando la tormenta del placer

arrastra a Emmanuelle entre un gran desgarro de cielo y tierra, abatiéndola, como una gran ave desnuda, sobre el pecho de su espectador.

Las manos de Mario se unen a las suyas y ella no sabe ya si este goce infinito se lo debe a sí misma o a él.

Mario la aparta de sí y la deposita boca abajo sobre la seda áspera del diván. La marea nocturna de sus cabellos le sumerge los hombros y estalla más abajo de la cintura. Sus nalgas sobresalen, agitadas por el temblor de los músculos.

—He venido en calidad de mensajero real —dice Mario—. Ya es hora de que cumpla mi misión. —Después, con la solemnidad que exige el caso, declara—: Su Alteza Serenísima el príncipe Orme Sena Ormeasena desea que le honres con tu presencia en una velada que ofrece pasado mañana en su palacio de Maligâth. Si quieres, yo te acompañaré.

—¿Me conoce ese príncipe? —pregunta Emmanuelle, desorientada, tratando de mostrar interés.

—No te ha sido presentado todavía y por ello él no se ha permitido venir a invitarte personalmente. De todos modos, yo me he comprometido a obtener de ti el favor de una aceptación.

—¿Y Jean?

—¿Tu marido? No esperan que él te acompañe.

—Entonces… —se rebela ella.

Pero Mario la interrumpe:

—No debo seguir dejándote en la ignorancia de lo que será la reunión a la que se te invita. En ella comerás y beberás. En ella bailarás. Pero, sobre todo, en ella tendrás la ocasión de ofrecer tu cuerpo a todos los que se muestren dignos de honrarlo. Lo que allí hagas te ayudará a tomar la medida de tu poder, siempre y cuando la calidad de tus compañeros en la velada esté a la altura de tu talento, lo cual no pongo en duda.

—Dicho en términos más simples, piensas llevarme a una orgía, ¿no?

—La palabra orgía me desagrada por su connotación de grosería y desorden. Prefiero llamarlo festival de la voluptuosidad. Debes saber también que, a menos que lo exijas, no se te infligirá violencia alguna. A riesgo de disgustar a ciertas escuelas del pensamiento,

nuestro anfitrión no busca en la mujer más que el erotismo voluntario.

Emmanuelle no lo piensa un instante.

—Después de esa noche, imagino que me acercaré más a tu ideal, ¿no? —Y antes de que él pueda responder, añade—: Estoy dispuesta a probarlo. —De todos modos, no está tranquila—. ¿Qué voy a decirle a Jean?

—Creí que preferías no decirle nada.

—No va a dejarme pasar las noches fuera sin preocuparse de dónde voy ni con quién me divierto.

—Acabará por adivinarlo.

—¿Y entonces…?

—Entonces sabrás si estabas equivocada.

—¿Yo? ¿Equivocarme? ¿En qué?

—En su amor.

—¡Nunca lo he puesto en duda!

—Me refiero al amor que yo te expliqué.

Emmanuelle recordaba las tesis de Mario y su casa rodeada de aguas oscuras. Seguía sin saber si debía creer en ellas.

—Haz la prueba —propone Mario.

—¿Y si averiguo que Jean no me ama del modo en que tú piensas?

—Entonces lo habrás perdido todo, la oportunidad de la inteligencia y la del amor.

—Yo quiero a Jean —pensó ella en voz alta—. No quisiera perderlo ni que él me perdiera.

—¿Te parece más seguro volver atrás?

—Ni seguro ni posible —admite ella—. Y no se trata sólo de Jean y de mí. Quiero más.

—No eres ni volverás a ser en lo sucesivo una posesión, una tierra cercada. No tienes otra alternativa que ser para tu marido una persona.

—Y para los demás hombres que me hacen el amor, ¿qué soy?

—Piensa qué son ellos para ti y sabrás qué eres para ellos. ¿Crees que son distintos a ti?

—Me gustaría que no lo fueran.

—Cuando te entregas a ellos, ¿piensas en algo que no sea tu

propio placer?

—Me gusta hacerles gozar.

—El que los hombres te deseen no coarta tu libertad. ¿Su deseo te ofende?

—Me hace dichosa.

—¿Dejas de serlo si ellos te piden que satisfagas ese deseo?

—Ya sabes la respuesta.

—Es a ellos a quienes debes darles la respuesta. Ellos nunca están seguros. No sabrán lo que eres para ellos hasta que dejen de tenerte miedo. Sólo entonces se cumplirá tu deseo: tus amantes serán indiscernibles de ti. Es lo que ellos anhelan sin saberlo, desde el principio de los tiempos.

—Entonces, ¿no debo defraudar a ninguno?

—A ninguno. Un hombre no tiene sentido más que cuando está en ti.

Ella sonríe.

—Y puesto que tu propio sentido depende del de todos… —agrega él.

Emmanuelle permanece un momento pensativa. Luego, hace una última pregunta:

—¿Y… si me quedo embarazada? No voy a saber de quién es mi hijo.

Mario lo confirma.

—Muy posiblemente. Y deberías comprender lo que eso significa.

Emmanuelle no se lo dijo a Mario, pero no le parecía que esta perspectiva fuera lo más difícil de admitir. Jean y ella habían evitado tener hijos hasta el momento en que él la dejó sola en París. Pero desde que llegó a Bangkok, Emmanuelle había dejado de tomar precauciones. Tampoco las tomó en el avión ni con el *sam-lo*. Era curioso, no la intimidaba la idea de tener que anunciarle un día a Jean que tal vez le diera un hijo de otro. Sin saber por qué, estaba segura de que él lo comprendería y lo apreciaría en su justo valor.

*

—¿Qué tal lo pasa entre nosotros? —preguntó Emmanuelle a Christopher aquella noche—. Jean, ¿por qué no le presentas a unas tailandesas bonitas? ¿O le llevas a algún lugar divertido?

—Buena idea —dijo Jean—. Iremos a ver un *striptease* chino.

—¡Qué horror! —exclamó Christopher.

El respeto humano del joven encantó a Emmanuelle.

—¿Cómo se las arregla Christopher para ser tan virtuoso? —preguntó.

—No es virtuoso. Sólo es un hipócrita.

El inglés lanzó un gruñido. Su amigo insistió:

—Tendrías que ver cómo se pone cuando ve chicas pequeñitas.

—¡Pequeñitas! —exclamó entusiasmada Emmanuelle—. ¿Cómo de pequeñitas?

—Así —dijo Jean, poniendo la mano a un metro del suelo.

Su mujer hizo una mueca.

—Demasiado pequeñas —sentenció.

Christopher se decidió a reír con ellos.

Después de la cena, por el laberinto de los barrios chinos, llegaron a un teatro con aspecto de almacén de mercancías. Centenares de espectadores, relucientes de sudor y de excitación, se desgañitaban, la mayoría de pie, vueltos hacia un estrado en el que se alineaba una hilera de adolescentes desnudas. Pero no desnudas del todo, según pudieron observar los recién llegados, después de instalarse en las sillas de hierro de primera fila, vacías debido a lo caras que eran. Un cordoncito que les rodeaba las caderas les sostenía entre las ingles un pequeño cuadrado de hule o de plástico barato, del tamaño de un naipe. Con dos dedos, las artistas levantaban cadenciosamente el accesorio para descubrir unos bajos vientres cubiertos de pelusa cuya aparición provocaba en el público clamores de júbilo. El espectáculo se prolongó una buena media hora, sin variaciones y sin que nadie pareciera cansarse. Los tres europeos se distraían comentando los encantos de las artistas.

Emmanuelle declaró que ella prefería «la grandota sin senos». Fue la única. Después, Jean y ella describieron con todo detalle la atracción que sentían por la hendidura larga y profunda, bordeada

de labios carnosos y suaves, que dejaba entrever a intervalos el pubis de la muchachita situada justo delante de ellos.

—Nunca había oído a un matrimonio semejante conversación —dijo Christopher con menos severidad que asombro.

—Me gustaría hacer el amor con ella —dijo Emmanuelle para acabar de desconcertarlo.

«Quiere poner a prueba mi decencia», pensó él. «¡Ahora verá!».

Las piernas de Emmanuelle, desnudas contra las piernas de él, le enardecían más que los encantos de las chinas.

—Pues yo preferiría hacerlo con usted.

«Mientras no crea que lo digo en serio…», pensó inmediatamente. «Espero no haber ido demasiado lejos».

—Christopher se está despabilando —comentó Jean.

El inglés se quedó sin respiración. No creía que, entre el griterío de la sala, su voz llegara hasta su anfitrión. Se sintió un patán, contrito y miserable.

De repente, a Emmanuelle le invadieron unos locos deseos de entregarse a él. «Será esta misma noche», se dijo. Antes de poder controlar el impulso, se inclinó hacia su marido y le dijo al oído con voz mimosa:

—Cariño, ¿puedo entregarme a Christopher?

—Sí —dijo Jean.

Ella se apretó apasionadamente contra él y buscó sus labios, más feliz de lo que había sido desde que lo amaba.

3

Combate de Eva

Oh, alma mía, no aspires a la vida inmortal
y agota el campo de lo posible.

Píndaro

Padre nuestro que estás en los cielos
quédate en ellos
nosotros nos quedaremos en la Tierra
que a veces es tan hermosa
con las estaciones
con los años
con las muchachas lindas…

Jacques Prévert, *Paroles*

Ariane llama por teléfono a Emmanuelle, al día siguiente, para pedirle que vaya a su casa. El motivo de la llamada es fácil de adivinar. Emmanuelle se excusa, pretextando unos encargos urgentes que le ha hecho Jean. Cuando cuelga el teléfono, se pregunta por qué habrá rehusado. ¿Acaso Ariane no la tienta? Al solo recuerdo del ascendiente que la joven condesa ha ejercido sobre ella, Emmanuelle se siente flaquear. Sí, le gustan sus caricias. Entonces, ¿es por fidelidad a Bee? No está muy segura… Su dolor empieza ya a tomar tintes legendarios y le duele menos el corazón que el orgullo herido. Emmanuelle se dice que su indiferencia hacia Ariane debe de ser el contrapunto de la curiosidad y de la atracción que siente desde la víspera hacia la joven entrevista a la puerta de su jardín y acerca de la cual Mario no se ha dignado darle detalles.

«Anna Maria Serguine», le había dicho Mario. Pero ¿quién era?

Tan diferente… La joven le había prometido que iría a ver a Emmanuelle aquella tarde. Y, efectivamente, hacia las tres apareció en su coche asombroso.

Emmanuelle frunce el entrecejo, contrariada: imposible ver las piernas del «arcángel» con aquellos pantalones… Tampoco sus senos con aquella blusa que dista mucho de abrirse tanto como la de Emmanuelle. De todos modos, por una vez reconoce que una silueta enteramente vestida puede ser tan atractiva como un desnudo.

Contemplaba a su visitante sin disimular su interés y Anna Maria no pudo contener la risa. Emmanuelle, confusa, bajó la cabeza.

—¿Estoy siendo maleducada? —preguntó.

—No, estás siendo sincera.

¿Qué sabía ella de Anna Maria? Después de todo, no había más que preguntar:

—¿Por qué? ¿Te ha dicho Mario que me gustan las mujeres?

Sin embargo, en aquel momento no la deseaba. Ella, de ordinario tan desenvuelta, y tan intrépida con las más hermosas, estaba intimidada. Por fortuna, la recién llegada le contestó con una naturalidad que la hizo sonreír.

—Desde luego. Y también todo lo demás. Eres fantástica.

—Me pregunto qué ha podido contarte —le pregunta Emmanuelle.

—Hay donde elegir, ¿verdad? Tus diabluras en los tugurios de la ciudad, tus chuscas exhibiciones, tus jugueteos a tres, qué sé yo… Seguramente he olvidado ya la mayor parte.

Emmanuelle no pensaba que Mario pudiera ser tan indiscreto. Le sentó muy mal.

—¿Y qué piensas de todo eso? —preguntó con indiferencia.

—Hace ya mucho tiempo que sé a qué atenerme con respecto a mi bello primo.

Emmanuelle notó que su visitante había eludido con tacto dar su opinión acerca de tal conducta. Pero no tenía intención de aprovecharse de aquella delicadeza. Quizá por un punto de masoquismo.

—¿Y con respecto a mí? ¿Te parece bien que…, que engañe a mi marido, por ejemplo?

—No me parece nada bien. —El tono festivo y la sonrisa afectuosa de Anna Maria suavizaban la condena.

—Espero que se lo hayas afeado a Mario —ironizó Emmanuelle.

—No; él no tiene la culpa de que tú seas una desvergonzada.

—¡Ah! ¿No? ¿Quién, entonces?

—Tú misma, desde luego. Porque te gusta.

Emmanuelle acusó el golpe. Aun así, se defendió para salvar las apariencias:

—Mario y sus teorías también han contribuido.

Anna Maria volvió a reírse, con una risa clara y grata al oído. Estaban sentadas a horcajadas en un banquito de madera situado debajo de un gigantesco tamarindo contra el que nada podían los rigores del sol de agosto. Estaban frente a frente, inclinadas hacia delante, apoyándose en las manos. Anna Maria vestía de azul. Emmanuelle no llevaba más que una minúscula braguita que sólo se veía cuando levantaba una pierna, y un fino jersey amarillo limón que revelaba el oscuro relieve de sus pezones. Gruesos mechones de pelo le caían sobre los ojos y las mejillas. Ella se los echaba hacia atrás moviendo la cabeza como un potro o los mordisqueaba unos segundos, pensativa, con el entrecejo fruncido y los labios húmedos. Volvió a escrutar con descaro a Anna Maria. Le parecía de una hermosura inimaginable: más que Ariane y su plantel de muchachas lindas y casi desnudas del club deportivo; más que Marie-Anne, con sus trenzas de lince y sus ojos de hada. Más que Bee… Le remordió fugazmente la conciencia. Trató de justificarse a sus propios ojos. Todas ellas, incluso Bee, eran terrestres; Anna Maria, no. ¡Claro! Llegada de otro planeta, sin que nadie lo supiera… Su imaginación vagó un momento por las galaxias. Al pensar que el universo, más allá del abismo negro de las nebulosas, debía de guardar para sí otras bellezas, sintió dolor. La voz risueña de Anna Maria la hizo volver a poner los pies sobre la tierra, donde, después de todo, se dijo, no faltaban ocasiones.

—Conozco las teorías de Mario —dijo la joven en respuesta a la última frase de Emmanuelle—. Y, lo que es más, las comparto.

Saboreó la sorpresa de Emmanuelle y continuó con vehemencia:

—Creo, al igual que él, que el hombre debe «desnaturalizarse», oponerse a la naturaleza, superarla, desligarse de ella. La voz de la

naturaleza es la voz del pecado.

—Ésa es una idea que jamás he oído de labios de Mario —se asombró Emmanuelle.

Anna Maria hizo una mueca, indulgente:

—A ese joven le dan mucho miedo las palabras, ¿no te has dado cuenta? Padece toda clase de pudores. Es un aristócrata, claro.

Las dos se echaron a reír de buena gana.

—Pero si sois familia, tú también tienes títulos de nobleza, ¿no? —observó Emmanuelle.

—Los bancos de la Facultad de Bellas Artes han curado de complejos a personas más nobles que yo.

—¡Ah! ¿Dónde estudiaste? ¿En Roma?

—¡No, no! En París.

—¡Y Mario que quería hacerme creer que eras una beata!

—¿Beata? Si lo hubiera sido, pronto se me habría pasado la beatería en aquellas clases.

—Incluso te imaginaba capaz de los peores horrores: virginidad, castidad, moralidad, religión…

—¡Ja, ja! —se rió Anna Maria—. No vas tan descaminada; soy doncella, continente, más bien escrupulosa en materia de moral y de todo lo que hay de más presumido de mi condición de hija de Dios y de la Iglesia. —Se recreó en la expresión de repugnancia de Emmanuelle—. Te he dicho que tus excesos no me escandalizaban, no que fuera de tu mismo bando —explicó—. Incluso me parece triste vivir de esa manera. Me produce el mismo efecto que la naturaleza. No me escandaliza, pero no la apruebo.

—¿Qué clase de muchacha eres? —interrogó Emmanuelle sin amabilidad—. Lo que me choca es que seas tan bonita.

Anna Maria sonrió complacida.

—Gracias —dijo—. Tú tampoco estás mal.

Emmanuelle suspiró. Se sentía lejos de la situación a la que estaba acostumbrada, en la que la admiración recíproca conducía lógicamente al abrazo de los cuerpos, labios con labios, senos con senos, piernas enlazadas. Anna Maria la miró comprensiva:

—¿No te parece decente que una chica bonita crea en Dios?

—Efectivamente. Me parece obsceno. Contra natura.

—¡Lo que yo digo! —aplaudió Anna Maria—. Fabulosamente

contra natura. Y eso es lo bueno. Incluso cuando me molesta. Porque a mí también me gustaría darme de vez en cuando algún que otro gusto natural, como a todo el mundo. No nací espíritu puro.

—¿Quieres decir con eso que eres sensual?

—¿Es que te parezco frígida?

Emmanuelle no se dejó influir.

—No lo sé. —Titubeó y preguntó—: Entonces, ¿qué haces?

—Me contengo.

Emmanuelle hizo una mueca.

—¿Ni siquiera te haces el amor a ti misma?

Anna Maria no mostró la menor turbación.

—Algunas veces. Pero me horroriza.

—¿Por qué? —Emmanuelle estaba indignada.

—Porque está mal. Y cada vez que cedo a la tentación, luego me pesa. Comparado con los remordimientos, el placer no vale la pena. Eso es precisamente lo odioso de la naturaleza. Te tiende trampas, te seduce con un camelo. Un deslumbramiento, una ilusión, un suspiro. ¿Se puede gozar de lo que se va a perder tan pronto? ¿Puede uno encariñarse? ¿Merece la pena sacrificar por esto todo lo demás?

—¿Qué es lo demás?

—Lo que hace al hombre distinto del animal. Llámalo como quieras: la mente, el alma, la esperanza.

—¡No es lo mismo! —protestó Emmanuelle—. Yo no quiero sacrificar mi mente. Mi alma, en cambio… Y si es de esperanza, estoy llena.

—¿Qué esperanza merece tal nombre como no sea la de ver a Dios? Si no crees en la vida eterna, caes en la desesperación.

—Creo en la vida sin más. Ya es bastante. Y no estoy desesperada en absoluto, sino todo lo contrario. Soy feliz. A mí los remordimientos no me estropean el día. No me niego a pensar en mi alma porque me guste gozar. Gozo de mi vida porque es todo lo que yo soy.

—¿Por qué te empeñas en confundir la vida con las sensaciones de tu cuerpo? A mí me maravillan tanto como a ti la felicidad y la belleza, pero el verdadero placer no es el que te procuran los

sentidos. Es algo distinto de esos rápidos latidos de un corazón animal. Y nuestra vida no es igual que la vida de las flores. Es mucho más hermosa. Nuestra vida ya se ha desligado de la naturaleza, ha despegado, vuela lejos de la Tierra. Es lo que nos salva del universo, donde no hay más que muerte. Nuestro destino es durar más que la materia. El paso evolutivo que dio lugar al hombre fue el pasar de la dulzura de la carne a la dulzura del alma.

—De acuerdo —dijo Emmanuelle—. Pero basta con llamarlo conciencia, razón o poesía. Y no se opone al cuerpo. Cuando yo gozo, mi espíritu goza de mi cuerpo. No es que mi cuerpo vuelva a la bestia. ¿Tú quieres que sólo goce de sí mismo? ¿Por qué? La vida es dulce por entero: espíritu y carne. ¿Y acaso son dos cosas distintas? Si no quieres que se goce en este mundo, ¿dónde entonces? ¿Será mejor en otro lugar? No tiene sentido ir en busca de otro mundo para que sirva de albergue a un «alma» que, precisamente, nos hace los dueños de este mundo.

—No es otro mundo —dijo Anna Maria.

Emmanuelle la miró sin dar crédito.

—¿No te tienta vivir eternamente? —preguntó Anna Maria.

—¡Oh, sí! Quisiera que la vida fuera eterna. Pero no como tú la concibes. No en tu paraíso. No me gustaría vivir una vida despegada de la Tierra. La única inmortalidad que yo querría conocer sería vivir siempre como ahora. No envejecer. No estropearme. No morir. ¡Es tan bonito vivir! Es el único milagro. Es espantoso tener que dejar esta Tierra que nos ha dado la vida cuando hubiera podido dejarnos fríos como las piedras. Pero, si ha de ser así, al menos que sea contra nuestra voluntad, no por causa nuestra. ¿Por qué sueñas con huir de ella?

—No estoy segura de que este mundo sea tan hermoso como tú lo ves. En él se engaña, se mata, se tiene frío, hambre, dolor… Hay más sufrimiento y fealdad que hermosura y alegría.

—Oh, no soy tan estúpida: también lo sé. Por eso me gustaría que los hombres emplearan todas sus fuerzas, todo su saber y toda su capacidad de soñar para ayudar al mundo y no para resignarse a su desgracia diciéndose que serán consolados en otro. Si todo el esfuerzo que les cuesta inventar a Dios y todo el amor y la valentía que necesitan para observar sus leyes los utilizaran en amar este

mundo y hacerlo tan hermoso y feliz que nadie quisiera dejarlo, quizá entonces la vida en el mundo podría ser buena para todos. —Le parecía que nunca había hablado tanto.

Los ojos de Anna Maria la abrasaban.

—Emmanuelle —le dijo la joven—, tú que tan bien sabes qué hacer con tu vida, ¿qué vas a hacer con tu muerte?

Emmanuelle se quedó muda unos momentos, como si le hubieran propinado un golpe. Luego, casi gritó:

—¡Ah, pues nada! Pero ¿por qué te preocupa? Ya lo sé. Los cristianos sólo sueñan con morir.

—No, lo que desean es dar un sentido a la muerte.

Emmanuelle se encogió de hombros. Morir era el absurdo supremo, la incomprensible injusticia, la desgracia sin remisión. La muerte no tenía sentido. Detestaba a Anna Maria por el interés que dedicaba a lo que sería un día la anulación absoluta de Emmanuelle, el Antiemmanuelle, lo contrario de lo que es. Y entonces Emmanuelle dijo con voz entrecortada, una voz que ni ella misma reconocía al salir las palabras de sus labios, pronunciadas con un nudo en la garganta y un súbito brillo de lágrimas en los ojos:

—Mejor preocúpate por mi vida. Cuando ocurra algo que lo termine todo; cuando ya no pueda volver a ver este mundo lleno de colores y de estrellas; cuando ya no sepa lo que los demás encuentran en él; cuando todas las cosas bellas ya no sean bellas para mí, entonces ya será tarde para que te intereses por mí, para que me quieras o para que desees conocerme. Yo, que ya no estaré viva, no sabré que hay alguien que me quiere, no veré, no oiré, no sentiré. ¡Te lo suplico, no esperes a que me muera! No quiero ser de esos de los que después se dice que habían nacido para la vida, no quiero que se haga de mí una leyenda. Bastante me duele ya pensar que, después de mí, habrá tantos días hermosos, más hermosos que los nuestros, cuando pasen muchos siglos y otros soles despierten a la gente… Yo, que tal vez muera antes de llegar a vieja, llorando desconsolada por tener que dejar este mundo antes de que llegue…, ¡estoy tan segura!…, yo querría compartir con todos este mundo en el que todas las maravillas serán posibles… Pero es verdad, moriré. No llegaré a conocer lo que esperaba. Seré despojada de lo único

que importa. Las cosas existirán sin mí. Nada me consolará: aunque hubiera un Dios, otro mundo, yo no los querría. No quiero nada a cambio de mi mundo y de mi vida. He de perderlo todo, lo sé; pero, por lo menos, no lo habré cambiado por una pensión, no habré dado este mundo en prenda de un éxtasis y un asilo. No quiero seguridad, no quiero una jubilación. Cuando me roben la vida, sí, ya no me quedará nada más y lloraré y gritaré de pena, ¡que todo el mundo lo sepa! Pero será una pena por no poder seguir viviendo, no un pesar por haber vivido. Tampoco será remordimiento por no haber vivido más que para esta Tierra, que tendré que dejar de ver cuando más la quería… Mi Tierra, que aún querría tocar. Quedarme aquí. En ningún otro sitio. Con los hombres. ¡No con Dios!

Emmanuelle ya no miraba a Anna Maria, sino un punto lejano a través de las ramas. Se volvió bruscamente hacia su visitante, la miró fijamente a los ojos y hubo en su voz una amargura que no era habitual en ella:

—¿La muerte? Tu Dios no puede saber qué es la muerte, puesto que Él no muere. Ni los muertos, que no saben nada. Sólo nosotros, los vivos, sabemos lo que es la muerte.

*

—Tu prima me aburre —se queja Emmanuelle a Mario por teléfono aquella misma noche—. No tengo ganas de pasarme el día con discusiones teológicas.

—Desde luego, tienes cosas mejores que hacer.

—A ella sólo le apasiona el más allá.

—Recuérdale lo que decía Goethe: que el espíritu de lo real es el verdadero ideal.

—Deberías decírselo tú. ¿Por qué no le reservas algunos de tus aforismos, en lugar de prodigármelos a mí?

—¿Es que ya has olvidado que la redención de Anna Maria ha de ser obra tuya?

—¿Cómo voy a conseguirlo? Nunca seduje a una monja de la Visitación.

—También tiene su gracia.

—Para mí, no. Yo soy una chica sencilla. Me gusta lo fácil.

—Pero también te gusta Anna Maria.

Emmanuelle no contesta. Sinceramente, no lo sabe. Se la oye suspirar a través del teléfono.

—Serás recompensada por tu fortaleza de espíritu —profetiza Mario en tono reconfortante.

—Su nombre… —empieza Emmanuelle.

—¿No te lo dije ya?

—Sí, y me intriga. Parece una versión eslava del tuyo. ¿No es italiana?

—Lo es. De todos modos, mis antepasados procrearon sin reparar en fronteras. El retoño Anna Maria brotó en tierra toscana de una rama rusa salida de un tronco alejandrino nacido en un tallo cretense injertado en Bizancio.

—Bueno, bueno, ya me hago una idea.

—La historia no conocerá más que el huerto en que se cultivó.

—No tengo ganas de enamorarme otra vez.

—Entonces, distráete. Haz barrabasadas.

—Anoche lo intenté.

—Cuenta.

Emmanuelle describe el baile de los cuadraditos de plástico.

—Después, una criatura bastante fea hizo juegos malabares. Se introdujo en la vagina un huevo duro entero y lo sacó en rodajas. Después hizo otro tanto con un plátano. A continuación, se colocó un cigarro encendido entre los labios del sexo y sacó humo, en anillos. Por último se metió un pincel chino y escribió todo un poema en un rollo de seda, de arriba abajo, en hermosos caracteres bien perfilados.

—Trivial —dijo Mario—. Eso puedes verlo hasta en Roma.

—Luego actuó un hindú con un pene inmenso que le salía por el *dhoti*. Se colgó de él toda clase de objetos pesados sin que se le doblara.

—Es lo que debería hacer todo macho bien nacido. ¿Qué recompensa ofreció a su inflexible miembro?

—No lo sé. Se lo llevó en el mismo estado en que lo presentó.

—Me parece sospechoso. Seguramente era postizo. ¿Y después?

—Salió una muchacha con unos velos transparentes. Nos

quedamos embobados por su belleza. De un cesto sacó una serpiente de dos metros, con escamas de color marfil, tan espléndida como la muchacha. Al parecer, en la India no se encuentra más que una en un siglo. Bailó con ella, enroscándosela en los brazos, en el cuello y en la cintura. Fue desnudándose poco a poco. La serpiente se le enrolló alrededor de los senos y excitó sus puntas con la lengua. Luego le besó en la boca y en los ojos. La muchacha parecía tan enamorada que casi sentí celos. Luego se metió la cabeza de la serpiente en la boca; la chupaba lentamente, y la mantuvo así un buen rato, con los ojos cerrados, como bebiéndosela. Después se desabrochó el cinturón dorado que sostenía el último velo sobre sus caderas y apareció completamente desnuda. Enseguida la pitón le bajó por el vientre, le pasó entre las piernas y las nalgas, le rodeó la cintura y volvió a bajarle hacia el sexo. Su lengua bífida le lamió el pubis con movimientos tan rápidos que no se veía más que la huella en el aire, como la de la hélice de un avión. Le pusieron unos almohadones y la muchacha se tendió de espaldas con las piernas abiertas, delante mismo de nosotros. Podía ver sus labios sonrosados, bonitos como una concha.

—¿Y la serpiente?

—Entró en ella, utilizando la cabeza a modo de falo. Me pregunto cómo podía respirar.

—¿Sólo la cabeza?

—Y una parte del cuerpo. Se veía moverse las escamas. Y cómo se ondulaba el cuerpo. Quizá la lamiera por dentro, con su lengua vibrante.

—¿Era grande?

—Más que el miembro de un hombre. Como mi muñeca. Pero tenía la cabeza puntiaguda. Entró con facilidad.

—¿Qué pasó después?

—La muchacha cogió el cuerpo blanco de la pitón con las dos manos y tiró hacia fuera hasta que la cabeza reapareció, después volvió a introducirlo y así estuvo no sé cuánto tiempo. Gozaba continuamente, retorciéndose en los almohadones como otra serpiente. Jadeaba y gritaba.

—¿Y tú también?

—¡Ah, cómo me gustaría tener una serpiente que me amara así!

—Yo te regalaré una.

—Después, la muchacha la abrazó.

—¿Y se fue?

—Sí. Dice Jean que todas las noches la visitan muchos hombres en su camerino.

—Hubieras tenido que probar suerte con ella.

—Me hubiera gustado. Pero la idea de hacer cola delante de su puerta, con tanta gente, me intimidaba.

—Eso también hubiera sido una experiencia.

—Después me desquité soñando.

—¿Qué soñaste?

—Lo de siempre. Le hacía el amor mientras me lo hacía a mí misma. Pero yo, en vez de serpiente, sólo tenía mis dedos.

—¿Y ahora ya no la deseas?

—¡Sí, precisamente! Más que antes.

—¿A causa de su amigo el ofidio?

—No. Por otra cosa. Un deseo que nunca había sentido…

—¿El deseo de…?

—… hacer el amor a una mujer a la que pagase por hacerle el amor.

Mario deja pasar unos segundos:

—¿A quién prefieres, a Anna Maria o a la chica de la pitón?

—¡A la chica de la pitón! —Reflexiona unos instantes y agrega —: Estoy segura de que Anna Maria no sabría qué hacer con una serpiente.

Mario debe de estar meditando, no responde. Emmanuelle insiste:

—¿Me buscarás una?

—Te lo he prometido.

—¿Blanca?

—Con las escamas suaves como labios.

—¿Sabrá hacerme el amor?

—Yo me encargaré personalmente de su educación.

Emmanuelle se echa a reír de todas esas chiquilladas.

—Dime qué pasó después —le insta Mario.

—Volvieron a salir las bailarinas. Y nos fuimos.

—¿Tan pronto os cansasteis?

—No había más que ver —suspira Emmanuelle, desencantada.

—Sólo te quedaba ofrecer tú misma un espectáculo.

—No salió bien.

—¿Y eso?

Emmanuelle reveló a Mario el súbito deseo que había sentido hacia Christopher, y le contó que había pedido permiso a su marido y que éste se lo había otorgado.

—Estarás contento de mí, ¿no?

Mario lo estaba y así se lo dijo. El hecho, señaló, revestía tanta importancia para el desarrollo espiritual de Emmanuelle como, en su momento, tuvo la adopción de la posición erecta para el cuadrúpedo humano. ¿Había sido satisfactoria su noche de amor con el invitado?

—No hubo noche de amor con el invitado —confesó Emmanuelle, cuyo tono, sin embargo, no denotaba remordimiento ni pesar.

—¿Y eso?

—Cuando llegamos a casa ya no me apetecía. Tenía sueño. Delante de la puerta de su habitación besé a Christopher en las mejillas, en la punta de la nariz y, un poco, en la boca. Y luego lo dejé solo, muy agitado.

—*Che peccato*! —se lamentó Mario.

—De todos modos, no se perdió todo. Una vez en la cama, no tenía sueño. Fue con Jean con quien hice el amor. Y mucho mejor que de costumbre. Cada vez que yo gritaba, pensaba en Christopher. El ruido debió de mantenerlo despierto hasta muy tarde, al otro lado de la pared. Pero Jean y yo no hablamos de él. Sólo hablamos del placer que nos dábamos. Me parece que nunca me había atrevido a decirle a mi marido cosas tan escabrosas. Jean me tomó de todas las maneras posibles. Al fin se durmió; pero a mí, incluso después de todo aquello, me costó dormir. Me atormentaba el deseo de ir a ver a Christopher y ofrecerme a él, caliente todavía del amor de Jean. No me atreví. Me dio miedo escandalizarlo. Me acaricié tanto que no me acuerdo cómo acabé la noche. No les he oído desayunar. No me he levantado hasta mediodía. He almorzado con ellos desnuda para vengarme de Christopher.

—*Ottimo* —comentó Mario—. Esta noche métete en su cama.

Que te encuentre allí cuando vuelva.

—No puede ser. Se ha marchado.

—¿Se ha marchado?

—Con Jean. Estarán fuera varios días. Jean me ha dicho durante el almuerzo que había llegado un telegrama de la presa. Ha tenido que tomar el avión inmediatamente y, como es natural, su amigo no le ha dejado irse solo.

—Lástima. ¿Tuviste tiempo de hablar con tu marido de la invitación del príncipe Ormeasena?

—No.

—¿Te faltó valor?

—No es eso. Después de lo de anoche, no me daba miedo pedírselo. Pero…, la verdad, no sé cómo decirlo…

—¿Su consentimiento te hubiera quitado una parte del placer que vas a sentir al entregarte a otros?

—Me gustaría engañarle mientras pueda hacerlo. Después, cuando me lo consienta todo, no tendré ocasión.

—Tendrás más que eso… ¿Te preparas como es debido para el gran momento?

—¿Qué gran momento?

—La noche de Maligâth.

—¿Tan memorable va a ser?

—De pronto te noto desdeñosa.

—No es eso. Pero tengo la sensación de haber hecho ya tanto… ¿Qué más puedo descubrir?

—El placer de la cantidad. Son muchos los que pretenden gozar de ti. Ha corrido la voz de que vas a asistir. Al pensar que la que creían la más inaccesible va a estar al alcance de todos, los hombres de este país han caído en una especie de delirio.

—Pero ¿cómo? ¿Les has contado mi secreto?

—¿Había que privar a los que te desean de las torturas y delicias de dos días de ensueños y esperanzas? ¿Acaso la espera hasta que te posean no es una dicha que casi iguala a la de la consumación del abrazo? ¿Acaso tú misma no tiemblas de ilusión?

—Después de lo que acabas de decirme, lo que tengo es miedo. No me hace ninguna gracia que una horda en celo se dispute mi cuerpo. Y pensar que toda esa gente ya está hablando de mí… Lo

que deben de decir… —Emmanuelle oyó la risa de Mario. Se sublevó, dolida hasta las lágrimas—: Qué divertido, ¿verdad?, reírte de mí con tus amigos… Imagino el éxito que habrás tenido al decirles: «¿Sabéis la jovencita que acaba de llegar de Francia? Me he divertido adiestrándola. Era un alma cándida. Ahora que ya he conseguido de ella lo que quería, os la cedo. Todavía está medianamente fresca. Pero, desde luego, tendréis que devolverme el favor. ¡Pensad en mí cuando despabiléis a la siguiente!».

—¿He conseguido de ti todo lo que quería? —observó suavemente Mario. Y al no recibir respuesta, continuó—: Salvo en este punto, y en el tono, y en que no he reclamado compensación alguna, en general has acertado. Les he descrito la frescura de tu carne, algo que pocos hombres han acariciado todavía. Algún día estarás aureolada de otro prestigio más deseable, el de haber tenido cien amantes, pero por el momento tu inocencia aún enciende el ánimo. Y también tú tienes que saber deleitarte por anticipado pensando en la obra de arte que tú contribuirás a crear. Tu cuerpo de adolescente, que no ha conocido más que al marido y algunas insignificantes experiencias de aprendizaje, mañana, por vez primera, se abrirá hasta la extenuación a la multitud de hombres a los que se les ha prometido como placer delicioso. —Bruscamente, Mario cambió de tono—: Eres virgen, Emmanuelle. Para mí, mañana habrás dejado de serlo. ¡Qué vela de armas la de hoy para ti! ¡Lo que vas a conocer es más que el Grial! ¿Y quieres que no hable de ello? ¿Que los que van a consagrarte no se preparen antes de que llegue el día? Te equivocas si imaginas que nos reímos de ti o que hablamos de tu cuerpo con grosería. A los hombres se les ofrecen pocas grandes cosas, pero puedes estar segura de que saben agradecerlas. Y después de lo que te he dicho, deberías comprender que no me propongo iniciarte en una sociedad donde rigen la indignidad y las burlas, sino en un honor. ¡Y no te entrego a nadie! Es a ti a quien ofrezco una ceremonia de consagración, con sus asambleas, sus cortejos, su protocolo, sus solemnidades y sus libaciones. Pero ¿es posible que no lo sepas? ¿Tantos días conmigo y todavía no has aprendido nada?

Emmanuelle está arrepentida. Mario puede estar tranquilo; no volverá a dudar. No hay peligro de que recaiga en la ignorancia. Se

lo demostrará la noche siguiente, en Maligâth. Hasta entonces Mario puede decirles a sus amigos cuantas veces quiera que gozarán de ella. Ella consciente. Su cuerpo los espera, los desea, los quiere.

Una vez terminada la larga conversación, Emmanuelle se acuesta. Pero la gran cama le parece vacía. Las imágenes que ha evocado Mario pasan una y otra vez por detrás de sus párpados. De todos modos, por más que diga éste, su intranquilidad subsiste. Se siente nerviosa. Trata de conciliar el sueño. Mañana tendrá tiempo de pensar en todo eso. Por el momento, sólo desea reposo y olvido. En vano. El temor la mantiene despierta.

Sabe lo que puede calmarla. Se acaricia. Pero comprueba con asombro que el orgasmo la rehuye. No recuerda que le haya sucedido nunca. Sus dedos se impacientan, pero su mente está en otro lugar, muy lejos. Una tentación nueva, de un sabor desconocido, áspero y suave a la vez, le pone un nudo en la garganta. Se resiste. Lucha. Largo rato. Hasta que el combate la irrita y la fatiga. Finalmente, con un abandono dolorido, una debilidad voluptuosa, con el corazón palpitante por la aceptación del deseo, apaga la luz, se acerca lentamente al borde de la cama y deja colgar la pierna izquierda, con el sexo hacia la puerta. Su mano busca el pulsador del timbre junto a la cabecera. Sus dedos se relajan, su cuerpo se distiende y su pecho respira de nuevo con libertad cuando oye al criado abrir la puerta que da acceso al dormitorio.

4

La noche de Maligâth

> El cuerpo es una gran razón, una pluralidad dotada de un único sentido, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor.
>
> Nietzsche, *Así habló Zaratustra*

La larga túnica jónica de finísimos pliegues que lleva Emmanuelle es de un verde jade tan pálido que casi parece blanca. Un hombro está desnudo. Sobre el otro, una lechuza de oro sujeta el drapeado que una cadena de grandes eslabones planos ciñe por encima de la cintura. Ningún bordado, ningún detalle excepto el fruncido. Entre los senos, un pesado colgante de oro viejo perforado por un agujero cuadrado y adornado con dibujos de animales, que debió de servir de moneda de algún reino desaparecido, amolda la tela al cuerpo. Un brazalete de esmeraldas rodea su brazo derecho por encima del codo.

—Puesto que estoy abocada al holocausto, he elegido el atuendo de Ifigenia.

—Estás muy guapa —dice Mario—. Pero demasiado decente.

Sin decir palabra, ella se acerca a una lámpara baja. Su luz, aunque tenue, basta para que la tela, como si fuera de cristal, deje transparentar sus piernas con claridad. Mario no parece del todo satisfecho. Emmanuelle sonríe y levanta el muslo: la falda se abre hasta la cintura. Así, cuando baile, sus piernas aparecerán alternativamente. Quienes lo deseen podrán tocarla con comodidad. La carne ambarina de su vientre y, más abajo, la abertura de su cuerpo estarán accesibles en todo momento.

—¡Y mira!

Su triángulo negro está sembrado de minúsculas perlas. Cuatro horas necesitó la paciente Ea para prenderlas una a una en las rebeldes crines.

—Nunca vi más noble alhaja —declara Mario en tono de aprobación.

—Fíjate en la sisa.

El drapeado concéntrico se abre, bajo la axila izquierda, hasta la altura de la cadera. Observando a Emmanuelle de perfil, cuando levanta el brazo o se inclina hacia delante, se distingue el relieve desnudo de sus senos. Y, sin duda, a su pareja de baile le será fácil pasar la mano por esta ancha abertura.

Mario expresa su asombro de que el guardarropa de Emmanuelle posea tales recursos. ¿O se trata de una adquisición de los últimos días? Lo que habrá pensado la modista… ¿Tan mal conoce él los artificios femeninos, le dice su alumna en tono zumbón, para no adivinar que esta gasa se lleva normalmente sobre un «viso» opaco? Emmanuelle no ha hecho más que suprimir este accesorio.

—¡Que lo queme! —ruge Mario—. Todo vestido que no esté ideado para exaltar la gloria de la desnudez es un ultraje.

—Un día tendrás que pasar revista a mis vestidos. Los que no te gusten, los echas al fuego.

—Lo haré, te lo aseguro —promete Mario sombríamente.

Maligâth es un conjunto de construcciones de mármol, separadas por jardines con fuentes y pórticos en los que unos farolillos de pergamino difunden, con ayuda de la luna, una claridad fría y mágica. Se accede a las terrazas por unas avenidas bordeadas de setos de hibisco y columnas blancas, entre céspedes bien cortados e invernaderos que absorben los ruidos de la ciudad. Sólo se oye el murmullo de los surtidores, las notas lejanas de una música de baile lenta y el contrapunto apenas perceptible de las voces humanas.

Un perfume penetrante, de arbustos de flores carnosas —unas gardenias gigantes que crecen en jarrones chinos—, envuelve a los recién llegados, a los que sólo una hilera de lamparillas púrpura guía hasta unos corredores y unas salas en los que no encuentran a nadie.

El anfitrión no sale a recibirlos. Los invitados están reunidos en

otros lugares. ¿Se habrán equivocado de camino en aquel reino de agua y de sombras? ¿O han llegado demasiado pronto?

—¿A quiénes han invitado? —pregunta Emmanuelle en voz baja.

—A todos los que en Bangkok tienen belleza y talento —dice Mario—. Para figurar entre los elegidos hay que ser muy inteligente y atractivo.

—¿Estás seguro de que nosotros lo somos?

Mario sonríe.

«¿Cómo será el anfitrión?», se inquieta Emmanuelle. Se rumorea que es muy poderoso. Y exigente, de eso está segura. Quizá perverso, maniaco. ¿No será una locura aventurarse así en aquel terreno desconocido? ¿Sabe en verdad lo que la espera? ¿La devolverán a Jean el príncipe y sus cómplices?

Todavía podría irse. Nadie la ha visto. El gran jardín está vacío, no hay guardas a la vista. Pero está Mario… ¿Qué pensaría —¡y qué no diría!— de su cobardía?

Lo sigue como en una pesadilla. Se ha equivocado, no le cabe duda, debería reunir valor y escapar de él…

Ve unas ventanas iluminadas por una luz rojiza. ¿Son risas lo que se oye o son gritos? Todo está cerrado, no hay nadie en el exterior, por ejemplo en esta terraza que ahora cruzan, donde debe de ser grato descansar. La noche es apenas húmeda.

—¡Mario! —murmura ella en voz tan baja que él seguramente no ha podido oírla.

Entran en una pequeña sala. En un sofá están sentados tres hombres y una mujer. Emmanuelle se siente aliviada al no tener que enfrentarse al grupo de Laocoonte erótico que temía encontrar ya de entrada. La mujer es muy joven. Sus ojos negros y profundos están extraordinariamente rasgados hacia las sienes de su rostro grave. Sus cabellos forman un casco con grueso flequillo, evocador del antiguo Egipto. Un vestido negro y ceñido acentúa su esbeltez. Su atuendo no muestra la menor impudicia y Emmanuelle se siente cruelmente consciente de la suya. ¿Es otra jugarreta de Mario? Éste pronuncia una frase en tailandés. La muchacha le responde sin sonreír, y es de suponer que le ha dado la información que él esperaba, pues sale de la pieza muy decidido, llevándose a Emmanuelle.

—¿Adónde vamos? —se queja ella—. ¿Quién era? ¿No es muy joven para estar aquí?

—La fiesta es en su honor. Es la única hija del príncipe. Hoy cumple quince años.

Antes de que ella pueda asombrarse, entran en un salón mucho más amplio pero apenas iluminado en el que bailan varias parejas que no se vuelven a mirarlos. Una sirvienta les ofrece unas copas con un cóctel de frutas, de sabor suave pero con bastante alcohol.

—Supongo que se tratará de un filtro de amor —bromea Emmanuelle para tranquilizarse.

La tailandesa lleva tan sólo un paño de yute que le ciñe las caderas, anudado justo por debajo del ombligo. Emmanuelle mira con admiración sus piernas de antílope y sus senos redondos.

—No te quepa duda —responde Mario—. Además, todo lo que se come o se bebe en Asia es afrodisiaco.

Realmente, todo estaba muy oscuro… «¡Mientras no me deje sola!», pensaba ella. Casi enseguida se acercó a ellos un hombre que debía de conocer a Mario, pues éste le presentó a Emmanuelle. Ella olvidó su nombre de inmediato. El hombre se inclinó, impersonal y cortés, para invitarla a bailar. Emmanuelle le siguió de mala gana, sujetándose la falda contra el muslo.

Él era muy alto y tenía que inclinarse para que su mejilla quedara a la altura de la de Emmanuelle. Le preguntó qué edad tenía, dónde había pasado su niñez y cuáles eran sus aficiones y preferencias. ¿Leía mucho? ¿Le gustaba el teatro? ¿Tenía autores favoritos? Al principio ella contestaba con sequedad, molesta por tantas preguntas. Después empezó a gustarle la forma en que él la llevaba al bailar. En esos momentos, más que hablar de literatura, lo que le apetecía era dejarse mecer por el ritmo. El baile la anclaba en un mundo conocido. Y empezaba a sentirse más tranquila entre aquellos brazos firmes.

Pronto se dio cuenta de que era ella la que se abrazaba al hombre, la que lo provocaba. No es que le pareciera especialmente atractivo: simplemente, obedecía a un reflejo. Para ella, el baile, la erección e, incluso, el orgasmo del hombre con el que ahora bailaba eran fenómenos inseparables. Sus *flirts* de París, que no tenían suficientes agallas para llevarla a la cama ni siquiera cuando la

ausencia de su marido les brindaba una inesperada ocasión, la instruyeron en cambio a las mil maravillas en este pasatiempo. Ella no sólo se prestaba con una docilidad absoluta, sino que su cuerpo llegaba a reaccionar espontáneamente cuando concurrían las circunstancias necesarias. Su cuerpo no necesitaba que nada lo instara, ni el deseo del hombre ni la voluntad de Emmanuelle. Sabía de manera automática lo que tenía que hacer para que el baile sirviera para sus fines verdaderos: hacer gozar.

Hasta entonces, este libertinaje le había parecido a Emmanuelle totalmente satisfactorio en todos los aspectos, ya que permitía presumir de mundología sin cometer formalmente adulterio. Y sus propios sentidos estaban lo bastante despiertos para hallar en este artificio un placer equivalente al otorgado a su pareja. Emmanuelle comprendía que tal placer era ficticio y furtivo; pero tal vez sus mismos defectos aumentaban su excitación.

Aquella noche rozó al invitado de Maligâth con los movimientos que tanto dominaba, hasta que sintió contra su vientre el contacto duro y firme de su virilidad. Se sentía infinitamente más cómoda en estas lides que afrontando lo que imaginaba que serían los misteriosos caprichos de un príncipe oriental, y el abrazo de este compañero casual le parecía casi un refugio y una defensa.

Él, por su parte, daba la impresión de gozar con el talento de su pareja. Dejó que le llevara hasta el borde del espasmo, pero se escabullía antes de que ella pudiera consumar la tarea. Emmanuelle se sintió despechada. No comprendía que un hombre pudiera rechazar la oportunidad de disfrutar de un orgasmo, aunque lo hiciera para reservarse para mejor ocasión. Sólo contaba el instante presente.

Quizá adivinando el motivo de su enojo, su recalcitrante pareja de baile oprimió el dedo de Emmanuelle ceñido por una fina alianza de brillantes y le preguntó si estaba casada.

—¡Naturalmente! —respondió ella en tono ofendido.

Muy bien. ¿Y tenía amantes?

—Hace ya un año que estoy casada.

En realidad, se pregunta ella, ¿tiene amantes? Su primer pensamiento es que tiene por lo menos uno, Mario. Pero enseguida la idea le parece ridícula: ¿acaso existe el amante que nunca hace el

amor? Pero si lo que confiere a un hombre este título es hacer el amor, entonces sus verdaderos amantes son los desconocidos del avión, el
sam-lo
. ¿Debe contar también al muchacho del templo votivo? Entonces, ¿por qué no a los jóvenes a los que hizo gozar mientras bailaba? Si la eyaculación del macho es lo que hace de éste un amante, tampoco había motivo para no proclamar amantes de Emmanuelle a todos los hombres que se han masturbado en secreto por ella.

Ante este cuadro, se echó a reír, olvidando sus enfado.

—En realidad, ¿a quién puede llamarse amante?

Él sonrió con cortesía, pensando que ella sólo estaba coqueteando y, por cierto, de un modo no muy ingenioso. Pero Emmanuelle le expuso claramente su problema, sin hurtar los detalles íntimos, mientras se asombraba de ser capaz de confiar así, a la brava, sin el menor recato, a un perfecto extraño secretos que nunca había revelado a Jean ni a Marie-Anne ni, aún más curioso, a Mario.

De inmediato, su pareja demostró un vivo interés y le pidió aclaraciones que ella le dio encantada. Él, por su parte, respondió con amabilidad a las preguntas escabrosas que ella le hizo.

—Me pregunto si no concederá usted excesiva importancia a una simple cuestión de vocabulario —observó él para terminar, pues llevaban ya mucho rato bailando—. ¿Tanto importa saber si debe dar usted el bello nombre de amante a un hombre según le haya hecho el amor de un modo o de otro? Yo creo que el pequeño tailandés fue tan amante suyo como los pasajeros del avión y el conductor del triciclo. —Ya fuera por descuido o por discreción, no aludió a la relación de Emmanuelle con Mario—. ¿A quién, si no, llamaría usted amante? —preguntó.

—Es verdad —convino Emmanuelle—. ¿Y mis parejas de baile de París?

—Su caso me parece distinto. En realidad, el placer que les proporcionaba era una manera un tanto retorcida de negarles sus favores. En el fondo, tal vez sea esta intención lo que cuente. ¿Acaso con esta jugarreta pensaba que estaba siendo fiel a su marido? Sin embargo, no era así cuando acariciaba al joven

tailandés.

—Pero es que cuando hago el amor con mujeres tampoco me siento adúltera. ¿Cómo explica usted esa diferencia?

No la explica. Evidentemente, ha llegado al punto en que la teoría ha dejado de interesarle: en vez de dar las explicaciones lógicas que solicita Emmanuelle, la abraza con tanta habilidad que ella olvida pronto todo aquello de lo que estaban hablando. Le ofrece los labios, se aprieta contra él y ya no piensa más que en gozar. Ella adelanta su pierna desnuda y la introduce entre las de él, que la oprimen. Él busca el camino de sus senos y de su abdomen. Apenas bailan ya, y de vez en cuando tropiezan con otras parejas. ¿Están éstas ocupadas en caricias similares?

Emmanuelle recobra súbitamente la percepción del mundo exterior, hasta el momento oscurecido por la evocación de sus recuerdos. Cosa extraña, las mujeres que bailan cerca de ella (debe de haber cinco o seis como máximo) se le parecen. Durante un momento, tiene la impresión alucinante de estar viéndose en un espejo de varias caras. Todas son hermosas, visten velos translúcidos, tienen el pelo negro y los hombros desnudos. Sus piernas se deslizan entre las de los hombres al ritmo de la música suave que llega de no se sabe dónde y que las arrastra a un baile idéntico. Miran a Emmanuelle con una curiosidad feroz y desvían la mirada cuando sus ojos se encuentran con los de ella.

Emmanuelle desea ver a alguna de ellas hacer el amor, pero su pareja decide ofrecerla a ella en espectáculo. Sin soltarla, la lleva hasta la terraza cubierta que da la vuelta a la sala. Hay en ella otros invitados. Él se sienta en un taburete bajo, tapizado de seda verde, y hace que Emmanuelle se quede de pie delante de él, rozando sus rodillas. Él abre la falda de la túnica griega, descubriendo las largas piernas, que separa con sus manos para obligarla a cabalgar sobre sus muslos. Hace que Emmanuelle doble las rodillas y se siente sobre él. Cuando la vulva húmeda roza el sexo del hombre, éste la abre con los dedos y después la suelta para apretar con las dos manos las caderas de su pareja y ensartarla hasta el fondo.

—Pídeme que te haga gozar —dice.

—Sí —jadea Emmanuelle—. Quiero gozar.

—¡Más fuerte! ¡Que lo oigan todos!

Ella se retuerce, grita.

—¡Otra vez! —insiste él.

Y ella obedece, atrayendo cada vez a mayor número de espectadores, que la ven debatirse y la oyen sollozar:

—¡Oh, sí, me estoy corriendo! ¡Oh, sí, sí…!

Cuando al fin ella enmudece, él la sostiene, inanimada y floja, hasta que se recobra. Pero sigue dentro de ella y le imprime nuevos movimientos, le obliga a levantar las caderas, luego a bajarlas, hundiéndose con ella con rudeza, dos, tres, veinte veces. Una queja brota de la garganta de Emmanuelle. El hombre la muerde en un hombro y llega al clímax en ella. Ella nota cómo él la inunda en el fondo de su vientre y, de nuevo, la invade el vértigo.

*

Uno de los que los han contemplado pide a la pareja de Emmanuelle que se la ceda. Ella se levanta. No tiene tiempo de preguntarse si lamenta dejar a su fugaz amante, al que tantas cosas le ha confiado. Ahora da la mano al recién llegado, que la conduce a una antesala que se abre a su derecha. Un criado se les acerca y les sirve.

«Bueno», piensa ella, mientras muerde un pastel, «he hecho el amor con un desconocido. Ahora voy a hacerlo con otro. No veo en ello nada extraordinario».

Su nuevo amo se detiene debajo de una lámpara y la contempla con satisfacción.

—¡Hace más de una hora que te busco! —suspira.

—¿A mí especialmente? —se sorprende Emmanuelle—. No faltan en este lugar los recursos.

—Es posible. Pero yo he venido por ti.

—Ah, ya entiendo… Cosas de Mario.

—No eres una mujer cualquiera —opina el otro.

—¿Qué tengo de particular?

—Todavía no me creo que estés aquí, que pueda ver tu cuerpo a través de tu vestido…

Bruscamente, Emmanuelle se siente harta del contemplativo. Y

observa:

—Pues más desnuda me verías todas las mañanas en la piscina.

Busca con la mirada una compañía que la aburra menos. ¿Dónde habrá ido Mario? ¡No está bien dejarla así, a merced de cualquier imbécil!

Echó a andar y se alejó en línea recta. Se cruzó con grupos que parecían ociosos y deambulaban por los corredores en silencio, sin reparar siquiera en ella. Parecía que diferentes cofradías celebraban paralelamente su asamblea entre aquellas paredes, cada una según su propio reglamento, sin mezclarse con las demás. Emmanuelle recordó haber sentido una impresión parecida el día en que visitó un castillo con otros grupos de visitantes: de sala en sala, dóciles a las predilecciones del guía, iban admirando tapices y retratos de antepasados mientras, muy cerca de ellos, sin darse por enterados de su presencia, trajinaban los personajes con gafas de un congreso de eruditos. Al poco rato, Emmanuelle pasó junto a los propietarios del castillo, que tomaban el té en el césped. Tampoco ellos se dignaron mirarla. Hoy, ella participaba en el congreso cultural… Veía a los que parecían haber venido en plan de turistas, pero ¿dónde estaba la familia?

En realidad, no sentía el menor deseo de ser presentada a su anfitrión y confiaba en poder evitarlo. Además, ¿no sería preferible eclipsarse discretamente, sin seguir vagando por ahí? La velada no se parecía en absoluto al «festival» que Mario le había descrito.

Unos desconocidos —dos hombres vestidos de esmoquin y una mujer con traje de noche— la detuvieron y trataron de hacerse entender en varias lenguas hasta que uno, en un francés excelente, acabó por explicarle que estaban buscando a una muchacha bonita para celebrar con ellos, fuera de palacio, una «fiesta particular». Emmanuelle se sintió tentada. Pero, por extraño que parezca, en el momento en que se le presentaba la ocasión de marcharse, un escrúpulo la retuvo. Le parecía que no estaba bien seguir a aquellos jóvenes tan simpáticos.

Mientras dudaba, otras tres personas llegaron de la dirección opuesta y, sin preguntarle nada, se la llevaron con ellos. Juntos cruzaron varias salas. Ella no tuvo tiempo de protestar. De la última

sala, cuya puerta estaba entornada, salían risas y música. El espectáculo hizo soltar a Emmanuelle una exclamación.

Sobre un diván de pieles, tan ancho como largo, Ariane de Saynes, tan sonriente como de costumbre, está en compañía de dos hombres, tan desnudos como ella.

Al oír la exclamación de Emmanuelle, Ariane se incorpora apoyándose en un codo. No parece sorprendida de verla allí y la saluda con exuberancia.

—Palomita inmaculada, date prisa, ven. ¡Dios, qué vestido tan bonito! Quítatelo rápido.

Con la mano derecha, Ariane sostiene con perfecta elegancia el miembro rígido de uno de sus compañeros. Su seno izquierdo sirve de almohada al pene del otro. Los tres sonríen a Emmanuelle con simpatía.

—Prueba la tarta de mango —recomienda Ariane—. Debes de estar muerta de hambre. Y champaña. Es de una cosecha de papá.

El cambio de luces hiere los ojos de Emmanuelle. Desde su llegada no había podido sustraerse a la obsesiva penumbra del dédalo de salas y pasillos recorridos. Y Maligâth ha quedado definitivamente instalado en su mente como un lugar de tinieblas. Y ahora, de pronto, se encuentra en una sala tan brillantemente iluminada que parece un escenario de teatro o un plató de cine bajo el resplandor de focos y candilejas. La ilusión es tan viva que Emmanuelle no puede menos que levantar los ojos para convencerse de que aquel decorado tiene un techo. Éste es lo bastante alto para que su duda sea razonable. Y la ornamentación es tan artificial como pueda desearse; un lienzo de Klee sobre una puerta del templo budista de la ciudad de Sukhothai; un muro ciego, enteramente encalado; en el centro de otro, una escultura etrusca que representa las fiestas de las Gimnopedias; un tercero está recubierto de arriba abajo y en toda su anchura de preciosos tapices superpuestos que es preciso levantar para encontrar una puerta. Un haz de gruesos listones con incrustaciones de oro, que Emmanuelle toma por alabardas pero que en realidad son remos de galera real, coronan en precario equilibrio el monumental sofá sobre el que descansan Ariane y sus pretendientes. No hay otro mueble, aparte de los cofres de madera negra, de piel o de bronce,

esparcidos sin orden aparente sobre el suelo de baldosas. Sirven de mesas y asientos, y los invitados que han llevado ahí a Emmanuelle están ya instalados en ellos y, después de servirse bebidas, la miran.

—Bienvenida a mi casa —dice detrás de ella una voz cuyo acento le es desconocido.

«Ya está», piensa ella, más muerta que viva. «El príncipe».

No se atreve a volverse y es él quien se sitúa delante de ella y la inspecciona entornando los ojos: la cara, los senos, el vientre, las piernas, los pies. Ella se siente de pronto como se sentía en el examen para entrar en el bachillerato. De pronto, se dice: «A lo mejor se está preguntando simplemente quién soy y qué hago aquí».

Y con la voz ahogada por el nerviosismo, explica:

—He venido con el marqués de Serghini. Dice que…

—Lo sé —la interrumpe el príncipe—. Le agradezco que haya aceptado mi invitación. ¿Se encuentra bien aquí?

Ella sonríe cortésmente, de nuevo sin voz. Él sigue contemplándola con ojos críticos. Emmanuelle piensa qué puede hacer o decir para escapar a la sentencia. Su anfitrión le indica con una seña que centre su atención en el diván. Ella obedece, sin decir palabra.

Uno de los hombres está entrando en Ariane, mientras el otro sigue frotándose contra sus senos. La joven condesa se ondula, se contrae, se yergue y se relaja. Cada uno de sus músculos parece estar en constante labor.

—¿No siente la tentación de unirse a ellos? —interroga el príncipe.

En absoluto, pero ella no se atreve a proclamarlo.

—Estaría más cómoda desvestida —observa él.

Sin hacérselo repetir, ella se desabrocha el cinturón, busca con la mirada dónde dejarlo. Su anfitrión le tiende la mano… Después, abre el broche que le sujeta el vestido sobre el hombro. El *chitón* resbala limpiamente hasta sus tobillos, convirtiéndose en una espuma blanca. Ella conserva sus otras alhajas de oro y espera, rígida y emocionada.

El príncipe la felicita.

«¿Qué irá a hacerme?», se pregunta con la garganta seca.

Uno de los compañeros de Ariane, el que no la penetra, se

acerca a Emmanuelle y la toma de la mano. Ella lo sigue, deja que la tienda de espaldas y disponga sus piernas de manera que cuelguen fuera del diván y que su pubis negro constelado de perlas se destaque sobre las pieles blancas. El hombre se arrodilla y lame a Emmanuelle con la lengua. Ella cierra los ojos y se abandona cuanto puede, esforzándose en no pensar más que en la caricia que está recibiendo y en calmar los latidos de su corazón. Su compañero es experto y paciente. La lame profundamente, y pronto ella no es más que un cuerpo voluptuoso que ha olvidado su cohibición y su temor y suelta nuevamente el grito, tan conocido:

—¡Ah! ¡Voy a gozar!

Él no la deja hasta que Emmanuelle se queda sin aliento y no puede ya ni debatirse. Es ella quien entonces lo atrae hacia sí, siente el peso del pene entre los muslos y le invita con las manos a entrar en ella. Él acepta y la toma, considerado y atento, reservando su placer hasta que ella vuelve a estar en condiciones de sentir el éxtasis, y ella lo expresa con largos gemidos que escapan de su garganta mientras la fragancia del esperma sube a través de su cuerpo hacia las mucosas de la boca.

Pero otros empujan ya al hombre saciado, la toman por las caderas, le levantan las nalgas, la rodean de almohadones. Suenan órdenes lacónicas en una lengua extranjera. Alguien le traduce que debe levantar las piernas, ella obedece y luego apoya los muslos en el pecho de un hombre. Un falo seco y brutal trata de abrirse camino entre sus nalgas: el dolor le hace gritar. Vuelve la cabeza a derecha e izquierda, pide socorro. Ariane está a su lado. Emmanuelle le toma una mano.

—¡No! ¡Impídelo! No quiero…

En ese instante se produce una agitación entre la concurrencia y su asaltante es apartado de allí. Ella se apresura a estirar las piernas y se abraza a su amiga.

Ariane le dice al oído, señalando al que acaba de tomarla a ella:

—Ese caballero quiere tu boca y no se atreve a pedírtela. Pero tú no se la negarás; la aceptarás, ¿verdad?

Emmanuelle asiente con un movimiento de cabeza.

El cuerpo de Ariane se aparta de ella y lo sustituye el cuerpo de un hombre que se tiende sobre Emmanuelle. Unos labios toman

posesión de sus labios, una lengua penetra entre sus dientes, hace suyo el paladar, y la lengua insiste, rígida, humedeciéndole los ojos de placer. Ella siente vértigo, piensa que va a gozar otra vez por el solo poder de aquel beso, se resiste a esa sensualidad, lucha contra su abandono, su sumisión, su debilidad. Pero luego cede, aturdida por la dulzura del consentimiento, pasiva y entregada.

El hombre parece contento de ella. La sostiene por los hombros, y sus dedos parecen tenazas:

—Ven —murmura—. ¿Sientes mi vientre sobre tu vientre? ¿Notas cómo voy subiendo? Te subiré hasta el pecho y después te cubriré la cara. Mi sexo se hundirá primero entre tus senos. No entre ellos, sino en ellos, uno después de otro, aplastándolos y perforándolos, encima del pezón, rompiendo los músculos y haciendo estallar las glándulas de la leche. ¿Dejarás que te lo haga?

Emmanuelle no responde y él continúa:

—Cuando acabe con tus senos, te apuñalaré en la garganta, por la abertura de tu boca. Con toda la fuerza de mi vientre y mis nalgas, hundiré mi hoja en tu boca y te obligaré a separar los dientes y a abrir los labios para asfixiarte y hacerte sangrar. Ni siquiera podrás pedir socorro. Te sujetaré los costados entre las rodillas y moveré las caderas de arriba abajo, de derecha a izquierda, para entrar más en ti. No dejaré ningún rincón sin registrar: tu lengua, tu campanilla y más lejos aún, hasta que encuentre tu sexo desde arriba. Me entregaré al coito en tu boca como en una vagina. Sentiré tus lágrimas en el vientre. Y tú te refrescarás con las lágrimas de mi sexo. Pero siento que ya vienen y no es prudente esperar más.

Ella tiene que abrir dolorosamente los labios para alojar el enorme glande. El hombre no tiene tiempo de infligirle las torturas anunciadas. Se derrama ya en un borbotón copioso, mientras gruñe de placer.

—Bébelo todo —le dice con voz entrecortada—. Aspíralo todo con la boca; después quédate quieta, quiero estar mucho rato así, no he terminado, sigo gozando…

Emmanuelle, con la cara bajo la pesada pelvis del hombre, siente que alguien le separa las piernas. Trata de resistirse, pero es en vano: alguien a quien no ve se abre paso en su vientre y la posee

sin miramientos. Tomada por la boca y la vagina, siente pánico. Está perdida, ya nada puede salvarla, va a morir… Al instante se avergüenza de estos remilgos de virgen y, si pudiera, gritaría de júbilo y de triunfo.

«Ahora me poseen dos hombres a la vez», piensa con alegría. «¡Qué memorable experiencia! Es mi segunda desfloración. La consagración anunciada por Mario…».

Están lavándola públicamente de las últimas manchas de inocencia que le quedaban. Se ríe de su turbación. Celebra su propia gloria. Se acabó, se acabó para siempre. Ya no es doncella.

De buena gana besaría a los artífices de este paso, como a una buena amiga, en las mejillas. En un acceso de emoción, olvida que tiene la boca cautiva y se atraganta e hipa. El hombre se compadece de ella y se retira. Ni se da cuenta de cuándo goza su otro amante. Cuando vuelve en sí, se encuentra, aturdida y sin fuerzas, entre sus brazos.

Después, una vez que unas manos, que no siempre resulta fácil identificar, la han levantado y desplazado, palpando de paso esta o aquella parte de su cuerpo, Emmanuelle mira más atentamente al hombre que le ha hecho el amor en la boca.

Nunca había visto a un hombre tan velludo: un auténtico pelaje oscuro le cubre todo el cuerpo, tan espeso que le oculta por completo la piel de las piernas, el vientre, el torso y los hombros. En las zonas de su cuerpo en las que el vello es menos denso, la piel es atezada y mate. Los músculos son de luchador o de leñador. Unas gruesas cejas se unen entre sus ojos y casi se confunden con su cabello, también negro.

«No está mal», se dice ella.

Y le pregunta:

—¿De dónde eres?

—De Georgia. Te llevaré allí.

Emmanuelle calcula que debe de tener unos cuarenta años. O poco más. Así se lo dice. Él se echa a reír. Está acostumbrado:

—Estás muy equivocada. Tengo sesenta y cuatro.

Emmanuelle se queda boquiabierta. ¡Qué horror! No. Es imposible… ¡No puede ser tan mayor! Y ella, tan joven, no puede estar en ese momento desnuda sobre el cuerpo desnudo de un

hombre más viejo que su abuelo. Su abuelo, comendador de la Legión de Honor, con el pelo plateado, como cumple a tal dignidad… ¿Acaso había imaginado, ni en sus sueños más descabellados, que un día se acostaría con él? ¡Pues es lo que está haciendo ahora!

Y éste es precisamente el hombre que, de todos los que ha conocido recientemente, más le gusta. No sabe si debe avergonzarse de su inclinación o, simplemente, pensar que sus sentidos la engañan. Pero, después de todo, ¿por qué calentarse la cabeza? Él la ha besado bien, ella se encuentra a gusto sobre su torso velludo: ¿hay mejores señales para distinguir el bien del mal? «Me ha hecho feliz, luego he hecho bien en estar con él». Y se dice, suspirando: «Me gustaría tener un abuelo que se pareciera a éste y ser su amante». Se imagina en el teatro, o en una cena, con un vestido escotado, enseñando las piernas, del brazo de su acompañante condecorado, con capa de seda y pelo blanco… ¡No, negro! La voz del amante real aparta de su mente al incestuoso sexagenario.

—Déjame comer tus senos.

Emmanuelle se incorpora, apoyándose en los codos y las rodillas, adelanta el busto hasta que su seno izquierdo está encima del poblado bigote, hunde la cintura a fin de que el pequeño pezón redondo, henchido de sangre, penetre en la boca roja cuyos besos la han hecho gozar.

El rostro de Ariane aparece de nuevo bajo el brazo derecho de Emmanuelle y pregunta al hombre de pelo negro:

—¿Quieres compartirla conmigo?

—¡Cómo no!

—Además, ella adora que la compartan.

«Es verdad», piensa Emmanuelle.

Con un pezón en la boca del georgiano y el otro en la de Ariane, tensa el cuerpo, que siente recorrido por las olas. Mil espumas, mil lenguas de algas, mil lodos dulces acariciando el casco de su barco, que hombres de piel dorada, en costas desconocidas, cargaron de tesoros, piedras brillantes y especias…

*

Aparecieron nuevos invitados que querían presentarse a ella y Emmanuelle dejó de hacer el amor para charlar. Había recobrado todo su aplomo y no recordaba ya su pasajera postración de una hora antes. Le parecía perfectamente normal estar allí completamente desnuda, en aquel salón que por fin parecía haberse llenado de gente. La mayoría habían conservado el traje de etiqueta, abrochado hasta el cuello, y parecían estar muy lejos de todo atrevimiento. «¿Y por qué no?», filosofó ella. «Que los que quieran vestirse se vistan y los que quieran estar desnudos se desnuden. No hay problema».

Sin embargo, en aquel palacio se producía un constante desdoblamiento de perspectiva que hacía dudar a Emmanuelle no sólo del lugar, sino también del tiempo en el que estaba. Los misterios en los que estaba siendo iniciada tal vez fueran contemporáneos de una antigüedad órfica o dionisiaca, pero también parecían pertenecer al futuro. Sugerían ciudades de otra galaxia en las que mujeres desnudas pasean por calles de metal entre astronautas con trajes espaciales y hombres vestidos de negro.

Dos de aquellos invitados tan peripuestos, sin desprenderse de su atuendo, le pidieron que se tendiera de espaldas completamente recta, y colocaron a Ariane a gatas encima de ella, pies contra cabeza, de manera que el pubis de Ariane quedara justo encima de la boca de Emmanuelle. Ésta se dijo que seguramente les pedirían que ejecutaran una figura clásica (y ello la contrarió un poco, después de todas las fantasías a las que se habían entregado Ariane y ella durante los últimos días). ¡Nada de eso! Uno de los hombres se sacó del interior de su elegante traje su miembro, largo y robusto, para introducirlo en el sexo de Ariane, a la que poseyó ante la mirada de Emmanuelle, que, desde su observatorio, no podía perder detalle del espectáculo.

Durante un tiempo que le pareció interminable vio cómo el príapo se introducía hasta los testículos, volvía a salir, entraba y salía de nuevo, con una ostentación que la ponía fuera de sí. No había visto en toda su vida nada que pudiera rivalizar en poder afrodisiaco con aquel «primer plano» al alcance de los labios. Oía el chapoteo de la vagina, licuada por aquel vaivén magistral, y esperaba recibir las salpicaduras. Deseaba que aquella escena no

acabara nunca: la excitación de sus sentidos era tal que gritaba, estremecida de voluptuosidad, sin que nadie la tocara. Ni siquiera tuvo necesidad de sus propias caricias para ser la primera de los tres en llegar al orgasmo.

Después de este espasmo inicial, el segundo (que hasta entonces no había intervenido) tomó la mano derecha de Emmanuelle y la guió con firmeza hasta el clítoris, para que se masturbara. Después abrió un estuche, sacó una cámara y filmó la escena. Emmanuelle era incapaz de advertirlo: no tenía ojos más que para la fascinante cópula que se desarrollaba encima de ella.

Llegado el momento, la verga que penetraba a Ariane se retiró bruscamente… y se ensartó rápidamente en la boca dócil de Emmanuelle para verter el semen aromatizado por los sabores de Ariane.

Emmanuelle acababa de tragárselo cuando una mano apartó la suya y se ancló sólidamente en su sexo, como para reservarse sitio. En un principio creyó que era Ariane; pero no, era un contacto demasiado viril. Debía de ser, pues, el segundo «personaje de etiqueta». Miró entre sus senos para cerciorarse. No era ninguno de los dos, pero ella lo conocía. Lo había visto, vestido con uniforme de marino, en la recepción del embajador. Se encontraba entre los que tanto se habían conmovido cuando ella apareció, con el busto semidesnudo. Ella recordó los tartamudeos que dejaban traslucir el conflicto entre el deseo y los buenos modales, y le entraron ganas de reír. «Ahora estoy expuesta a la mirada de uno de ellos sin el menor velo y no parece tan azorado», pensó.

Ariane debía de estar fatigada, pues se tendió de lado. Emmanuelle se incorporó con agilidad.

—Los marinos nunca están bronceados —dijo, como si estuviera pensando en voz alta—. Me pregunto por qué será.

—A tu lado debería avergonzarme de mi piel blanca —convino él—. Pero la función del hombre no es aportar belleza.

—¿Qué debe aportar entonces el hombre?

—La ley.

Emmanuelle buscó alguna huella de la timidez y la deferencia que había mostrado ese mismo personaje cuatro días antes. No había en su actitud más que la risueña seguridad del que está

acostumbrado a que le obedezcan. Y le pareció estimulante.

—¿Cuál es mi papel? —preguntó.

—Nada extraordinario. Simplemente, someterse —repuso él como quien se limita a decir lo evidente sin requerir respuesta.

De todos modos, Emmanuelle quiso hacer constar:

—Es lo único que deseo.

De pronto, deseó más. Para que su sumisión fuera completa, tenía que ser pública. Debía, pues, proclamarse. Era preciso que la gente dispusiera no ya sólo de su carne, sino también de su reputación. Que su posesión no fuera un secreto de alcoba, sino que fuera para sus amos timbre de gloria ante el mundo.

—¿Dirás por ahí que me has hecho tuya? —preguntó.

—¡Claro que no! —se defendió el oficial, sorprendido.

—¿Por qué no? ¿No les gusta a los hombres hablar de las mujeres a las que han conquistado?

—No de las que son como tú.

—¿Acaso yo no sería suficiente honra para ti?

Él se limitó a reír, desconcertado. No se imaginaba qué se proponía ella, a no ser que le sometiera a una prueba de un hermetismo muy especial, desligado del mundo… y de la época. Estaban sentados frente a frente en el inmenso diván, Emmanuelle replegada sobre sí misma, y él, con las piernas de lado, sin tocarse.

—Si no te avergüenzas de mí, no disimules —dijo ella—. A mí me halagará que digas a tus camaradas que has estado conmigo.

—¿Hablas en serio? —Miró a Emmanuelle y, al comprender que ella no bromeaba, aumentó su perplejidad—. Eres… Tiene gracia. Me figuraba exactamente lo contrario… ¿Es una especie de exhibicionismo?

Emmanuelle emitió con la garganta un sonido que bien podía tomarse por una respuesta afirmativa. No creía que el vocablo expresara correctamente lo que ella pensaba, pero no era el momento de perderse en sutilidades. Además, la carga de erotismo pasivo que tenía la palabra tampoco la disgustaba.

—Bueno, si tú insistes… lo diré.

Él comprobó que la perspectiva le excitaba. El placer que iba a experimentar con Emmanuelle volvería a él cada vez que lo describiera, puntualizando que era ella quien solicitaba su

indiscreción. Su deseo se acrecentó con tal violencia que estuvo a punto de poseerla allí mismo. Pero no. Tenía pensado algo mejor. De todos modos, para acabar de disipar su incredulidad, preguntó:

—¿Quieres que revele tu verdadero nombre?

—Sí, por favor.

No cabía duda. La idea de que su nueva lubricidad se convirtiera en tema de conversación engolosinaba a aquella mujer. Seguramente se trataba de una especie de perverso refinamiento.

—Eres una criatura extraña —le dijo con cierta rudeza—. Desde que llegaste a Bangkok, has sido fiel a tu marido, incluso demasiado fiel para el gusto de algunos. Y esta noche, de buenas a primeras, te pasas al otro extremo. ¿Por qué ahora este golpe de efecto?

—Te equivocas —dijo Emmanuelle con calma—. Siempre he sido así.

Sinceramente, ella no creía que se hubiera operado en su ser una transformación, y mucho menos que ella se hubiera «transformado» en una noche. Mario la había ayudado, sí, pero no tanto a cambiar como a crecer. A tomar conciencia de su derecho a ser ella misma. Quizá, también, a tomar conciencia de su deber de ser ella misma. Pero a Emmanuelle no le gustaba pensar en el amor como en un deber. A este respecto, su preceptor no había acabado de convencerla…

El hombre de mar la miraba sin pronunciarse. Sin embargo, al ver que ella se disponía a decir algo, se levantó con brusquedad.

—¡Estamos perdiendo el tiempo en palabrería! —cortó—. ¡Vamos!

La tomó del antebrazo con fuerza.

—¿Adónde la llevas? —protestó Ariane—. ¡No nos la quites, es nuestra!

—Por el momento, es mía —rectificó él.

—¿Volverás? —le gritó Ariane mientras se alejaban.

Emmanuelle le hizo una seña tranquilizadora.

5

La hetaira

> ¿Qué sería de nuestro espíritu, Dios mío,
> si no tuviera el pan de las cosas
> terrenales para alimentarse,
> ni el vino de las bellezas
> creadas para embriagarse?
> … El camino que pisamos para elevarnos
> está hecho de materia.
>
> R. P. Pierre Teilhard de Chardin

A la una de la madrugada se sirvió en Maligâth un consomé de guindillas y pimientos verdes aromatizado con licor de corteza de limón, albahaca y menta, sopa de calamares con corazones de loto y pimienta de Java, aletas de tiburón sobre un lecho de huevas de cangrejo, sepia cortada en finas laminillas que no permitían adivinar la forma obscena ni el aspecto poco apetitoso del animal, pinzas de langosta rellenas de cardamomo, barracuda macerada en leche de coco y estofada con veintisiete variedades de plantas aromáticas importadas de contrabando de China, Indonesia y Vietnam, minúsculos pájaros asados a la parrilla de los que no había que olvidar comer el pico largo y tierno, las patas crujientes y el cráneo cremoso de crestas de pintada, y patas de gallo sazonadas con areca y salvia que quemaban la lengua, y filamentos translúcidos, irisados y gelatinosos que hubieran podido ser fideos pero que en realidad habían sido extraídos de los cilios venenosos de la ortiga de mar, que es macho en su juventud, hermafrodita en la edad adulta y hembra en la vejez. Este plato se servía crudo —pero eso no se decía— y era rico en proteínas y fósforo, aunque insípido.

Unos jóvenes con las nalgas desnudas y sin más prenda de vestir que un cinturón que llevaban sobre las caderas, del que pendía por delante una especie de minúsculo delantal hecho de cadenas de plata dorada que dejaban entrever el sexo, y unas muchachitas de senos incipientes, que llevaban el pubis adornado con flores de jazmín, de hibisco o de plumeria, y al cuello un cordón de seda del que colgaba un amuleto de marfil con ribetes de oro en forma de falo, de un tamaño suficiente para que algunos de los invitados pudieran utilizarlos durante la velada para desflorarlas (porque habían sido elegidas vírgenes y al acabar la fiesta ya no debían serlo), circulaban por salones y terrazas ofreciendo estos manjares, así como coloquíntidas partidas por la mitad, en las que flotaban huevos de tortuga en un caldo de nido de golondrina, curry de cocodrilo, salsa de hígado de ardilla, croquetas de cobra, setas cocidas con polen y polvo de cuerna de ciervo blanda, tallos de bambú y palmas salteadas al aceite de ostra, así como pequeños pucheros de esmalte tapados que contenían sesos frescos de mono.

Emmanuelle prueba de todo y, a los postres, se deleita con unas raíces confitadas de mandrágora, escarabajos y faleras helados, bebe licor caliente de Kuang Tong, cerveza de arroz de Korat y «agua de sol» del sur, áspera como un latigazo. Al terminar la cena, no sabe bien si lleva allí un día, una hora, un año o toda la vida.

Y no sabe en qué parte del palacio se encuentra. Está sentada en el suelo, entre personas a las que no ha visto nunca, que hablan, ríen y descansan y con las que se siente bien. Un hombre alto y moreno, tendido en la mullida alfombra de lana azul, apoya la nuca en los muslos de Emmanuelle. Otro le acaricia los pies. Su corazón canta barcarolas: ¡dulce noche, hermosa noche!

Poco después, el príncipe va a buscarla para llevarla a su mesa, que está en otro salón. La presenta. La gente la rodea, hombres y mujeres la admiran, le acarician el pelo, le besan los labios, la enlazan por el talle. A ella le cuesta distinguirlos. Tiene calor. Así lo dice a su anfitrión, quien, tomándola de la mano, la aparta de los invitados y la lleva a un patio.

El aire libre la reanima. ¿Puede ponerse el vestido? El príncipe asiente, llama a un criado y da una orden. Mientras esperan, Emmanuelle se pregunta si el joven podrá encontrar su hermosa

túnica de jade. No quisiera perderla. Pero ya la trae, y también el cinturón y el broche de oro: no ha olvidado nada. Con un ademán, el criado indica dónde encontrará un espejo para arreglarse, perfumes para refrescarse la piel y un cepillo para el pelo. Ella le da las gracias y él saluda juntando las manos delante del rostro e inclinando la frente.

—Ven conmigo —dijo el príncipe—. Aún no has visto mis jardines. Un paseo nos hará bien.

«¿También él me hará el amor?», se pregunta ella.

Todavía no se ha repuesto del trato que le ha dado el marino.

Sigue al dueño del palacio por entre fuentes y viveros de plantas, tratando de adivinar si la poseerá sobre uno de esos céspedes regados por los surtidores o en un banco de gres rosa bajo las raíces aéreas de una higuera de Bengala. ¿Se quitará ese extraño ropaje adamascado que le da aspecto de figura de biombo? Tal vez así pierda parte de su majestad.

Dos jóvenes, a las que su llegada ahuyenta de un cenador, desaparecen en dos saltos, abandonando allí sus *sarongs*. Emmanuelle lamenta que sus cuerpos de gamo se hayan perdido de vista tan pronto.

—Sé que te gustan las mujeres. ¿Has encontrado en mi casa esta noche alguna que fuera de tu agrado?

Ella se siente conmovida.

—¡Todo el mundo parece saber tantas cosas de mí! Y no llevo aquí más que tres semanas… ¿Es que la ciudad entera no se ocupa más que de mí?

—La ciudad entera tal vez no, pero sí una ciudad dentro de la ciudad. ¿Y cómo no se ha de interesar apasionadamente por ti, si estaba esperándote desde siempre?

—¿Por qué? En esta ciudad secreta, si no me equivoco, todas las mujeres se parecen a mí…

—«No se puede amar más que a la propia hermana, gemela o siamesa», dijo un hombre prestigioso. Es natural que los oriundos del antiguo Siam te queramos.

—¿Y Anna Maria Serguine no es hermana vuestra? —pregunta Emmanuelle en tono poco conciliador.

Pero no es fácil discutir con el príncipe:

—¿Quién sabe? —murmura—. A veces, se necesita toda una vida para conocer al hermano. O, incluso, varias vidas.

—¿Creéis que se puede volver a nacer?

—No lo sé. Ni siquiera sé si se puede morir.

—Yo no quiero morir.

—Entonces no morirás. —La invita a sentarse en unas gradas de mármol que conducen a una piscina—. Escucha este poema de un joven ingeniero chino de nuestro tiempo:

La montaña es mi almohada,
mi techo es el cielo:
mañana destruiré la montaña
y el cielo no caerá.

Emmanuelle siente todavía un nudo en la garganta:

—Yo sé qué hacer con mi vida, pero ¿qué haré con mi muerte?

El príncipe la mira con simpatía y responde:

—«Si no conozco la vida, ¿cómo conoceré la muerte?». Así hablaba Confucio. ¿De qué sirve atormentarse?

—Yo no pensaba en eso. Pero Anna Maria ha venido a recordarme mis postrimerías y desde entonces no puedo apartar de mi mente esa idea.

—Piensa lo que quieras —dijo el príncipe—, pero no debes tener miedo. Si escondes la cabeza porque la existencia o el fin de la existencia te parecen un misterio, acabarás por ver a Dios. Y, después, tendrás miedo de Él. ¡Ya ves lo que habrás adelantado!

Emmanuelle no puede contener la risa, pero ríe con el corazón oprimido. El príncipe la anima:

—Un escritor de tu país, Georges Bataille, habla sabiamente cuando dice: «No lo digo por jactarme, pero la muerte me parece lo más risible que hay en el mundo».

—Yo no lo creo así —confiesa Emmanuelle.

El príncipe sonríe. Ella suspira:

—No sé lo que ocurre, pero desde hace dos o tres días todo me lleva a lo mismo. Nunca había hecho tanto el amor… y nunca había hablado tanto de la muerte. Y lo uno no va con lo otro.

—¿Por qué no? Al contrario, nada más lógico. Lo que da valor a

la vida incita a querer conservarla.

—Exactamente. Y habrá que perderlo todo.

—¿Quién puede saberlo? Mario Serghini me ha dicho que te gustan las matemáticas. Ellas deberían ayudarte a comprenderlo. Al parecer, los cálculos de tus sabios han demostrado que, al alcanzar la velocidad de la luz, la materia en movimiento se contrae hasta desaparecer. Y, ciertamente, desaparece a nuestros ojos y para nuestros instrumentos, pero ¿quién se atrevería a decir que ha dejado de existir? Nosotros mismos, en este planeta, por las mismas causas y en la misma medida, hace tiempo que dejamos de existir para los que nos observaban desde el otro extremo del universo. Nos sumergimos en el abismo de velocidad, que nos pareció que se tragaba sus galaxias a diez mil millones de años luz de la nuestra. Y nada ya volverá a hacernos visibles los unos a los otros. Pero, acaso separados por una desconcertante constante de la naturaleza, por un enigma de los números, ellos y nosotros seguimos viviendo en sistemas distintos, en espacios incomunicables, cada uno a su manera. No hay que entristecerse si nuestros sentidos nos dejan solos un instante, como la androide Hadaly, pesando rayos de estrellas muertas en la noche.

—Es verdad —repuso Emmanuelle—, lo sé.

—Entonces sabes que el tiempo no conduce al infierno. El futuro no es la muerte del presente. Simplemente, es otra vertiente. Antes no conocíamos más que una cara de la luna. ¿Acaso no era la otra cara la muerte? Tal vez en la muerte sigamos siendo nosotros mismos vistos por otros, visibles de otro modo…

Emmanuelle se sentía a un tiempo feliz y con ganas de llorar. Sin duda eso era también la felicidad, esa presencia de las lágrimas venideras en un rostro radiante de vida. Con la cabeza echada hacia atrás, casi rozando el mármol de las gradas con su cabello negro, con el corazón lleno de esperanza y desesperación, contemplaba esas estrellas tan lejanas que, a cada segundo de su vida, se extinguían en las fronteras del espacio, llevándose en su caída sibilina aquella parcela de amor que ella les consagraba y aquel sueño fantástico, que ella albergaba y que no podría dejar de albergar, de conocerlas un día, de vivir lo bastante, de correr lo bastante para rodear con sus brazos sus hombros y su cintura de

fuego.

Un hombre se sentó cerca de ellos. Sus cabellos, de color rojo oscuro y muy cortos, acentuaban su juventud. Emmanuelle lo encontró interesante y no se sintió muy incomodada por la intrusión.

—Michael —dijo el príncipe—, a esta joven le conviene más tu compañía que la mía. Distraela.

Ella protestó. Le gustaba estar con el príncipe y no quería que la «distrajeran». Pero su anfitrión le tomó una mano y la puso entre las del joven:

—Id los dos a nadar con mis cisnes —dijo.

El agua de la laguna, iluminada por las blancas puntas de los lotos y la luz de la luna, parecía invitadora. Emmanuelle adelantó un pie y la encontró tibia. Se volvió hacia el recién llegado, consultándole con la mirada. Él la animó con una sonrisa. Entonces ella se desasió, se apartó unos pasos y se llevó la mano al hombro para desabrocharse la lechuza de oro.

A pesar de que había estado desnuda la mayor parte de la noche, le parecía que el ademán que iba a hacer ahora para desvestirse, de pie en medio del jardín, en la oscuridad transparente, la exponía más que la desnudez en sí. Un tremendo pudor le entorpecía los dedos. Después, la idea de que sus acompañantes esperaban precisamente que ella les regalara su metamorfosis le dio valor. Desnudarse adquiría entonces un sentido, era un acto erótico, con su protocolo y sus solemnes prolegómenos. Se alegró de no estar desnuda todavía, para poder realizar un acto hermoso al desnudarse, dando así forma a algo más que una belleza inmóvil y acabada: una belleza naciente, el momento alado en que la arcilla se convierte en seno, vientre, piernas y figura.

Se desabrochó el cinturón y el viento hinchó su túnica, que le cayó hasta la cintura, descubriendo su espalda doblada, hendida por un largo surco. Durante un instante, la tela se le pegó a las caderas, envolviéndole los muslos y los tobillos en esos pliegues con que los escultores tanto gustaban de ornar la efigie de Venus. Porque, ciertamente, parecía surgida de un sueño de la Antigüedad, tan parecida a la imagen preservada a lo largo de los siglos en el

corazón de los hombres que su aparición inducía a la incredulidad.

Sin duda la visión duró apenas un instante, y debió de bastar un movimiento de sus largos cabellos, el perfil de un seno o la moderna esbeltez del talle para que la estatua perdiera su divinidad; pero el cuerpo vivo se había impregnado de su gracia y conservaba el aura de un prestigio y unos poderes distintos de los de la carne. De pronto, los hombres tendían sus manos no hacia la hermosura humana de Emmanuelle, más perfecta que las curvas divinas, sino hacia el espejismo de piedra que durante un instante le infundió la magia de su irrealidad inmortal. ¿Quién iba a mirar los senos de roca de la Afrodita de Cnido, ni aunque hubieran cobrado vida, al lado de los senos de Emmanuelle? Y, sin embargo, por inimitable que fuera la perfección de sus senos femeninos, nadie entregaría a la Emmanuelle de carne ese amor inefable que consumía a los que, en los templos y grutas en los que la tenían prisionera, violaron a la diosa de piedra, esa diosa cuyo torso fulminado por el rayo interrogan todavía los hombres, sin comprender.

El príncipe y Michael, sin decir palabra, contemplaban cómo la aparición se fundía en las aguas. Las ondas de la laguna la quebraron; ella se desmenuzaba, sus fragmentos dejaban de ser. Acabó por desaparecer del todo y sólo quedó flotando la nube de su cabellera, como esa mancha negra que queda en la superficie cuando el mar se traga la galera, con sus ánforas decoradas con doncellas, sus danzas piadosas y sus sueños de islas.

Michael se desvistió y se unió a Emmanuelle, entre las fucsias y los jazmines que rozaban el agua, perfumándola. Los dos flotaron, enredándose en los largos tallos de las plantas acuáticas, o se sumergieron bajo las grandes hojas planas de los nenúfares gigantes, de los que se asegura que pueden soportar el peso de un hombre. El príncipe se había ido. Ellos se abrazaron. Los senos de Emmanuelle se estremecieron al rozar la verga del joven, larga y rígida como una flauta, que delataba su deseo. Trató de hacerle el amor en el agua; torpemente, porque sus cuerpos resbalaban y él era demasiado impaciente y fuerte. De todos modos, consiguió penetrar en ella y arrancarle gritos de placer y, a la vez, de dolor. Ella le suplicó que le permitiera volver a la orilla. Allí le acarició con la lengua y con los dedos, con el vientre y con los muslos, y

entre sus senos, que oprimía para que el pene quedara ceñido por ellos como por una vagina de virgen. Por fin, Emmanuelle extrajo borbotones de espeso semen, tan abundantes que casi llenaban el hueco de sus manos. Ella se las llevó a los labios y luego las tendió a su amante.

—¿Quieres?

Él movió negativamente la cabeza, riendo, pero acercó la mejilla a la de ella para verla beber, y los cabellos húmedos de Emmanuelle le cubrieron los hombros, como si sus cuerpos no tuvieran más que una cabeza.

Después, ella sintió frío y él la cubrió con su cuerpo, y se susurraron frases de amor.

Orión está encima de ellos, con su espada salpicada de nebulosas y gemas en el cinto, cuya fórmula cabalística se repite Emmanuelle: Anilam, Alnitak, Mintaka… Su pensamiento se diluye en un sueño.

Ella se despertó, dolorida e incapaz de explicarse qué hacía allí, en aquel parque, bajo el peso de un hombre desnudo e inerte al que no había visto nunca y que tal vez estuviera muerto… Su pánico remitió a medida que fue recobrando la memoria, pero no quería seguir allí. Pidió a su compañero que la llevara a casa. Estaba cansada. Tenía sueño y quería dormir en su cama, días y días, como una marmota…

Él le dijo que todavía era pronto, que había que esperar el amanecer. Emmanuelle estaba contrariada. Lo mejor sería tratar de encontrar a Mario. Se puso la túnica. Su piel estaba seca y el contacto de la seda le devolvió la serenidad. Pero le hubiera gustado poder peinarse el pelo enmarañado, del que sus dedos extraían pétalos húmedos y hojas secas. Recordó que en el palacio había cuartos de baño adornados con objetos de plata y marfil, en los que te atendían unos adolescentes de ojos abiertos de admiración y deseo. Buscó a uno de ellos y dejó a su acompañante en la puerta, diciéndole que no la esperara.

Se bañó en agua muy caliente, se hizo secar, empolvar, perfumar, friccionar, acariciar, peinar, y hubiera pasado allí el resto de la noche si el príncipe, advertido sin duda por Michael, no hubiera ido a buscarla.

—Muchos de mis invitados se lamentan de que hayas sido

acaparada. ¿No quieres atajar sus quejas?

—Hace poco, cuando crucé la casa, me pareció que el ardor general se había entibiado. Y también que no había ya tantos hombres. Creí que habrían ido a acostarse.

—La oligandria suele acechar en estas reuniones —bromeó el príncipe—. Pero el espíritu debe reanimar a la carne. He reunido en lugar propicio a un pequeño grupo de hetairas para las que los anteriores juegos no han sido sino un preludio. Tú misma, ¿has hecho hasta ahora algo más que perder entretenidamente el tiempo?

—A propósito, ¿quién era ese muchacho tan guapo al que me entregasteis en el parque?

—¿Michael? Creí que le conocías. Es el agregado naval de Estados Unidos.

Emmanuelle no pestañeó, a pesar de que estaba anonadada. ¡El hermano de Bee! ¡Había hecho el amor con él sin sospechar nada! ¿Cómo había podido estar tan ciega? Aquella mirada…, los mismos labios, la misma sonrisa, el porte altivo…, ¡hasta la manera de hablar! Más que su hermano, parecía su doble. ¡Y ella no lo había reconocido!

Se dejó llevar por el príncipe, sin ver nada de lo que la rodeaba, hasta una puerta de madera clara, casi color heces de vino, gastada como la cubierta de un barco y con pequeñas incrustaciones en forma de líneas que creaban rombos, con pesados goznes, bordes tachonados y pasadores de barra con figuras que podían ser simbólicas pero cuyo significado Emmanuelle, en aquellos momentos, no sentía deseos de descifrar.

Su guía empujó el batiente y la hizo entrar delante de él. Ella tiritó, pues, debido a los climatizadores, la pieza parecía fría en comparación con el aire de la noche. Un vaho rojizo le nubló la vista. Se respiraba un aroma áspero y penetrante, diríase que chino, definido y complejo a la vez, a jengibre o quizá a azafrán, aunque más a hierbas o especias que a flores —o quizá a madera, un perfume de paisaje más que de hombre o de mujer—, que parecía brotar de la penumbra. Ella sintió que se ceñía a su cuerpo y se adhería a su piel.

Al principio no distinguió más que unas lámparas oblongas, de

base hexagonal y vidrio grueso, colocadas a ras del suelo, con unas pantallas diminutas de plaquitas de plata que dibujaban en las alfombras cuadrículas de sombras difuminadas, invitando a un juego de la rayuela trucado o a un pillapilla de cojos. Unos almohadones planos y anchos, de dimensiones y espesores diversos, pero siempre rectangulares o cuadrados, nunca ovalados ni redondos, forrados de fieltro amarillo azufre, terciopelo turquesa, pieles poco espesas, redes de pescar ennegrecidas por tinta de sepia o de un tejido de plumas parecido al que usan los maoríes para sus adornos, destacaban suavemente, a la luz tenue, sobre las alfombras blancas.

Aunque sus ojos se acostumbraron pronto a aquella extraña oscuridad —coloreada y casi palpable— que cambiaba constantemente de densidad —tal vez porque la removía el aire que corría al abrir la puerta—, Emmanuelle no podía distinguir más allá de un largo de cuerpo. Y lo único que veía con nitidez eran tres mujeres, aún más jóvenes que ella, tendidas sobre los almohadones. Estaban tumbadas boca arriba, sin tocarse, con las piernas muy abiertas. Una de ellas era la hija del príncipe. Alrededor, en el límite del alcance de las lámparas, se adivinaban las siluetas de unos hombres que las miraban, cuyo contorno cambiaba con la densidad del vapor.

Emmanuelle se volvió hacia su anfitrión. Necesitaba oír su propia voz. Pronunció el primer nombre que se le ocurrió, para sentirse menos extraña en medio de tantos azares:

—Ariane, ¿está aquí?

—¿Deseas que esté? —dijo el príncipe—. Diré que la traigan.

—¡No, no! —se apresuró a contestar Emmanuelle, como si sintiera que había cometido una incorrección. Luego, afectando desenvoltura preguntó: ¿Se lo ha pasado bien ella?

Se dio cuenta de que había hablado en pasado, como si la fiesta hubiera terminado.

—Creo que esta noche ha tenido más éxito que nadie —dijo su anfitrión con una sonrisa.

«¿Por qué?», se preguntó Emmanuelle. Entonces notó que semejante posibilidad la molestaba.

—¿Más que yo? —se oyó protestar a sí misma. En su voz había

una nota de orgullo y una inquietud extraña—. ¿Es por ser más hermosa? —preguntó esforzándose por que sonara a broma.

—No —declaró Ormeasena.

—Entonces, si yo soy más hermosa que ella, me corresponde tener más amantes. ¡Más que nadie! —Su voz sonó triunfante en la sala roja.

Un hombre salió de la sombra y la tomó por las muñecas.

—Eso hemos de decidirlo nosotros —dijo.

Ella lo reconoció y se turbó. Era el marino.

El hombre la hizo avanzar y la niebla se iba abriendo ante ella, revelando otros cuerpos, la mayoría de hombre. Unos eran juveniles, casi adolescentes, con aspecto de pilotos de guerra anglosajones, con pelo corto y transparente. Otros, maduros, morenos, con pómulos siberianos y ojos burlones y voluntariosos. Otros más… Había de todo.

Unas manos ejercieron presión sobre sus hombros y ella se sentó sobre una tela fría y resbaladiza. Alguien la tocó. Le abrieron las piernas y enseguida las manos se deslizaron sobre su vientre, sin darle siquiera tiempo de desnudarse, sin besarla ni hablarle. Ella no se atrevía a tenderse, aunque imaginaba que iban a poseerla entre varios y su boca estaba dispuesta. Las manos que hurgaban entre sus piernas le hacían daño, pero ella no se quejaba; aquellas manos la abrían sin miramientos y exploraban profundamente. Esperaba todavía más y estaba dispuesta a aceptarlo. Sintió una oleada de orgullo y alegría al descubrir que no tenía miedo. Ni miedo a que dañaran su cuerpo ni timidez.

A una orden del marino, las manos se apartaron de ella y la liberaron. Incluso podía pensar que estaba sola, pues bastaba que sus pretendientes se colocaran a la distancia de un brazo para que se diluyeran en la oscuridad.

Aquella nube perfumada dibujaba alrededor de ella un círculo de vacío, como al conjuro de una varita mágica.

—Traed a Ariane —dijo un corifeo invisible.

Y se oyó salir a alguien.

Entró una bocanada de calor. Emmanuelle observó que tenía la oportunidad, sin duda la última, de salir de aquella cámara. Sabía que nadie haría nada por retenerla. Le dejaban elegir. Por eso

estaba abierta la puerta.

Se quedó. No por respeto humano, por pereza ni por fatalismo, sino porque lo deseaba. Sentía el deseo en la garganta, a cada lado de la laringe, como si una mano hubiera empezado a apretar suavemente. Empezó a notar calor en la lengua. Se le aceleraba el pulso y sentía las sienes tibias. Era una forma de deseo que hasta entonces no había conocido. ¡Que se dieran prisa! «Ya ven que estoy dispuesta», se decía, «que pueden servirse de mi cuerpo para lo que quieran».

—¿Qué quiere que le hagan? —interrogó la voz del director del juego, y Emmanuelle sonrió ante la ironía de la fórmula.

No sabía si éste había interpretado mal su sonrisa, o si fue por respeto a los convencionalismos, pero el caso es que el marino le preguntó:

—¿Prefieres hombre o mujer? —Pero antes de que ella pudiera responder, él añadió—: Claro que, en realidad, eso no tiene importancia. En el erotismo, alcanzado cierto nivel, el sexo no existe. —Adoptó de nuevo un tono autoritario para ordenarle—: ¡Muéstrate!

Emmanuelle se inclinó hacia atrás, apoyándose en el codo izquierdo. Abrió la falda de su vestido y descubrió el pubis, del que habían caído ya casi todas las perlas. Dobló una rodilla y separó la pierna derecha. Con dos dedos, se abrió lentamente los labios de la vulva.

—¡Adelante! —dijo el oficial.

Ella comprendió que se dirigía a los hombres que la rodeaban. ¿Cuántos habría? Ni siquiera tenía idea de las dimensiones de la sala. ¿Y si eran cien? ¡Bah! Después de una noche como aquélla, no todos estarían en condiciones de aprovecharse de ella.

Su verdadera preocupación, aunque no se atrevía a confesársela con sinceridad, era que quedaran los suficientes para que el experimento no resultara humillante. Sintió cierto alivio cuando un hombre alto y desnudo, de cabello crespo y labios abultados —seguramente era un negro— se arrodilló entre sus piernas, le apartó la mano e inclinó el torso, sosteniéndose con un brazo y sujetando con otro un pene duro y ardiente, tanto como pudiera desear Emmanuelle. De todos modos, se hubiera conformado con una talla

menos impresionante, sobre todo para el primer asalto.

Por pundonor, ella no gritó mientras él la forzaba, pero las lágrimas le resbalaban por las mejillas como si hubiera sido virgen. Aquel miembro no se acababa nunca: Emmanuelle ignoraba que ella misma fuera tan profunda. Cuando el hombre alcanzó al fin su objetivo, sin haberse empleado todavía a fondo, tuvo la delicadeza de no empezar a ir y venir en un momento en el que ella sentía todavía mucho dolor y se limitó a imprimir con el vientre y los muslos un lento movimiento de rotación a su glande, aprovechando su volumen y rigidez para distender lateralmente los tejidos internos de Emmanuelle. Cuando ésta empezó a humedecerse, él la abrazó mientras dejaba oír los primeros sonidos de placer.

Entonces, el hombre desató súbitamente su furia, retirándose para volver a penetrar salvajemente y haciéndola gritar a cada movimiento. Al parecer, sus gritos no sirvieron más que para excitarle, y pronto él se puso a gritar a su vez, con voz ronca y casi inhumana, mientras un esperma que debía de ser espeso y abundante manó de las esclusas de su cuerpo, inundándola de tal modo que casi inmediatamente ella sintió su sabor en las papilas de la lengua. Él prolongó el coito hasta mucho tiempo después de haber eyaculado, apoyado en el pecho de su víctima, con la cara hundida en su cabello y las nalgas estremecidas por espasmos que parecían engendrarse unos a otros y que procuraban a Emmanuelle una sensación nueva, desgarradora, ácida y picante. Ella ronroneaba junto a la áspera mejilla, la mordía, la besaba, mientras entrecortaba con sollozos aquella divagación de sus sentidos.

El hombre siguió perforándola y trabajándola con la misma testarudez violenta y el mismo frenesí durante mucho rato, más de lo que Emmanuelle lo había sido nunca, y ella gozó más de lo que nunca había gozado. En un momento de lucidez entre un éxtasis y otro, pensó que el amor siempre podía ser algo más. Si el desconocido no la hubiera poseído, tal vez ella hubiera ignorado siempre que se pudiera gozar tanto.

«Tengo que superarme», pensaba exhortándose a sí misma. «Esta noche tengo que superarme».

Pero cuando un último orgasmo, más intenso que los demás, la fulminó como el rayo, no quiso seguir gozando. Se hizo en ella, tras

el fuego y el vendaval, una calma soberana, una lucidez y una serenidad sin par. Si lo que antes había sentido era el placer, este nuevo estado era sin duda la felicidad.

El hombre prodigó de nuevo su semen con un gruñido. Luego se quedó inmóvil, como si lo hubieran asesinado. Otros se lo llevaron y ocuparon su puesto. Y ella, a su vez, ya no supo nada más.

Cuando volvió en sí, se preguntó cuántos amantes había tenido sin darse cuenta.

«Tengo que contarlos», se riñó. «De lo contrario, no merece la pena».

Y mientras los hombres iban poseyéndola, ella descubrió un nuevo deleite que no era ya un paroxismo sensual, sino un goce cerebral, aún más fascinante que el otro. Se dijo que había conseguido sustituir el orgasmo carnal, el orgasmo del cuerpo, por el orgasmo erótico, el orgasmo de la mente. Entregarse por deseo no es nada; el erotismo consiste en entregarse por voluntad. El erotismo empieza allí donde termina lo esperado; quizá sólo empiece, con toda su majestad y su pleno sentido, allí donde termina el placer. No hay más belleza que la que viene a destiempo.

Ahora le preocupaba ver que algunos la gozaban con excesiva lentitud. Y es que quería que pudieran gozarla todos. ¡Qué decepción si se impacientaban o se desinteresaban de ella y acababan por resignarse!

Sólo se tranquilizaba —momentáneamente— cuando sentía que un hombre se derramaba en ella, porque entonces cedería el puesto a otro. Y lo que más le complacía era el movimiento que hacía el que se retiraba, al alzar el busto y doblar la rodilla para pasar por encima de la pierna de Emmanuelle y desaparecer en la sombra, sin ponerse en pie siquiera. En esa habitación todo parecía suceder a ras del suelo, y la verticalidad parecía estar desterrada. Sentía también un impulso, que tenía el sabor del amor, hacia el que tomaba el relevo y se arrodillaba entre sus piernas o se tendía sobre ella, según sus preferencias, y penetraba en ella con la sola fuerza de su miembro, si podía, o ayudándose con la mano, que era lo más frecuente.

Unos anclaban su boca en la de ella, mientras sus caderas buscaban el ritmo que diera a sus sexos agotados un placer acorde.

Otros se mantenían a distancia, con los brazos extendidos, mirándola, mientras gozaban de su cuerpo. Para todos, ella ponía en práctica la ciencia que había aprendido de Jean y que aumentaba su placer. Cuando sus movimientos provocaban en su pareja un estertor de éxtasis, ella dedicaba a su marido un pensamiento de gratitud y amor, por haber hecho de ella una amante tan experta como no lo era cuando le hizo el don de su erótica virginidad de lesbiana.

Por un acuerdo tácito, o tal vez porque el marino así lo había decidido, nadie la acariciaba. Ahora bien, aquellos brazos sin indulgencia, que de ordinario ella hubiera considerado ofensivos, se adaptaban al estado de ánimo que ella tenía en ese momento. No deseaba sino hacer gozar: quería verse como un instrumento de placer para muchos hombres. Que les gustara su vagina y las sensaciones que de ella extraían sus penes; que gozaran con egoísmo, sin pensar en ella. Ella tenía algo que valía más: el afán de superación propio del arte. Y utilizaba su talento amoroso, su inventiva y su voluntad para procurarles la mayor satisfacción, para que pudieran decir de ella en la ciudad que era grata de poseer, tan complaciente y diligente como la mejor de las prostitutas, y más inesperada.

Llegó un momento en que sintió dolor. Y otro en que dejó de sentir, y otro en que hasta se cansó de pensar. Por fin, se cansaron de gozar de ella. Y entonces ella se dio cuenta de que se había olvidado de contar.

Mucho más tarde, la despertó una voz. La habitación parecía haberse enfriado aún más. ¿Se habrían marchado algunos de sus ocupantes?

Emmanuelle tardó un momento en saber quién le hablaba. No obstante, había más luz que antes. Pero sus ojos estaban cegados por el sueño. Por fin reconoció al ser que estaba de pie, encima de ella, con una pierna a cada lado, ¡y qué piernas! Y, sobre todo, en su convergencia, ¡qué soberbio promontorio, sensual y opulento, bajo aquellas crines de fuego! Recordaba haber admirado ya aquel pelaje en un pubis abombado hasta lo anormal, que una diminuta braguita de bikini hendía sin disimular apenas. Había deseado a

aquella muchacha precisamente a causa de la estrecha franja de algodón blanco, calculada para que descubriera no sólo el vello sino la vulva entera, ya que desaparecía entre sus labios, haciéndola salir y atrayendo sobre ella la mirada de la gente más que una franca desnudez. En aquel momento, Emmanuelle casi echaba de menos el dichoso bikini. Pero era una suerte que aquel pubis agresivo se ofreciera a su mirada y, por poco que se incorporara, a sus labios. ¡No! Sería aún mejor que descendiera hasta su boca y se posara en ella como un trocito salado de un marisco, apagándole la sed con sus aguas.

De pronto, un nuevo estremecimiento sacudió sus sentidos, hasta entonces aletargados. Pero aquel ser enigmático no se movía.

—Yo te conozco —dijo al fin Emmanuelle, como para convencerse de que la aparición no era efecto de un sueño—. Te he visto en la piscina. Pero no sé cómo te llamas. Eres el leoncito.

—Me llamo Mervée —dijo la joven—. Los romanos prefieren llamarme Fiamma, porque los quemo, o Renata, porque renazco de mis cenizas. Mi amante me llama Mara, que es el nombre de un demonio indio. Pero también soy Maya. Y Lilith.

—Está bien eso de tener tantos nombres —aprobó Emmanuelle, aunque un poco atónita.

—Tengo otros, pero esta noche no me van. Los que te he dicho son los que uso cuando estoy desnuda. —Y añadió, entornando los ojos, sin sonreír—: Naturalmente, también tengo nombres de muchacho, cuando lo soy.

Emmanuelle arqueó las cejas. Luego, decidió aceptar la situación. Después de todo, nada era imposible para tan extraño animal. No opuso sino una pequeña objeción:

—De todos modos, espero que conserves ese vello cuando te conviertas en hombre.

«Sería una lástima que lo perdiera», pensó. «Esa selva increíble, más espesa y larga que la mía. Y tan dorada. Dorada como el oro de los chinos, que parece esmaltado en rojo. Hombre o mujer, poco importa. Me gustaría hacerle el amor».

Buscó con la mirada la hendidura orlada de ese vello flamígero.

El animal la examinaba a su vez. Por fin se pronunció:

—Lástima que no vinieras antes a Tailandia. Te hubiera vendido

cara. —Frunció los labios, como para dar a entender que no había que dramatizar, y explicó—: No importa. Ya se presentará la ocasión.

—¿Vendes mujeres? —inquirió Emmanuelle, aunque sin esperar respuesta.

Al mismo tiempo, pensaba que el leoncito pertenecía a una especie que no conocía ni vicio ni virtud, ni culpables ni inocentes. Ni edad, seguramente. Porque, ¿quién podía saber si tenía diez años, como su cara, veinte, como sus senos, o una eternidad, como aquel sexo que debía de ser el de un ángel… o el de un demonio?

—¿Dónde está Ariane? —preguntó entonces Emmanuelle.

Mervée le miraba los labios con una extraña fijeza.

—Ven conmigo al cuarto de baño —dijo, pero en tono plácido, como si no diera importancia, ni siquiera un significado concreto, a su proposición.

«¿Por qué?», se preguntaba Emmanuelle. Estaba segura de que no sería para hacer el amor, por lo menos no para hacerlo como todo el mundo. Lo adivinó vagamente. Del león-mujer podía esperarse cualquier cosa. Estaba a punto de acceder. Pero tendría que levantarse…

Se produjo un movimiento de hombres que, antes de que Emmanuelle pudiera advertirlo o intervenir, alejó de allí a Mervée. Siguiendo el ritmo por el que parecían alternarse en Maligâth las colaciones y el amor, aparecieron fuentes de vituallas y bebidas. Llegaban oportunamente, pues en ese instante descubrió que tenía hambre.

No recordaba a sus compañeros de mesa —o, para ser exactos, de almohadón—, pero le parecieron guapos. ¿Estaban entre los que la habían poseído poco antes? No tenía más que preguntar, pero, pensándolo mejor, ¿no sería más emocionante permanecer en la incertidumbre?

Trajeron pipas de opio. La bruma se tiñó de azul y se impregnó de otro aroma más. Emmanuelle no se sintió tentada. Le bastaba haberlo probado una vez. Oyó que alguien declamaba: «El aire es tan dulce que impide morir…».

¿Dónde había leído ella eso? No conseguía recordarlo. Ya no tenía sueño. Pero soñaba despierta, por el cansancio.

—¿Qué piensas hacer con tu marido? —preguntó un muchacho que en ese momento estaba a su lado.

Ella se limitó a hacer un ademán evasivo. El tema era complejo.

—Aquí está Ariane —anunció una voz.

Pero la puerta no se había abierto; Emmanuelle tampoco percibió movimiento alguno y no vio a nadie.

Tenía sed.

—Toma —le dijo el joven, dándole de beber y sosteniéndola por los hombros—. De verdad que me gustaría volver a hacerte el amor. Pero, realmente, estoy agotado.

«Y yo», piensa Emmanuelle. «Pero no importa. No se puede hacer siempre lo mismo. Mira su cuerpo. Es extraño verse aquí, entre tanta gente, completamente desnuda». Entonces, ¿la han desnudado? No se había dado cuenta. Sus piernas están separadas. Las junta. Se dice que un sexo que nadie toca es ridículo. Y ella no se siente con ánimo de tocarlo, a aquellas horas. ¿Y qué hora debe ser? ¿Y dónde está su vestido? Esta vez sí que se habrá perdido. ¿Cómo volverá a casa?

—Me pregunto qué voy a decirle a Jean.

El hombre inclinó la cabeza, compartiendo su preocupación. Tuvo una idea:

—Ofrécele a Mara —sugirió.

«Entonces, este joven es el amante de Mara», se dice Emmanuelle.

—Deberíais vivir los tres juntos —añade él con súbita convicción —. Estaríais muy bien. No cabe duda: eso es lo que más os conviene.

¿Por qué Mara, o Renata, o Fiamma o como se llame?, quisiera preguntar Emmanuelle. ¿Por qué ella y no Ariane o, mejor aún, Marie-Anne? U otra cualquiera. Anna Maria, por ejemplo, no estaría mal. Pero no quiere hacer un desprecio a ese muchacho para el que, evidentemente, no hay mujer en el mundo más digna de ser amada que su amante.

—Sí —dice Emmanuelle—. Me gustaría.

—No hay tiempo que perder —se impacienta él—. Es ridículo que tú y Jean os perdáis todas estas ocasiones.

«¿Qué ocasiones?», se pregunta Emmanuelle sin verdadera

curiosidad. «¿Y qué combinación es mejor: dos mujeres y un hombre o una mujer y dos hombres?». Esta última fórmula le parece bastante tentadora. El otro hombre podría ser Christopher, por ejemplo. O Mario. No; Mario, no. Tampoco Christopher.

—¿Qué opinas? —preguntó ella, después de cinco minutos de somnolencia.

—Me parece más lógico dos mujeres, puesto que tú eres lesbiana. Pero, de todos modos, lo esencial es empezar. Que sea de un modo o de otro es secundario. Te mandaré mi libro.

—¿Trata del triángulo amoroso?

—Entre otras cosas.

—Pues tengo que leerlo. Porque todavía no veo cómo hay que organizarse. No debe de ser fácil. Como bailar tres.

—Poco más o menos.

Emmanuelle se sorprendió de que su compañero se mostrara tan complaciente. Él añadió entonces:

—Aún más difícil. ¡Y por fortuna! Mala señal si la cosa marcha sobre ruedas, ¿no te parece? ¿Dónde estaría entonces el interés? Lo fácil no va con nosotros.

«No hacemos estas cosas para divertirnos», reflexionó Emmanuelle. «Estamos aquí para dar su oportunidad a la especie del mañana. No para desafiar a la moral ni para prescindir de ella, sino para crear otra. La de Galahad ya no sirve cuando se avanza entre los astros. Para cultivar las manzanas de la sidra en la tierra de antaño, podía bastar la moral de antaño: para ser dignos de explorar Betelgeuse, hay que encontrar algo mejor.

»¡Vaya!», descubrió. «Me parezco a Mario».

—Me sorprendería que nosotros cambiáramos —añadió en voz alta—. Pero si queremos hijos que sean más avanzados que nosotros, sin duda hay que obtenerlos así.

Él movió gravemente la cabeza.

—¡Cuidado! Eres una sentimental.

—¿Yo sentimental? —exclamó ella, sintiéndose ofendida.

—Todo el mundo lo es. Somos inteligentes, pero nuestros sentimientos llevan retraso con respecto a nuestros conocimientos. Pensamos como Einstein y amamos como Pablo y Virginia.

Ella se encogió de hombros.

—Las leyes de Einstein no se aplican ni se aplicarán nunca al amor —dijo—. El amor no es una propiedad de la naturaleza.

—¡Exactamente! —convino su compañero—. ¡Exactamente! De ahí vienen todos los problemas. Los hombres sólo pueden amar tontamente. Ésa es la tragedia de la especie. Debemos nuestra inteligencia a una organización de la materia que, por el momento, escapa a nuestras capacidades; pero nosotros solos, sin ayuda, hemos encontrado el medio de inventar el amor. No es de extrañar que la obra tenga sus arrugas.

—El universo es una pieza de percal lisa y fría —dijo Emmanuelle—. El hombre ha marcado pliegues para embellecerla. Al menos eso es lo que hay que creer; en realidad, lo ha hecho para orientarse.

—La plancha del tiempo los alisará. Si vuelves dentro de unos cuantos miles de siglos, ya me dirás si encuentras la menor huella de tus pliegues.

—Es posible que el amor ya no esté —dijo Emmanuelle—, pero su huella sí.

El hombre bebió de un trago el contenido de una gran copa y cambió bruscamente de tono, quizá incluso de tema:

—Acostarse con un montón de gente una noche de orgía no es más que una fantasía. Lo que haces ahora es como tomarte unas vacaciones. Es una excepción a tu día a día. Te evades de la moral, no construyes otra.

—Te equivocas. Lo que hago esta noche lo hago porque sé que está bien.

—«Todas las cosas son puras para los puros, nada es impuro en sí mismo», dijo san Pablo. Pero también dijo: «Todo está permitido, pero no todo es edificante». Si quieres cambiar el mundo, no creas que lo conseguirás viniendo a esta fiesta. Empieza por aplicar tu moral en tu casa, todos los días de la semana. Tu conducta dirá algo, tendrá valor de prueba, validez, cuando del modo de vida de Maligâth hagas tu norma de vida. Mientras durante el día seas una mujer según el modelo legal, ¿qué puede importarme que a la puesta del sol te conviertas en súcubo? Empezaré a impresionarme cuando me digan, por ejemplo, que has casado a Jean con Mara. O que has conseguido que tu marido te ofrezca a sus amigos después

de la cena. No a escondidas, sino ante toda la ciudad. Y no sólo la noche de San Juan: todos los días. —Y terminó con un ademán de agotamiento que indicaba que este esfuerzo sería el último—: Ni el impudor, ni el adulterio, ni el libertinaje me interesan si se consideran travesuras, expansiones, juegos secretos, pequeños pecados. Si quieres que te crea, debes demostrar con tu conducta en público, con orgullo y con insolencia, que reivindicas como tu bien la hermosura de mostrarte desnuda y la libertad de gozar y de hacer gozar a las mentes y a los cuerpos. Es un testimonio de virtud, es decir, de sinceridad y de valor. No aceptes ser la mujer ligera de un marido burlado. Proclama y manifiesta que estar casada con un hombre no te impide amar a otros al mismo tiempo. Mostraos juntos ante todo el mundo. Que el estupor de los que no se atreven a ser tus amantes alimente tu fama, sin comprometer, ¡quién sabe!, sus posibilidades. Tal vez un día tus dedos encantados toquen sus órganos entumecidos y hasta ellos lleguen a ser hombres. ¡Pero no! Tu magia sería para ellos una excusa más para negarse a pensar. Resiste, pues, a la tentación de hacer milagros. Será mejor que demuestres tus teorías ajustándote a los métodos de la razón. No invites a tus contemporáneos más que a verte vivir y a meditar. El éxito de tus experimentos, conocidos y verificables por todos, como deben ser los de toda ciencia, enseñará a los que te rodean que las asociaciones amorosas y las intimidades carnales simultáneas, la multiplicidad de las pasiones, cada una de ellas irreductible a la otra, irreemplazable, no son un desorden de los sentidos, imputables a un defecto del alma, sino la vocación de la edad adulta, y que no podemos seguir siendo niños más tiempo. La infancia nos aburre, no queremos seguir jugando a la rayuela de los amores fieles, a la peonza de los amores celosos ni a las cuatro esquinas de los amores burlados. Ya estamos hartos de las promesas de un día, de las lágrimas de siempre, de los amores que matan y de los amores muertos. Tenemos ganas de vivir como las personas capaces de todo que somos, para las que ya pasó el tiempo de las azotainas y los castigos.

Se calla. Emmanuelle se levanta, procurando no despertarle. Se pregunta si volverá a ver a Mervée. Se topa con los herrajes de la puerta. Todavía no tenía intención de irse, pero puesto que la salida

está ahí, sale. Cruza una galería desierta. Hace calor. Aparece otra sala, en la que parece haber animación. Y entonces distingue a Mario y da un grito de alegría. Él no la ha oído ni la ha visto, ocupado, al parecer, en honrar a algún Ganimedes.

Está medio vuelto de espaldas a Emmanuelle. Ella se acerca, conteniendo la risa, y mira por encima del hombre el cuerpo desnudo que yace delante de él. Es Bee.

Emmanuelle siente que le da un vuelco el corazón. ¡Su casta Bee! ¡Mario, ese Mario que no goza con las mujeres, copulando con la amante que ella no pudo conservar! Quiere mirar, pero las lágrimas le nublan la vista. Aprieta los labios, da media vuelta, cruza la sala corriendo, huye no sabe adónde, se pierde, tropieza, jadea en vestíbulos y avenidas en los que ya no reconoce nada.

De pronto, ve a Ariane, sentada entre otras personas. Emmanuelle cae de rodillas delante de ella y apoya la cabeza en sus rodillas:

—¡Sácame de aquí! —suplica—. Quiero irme. ¡Vámonos!

—¿Qué te pasa, gacela? —se burla suavemente Ariane—. ¿Alguien te ha hecho daño?

—No. No es nada. Nada. Quiero volver a casa.

—¿A tu casa? ¡Pero si no hay nadie! ¿Qué vas a hacer?

—Entonces, llévame a la tuya.

—¿Lo deseas de verdad?

—Sí.

—¿Te quedarás?

—¡Sí, sí!

—¿Serás mía?

—Te lo prometo.

—¿Para siempre?

—Ya lo ves. Sólo te tengo a ti.

Ariane se inclina y le da un beso.

—Ven.

Emmanuelle agita su pelo suelto.

—Haré lo que tú quieras.

Su amiga la lleva de la mano por el mármol lunar y el césped.

—Estoy desnuda —se lamenta Emmanuelle en tono de niña.

—¿Y qué importa eso?

Durante el trayecto en coche no hablan. La sien de Emmanuelle descansa sobre el hombro de Ariane. El día va apagando una a una las luces de las calles. Los autobuses pasan ruidosamente y los vendedores de fruta pregonan su mercancía. En los cruces, cuando el coche se para ante algún semáforo, los chiquillos se cuelgan de las portezuelas, con los ojos desorbitados, y gritan con estupor y alarma al ver a aquella muchacha desnuda sobre el cuero negro.

El portero abre la verja de la Embajada. El río, delante de la vieja fachada, es un hervidero de barcas que rebullen entre una algarabía de gritos y silbidos. Las dos mujeres suben la escalera y entran en la habitación de Ariane, en la que flota un perfume de helechos. Emmanuelle se tiende en la cama, con los brazos en cruz y las rodillas dobladas. La voz de Ariane le llega como en sueños.

La condesa se quita el quimono que se había puesto al salir de Maligâth. Abre cuidadosamente una puerta y se desliza a la habitación contigua:

—Ven a ver esto —dice, llevándose el índice a los labios.

Su marido se levanta y la acompaña hasta la cama.

—Mira —murmura ella con arrobamiento—. Es mía. Te la prestaré.

Le hace una seña para que se vaya y se echa junto a Emmanuelle, la abraza y se duerme a su vez.

6

Para mayor felicidad de Ariane

Deseo tener en casa
a una mujer con uso de razón…

Guillaume Apollinaire, *El bestiario o Cortejo de Orfeo*

El sacramento del matrimonio no se confirma más
que por el sacrilegio.

Pierre Klossowski, *Le Souffl eur ou Le théâtre de société*

Vivir con Ariane anula los días y las noches. ¿Desde cuándo está allí Emmanuelle? ¿Ha vuelto ya su marido? Ha perdido la noción del tiempo.

—Cada vez que vea que no te acaricias, te pegaré —la previno Ariane.

Y cumple su palabra. Lleva la cuenta exacta de las horas que Emmanuelle pasa gozando. Si ésta duerme demasiado o invierte mucho tiempo en arreglarse o en comer, es castigada. Se acostumbra a no levantarse ya de la cama. Allí aprende un ritmo y una intensidad que todavía no conocía.

—Has de ser insaciable —le exhorta su preceptora.

Y Emmanuelle se percata, asombrada, de que ya lo es.

Uno de los temas favoritos de Ariane es el elogio de lo que ella llama la *auterastia*.

—Ni la naturaleza ni la ciudad la necesitan más de lo que puedan necesitar a un buen jugador de bolos… Hacer el amor es tan indispensable como comer o respirar; masturbarse es perder el tiempo, como lo es pensar, pintar seres improbables en rectángulos de lienzo o inventar melodías para flauta… Si quieres saber mi

opinión, masturbarse es poesía.

O dice también:

—Creo que podría soportar que te cansaras del amor. Pero que dejes de masturbarte…, antes quisiera verte muerta.

Y:

—Antes de querer saber nada más de una muchacha a la que acabes de conocer, pregúntale cuántas veces se masturba al día: si lo hace menos que tú, ¿de qué puede servirte?

O:

—¿Te das cuenta de que hay hombres que se casan sin ni siquiera estar seguros de que su mujer se masturba? ¿Qué clase de amor puede haber entre ellos?

Y observa:

—Es verdad, hay hombres que se casan con mujeres a las que no les gustan las mujeres. ¡En la naturaleza cabe toda clase de aberraciones!

Ariane obliga a su prisionera a acariciarse hasta el síncope. Entonces se tiende sobre su cuerpo inerte y se frota contra sus muslos, contra su vientre, sus senos o su cara, y busca el goce.

O bien, si sus deseos son otros, se tiende de espaldas con las manos en la nuca y Emmanuelle la lame. El clítoris de Ariane es duro y sobresale: perfecto. Se puede chupar como un pene. Emmanuelle lo tiene en la boca durante horas.

Cuando Ariane se cansa, llama a Gilbert.

—Ahora tú —dice.

Él colma a Emmanuelle de esperma dos, tres, cuatro veces al día. Sólo le hace el amor a ella. Si eyacula en la vulva, Ariane acerca luego sus labios y saborea el licor hermafrodita que rebosa.

—¿No crees que Emmanuelle sería para ti la esposa ideal? —le pregunta un día—. Y también sería muy práctico para tus amigos. Podrían gozar de ella todas las veces que quisieran.

Cuando están solas, instruye a Emmanuelle.

—Es imposible que un solo marido te baste —le dice.

—Pero ¿no te basta a ti? —se asombra su amiga.

—A mí me gusta regalar mis maridos.

—¿Tus maridos? ¿Has tenido muchos?

La bella condesa se ríe.

—Estoy hablando de los que han de venir.

Emmanuelle se siente bruscamente preocupada:

—¿Ya no te gusta Gilbert?

—¿De dónde has sacado semejante idea?

—Si me lo regalas…

—Si no me gustara, no te lo ofrecería.

—¿Sólo deseas compartirlo?

—No es eso. Además, yo no deseo nada. Me horrorizan los planes y los proyectos. Me gusta tomar las cosas como vienen. Lo que viene siempre es bueno.

—Está bien si conservas a tu marido, y bien está si no lo conservas, ¿no es eso?

—Exactamente.

—Es porque no le quieres.

—¿Ah, sí? —dice Ariane, con tal expresión que Emmanuelle se siente avergonzada y pregunta:

—Ariane, ¿no será que quieres probarlo todo por el placer de probar?

—Eso es la inteligencia, ¿no?

—¿Y nada te parece mal?

—Sí: todo aquello que priva, todo lo que excluye. Y todos los que se niegan a aprender. Toda esa gente que vive como larvas, en su virtud mezquina, satisfecha de su justo medio, vanagloriándose de no querer saber más, diciendo a voces que no hace esto o lo otro porque no le gusta… Y si les preguntas qué espina encontraron para no querer repetir, ¡sorpresa!, resulta que nunca lo han probado. ¿Entonces…? Es como decir que no te gustan los marcianos. La esencia del mal es deleitarse en la propia ignorancia y en la propia mediocridad. Es renunciar a la curiosidad, al experimento, al descubrimiento.

—Pero también se puede probar una cosa y que no te guste.

—Si se es bien nacido, todo tiene que gustar.

—Uno se cansa también de lo que le gusta.

—No si sabes renovarte. Y dices: «El otro día, fulano me tomó. ¡Qué bien hace el amor!». Porque el amor siempre es bueno, cuando se hace con alguien nuevo.

—Entonces, ¿por qué casarse?

—Porque también eso hay que conocerlo. Además, ¿piensas que el matrimonio es una cárcel? Hay que casarse para ser más libres. Una mujer inteligente sabe que tendrá más amantes después del matrimonio que antes. ¿No es ésa ya una buena razón?

—Eso estaría bien si los maridos estuvieran de acuerdo… Pero las mujeres se casan para poder acostarse con muchos hombres, y los hombres se casan con ellas para que sólo se acuesten con ellos.

—¡Pues que los eduquen, en lugar de lamentarse!

—¿A riesgo de perderlos?

—Si es preciso… —dice Ariane—. Cualquier cosa antes que retroceder.

—Tú que tienes un marido que piensa como tú, ¿por qué quieres separarte?

—¿Quién te ha dicho semejante cosa?

—Le induces a que se case conmigo.

—¿Y eso es separarme de él?

—Si ya no es tu marido… ¿No dices que lo que priva, lo que excluye, es malo?

—¿Y qué? ¿Acaso tendríamos que privarnos el uno del otro? Aunque Gilbert tenga otra esposa y físicamente nos separe medio mundo, yo siempre existiré para él.

—¿Aunque te cases con otro?

—¿Dejaré por ello de ser Ariane? Simplemente, querré más a otro hombre.

—Sin embargo…

—Cada amor tiene su propio lugar. Ningún amor sustituye a otro. Ninguno impide que otro encuentre su sitio.

—Si Gilbert tiene una mujer que no eres tú, si tú tienes un marido que no es él y no volvéis a veros más, ¿qué tendréis en común?

—El amor. ¿Te parece poco?

Emmanuelle está perpleja. Ariane explica:

—Él y yo nos amamos del mismo modo, no con esa clase de amor que consiste en mirarse a los ojos y tomarse de las manos. Para nosotros, la mayor satisfacción es que el otro pueda tener todas las oportunidades posibles.

—Pero ¿acaso no está bien vivir con el hombre que una quiere?

—Sí. No te he dicho lo contrario.

—Un poco.

—Me parece que no. Yo sólo sé que la vida está hecha de intercambios, y que eso es bueno. No me importa que también esté hecha de inconstancia y de incertidumbre. ¿Que el precio de vivir es lo desconocido? Bien, sea: me lanzo, vivo. Pero si tú crees que conoces tu objetivo, que has encontrado tu forma de vida y sólo te importa conservarla, si tus sueños están calcificados, entonces tienes derecho a la estabilidad que concuerda con tu edad: un lugar entre los cráneos y las tibias seguros de su futuro, en el osario de las aprensiones calmadas. —Ariane de Saynes sonríe a sus antepasados moralistas—: Que Gilbert sigue siendo mi marido, yo encantada, desde luego. Pero encantada también si los dos decidimos empezar de nuevo, partir hacia otra aventura. Cambiar no es perder: hay que temer a lo que se opone al cambio. Lo que hay entre él y yo sólo puede arrebatármelo una cosa. —Ariane mira a su invitada con gesto pensativo—: Si Gilbert se muere, me mataré. Tú no sabes aún qué es el amor.

—Tal vez no —conviene Emmanuelle—. Quizá tengas razón y todavía no sepa qué es. Pero estoy aprendiendo.

*

Otro día, Emmanuelle recuerda los misterios de Maligâth.

—¿Quién es la muchacha de la melena leonada?

—Una comendadora de nuestra orden.

—¡Debió de ingresar muy joven!

—Se distinguió por sus méritos muy pronto.

—Me gustaría conocerla.

—Si quieres, puedo presentártela.

—No te molestes. Ya están hechas las presentaciones. Pero no pasamos de ahí.

—¿Adónde esperabas llegar?

—¡Vaya pregunta!

—Ten cuidado, no te quemes las alas en la llama.

—¡Pero qué prudente te has vuelto! Tú que dices que hay que probarlo todo…

—No sé hasta dónde piensas llegar.

—Dime mejor a qué peligros me expongo.

—Hay placeres que hacen morir.

—¿De qué se trata? ¿Drogas prohibidas?

—No las que tú imaginas. Pero no me preguntes más.

—De todos modos…, ¿tú los probaste?

—Ya te he dicho que no te contestaría.

—De todos modos, me gustaría entregarme a Mervée.

—¿Y qué te hace pensar que ella quiera algo de ti?

—¿No basta que quiera yo?

Ariane la mira con satisfacción.

—Dime, ¿de verdad te gustan las mujeres más que los hombres?

Emmanuelle reflexiona, frunciendo el entrecejo. Está indecisa.

—Sinceramente, no lo sé. Me encanta mirarlas. Me gusta tocarles los senos, meter la lengua en su boca, gozar sobre ellas y que gocen sobre mí. Me gusta sentir sus muslos entre los míos y su vulva en mi lengua… —Permanece un instante soñadora y admite—: Pero también me gusta el esperma. Y que algo me penetre.

—Ese último servicio puedo prestártelo yo también.

—No es lo mismo.

—Puede ser mejor todavía.

—Depende de lo que introduzcas —tantea Emmanuelle.

—Decide. ¿Prefieres que llame a un hombre o aceptas confiarte a mis cuidados?

—Hazlo tú.

Ariane se inclina y le da un beso.

—En recompensa, te dejaré que bebas de Gilbert. —Saca un cofre redondo, tapizado de cuero de Florencia, con adornos de oro viejo, del tamaño de una sombrerera. Parece pesar mucho. Lo pone encima de la cama—. Prueba a abrirlo.

Emmanuelle busca el cierre o la cerradura. No la hay.

—Es una caja llena de secretos. Mira.

Ariane, con gesto triunfante, mete la uña en una ranura e inmediatamente salta la tapa. La levanta. Emmanuelle bate palmas, saltando de rodillas en la cama.

Espaciada de modo irregular, de altura desigual, caprichosa de color y de forma, se yergue, vertical, una insólita plantación de falos.

Unos parecen serpientes; otros, grandes setas, como morillas. Los hay rectilíneos, de glande rechoncho, con el meato vuelto hacia el cielo; arqueados, de tipo oriental, labios bridados y tinte cobrizo; largos, cortos, esbeltos, regordetes, lisos, rugosos… No se ve su extremidad inferior, que desaparece en alveolos de terciopelo, grandes o pequeños, según los casos.

Su dueña va sacándolos del joyero, uno a uno, orgullosamente. Los de espuma tienen la suavidad y la elasticidad de la piel, y sus tallas van desde la tranca hasta la espiga. Algunos terminan en una pera de goma. Si se oprime, el glande se hincha y duplica su volumen. Los de porcelana o cerámica son alegres, algunos incluso decorados, y pueden eyacular agua o crema. Los de madera, pintada o pulida, recuerdan a Emmanuelle el templo al que la llevó Mario una noche, su turbación y también la exaltación que le produjo aquella primera osadía. ¡Cuántos progresos ha hecho desde entonces!

Sopesa un consolador de ébano, con las venas en relieve, negras y nudosas como las raíces de una higuera de Bengala. Hay otros adornados con mechones de pelos ásperos, verrugas y lunares de nailon que no le llaman la atención. Por el contrario, no le importa que el material sea raro. Por ejemplo, la entusiasma ese *olisbos* de marfil amarillento, curvas suaves, cantos gastados y pátina sedosa. ¡Y qué lujo, tener en casa semejante pieza de orfebrería cuyos testículos han sido cincelados del natural, no cabe duda! Su tacto es frío y turbador. Le gustaría probarlo.

Pero Ariane tiene otros planes.

—Deja esas naturalezas muertas —le dice— y dame tu opinión acerca de estos inventos.

Ofrece al examen de su alumna un objeto de marfil blanco —por lo tanto, más reciente que el que ésta admirara antes— y de forma un tanto sorprendente. En vez de tratar de modelar un órgano plausible, el artista dio rienda suelta a la imaginación y creó una especie de plátano corto y ventrudo, redondeado en los extremos. Emmanuelle se pregunta cómo se mantendrá en su sitio cuando está

colocado. Sin duda desaparecería en el interior de la vagina.

—Ha sido diseñado precisamente para eso —explica Ariane—. No hay que servirse de él como de un amante, imprimiéndole un vaivén, no. Hay que ponérselo y conservarlo dentro. Después se recomienda pasear o sentarse en una mecedora.

—¿Por qué en una mecedora?

—Porque está hueco y contiene mercurio que circula por su interior libremente, dividiéndolo, agolpándose en un extremo o en otro… Total: que no para ni un momento. No imaginas las cosas que puede revelarte sobre ti misma.

—Voy a averiguarlo inmediatamente.

—Espera. Antes mira este otro.

El siguiente modelo, a primera vista, no tiene nada de particular. Es de metal brillante y no muy atractivo. Sus dimensiones son razonables, y su forma, tradicional. Pero su peso intriga a Emmanuelle. Y también el cordón acoplado a su base, que termina en una clavija.

—¿Un amante eléctrico? —pregunta.

—Un príapo que da vibromasaje. Proporciona, en el mismo centro del lugar en cuestión, esas sensaciones que tanto te impresionaron, a pesar de ser sólo periféricas, en aquella casa de baños a la que te llevé una mañana.

—Debe de ser muy instructivo.

—No está mal. Pero hay cosas mejores. Mira.

Saca de un estuche un aparato totalmente distinto. Imita tan bien la carne que Emmanuelle tiene un sobresalto. ¿Se lo habrán cortado a un hombre? Y es que no sólo podrían hacerlo creer así la suavidad, la movilidad, las arrugas y los pliegues de la piel, sino el calor vital que exhala. No se puede tocar sin cierta angustia. Emmanuelle se domina y lo oprime con la mano: inmediatamente se endurece, se hincha, crece y simula una erección. Ella grita del susto y lo suelta. Afortunadamente, cae en la cama. No se habrá hecho daño.

—¡Es horrible! —protesta—. ¡Eso te lo habrá dado el diablo!

Ariane se echa a reír con cierto desdén:

—No te creía tan maniquea.

Recoge el objeto de su supuesto pacto con el diablo y lo acaricia

negligentemente. De inmediato aquello se congestiona, enrojece y le late en la mano. El glande está tan tumefacto y la piel tan tirante que parece a punto de estallar. Sus dimensiones son imponentes. Los testículos, teñidos de púrpura, tiemblan.

—¿Lo ves? Todas estas cosas las hace cuando está colocado en su lugar. Y una no tiene que ocuparse de nada. Tú puedes permanecer completamente quieta, que él lo hace todo: se dilata, se contrae, reduce su longitud y su diámetro, se ensancha de nuevo, se alarga, se endurece como un tendón; cambia de temperatura, se pone en trance, se agita, se retuerce, se debate, y si todas estas cosas no llegaran a conmoverte, emite un cierto tipo de ondas que te estremecen hasta el tuétano. Una vez has conocido esto, incluso el mejor dotado de los galanes te parece una fruslería.

Emmanuelle no parece convencida. Mira el homúnculo con desconfianza.

—Y por último —concluye Ariane—, cuando le parece que ya has gozado bastante, eyacula.

—¿Me tomas por idiota?

—Si no me crees, pruébalo.

Emmanuelle no se siente tentada en absoluto. La verdad es que la cosa le da miedo.

—¿Qué tiene dentro?

—Todo un sistema electrónico de pilas, con circuitos impresos y transistores. Parece ser que no se necesita mucha brujería para fabricarlo.

—Es posible. De todos modos, lo encuentro demasiado cibernético para mí —declara Emmanuelle—. Yo no necesito utensilios tan complicados para gozar.

—Lo sé. Pero no es malo salirse de lo corriente. —Se queda pensativa unos momentos y añade—: En materia de erotismo, yo te aconsejo la exuberancia. Me gustaría ver la cara que pondrías si te llevara a una casa que yo sé, donde ponen a tu disposición mecanismos mucho más perfeccionados que este juguete. Pero ya veo que eres enemiga del progreso.

Emmanuelle, su pupila, que huele la provocación, no dice ni pío.

Ariane insiste:

—¿No quieres que te lo cuente?

La curiosidad vence la resistencia de Emmanuelle. Su anfitriona estima que puede poner sus condiciones:

—¿Qué me darás a cambio de mi historia?

—Me desharé de mis últimos pudores.

—Esta tarde, para jugar al tenis, te pondrás la faldita plisada que te llega a ras de las nalgas, y debajo, nada. Cederás con complacencia a los embates del viento y los secundarás con tus saltitos.

—Y todo eso, ¿para quién?

—Para Caminade. Él todavía no te ha visto. Eso le hará reflexionar.

—Nunca me habías hablado de él.

—No tengo nada que decir. Para mí no existe más que como interrogante.

—¿Es joven o viejo?

—De tu edad.

—¡Qué suerte tiene!

—¿Y cómo no te casaste con un adolescente? Da la impresión de que a ti te gusta la inocencia.

—Necesitaba a una persona mayor para que me instruyera. Pero ¿no crees que mis estudios me cualifican ya para ser maestra?

—¿Con unas filas de niños a los que enseñarías las piernas hasta hacerles morir?

—Ya me ayudarías tú a infundirles ganas de vivir. Nos repartiríamos las clases.

—Pues empieza por examinar a mi Caminade.

—¿En qué asignatura te parece que está más flojo?

—En satisfacción. Cuando estés en clase, ¿qué harás para que tus alumnos no enfermen de deseo frustrado y se conviertan en hombres parecidos a los hombres de hoy?

—Les haré soñar y yo convertiré sus sueños en realidad.

—Ojalá consigas que aprendan a no negarse nada. ¡Cómo cambiaría el mundo!

—Me has dicho que tú habías sido iniciada en los secretos de sus últimos avances científicos.

—No vayas a creer que, porque son sobrehumanos, las máquinas y los robots deban sustituir a los hombres.

—Entonces, ¿para qué sirven?

—Nos ayudan a esperar.

—¿A que los hombres valgan tanto como sus inventos?

—¡No pidamos tanto! Simplemente, que los hombres vengan al mundo.

Ariane se pone cómoda, con la nuca en la ingle de Emmanuelle, y acaricia con una mano un seno de su amiga, pellizcando suavemente el pezón y sosteniendo delicadamente con la otra su propio seno.

—Imagínate una pared de acero, fría como un acantilado, con hileras de interruptores, palancas, esferas y pulsadores. Las otras tres paredes están tapizadas de seda, aquí lila, allá color ciruela o cualquier otro color, pues hay varias cabinas: una sola no sería suficiente, con tantas clientas. Las celdas no son muy grandes: miden dos metros de largo por uno y medio de ancho, y son lo bastante altas para que se pueda estar de pie. Desde luego, nada de ventanas. La luz proviene de unos tubos disimulados a media altura en los tabiques. Es uniforme, bastante viva y fría. El aire está acondicionado. Una música casi imperceptible y bastante extraña angustia más que complace. Da la impresión de un laboratorio o una clínica, muy moderna, anónima, impecable; mucho más que un gabinete. Una impresión no muy tranquilizadora al principio. En primer lugar, porque no sabe uno dónde colocarse. No hay silla ni cama. —Ariane se concede unos segundos para sentir mejor la caricia de sus dedos, suspira suavemente y continúa—: Evidentemente, uno comprende enseguida que tiene que tenderse en el suelo. Basta observar el revestimiento. También es de seda, pero más gruesa, más blanda que la de las paredes. Está pespunteada a rombos, como un edredón antiguo, sobre una capa de plumón y gomaespuma elástica y mullida como el más lujoso de los colchones. Según seas o no habitual, la puerta situada frente al cuadro de instrumentos, tapizada como todo lo demás, se cierra y te quedas sola, o bien una operadora, un operador o los dos, a tu elección, se quedan contigo para enseñarte el funcionamiento del aparato y te explican para qué sirven los pulsadores, agujas y lámparas de colores, sin la menor posibilidad de que lo entiendas y, además, tanto a ellos como a ti os tiene sin cuidado. Si eres tú,

Emmanuelle, la que está allí, te falta tiempo para ponerte a hacer el amor con los operadores y la máquina queda descartada. Has tirado el dinero. Pero vamos a suponer que se trata de alguien menos impulsivo, con más discernimiento…

—Tú, por ejemplo.

—Por ejemplo. Después de escuchar las explicaciones del técnico y sin comprender de ellas más que lo indispensable, lo despido y me coloco siguiendo las instrucciones, es decir, tendida de espaldas, con las piernas hacia la pared de metal y, naturalmente, los pies separados. En ese momento advierto que el techo que creía desnudo se anima: en él se dibujan unas formas, se esbozan unos movimientos, aparecen unos tonos carnosos. Y no tardan en representarse allí las más eróticas escenas en las que se entremezclan géneros, números y edades: vejestorios que despabilan a niñas; mozalbetes que hacen el amor entre sí; cinco salvajes que gozan al mismo tiempo de una prisionera, aprovechando todos los conductos y, después, guarnecida con otros manjares, la disponen sobre una mesa de banquete; ninfas que copulan con centauros y con cisnes, y modernas jovencitas que fornican con burros pequeños y perros grandes. Esta proyección licenciosa bastaría por sí misma para excitar la carne, pero es que, además, mis pies tropiezan con unos grandes pedales de suave tacto: si oprimo uno u otro, aunque sea ligeramente, de la pared surgen, alternativa o simultáneamente, según la habilidad con que me sirva de los mandos, unos brazos anillados parecidos a tubos flexibles de ducha pero que más bien te recuerdan impresionantes serpientes cromadas. Como supondrás, el extremo está formado por un soberbio miembro viril. Y no hay dos iguales. Unos son «frescos como carne de niños, suaves como la música del oboe, verdes como las praderas. Otros, corrompidos, opulentos, triunfantes…».

—¡Hum!

—«… con la expansión de las cosas infinitas». ¡Imagina los transportes del espíritu y de los sentidos! Pero hay que escoger, decidirse por cuál empezar. Y aquí es donde se revela el genio del inventor. Porque, por mucha práctica que tengas, por hábiles que sean los impulsos que comuniques a los pedales, nunca, y sólo por casualidad, podrán dirigir hacia ti al amante que hayas elegido. En

cuanto te decides, aquellas vergas mágicas que, mientras tú reflexionabas, no han dejado de extender hacia ti sus tallos y que son ya tan largas como cobras, empiezan una danza oculta, balanceándose, ondulándose, cruzándose, enrollándose y desenrollándose indolentemente, azotando el aire con la languidez de los juncos, avanzando bruscamente en picado hacia ti, para contraerse de nuevo cuando te alcanzan, volviéndote poco a poco loca de vértigo. Cuando, desesperada, vas a masturbarte, uno de aquellos odiosos y deseados reptiles te alcanza en el lugar preciso, sin fallar el blanco, rozando apenas los bordes. El contacto es tan sumamente deleitoso que inmediatamente olvidas tu rencor y gritas: «¡Oh, sí, ahí! ¡Lo quiero!». Te vuelves loca, te entregas por entero. Y haces bien, porque… ¡qué arte, qué ciencia! Esperabas sentir un frío metal y es la suavidad de un pétalo, el calor de un aliento enamorado. Temías sentirte perforada, sangrar, y es una penetración tan suave que lloras de placer. Con desaceleraciones, retornos, dilataciones y torsiones adorables: el milagro sigue penetrando en ti y tú temes que no sepa parar, pero consientes en morir. Pero la cosa sabe mejor que tú dónde empiezas y dónde terminas, y explora tus últimos límites como nadie lo hizo nunca. Estás abierta, como expuesta a una invisible lección de anatomía. Pero pronto dejas de pensar y ríes y te desvaneces y lloras y gozas y mueres y vives mucho más y tocas las estrellas con las manos.

Crees que todo ha acabado, pero las geniales plantas de tus pies siguen inspirando a aquel entrañable nido de víboras. Otra verga ocupa el lugar de la que, a una convulsión de tus piernas, se ha retirado. Nuevas sensaciones te invaden. Esta vez, con la regularidad y la fuerza de una biela, una materia desconocida circula por tu interior, más decidida e irresistible a cada impulso, y tú aúllas de placer. Cuando te abandona, jadeante, de inmediato quedas sometida a frecuencias y presiones diferentes, dilatada por dispositivos desmesurados o encogida en torno a largas y leves varillas temblorosas.

—¿Y no se para nunca?

—Por fuertes que sean los robots, no dejan de ser hombres. Llega un momento en que todos esos falos artificiales sucumben al placer, te colman de sus jugos si están en ti o te eyaculan en el

vientre, los senos o la cara si en aquel momento están suspendidos en el aire. Su esperma tiene la riqueza de los más selectos almizcles. Si quieres, te lo ofrecen en la boca y, por una vez, puedes beber hasta saciarte, ya que, a diferencia de los amantes de carne, ellos no regatean sus sustancias. Y van manando hasta colmar tu sed, que es insaciable. Una a una, las grandes vergas anilladas se deslizan en tu boca, más suculentas y voluptuosas que cualquier mucosa humana, y vierten, en lentos y abundantes chorros, licores sexuales, cada uno de un aroma completamente distinto. Su sabor es tan exquisito e intenso que te embriaga. Cuando la máquina dé la señal, irán a buscarte a tu celda y te llevarán a una habitación en la que unos clientes que pagan una fortuna por este privilegio gozarán de ti antes de que recobres el conocimiento. De este modo, tu visita reporta a los hábiles gerentes del establecimiento múltiples beneficios: las fuertes sumas que tú satisfaces para utilizar la máquina automática, y el precio de tu cuerpo, que ellos venden sin que tú te enteres.

Ariane saca del cofre de cuero dos falos de espuma muy largos, iguales y rematados por glandes anormalmente abultados. Los desenrosca por la base, convirtiéndolos en un chirimbolo doble, con un pliegue en medio. Lo arquea oprimiéndolo con las manos. Sin duda tiene en su interior una varilla que hace las veces de resorte, pues una vez que ha comprobado su elasticidad aproximando los dos glandes, se distiende recobrando su curvatura original.

Ariane hunde el falo todo lo que puede en la vagina de Emmanuelle y, después, colocándose de manera que su pubis se acerque progresivamente al de su amiga, se empala en la otra extremidad, hasta que sus vellos se entremezclan. Luego se tiende sobre ella como se tendería un amante y mueve lentamente las caderas. A cada movimiento, siente que el miembro de látex tensado por el ánima la oprime interiormente, arrancándole quejas. Aplasta con los labios la boca de Emmanuelle, ahogando sus propias palabras de amor. Sus pezones rozan los de su amante. Sus manos apartan de sí los brazos que la entrelazaban, poniéndolos en cruz, para que el cuerpo quede más expuesto. Sus duras nalgas brincan, el ritmo de sus impulsos se acelera: el espasmo de Ariane es tan parecido al de un hombre que cree sentirse eyacular. Con la

diferencia de que ella no pierde fuerzas y no para de violentar a Emmanuelle. Ésta, de orgasmo en orgasmo, ciega y sorda, con la cara inundada de lágrimas de placer, araña la espalda estatuaria de su inagotable amante. Así continúan hasta la noche, olvidando sus planes y olvidando a todos los hombres. Ni siquiera el sueño las separa. Tampoco Gilbert, que, después de contemplarlas y desearlas, sale de la habitación sonriendo, sin haberlas despertado.

*

—Gilbert, ¿cuántos amantes ha tenido Ariane?

—Muchos.

—¿Cómo empezó?

—Antes de conocerme, sólo le gustaba gozar. Yo le enseñé a que le gustara hacer gozar.

—Entonces, ¿a ti te debe su suerte?

—Nadie nace enseñado.

—¡Cuántas muchachas bien dotadas habrán muerto vírgenes por falta de un maestro!

—Sólo empiezas a dejar de ser virgen después de haberte entregado siete veces a tu séptimo amante.

—Ariane, cuéntame cómo perdiste tu castidad.

—Yo estaba prometida a Gilbert y muy enamorada de él. Todos sus amigos me apreciaban mucho y les gustaba presumir conmigo. Gilbert me confiaba a su custodia de una manera que a veces me desconcertaba. Por ejemplo, a la salida de una cena, a medianoche, se despedía y le pedía a uno o a otro que me acompañara. Al principio, eso me molestaba. ¿Se aburría conmigo? ¿Se había cansado de mí? ¿Era yo una carga para él? Después comprendí que no me dejaba porque quisiera alejarse de mí, sino para que me quedara a solas con los otros y él pudiera imaginarme con ellos. Cuando él estaba presente, le complacía ver el deseo de los demás, y por eso los invitaba. Pero su placer aumentaba si me sabía a merced de ellos. Yo aprendí pronto a compartir esta sensación, tensa y vibrante como una cuerda de piano, tanto que hacía daño, pero enseguida un extraño deleite me hacía rechinar los dientes y

frotar los muslos entre sí, bajo la falda del vestido, en el coche descapotable que avanzaba a toda velocidad en la oscuridad, apretada entre los que eran los mejores amigos de mi novio, los amigos más seguros. Él nunca me dijo nada ni yo le había preguntado. Un día, simplemente, una libertad desconocida, un poder que la víspera me faltaba todavía, nacieron en mí y me llenaron de una voluptuosidad nueva. En aquel coche, yo no hacía más que pensar en Gilbert y desearlo, pero al mismo tiempo, insensiblemente, con mis gestos acentuaba la tentación que mi compañía imponía a los muchachos. Dejaba que mis senos les rozaran el brazo o que mis hombros se abandonaran a los suyos con una confianza pérfida. Si el trayecto era largo, me dormía con la cabeza en su cuello, mientras mis cabellos les acariciaban los labios. Mis rodillas se apoyaban en sus muslos, y si su mano, como sin querer, se apoyaba en mí, yo la retenía entre las piernas, para calentarla. Me hubiera gustado dormir en su cama, pero ellos no se atrevían a proponérmelo. Y cuando nos despedíamos, delante de la verja del caserón dormido, rodeados por el silencio de los campos, yo les ofrecía las mejillas y me dejaba abrazar por el talle, abandonándome tan lánguidamente que ellos no podían por menos que imaginarse mi turbación. Al día siguiente, le decía a Gilbert cuánto me gustaban, lo bien que me sentía, sentada entre los dos, en el coche. Entonces él me hacía el amor más apasionadamente que nunca y yo sentía germinar en mí nuevas sensaciones exquisitas. Seguimos saliendo juntos. A medida que los regresos en compañía de sus amigos se repetían, mis guardas de corps se envalentonaban y mi propio deseo aumentaba. Por fin, una noche, uno de ellos me acarició el pecho. Yo le dejé, con una sensación de fatalidad que era más grata que todos los placeres que había conocido hasta entonces. Cuando, al ir a desabrocharme el vestido, sus dedos se enredaron con la cinturilla, yo misma le ayudé, casi maquinalmente. Sentí su mano en mi piel desnuda. Avanzaba lentamente, suavemente, hacia la punta del seno, la acariciaba entre dos dedos, muy bien, como a mí me gustaba. Ya estaba. Ya era suya. No sé cuánto tiempo duró el deslumbramiento, el coche iba cada vez más despacio, el que conducía, sentado a mi derecha, conservaba la expresión serena, mirando la carretera y la franja de

altos álamos iluminada por los faros. Yo sentía su cuerpo sólido contra mi costado. ¡Qué felicidad! Por fin, el coche se detuvo. Muy bien: sin que hubiésemos pronunciado una sola palabra, mis acompañantes sabían que mi abandono era total. Si no me hubiera poseído, ¡cómo los habría odiado! ¿Y hubiera podido volver a mirar a Gilbert? Ni de amar habría sido capaz. Pero también estaba bien que no se apresuraran. El primero seguía tocando sólo los senos; el otro nos contemplaba. Yo quería ofrecerme a ellos desnuda, porque sabía que les obsesionaba el deseo de verme desnuda. Hacía ya tiempo que yo trataba de acrecentar ese deseo, levantándome la falda cuando me sentaba a su lado, poniéndome escotes poco dignos de una señorita de mi clase. Y ahora tendría sobre mí, no sólo en mis senos sino en mi vientre y en todo mi cuerpo, sus ojos y sus manos, unas manos que no eran las de Gilbert, a quien yo pertenecía y al que iba a engañar antes ya de ser su esposa. Tú ya sabes lo bonito que es el adulterio de una esposa. ¿Imaginas lo que puede ser el de la novia? ¡Entregarme a los amigos de mi prometido, a los que él fingía confiarme como sólo se confía una novia, porque nunca se ha visto que tales guardianes y una tal mujer puedan abolir los mitos! ¡Ah, qué sueño inefable! Me miraba las piernas y también las miraba el que había conducido el coche. ¡Qué sensuales y provocativas! El movimiento de mi cuerpo, que se deslizaba bajo sus caricias, me subía la falda. Yo quería que vieran el vello bajo mis braguitas negras. Fue fácil. Bastó mover las caderas. Inmediatamente, la mano dejó los senos y buscó el pubis. Yo no pensaba en mis propias sensaciones físicas, y me parece que el que me acariciaba tampoco pensaba en su placer. Por fin me llevaron bajo los árboles, me hicieron un colchón con sus ropas y gozaron de mí el uno después del otro, entregándose a todo lo que habían imaginado en sus sueños más delirantes, sin atreverse siquiera a hablarlo entre sí. No sé lo que llegamos a hacer hasta que se hizo de día. Teníamos frío, estábamos empapados de rocío, extenuados. Yo tenía la espalda dolorida. ¡Pero cómo nos reíamos! Yo me veía con admiración, desnuda, convertida en una noche en este milagro, una muchacha desflorada bajo las ramas en flor, con las piernas abiertas sobre la tierra crujiente, borracha de cansancio y de felicidad.

Emmanuelle se guarda bien de interrumpir a Ariane. La escucha, apoyándose en los codos, hecha esfinge enamorada.

—Después de aquello, Gilbert y yo ya pudimos casarnos. Yo no le dije nada y, desde luego, sus amigos tampoco. No era necesario. Si el amor no intuyera estas cosas, ¿de qué serviría? Deseaba tanto ser la esposa de Gilbert… Aquello fue una fiesta. Empezamos por hacer lo que todos los amantes que se casan: mirarnos días y días con el corazón palpitante. Después nos acordamos de los demás y elegimos a todos aquellos, conocidos y desconocidos, que merecían ser amados. Y la historia de nuestro matrimonio es el resultado de esta búsqueda. Sin duda, nosotros nos tomamos en serio la primera impresión que recibió de nosotros el Creador y que expresó, en su lenguaje simple, con la frase que tú ya conoces. No es bueno que el hombre esté solo. Éste es nuestro secreto, tesoro, y esto es lo que yo debo a mi marido. He aprendido de él lo que es la amistad.

Emmanuelle piensa que el rostro de Ariane es el de la felicidad.

—He aprendido que los amigos que nos desean sólo simulan querernos —dice Ariane—, y que a los que nos desean sin confesarlo les queda todavía mucho para hacerse dignos de nuestra amistad.

—¿Y nosotras? ¿No hemos de hacer nosotras nada para mostrarnos dignas de la suya?

—Sí, es lo que yo hago cuando me entrego a ellos. Porque ¿voy a tener amigos para hacerles sufrir, Emmanuelle? ¿Busco su compañía sólo para privarles de mí? Ellos hacen para mí habitable la Tierra. Ellos tienen derecho a todo lo que yo tengo. Lo mejor que yo tengo es lo menos que puede corresponderles. ¿Y tengo algo más hermoso que mi cuerpo?

Las campanas de la catedral vecina tocan a un oficio vespertino con un tema de baile profano.

—No siempre he sabido que no existe más que una manera de amar —dice Ariane—. La moral de mi niñez decía que hay que amar de modo distinto a los cuerpos y a las almas, y también a los que las tienen. Hacía falta mucha habilidad y mucha prudencia para estar seguro de no equivocarse. De todos modos, la gente se equivocaba a menudo, como puede observarse leyendo los libros sagrados, que están llenos de estos pecados. Imagino que incluso yo,

con todas mis virtudes y mi entusiasmo, hubiera necesitado algún tiempo para orientarme si hubiera tenido que pasarme las noches sólo estudiando la teoría. Afortunadamente, me casé joven y pude instruirme en la práctica. Y tuve un buen maestro. —Ariane disimula su emoción bajo un tono festivo y termina así sus confidencias—: Gilbert fue mi primer amigo. Y los mejores de los que le han seguido me los ha presentado él. Sentirlos desnudos entre mis brazos me ha ayudado a resolver los problemas que planteaba la pluralidad de los géneros que nos enseñaron en la escuela. Y es que no resulta fácil distinguir a un amigo desnudo de un amante desnudo. Tú misma, Emmanuelle, ¿te molestarás si te digo que no eres para mí dos mujeres diferentes, según te llame amante o amiga?

7

La edad del uso de razón

> Amor: Pasión de un sexo por el otro. Amor conyugal, legítimo; *véase* Matrimonio, himen, himeneo. Amor ilegítimo, libre; *véase* Concubinato, desenfreno, galantería, amorío, libertinaje, lujuria, unión (libre). Amor venal; *véase* Prostitución. Amores ancilares (*véase* esta palabra). Un amor culpable, criminal, impuro; *véase* Adulterio, incesto.
>
> Paul Robert, *Dictionnaire alphabétique et analogique de la langue française. Les mots et les associations d'idées*

> Una cosa hago: olvido lo que dejé atrás. Me lanzo a lo que está por delante.
>
> San Pablo, Epístola a los Filipenses, III, 13

—Creíamos que te habías perdido —dijo Anna Maria mientras saca del coche el caballete, las cajas de pintura y los pinceles.

—Quizá lo he estado —se limitó a contestar Emmanuelle.

—¿Dónde nos instalamos?

Emmanuelle levantó un brazo:

—Ahí arriba, en la terraza.

Recuerda que allí había descubierto el hechizo de Marie-Anne. Desde luego, Anna Maria no le reservaba sorpresas de esa clase.

Por el camino, cogió bombones y galletas y ordenó a Ea que exprimiera unas naranjas.

—Al menos mientras te tenga delante de mí, estaré segura de que no haces tonterías —dijo Anna Maria empujándola por los hombros contra el montón de almohadones.

Emmanuelle soltó una risa ahogada.

—Mírame —le ordenó su visitante, levantándole la barbilla con mano firme.

Hundió la mirada en los ojos de su modelo, a la que de pronto le latió con más fuerza el corazón. Después se sentó en las baldosas de la terraza con las piernas cruzadas, delante del diván en el que había sentado a Emmanuelle. Puso una tela no muy grande en el caballete bajo que había traído consigo.

—¿Cabré ahí toda entera? —se indignó la modelo.

Y como Anna Maria se limitara a sonreír, insistió:

—¿No crees que sería mejor que me desnudara?

—Eso me tiene sin cuidado. Son los ojos lo que yo quiero pintar.

El rostro de Emmanuelle expresó la más sincera consternación.

—¡Es que a mí no me gusta posar!

—Pues no poses. Mejor, cuéntame las barbaridades que hiciste mientras estabas escondida en casa de Ariane.

—Entonces, ¿te interesan esas cosas?

—¿Y por qué no? Tal vez me ayuden a comprenderte.

—¿Y a pintar mis ojos?

—¡Quién sabe!

Emmanuelle suspiró, visiblemente poco entusiasmada. Buscó una insolencia que decir. Por ejemplo:

—De todos modos, estos días ya estaban casi perdidos… No podía hacer nada mejor que posar para un cuadro.

Anna Maria, sin ofenderse, miró a Emmanuelle como diciendo: «¿Por qué precisamente estos días?». Su anfitriona sólo esperaba esta muestra de interés para extenderse complacientemente en explicaciones:

—Desde ayer tengo la seguridad de que, por esta vez, no estoy embarazada. —Y creyendo distinguir en el rostro de Anna Maria una fugaz expresión de reproche, añadió para mortificar su pudor —: Durante cuatro días, creí que iba a ser madre. Pero supongo que se debía al cambio de clima.

—Tienes más suerte de la que mereces.

—¿Suerte? ¿Por qué? Me hubiera resultado bastante espiritual estar encinta.

—¿Quieres decir encinta sin saber de quién?

—Precisamente. Eso hubiera sido lo más gracioso.

Emmanuelle se carcajeó de buena gana. Era evidente que lo creía así. Para Anna Maria era un caso perdido.

—De todos modos, hubiera podido tratar de adivinar de quién era —continuó Emmanuelle, con gesto soñador.

Pareció perderse en un complicado cálculo mental, contando con los dedos, cuyas yemas iba lamiendo una a una.

Anna Maria se negó a seguirla por unos derroteros que le parecían sembrados de intenciones infernales. Sin decir palabra, se concentró en su trabajo, entrecruzando en el centro del lienzo unas líneas grises y negras que pronto dibujaron una especie de angustiado paisaje. Emmanuelle, molesta al ver que su tema no le interesaba, inquirió:

—¿Puedo verlo?

—No. Todavía no hay nada. Y no se debe hablar de lo que estoy haciendo mientras no esté terminado.

—¿Y cuándo lo estará?

—No hay prisa. ¿Has olvidado que no tienes nada mejor que hacer durante estos cuatro o cinco días?

—Bueno, se pueden hacer montones de cosas —rectificó Emmanuelle.

Anna Maria no dudaba de que esas cosas debían de ser maneras más o menos heterodoxas de hacer el amor, por lo que se abstuvo de pedir detalles.

—De todos modos, eso te hizo volver a casa de tu marido —comentó—. ¿Acaso Ariane no te quiere estando así?

Emmanuelle se encogió de hombros con impaciencia.

—No es eso. Sencillamente, quería volver a ver a Jean. Lo echaba de menos.

—Hubieras podido invitarle simplemente a tomar el té con tu nueva familia.

—Ya lo hice.

—¿Y qué le pareció el episodio?

—Gracioso. Todos nos divertimos como locos. Nos comimos

todos los pasteles.

—¿Sin más incidentes?

—Después, Jean y yo nos marchamos como una pareja de novios.

—¡Pobre Ariane!

—¿Por qué? Volveré a verla.

—¿Y el conde de Saynes?

—Oh, él podrá tenerme cuando quiera.

Esta vez el silencio de Anna Maria indicaba que la expresión le parecía desafortunada.

—¿Y Jean no tenía nada que decir de la escapada? ¿Él no te echaba de menos?

—Estaba contento de saberme feliz. Él mismo me lo dijo.

—¿Y tú? ¿No te aguaba la fiesta saberle solo?

—No estaba solo: yo pensaba en él —repuso Emmanuelle estallando de pronto—. Además, tampoco hay que exagerar. No lo «abandoné» tanto tiempo. Él no regresó de Yarn Hee hasta hace cuatro días. No ha pasado aquí más que dos noches sin mí.

—¿Qué dirías si las hubiera pasado con alguna de tus amigas?

Emmanuelle abrió mucho los ojos, sinceramente pasmada por lo absurdo de la pregunta:

—¡Estaría encantada! Lo que me hubiera gustado… De haber conocido un poco más a Mervée…

—¡Mervée!

—¿No te parece bonita?

—¿Bonita?, no sé. ¡Pero ella… y Jean!

—¿Qué ocurre? ¿No harían buena pareja?

—Decididamente, Emmanuelle, estás un poco chiflada, o quizá eres más inocente de lo que yo creía. ¿Darías a esa mujer la ocasión de que te robara a Jean?

—¿Robármelo? ¿Por qué usas palabras tan fuertes? ¿No puede una mujer acostarse con mi marido sin robármelo?

Anna Maria movió la cabeza. Parecía sinceramente alarmada. Emmanuelle se echó a reír:

—¿Quieres decir que si Jean probara a Mervée quedaría tan encantado de sus talentos que después sólo la querría a ella?

Al no recibir respuesta, Emmanuelle se la dio ella misma:

—¡Anna Maria! Yo he hecho el amor con hombres que físicamente me han satisfecho más que mi marido. Y, sin embargo, no sólo no deseo dejarle para irme a vivir con ellos, sino que lo quiero más que antes de conocer a esos otros. ¿Cómo te lo explicas?

—No me lo explico de ningún modo.

—Pues es bien fácil. Esto demuestra dos cosas: la primera es que quiero a Jean, y la segunda, que cuanto más hago el amor, mejor sé amar.

La otra hizo una mueca, y Emmanuelle puntualizó:

—Si el amor que profesas a un hombre no sobreviviera a un acto carnal hecho con otro, porque ese otro te hace gozar más, el amor no sería un sentimiento muy honorable.

—Precisamente ésa es una de las razones por las que se recomienda a la mujer que no conozca a más hombre que su esposo —comentó Anna Maria en un tono que intentaba dar objetividad a lo que decía.

—¿Quién lo recomienda? —se sublevó Emmanuelle—. La gente que tiene miedo. ¡Es el miedo el fundamento de tus virtudes!

—¿Y si Jean sufriera por culpa de tu desenfreno y no quisiera confesártelo?

—Él no tiene esos complejos. Los hombres que más temen la infidelidad de su esposa son los que no están seguros de sí mismos, los que creen ser unos malos amantes. Jean nunca tiene miedo. Ni de eso ni de nada. Por eso lo quiero.

—¿Es él quien te induce a tener amantes?

Emmanuelle pestañeó. Esto era lo que ella precisamente lamentaba.

—Inducirme, no. Me lo permite. —Y añadió, sin poder contener su sinceridad—: Pero es verdad. Preferiría que Jean hiciera como Gilbert. Es lo que más feliz me haría.

—¿Cómo Gilbert? ¿Qué hace Gilbert?

—Presta a Ariane a sus amigos. ¡Qué suerte la de ella!

—¡Es horroroso!

—Ya lo ves. Tú también tienes miedo.

—Emmanuelle, ¿has perdido toda noción del bien y del mal? ¿Cómo puedes aprobar que un marido trafique de ese modo con el cuerpo de su mujer, como si fuera un bien de consumo?

—¿Traficar? Ésa no es la palabra. Él no pide nada a cambio. Y no es malo ser un bien de consumo. A mí me gusta que me consuman. —Estudió el efecto que sus palabras producían y pareció satisfecha. Luego prosiguió—: ¿No crees que prestar es la manera de poseer mejor? El marido celoso no sabe lo que pierde al guardar a su mujer para él solo, como un avaro su colilla.

—Entonces, ¿por qué no aconsejas a Jean que te prostituya?

Emmanuelle arqueó las cejas, con el gesto del que toma nota de una buena idea. Permanecieron un rato sin hablar. Anna Maria pareció haber olvidado todo lo que no fuera su pintura. Sin embargo, cuando se incorporó con un suspiro de cansancio, dejó los pinceles y se acodó en el diván para darse un momento de asueto, volvió al mismo tema, con gran contento de Emmanuelle:

—¿Ariane sólo se entrega a los hombres a los que su marido la ofrece?

—No.

—Entonces, según tus teorías, le hace una afrenta al privarle del privilegio de prestarla sólo a quien él quiere, atenta contra sus derechos de marido. Actúa como mujer libre, no como una buena esposa. —Anna Maria, encantada con su lógica, la llevó más allá—. Y tú eres peor que ella, porque te entregas a hombres que no han sido elegidos por tu marido.

—Hay más de una manera de ser una buena esposa —reflexionó en voz alta Emmanuelle—. Lo esencial es poner el erotismo al servicio del matrimonio. Porque, ¿acaso lo que nosotras queremos no es, ante todo, hacer posible el amor feliz?

—Dudo mucho que vuestros métodos ayuden a conseguirlo.

—Te equivocas. Ya te lo he dicho: hacer el amor me enseña a amar.

—Así pues, ¿la felicidad no es más que cuestión de técnica amorosa?

—Los progresos que yo hago no son sólo físicos, sino, sobre todo, mentales. Aprendo a no sufrir por lo que no es un mal. Los enamorados aman el tormento más que el amor. Yo rehuyo esas inclinaciones morbosas. Quiero que para Jean y para mí el amor sea no una preocupación, sino una expansión. Época de vacaciones y no de exámenes. Pero, ay, he empezado tarde. Ya antes de la boda hay

que hacerse digna del matrimonio.

—La virginidad es el bien inalienable del futuro esposo, aunque no lo conozcamos.

—Ajá. Pues tendría que ser todo lo contrario: la novia debería aportar al matrimonio no su ignorancia y su torpeza, un ramillete de inhibiciones y una corona de prejuicios, sino la afición, la ciencia y el arte del amor. Por lo menos, si no tuvo el arrojo suficiente para instruirse antes de la boda, que se redima después. Las muchachas que se van de picos pardos y vuelven lozanas como flores son el orgullo y la alegría del marido, más que las que se amarillean a la llama de los cirios sobre el altar erizado de las verjas de la fidelidad conyugal.

—¡Santo lirismo, que condena a toda pareja honesta a la ranciedad y la ramplonería!

—Simple observación. El matrimonio no puede prosperar más que por los estímulos que le proporcionan los amores excéntricos y profusos. Son la sal de esa larga comida que se dan dos personas.

—¿Y si, en lugar de sazonarla, la envenenan? ¿Y si matan el matrimonio? ¿Vas a negarme que en la mayoría de los casos es ése el final más probable?

—Señal de que era un mal matrimonio. No llevaremos luto por él. Su muerte no es una pérdida para nadie.

—¡Que sólo vivan los testigos de Eros!

—Los demás no viven. ¿De qué sirve que sigan imitando la vida?

—¿Y los celos de las demás mujeres, ésas a cuyos maridos te entregas tan alegremente? ¿Acaso ellas tampoco tienen derecho a cierta consideración?

—¿Tengo yo que proteger la estupidez? ¿O fomentar las costumbres bárbaras? Al parecer, en algunas tribus primitivas te cortan el clítoris para asegurarse de que no gozas demasiado. Aquí no hacen falta hechiceros para ese trabajo. Las mujeres se castran a sí mismas. No tengo por qué tener miramientos con personas que están más retrasadas que los pigmeos.

—Al parecer, vosotras, las esposas excéntricas, las esposas pródigas, no tenéis miramientos con muchas cosas. También vuestros maridos deben hacerse a la idea de que, cuando se os antoje, les daréis hijos de otros hombres.

—Los hijos no son «de otros hombres»: son hombres. No se cerciora uno de su origen, como si fuera un queso o un vino. Cuando yo tenga un hijo, no me preocupará saber de qué semilla ha nacido, sino a qué mundo lo traigo. Si no es un mundo inteligente y libre, de todos modos será un bastardo.

Anna Maria se quedó mirando fijamente la paleta. Luego, levantó la mirada y preguntó:

—¿A tus hijos, Emmanuelle, no piensas prohibirles nada?

—Les prohibiré que vivan en el año 1000.

—¿Qué amores les aconsejarás?

—No hay más que un solo amor.

—¿El que sientas por ellos será el mismo que te inspira Jean?

—Ya te he dicho que no hay más que un solo amor.

—Pero tú te acuestas con Jean, aunque no le reserves la exclusiva de ese honor.

—¿Y qué?

—¿Harías el amor con tus hijos?

—No lo sé. Te lo diré cuando los conozca.

—¿Y les dejarías hacer el amor entre ellos?

—Lo contrario sería una monstruosidad.

—Ya veo que lo peor no ha llegado todavía.

—Te aterra violar los verdaderos tabúes, ¿eh?

—¿No reconoces por lo menos ciertas leyes naturales, ya que de las divinas no quieres ni oír hablar?

—Las acepto todas. ¡Qué remedio! Mis electrones giran a su antojo alrededor de mis núcleos; la gravedad me abruma y un día moriré. Mientras la ciencia no me haga más fuerte que todas y cada una de esas leyes naturales, no tendré más opción que adaptarme a ellas. Pero no sé qué puede impedir al hermano hacer el amor con su hermana. A decir verdad, me parece que la naturaleza suele favorecer las relaciones de esta índole.

—Entonces, ¿no está permitido amarse sin tocarse?

—Sois vosotros los que prohibís esto o lo otro. Para mí todo está permitido. —Emmanuelle se despereza sobre el diván como una gata, bosteza sin disimular en absoluto que la conversación empieza a aburrirla y, de pronto, estalla—: Amarse sin tocarse, tocarse sin amarse. Hace dos mil años que los cristianos dan vueltas alrededor

de estos apasionantes problemas como las polillas en torno a un farol. Si esta obsesión sólo les hiciera perder el seso a ellos, aún podría admitirlo; pero es que han vuelto loco a todo el mundo. Han puesto bragas a las estatuas y camisas a las tahitianas. Han conseguido que tengamos miedo de nuestro cuerpo. ¿Es que en este planeta no se puede hacer nada más útil que llevar un cilicio y hacer penitencia?

—Hay otros valores, además de los de la carne.

—Eh, ¿quién habla de carne? El alma que yo veo crecer en la carne vale tanto como esa otra que drogan vuestras oraciones.

—¿Y esa alma no le encuentra a la vida otro sentido que el erotismo?

—Yo digo que los que están ciegos al erotismo tampoco verán los otros sentidos de la vida. Y aquellos para los que la carne carece de valor tampoco sabrán apreciar los valores del espíritu.

—¡Con qué tono de profecía me lanzas de nuevo a las tinieblas, Emmanuelle! Si me hicieras ver tu verdad con más convicción, tal vez me tentara más.

—Bien, mírame. ¿Tengo yo aspecto de encarnar el mal? ¿Tengo cara de alguno de vuestros demonios? Mira mi cuerpo: ¿lleva la marca de la condenación?

De un vivo ademán, se quita el jersey y tiende el busto hacia Anna Maria, quien sonríe y murmura:

—Se suele hablar de la belleza del diablo. Yo no creo en ella. La belleza es siempre de Dios.

—Pues también te equivocas —declara Emmanuelle—. La belleza es siempre obra de los hombres.

Anna Maria la contempla un instante sin responder. Después, como a regañadientes, se pone de pie, recoge los pinceles y tapa los tubos.

—¿Hemos terminado? —pregunta la modelo en tono esperanzado.

—Por hoy, sí. Mañana ya veremos si podemos continuar.

Emmanuelle salta del diván y se inclina sobre la tela. Hace una mueca.

—No se me parece en nada —sentencia—. Desde luego, no es como en *El retrato oval*.

*

El domingo por la tarde, Jean lleva a su esposa y a Christopher a las carreras de caballos. Emmanuelle examina a la concurrencia y no reconoce a nadie. Es admirada, como de costumbre, pero sin gestos maliciosos que revelen confidencias escandalosas. Saca de ello la conclusión de que el «todo Bangkok» no frecuenta el hipódromo.

También se sorprende al descubrir, al poco rato, a Ariane en compañía de dos desconocidos, ni jóvenes ni guapos.

—Acompaño a diplomáticos —dice la condesa—. ¿Y tú qué haces?

—Jean me enseña a ganar.

—¿Y ganas?

—Continuamente.

—¡Eres estupenda!

Se ríen. Un altavoz vocifera un anuncio ininteligible. Emmanuelle gira graciosamente sobre sus talones, hacia el lugar del que procede el sonido. En ese momento, su falda se levanta en molinete mostrando durante una fracción de segundo la curva nítida de sus nalgas, y cae suavemente.

—No está mal —comenta Ariane—. Fíjate en Christopher, ¿por qué pone esos ojos?

—Porque le gusto.

—¿Y tú?

—¡Es tan apuesto!

—¿Hace bien el amor?

—Te lo diré después de hacerlo. —Cambia de tema y dice—: He recibido carta de Marie-Anne.

—¡Ah, sí! ¿Qué se trae entre manos?

—Habla del mar, del viento, de la arena, de la huella del viento en el mar y del mar en la arena… Tiene un ataque de poesía.

—Será que oculta algo.

—De todos modos, firma Reverenda Madre María Pura del Santo Orgasmo, priora de las oblatas de Nuestra Señora de la Masturbación.

—Eso ya es menos alarmante.

—Dice también que Bee ha ido a verla.

—¡Ah! ¿Nada más?

—Por cierto, ¿tú conoces su verdadero nombre? —pregunta bruscamente Emmanuelle.

—¿De quién estás hablando?

—De Bee. No te hagas la inocente.

—¡Ah, de ella! Abigail, Abigail Arnault.

—¡Arnault! ¡Te burlas de mí! ¿Cómo se escribe?

—Como en francés: A-r-n-a-u-l-t.

—¡Pero eso es imposible! —Emmanuelle parece confusa.

Ariane se extraña:

—¿Qué te sucede?

—¡Pero ése es mi apellido! Mi apellido de soltera. El apellido de mi familia…

—¿Y qué tiene de particular? Seguramente tendrás un tío en América.

—No seas ridícula.

—Está bien. Entonces oye lo que voy a decirte. Bee no existe. La has soñado.

Emmanuelle se pasa la mano por la frente.

—Me pregunto si, desde hace una temporada, no lo habré soñado todo. —Se queda pensativa unos instantes y añade—: Y su hermano, ¿también es un sueño?

—Para mí no lo es —subraya Ariane—. Después de Maligâth, claro. Antes, te confieso que no me había llamado demasiado la atención.

—¿Aquella noche te hizo el amor?

—Divinamente.

—A mí también.

—¿Ah, sí? ¡Muy bien! Pues tuvimos suerte.

—¿Tú crees? —pregunta Emmanuelle en tono burlón.

—Quiero decir que habitualmente no tiene ojos más que para su hermana.

—¿Para su hermana?

—Sí, recuerda: tu prima.

—¿Por qué? ¿Tanto la quiere?

—Con locura.

Emmanuelle titubea:

—¿Tú crees…? ¿Te parece que… ella podría ser su amante?

—¡Vaya pregunta! ¿No lo sabías? Pues no lo disimulan. Michael y Abigail, Abigail y Michael… Dafnis y Cloe, Cleopatra y sus hermanos… ¿No te lo dijo ella?

Emmanuelle elude la respuesta, herida en su amor propio. Se limita a repetir, sin inflexión:

—Son amantes.

—¿Tus principios se rebelan?

—No, no…

—Recuerda lo que dijo un experto: el incesto estrecha los lazos familiares y, por consiguiente, hace más activo el amor de los ciudadanos por la patria.

Emmanuelle sonríe con súbita alegría.

—Todavía tienen para un par de horas con sus purasangres —observa Ariane al cabo de un rato—. ¿A ti te interesan esos bichos que galopan?

—No.

—Entonces, es preferible que apuestes por los hombres.

—Tienes razón. Hasta luego. —Va en busca de su marido—. ¿Te importa que vaya a dar una vuelta? Volveré antes de que acaben las carreras.

—De acuerdo. Si no nos encuentras aquí, estaremos en el bar.

Ella atraviesa el edificio del club que separa la pista de carreras de las canchas de tenis, el frontón y la piscina. Sin duda su afán de aventuras se refleja en su cara, pues la atención de los hombres empieza a manifestarse con más insistencia. O tal vez se deba a que, en el vestíbulo, los rayos oblicuos del sol de septiembre dibujan nítidamente las líneas de su cuerpo a través del vestido de *shantung*.

Aquel vestido le parece a Emmanuelle todavía demasiado recatado. Se abrocha por delante, de arriba abajo. Como de costumbre, Emmanuelle ha dejado la parte superior entreabierta, para lucir los senos. Ahora, mientras camina, se levanta la falda por delante. Los espectadores se detienen para asegurarse de que no son víctimas de una alucinación, que es verdad que acaban de ver el triángulo negro de un pubis descubierto bruscamente ante sus

ojos… Y ella, tranquilamente, se desabrocha la falda desde el dobladillo hasta la altura del sexo. A cada paso, la abertura descubre ahora sus muslos. Ella misma observa cómo aparece entre la seda cruda la piel dorada. «¡Qué piernas más bonitas tengo!», piensa alegremente. «Mis senos son hermosos. Todo mi cuerpo es hermoso. Quiero hacer el amor».

Su forma de mirar a los hombres los aturdía, pero cuando ellos querían reaccionar ya había pasado y no se atrevían a seguirla. Sentía deseos de cantar. Y cantó. Un grupo se detuvo y sonrió con admiración. Sus piernas desnudas la llevaban con agilidad de bailarina. Echó a correr. La falda volaba. «Soy feliz. No volveré a sufrir. La edad de la ignorancia ya pasó. ¡Se acabaron mis penas de niña! Ahora sé cómo hay que amar».

Llegó al aparcamiento de cemento, lleno a rebosar de coches de todos los colores. ¿Y si elegía uno? Vagó lentamente entre los gigantes americanos, rosa y azul, un italiano de musculatura roja, un enano blanco (sintió nostalgia: el último libro que había leído antes de dejar la facultad se titulaba *Contribución al estudio del espectro de las estrellas enanas blancas*; le hubiera gustado ser una gran astrónoma, pero Mario dijo que había que dejar para otros las ecuaciones y sus incógnitas: su trabajo debía consistir en el amor físico y en dar pruebas de hermosura…), acarició con un suspiro el morro corto y bajo del coche: era inglés, sin duda, con aquellos ojos grandes que se le salían de la delantera.

—*You like Gussie*? —le dijo una voz alegre.

Se sobresaltó y al poco descubrió, al volante del descapotable, con un codo en el aire, a un muchacho de cara burlona, cabello corto y unos ojos tan claros que se necesitaban unos segundos para descubrir que eran azules. Emmanuelle le lanzó una mirada de complicidad.

—*How about a ride*? —continuó él.

Con la palma de la mano acariciaba el flanco de aluminio de su pequeño amigo, que olía a cuero. Emmanuelle avanzó hasta situarse junto a él. «Es guapísimo», pensó, «pero tiene que saber que quien le elige soy yo».

Levantó una rodilla y la apoyó en el burlete rojo que protegía las aristas de la portezuela. La falda le resbaló por el muslo. El

muchacho la examinó a placer, chasqueó con la lengua y declaró:

—*You sure are a sweetie pie*! —y señaló el asiento vacío—: *Come along, baby*!

Emmanuelle dio otro paso, se sentó en el capó, giró sobre las nalgas y se deslizó, en un movimiento que la desnudó, hasta situarse al lado de su elegido, y le tendió la cara. Él le acarició los pómulos, le lamió los labios y le habló. Ella se apretó contra él. No se explicaba por qué él no le acariciaba inmediatamente el sexo.

Pero el muchacho tomó resueltamente el volante, salió disparado como un bólido, cruzó la ciudad y salió a los arrozales inundados de agua y lodo. Los búfalos levantaban pesadamente el hocico para verles pasar. Los patos y las ocas se dispersaban graznando. Emmanuelle apoyaba la cabeza en el sólido cuello de su acompañante, con las rodillas juntas, apretadas contra el cuerpo de él. Cuando no tenía que cambiar de velocidad, el muchacho las acariciaba suavemente, aunque sin atreverse a rozar el vientre que se le ofrecía ni los senos que el viento descubría.

Cada vez que Emmanuelle descubría un oasis de sombra bajo un tamarindo o una ceiba, en medio de los campos recortados por los diques, extendía el brazo y gritaba:

—¡Allí!

Pero la velocidad les arrastraba y ellos se reían a coro de su insensatez. Pero pronto empezaron a amontonarse las nubes y el piloto pareció intranquilo. En un cruce, casi sin frenar, dio media vuelta, lanzando a Emmanuelle contra él, y emprendió el regreso hacia Bangkok. Ella se dijo entonces que el paisaje ya estaba visto y cambió de postura, apoyando la nuca en los muslos de su conductor. El volante de madera y acero la amenazaba y, para evitarlo, Emmanuelle se apretaba contra el vientre del hombre. Pronto sintió hincharse contra su nuca el deseo que ella había imaginado. Mediante suaves movimientos del cuello fue aumentándolo, de tal modo que ni ella pudo resistir: su mano se insertó entre sus propios muslos y el tiempo no fue ya más que un continuo estremecimiento.

Las gruesas y cálidas gotas que caían sobre ellos no la hicieron salir del éxtasis. El coche se detuvo sobre una crujiente grava y el muchacho la tomó en brazos y la llevó al interior de una pequeña

casa. Los cabellos de Emmanuelle goteaban sobre el suelo y la seda ocre se le pegaba a la piel. Él la dejó en un diván de rafia y bebió la lluvia de sus labios. Le quitó el vestido, se desnudó y, sin más preliminares, la penetró hasta el fondo. Eyaculó largamente, apretando las mandíbulas, con los ojos cerrados, mientras ella le enlazaba el torso con los brazos; no quería gozar ni turbar la perfección egoísta del placer del hombre, el mundo solitario y cerrado de aquel espasmo sin remordimientos.

Él se incorporó y se estiró. «Es guapísimo», pensó Emmanuelle, encandilada. «Hacemos buena pareja».

—Me gustaría bañarme —dijo ella.

El hombre la condujo a una ducha, donde ella, con deleite, se puso bajo el chorro de agua: ésta arrancaba reflejos oscuros de su cabello, que ella retorcía en la nuca y entre sus senos. El hombre volvió a abrazarla, se frotó contra su cuerpo fresco, le mordió en un hombro, haciéndola gritar.

—A mi marido no le gustan las marcas en la piel —le riñó, entre risas.

Él hizo un gesto de espanto y, con aire contrito, acarició las huellas de sus dientes que no acababan de borrarse. Emmanuelle se desasió, se arrodilló delante de él y, sin darle tiempo a protestar, se introdujo el pene en la boca. Lo trató con tanta ternura que pronto volvió a estar erecto. Las mejillas de Emmanuelle se hundían cada vez que ella aspiraba, mientras su lengua envolvía y acariciaba el glande. Continuó hasta que la verga, tiesa y arqueada, pareció a punto de estallar; entonces paró bruscamente el movimiento de sus labios y retrocedió para contemplar su obra, que se alzaba en el vacío, amenazada por una apoplejía… Sin dejarse conmover por esta muda súplica, Emmanuelle empezó a friccionar a su anfitrión con una gran pastilla de jabón de baño perfumado y pronto su cuerpo quedó cubierto enteramente por una espuma opaca.

—¡Espera, déjame seguir! —Emmanuelle exultaba.

Las palmas de sus manos describían órbitas en el pecho y el vientre de ese amante fugaz; le masajeaba los músculos, creando cada vez más espuma. Ella soplaba las burbujas, riendo a carcajadas. Del mismo modo le friccionó la espalda, las piernas, las nalgas y, finalmente el sexo, con mano tan persuasiva que éste

recobró de inmediato la forma que tenía cuando ella lo había dejado ir. Unas veces con las palmas y otras con los dedos, acariciaba rápidamente, sin dejarle un instante de reposo, aquel pene nevado y estremecido. El hombre sentía oleadas de calor en los labios y las sienes. Casi sufría; pero las manos de Emmanuelle le quitaban toda voluntad. Y él se sometía, aceptando su dominio, aunque le costara la vida. Tenía los muslos rígidos, le dolían las rodillas y gemía suavemente. Emmanuelle, a la que el agua de la ducha seguía puliendo como si fuera una estatua de una fuente, mantenía los ojos fijos en el glande, que se teñía de púrpura bajo la capa de jabón blanco. A intervalos, pellizcaba y arañaba suavemente los testículos y el espacio sensible situado detrás de ellos, hasta el pliegue de las nalgas. De pronto, con sus manos oprimió la verga con fuerza, tirando de la piel hacia la base hasta que brotó un violento chorro que le bañó la cara. Pero aún tuvo tiempo de hundir el falo en su boca antes de que sus espasmos terminaran y recoger con la lengua suficiente esperma para que el jabón no le resultase muy amargo.

Le pesaba haber desperdiciado una parte del regalo, y le hubiera gustado tener a un segundo amante al alcance de sus labios, para poder beber también de él. Al año siguiente, cuando cumpliera veinte años, recibiría en la boca a veinte hombres, uno tras otro. Sería la más refinada de las fiestas de cumpleaños. La idea era tan buena que se incorporó rápidamente y se puso a dar brincos, feliz al pensar en su presente y su futuro.

—Ahora voy a enjuagarte —le dijo a su pareja, que la miraba como anestesiado.

Lo enjuagó, lo secó, le dio un beso, se secó a su vez y declaró:

—Es hora de que me vaya. Es de noche. Por suerte ya no llueve.

Salió del cuarto de baño, fue hasta la alfombra y levantó a la altura de sus ojos, con risueña consternación, el vestido, que parecía salir de un balde.

—No puedo ponérmelo —dijo.

Y seguramente el muchacho no tenía prendas femeninas en su guardarropa. Ella le dedicó una mueca de perplejidad, bebió la mitad del vaso que él le tendía y suspiró:

—Voy a tener que quedarme a dormir, para esperar a que se

seque.

Su anfitrión estudiaba el problema sin saber, decididamente, qué hacer.

—¿Y si se lo diera a la criada para que lo planchara? —aventuró en francés, sin cometer faltas gramaticales.

Emmanuelle se rió de su ingenuidad. Se le ocurrió una idea mejor:

—¿No tendría tu criada un *sarong*?

—¡Ah! Yo tengo camisas y pantalones.

Emmanuelle se horripiló.

—¡Oh, no, gracias, un pantalón no! Pero unos *shorts* quizá sirvan. Me las arreglaré.

Se los ajustó en la cintura con un cinturón y los enrolló por los bajos hasta las caderas. El hombre, por gestos, le dio a entender que, si se los ponía así, era como si estuviese desnuda. La camisa, en cambio, le quedaba soberbia: se la había anudado sobre el ombligo, sin abrochar.

—Ahora vámonos ya.

El coche blanco volvió a cruzar Bangkok a toda velocidad.

—¿Dónde vives?

—Llévame al Sports Club. Allí me espera mi marido.

Él renunció a comprender e hizo lo que Emmanuelle le pedía.

Al llegar al *parking*, vieron que no quedaban más que dos coches, uno de los cuales era el de Emmanuelle. Su chófer se acercó a ella y, con el acento monocorde que tienen los vietnamitas cuando hablan en francés, le dijo:

—El señor se ha ido a casa. El señor ha mandado otra vez el coche para recoger a la señora.

—Ya ves: debo darme prisa —explicó Emmanuelle a su piloto, saltando del descapotable con el vestido mojado en la mano.

—Pero… ¿cuándo volveré a verte?

—No lo sé. ¡Adiós!

Y mientras se alejaba en su coche le lanzó besos con la yema de los dedos. Él se limitó a hacer una mueca de resignación.

Al pasar junto a la piscina, separada de la calzada por un seto de cactus, Emmanuelle creyó oír que alguien le hacía señas. Pero ¿la llamaban realmente a ella? Le ordenó al chófer que se detuviera;

asomándose por la ventanilla de la portezuela, miró por encima del seto y, en lo alto de la escalinata de mosaico que conducía a la piscina, distinguió una silueta que le hacía señas con la mano. ¿Quién sería? No era ninguna de sus recientes amigas. La figura bajó rápidamente las escaleras y se acercó al coche. Era una mujer (Emmanuelle no le otorgó el calificativo de «joven» porque parecía frisar los treinta) de cuello fino, cintura, caderas y hombros esbeltos, vientre musculoso y tan liso que parecía casi hueco, y muslos largos, esbeltos y musculosos. Tanta delgadez contrastaba con el tórax, en el que, al jadear ella, sobresalía el contorno de las costillas y surgían unos senos abombados, como los de las estatuas eróticas de los templos indios. Los de esa mujer estaban tersos, y tenían un tono ámbar satinado que daban ganas de tocarlos. Parecían tan firmes, llenos y turgentes que sorprendía que su propio peso no los hiciera vencerse hacia abajo. Mientras los contemplaba, entre admirada y estupefacta, Emmanuelle tuvo la impresión de que se levantaban. Y a todas luces no se debía a la parte superior del bikini, que por su material, por su forma o por sus dimensiones no podía servir para alzar aquel pecho más de lo que servía para disimularlo.

Tanto le interesaban aquellos senos que Emmanuelle no se fijó en la cara de la mujer hasta al cabo de unos minutos: ojos profundos, grandes, negros, brillantes hasta parecer febriles. Nariz fina y recta, pómulos prominentes, boca carnosa y con carmín blanco. La frente quedaba semioculta por un gorro de baño color pizarra, erizado de filamentos de caucho que simulaban una cabellera nada humana.

—Venga a bañarse —la invitó la mujer con una voz grave que a Emmanuelle le pareció hermosa y extraña.

Iba a decir que tenía prisa, pero entonces se le ocurrió otra excusa:

—No tengo bañador.

—No importa. Sólo estamos nosotros.

Aquel «nosotros» se le antojó a Emmanuelle cargado de misterio. Seguía dudando.

La mujer abrió la portezuela del coche, le tendió la mano y dijo con voz suave:

—¡Por favor!

Emmanuelle la encontró conmovedora y bruscamente se decidió; bajó del coche y ordenó al chófer:

—Espéreme en el aparcamiento. Vuelvo enseguida.

Dio la mano a la desconocida, que se la llevó de allí corriendo. Las dos mujeres subieron las escaleras de un solo impulso y pasaron al otro lado del seto. Emmanuelle tropezó con su guía, que se había detenido bruscamente y, con manos autoritarias, deshacía el nudo de la camisa masculina y desabrochaba el cinturón del *short*. Emmanuelle estuvo desnuda antes de que pudiera abrir la boca. Se encontró, además, muy desnuda, pues era la primera vez que lo estaba en un lugar público. Y no la velaba la oscuridad de la noche, pues unos grandes focos proyectaban sobre las baldosas de jaspe una luz más cruda que la del día.

En el extremo menos hondo de la piscina había dos hombres. El agua les llegaba a la altura del pecho. La mujer la llevó hasta ellos y le hizo bajar una escalera.

—Mi marido —presentó designando al mayor de los dos.

Era también moreno, huesudo y de facciones afiladas. Sus ojos, muy negros, tenían una mirada tan intensa que Emmanuelle pensó que trataba de leerle el pensamiento. ¿Sería faquir? El segundo tenía un aspecto más corriente; pero a ella le gustó más. Calculó que tenía más o menos la edad de ella.

Se preguntaba qué iría a pasar. Era evidente que el trío la había invitado para entregarse juntos a juegos amorosos. Otra cosa hubiera sido anormal. Esperaba que le asignaran su papel.

—¿Quién es? —preguntó el mayor de los dos hombres.

Su mujer, con un gesto, le contestó que lo ignoraba.

—¿No me conocen? —exclamó Emmanuelle—. Entonces, ¿por qué me han llamado?

—La he visto esta tarde en las carreras —dijo la mujer—. No llevaba nada debajo del vestido.

—¿Se notaba?

—¿No era eso lo que pretendía?

Emmanuelle reconoció con una sonrisa que tenía razón. La mujer preguntó entonces:

—Es usted ninfómana, ¿verdad?

Su prisionera la miró atónita. ¿Y por qué no esquizofrénica? ¿O epiléptica, atáxica o tartamuda, ya puestos? Acabó echándose a reír.

—¡Qué ideas tan graciosas tiene!

Para su sorpresa, oyó que el hombre moreno le decía secamente:

—¡Es *bueno* ser ninfómana! Si no lo es ya, debería serlo.

Emmanuelle no sabía qué pensar. Tal vez, después de todo, ella tuviera una idea equivocada de la ninfomanía. No sabía en qué consistía exactamente esa enfermedad. Pero ¿era una enfermedad? Bueno, ese estado… El más joven de los dos hombres lanzó entonces una exclamación que la sobresaltó:

—¡Ya está! ¡Ya sé quién es! Es la lesbiana que está casada con el ingeniero de la presa.

La definición hizo gracia a Emmanuelle.

—¡Exactamente! —dijo.

El joven hizo una mueca de contrariedad.

—No le gustan los hombres —anunció.

El otro hombre no se inmutó.

—Razón de más —repuso.

Emmanuelle contenía la risa. Afectó indiferencia cuando el hombre moreno le palpó los senos, las nalgas y la vulva. Tan convincente resultó la simulada frigidez de Emmanuelle que el hombre se decidió al fin a recurrir a su esposa.

—Prepárala —le ordenó.

Fiel al papel que había asumido, Emmanuelle se apresuró a derretirse entre los brazos de la mujer, cuyos ágiles dedos le acariciaban el vientre. Además, el sentir aquellos senos soberbios contra los suyos era suficiente para que el abrazo dejara de ser un juego.

—Quítese el sostén —suplicó Emmanuelle.

Pero la mujer no le contestó y siguió masturbándola con los ojos fijos en los suyos. Emmanuelle se abandonó rápidamente, sollozó, sintió vértigo. Sus cabellos flotaban en el agua.

—Ya está. Ahora date prisa —dijo la mujer, tendiendo aquel cuerpo trémulo a su marido.

Él se bajó el bañador hasta los muslos, sostuvo el pene entre las manos y separó las piernas de Emmanuelle, a la que su mujer sujetaba por la cintura. Le bastaron unos movimientos para entrar

en ella. Sus compañeros le ayudaron, levantando a Emmanuelle, bajándola y manipulándola como si fuera un maniquí en el que se masturbara el hombre. Este pensamiento avivó los sentidos de Emmanuelle. «¡Maravilloso!», pensó. «No soy más que una vagina, una vagina anónima a la que utilizan para satisfacer al dios…».

Los dos acólitos no tenían ojos más que para el jefe del grupo: leían la progresión del placer en su rostro, aminoraban el ritmo cuando él parecía a punto de alcanzar el paroxismo y volvían a acelerarlo cuando él respiraba y recobraba el control. Emmanuelle era ligera, la movían con suma facilidad en el agua. El falo entraba y salía fluidamente, sin sacudidas. Ella sentía crecer en su interior una presión que muy pronto no podría contener, que la haría estallar, que la arrastraría hasta una deflagración vertiginosa.

Para que la penetrara más profundamente, levantó las rodillas y oprimió entre los muslos las caderas del hombre. Se aferró también a los hombros. Entonces, las manos que la sostenían se apartaron de ella y dejaron que siguiera moviéndose sola. Emmanuelle ya no se preocupaba de fingir frigidez. Gozaría dentro de unos instantes y sería un orgasmo perfecto. Después, su vencedor podría hacer con ella lo que quisiera, venderla en el mercado si quería… Y, antes, probablemente, entregarla a su amiguito, suponiendo que a aquel querubín le gustasen las mujeres.

Buscó con la mirada la verga del supuesto valido y contuvo un grito: el joven se sacudía el miembro con las dos manos, con una brutalidad incomprensible y los ojos fijos en los dos sexos acoplados ante él. Pero no era esa violencia lo que había asustado a Emmanuelle, sino las monstruosas dimensiones del glande y del tronco que eran objeto de tal maltrato. «Si entra en mí, me desgarrará», pensó ella. «Me destrozará, me partirá en mil pedazos, me desgraciará para siempre». Ante semejante perspectiva, la abandonó toda sensualidad. Buscó consuelo en la mirada de los otros dos. Inútilmente.

Al oír un rugido ahogado se volvió otra vez hacia el joven y, aliviada, volvió a sentir su propio cuerpo. Vio con voluptuosidad cómo unas bocanadas de esperma se condensaban en ramas y nubes que flotaban alrededor del minotauro, se dirigían hacia ella y se adherían a su piel. Ahora podía abandonarse. Bruscamente, se

perdió en delirios mientras gritaba y jadeaba. El hombre que la taladraba la miraba atentamente, espiando en su rostro las señales de la pasión y provocándolas hasta hacerle perder el conocimiento.

Se retiró de ella sin eyacular. La sacaron del agua y la tendieron en el suelo. La miraron unos momentos en silencio.

—¿Quieres hacerlo ahora mismo? —preguntó la mujer.

Él parecía indeciso. Finalmente, se encogió de hombros.

—Al fin y al cabo, tú has descubierto a esta presa —dijo—. Tú decides.

—Mañana tendremos más tiempo —observó ella en aquel tono desapasionado en que hablaban los tres, acorde con la fijeza obsesiva de su mirada.

Cuando Emmanuelle volvió en sí, su nuevo amante le dijo con cortés firmeza:

—La espero en mi casa mañana a las tres. Confío en que sea puntual.

A Emmanuelle le pareció natural que le hablara en este tono. Después de todo, el hombre tiene derecho a dar órdenes a la muchacha a la que ha hecho gozar.

—¿Cómo lo encontraré?

—Nada más sencillo. ¿Conoce el rascacielos? Es en el último piso. Mi nombre está en la puerta: Doctor Marais.

Encontró la camisa y el *short* en el mosaico, dudó entre ponérselos o volver a casa desnuda, y se decidió por un término medio. Se fue hasta el aparcamiento tal como estaba y se vistió en el coche. La cara del chófer no dejó traslucir sus pensamientos.

Su marido estaba leyendo en la terraza.

—Amor mío, siento haberme retrasado tanto.

Él la sostuvo ante sí con los brazos extendidos para examinar su atuendo y se rió de buena gana.

—¿Me has engañado mucho? —preguntó.

Ella movió la cabeza de arriba abajo con un ronroneo de afirmación. Él la tomó por las mejillas y le besó suavemente los labios.

—Estás empapada —dijo.

—Mi vestido está en el coche —le informó ella, a guisa de explicación—. ¿Qué hora es?

Él consultó el reloj.

—Las nueve y veinticinco. ¿Has cenado?

—No. No me habréis esperado, ¿verdad?

—Christopher tiene fiebre y no ha querido tomar nada. He cenado solo.

—¡Oh, cuánto lo siento! Debí volver más pronto. —Y al caer en la cuenta de lo que Jean le había dicho, preguntó—: ¿Está enfermo Christopher? ¿Qué tiene?

—Nada grave. Ha estado demasiado rato al sol, eso es todo. Ya sabes cómo es. Ha querido ver personalmente todas las potrancas. Nunca hace las cosas a medias.

Emmanuelle exhaló un suspiro de contento. ¡Qué gusto, estar otra vez en casa!

—Estoy hecha una facha con este *short* —dijo.

Se lo quitó, lo arrojó detrás del sofá, deshizo el nudo de los faldones de la camisa y los dejó sueltos. La camisa no era muy larga, pero le cubría el pubis y las nalgas. Se abrochó un solo botón, el de la cintura.

—Así estás muy bien —aprobó Jean—. Ahora cena.

Se sentó a la mesa, frente a ella. El *boy* puso un tazón de sopa humeante delante de Emmanuelle. Ella la degustó a sorbitos, sonriendo. Estaba deliciosa.

—¿Te has caído al agua?

—Sí —respondió ella, radiante—. Y, además, me cayó encima toda la tormenta.

Él siguió mirándola en silencio con evidente placer. Emmanuelle despachó la cena en menos de cinco minutos. Después se puso en pie de un salto y se colgó de su cuello.

—Tengo que ir a ver a Christopher.

—Date prisa. Toma, llévale esto para animarle.

Le tendió una botella de ginebra.

—¿Para una insolación? Esto acabará con él.

—¡Al contrario! Es un remedio egipcio.

Ella se puso la botella de licor bajo el brazo. El faldón de la camisa se le subió y dejó la cadera al descubierto.

Sube las escaleras de cuatro en cuatro e irrumpe sin llamar en la habitación del invitado, que de pronto manipula frenéticamente la

sábana para taparse. Emmanuelle suelta una carcajada. Este Christopher, siempre tan modoso.

—Mi pequeño Cristóbal, no irás a morirte, ¿verdad?

—¡Oh, no, no! Ya estoy mucho mejor.

Está chorreando de sudor. Ella busca a su alrededor con la mirada, sale de la habitación, vuelve con una toalla, se sienta en la cama y le seca la cara. Él protesta:

—No te molestes. Muchas gracias.

—Tranquilo.

Le fricciona el torso y trata de dejar el vientre al descubierto; pero él se aferra a la sábana con una energía tan patética que ella se echa a reír otra vez:

—Voy a prepararte una infusión. Y un puré…

—¡Oh, no! No tengo hambre. Pero sí tomaría un gintónic con hielo…

—Ya veo que Jean te conoce mejor que yo.

Se levanta para llamar al *boy*. Cuando vuelve a sentarse, por el borde de la camisa no sólo asoman los muslos, sino el vello del vientre, del que Christopher no aparta los ojos. Le laten las sienes.

«*What a bloody fool I am!*», se reprende. «La he visto desnuda cientos de veces. No voy ahora a hacer el idiota porque se haya sentado en mi cama».

Bruscamente, se vuelve de espaldas a Emmanuelle, que se alarma, le toca la frente y le toma el pulso.

—No te excites, Christopher. El hielo habría que ponértelo en la cabeza. O tal vez sería mejor llamar a un médico.

—No. Te aseguro que mañana por la mañana estaré perfectamente normal…

«… porque, por el momento, estoy hecho un anormal», piensa amargamente, «un granuja». Lo cierto es que, en vez de calmarse, quisiera volver a recrearse con el espectáculo del triángulo negro de los muslos. Pero si ahora se pone boca arriba, ella verá, por la sábana, en qué estado se encuentra. Y su amistad con Jean y con ella habrá terminado. Él lo habrá estropeado todo.

«Para ella soy como un hermano. Por eso no se siente violenta ni me oculta nada».

—Estás muy colorado, Chris. Estoy segura de que está

subiéndote la fiebre. —Le seca otra vez con la toalla.

A Christopher le aterra la idea de que ella pueda descubrir su criminal emoción. La rechaza.

—¡Déjame!

Pero ella no se ofende. Desde luego, este muchacho no está bien, en absoluto. Tendrá que hablar con Jean.

«Quizá Emmanuelle atribuya mi excitación a la fiebre», reflexiona él. «Si por lo menos pudiera tocarla un poco, relajarme…».

Tanto lo desea que se le escapa un gemido que alarma a su enfermera. Ésta le pregunta algo que él ni siquiera oye. Lo único que desea es que tome aquella verga dolorida entre sus manos y le alivie. Lo arriesgaría todo por que ocurriera eso, pagaría cualquier precio. ¿Qué importa si después tiene que irse de la casa y perder su reputación de caballero ante todos?

¡Sí, sufrirá! Pide, reclama una vida entera de oprobio por un solo minuto de aquella felicidad…

Suspira y se vuelve hacia Emmanuelle. La contempla con desesperación. Ella ve de inmediato el bulto que hincha la sábana. Se siente conmovida.

«¡Pobre Christopher!», se dice. «Ahora comprendo por qué está tan malhumorado. Pero si hago el amor con él, quizá empeore. No sé. Sin embargo, no quiero dejarle en ese estado. ¿Qué hago?».

No se atreve a marcharse. Sin duda él cree que Emmanuelle, al ver su erección, se ha escandalizado. Es tan raro… ¿Y por qué no preguntarle francamente si quiere que lo acaricie? Se pondrá colorado hasta la raíz del pelo y se encerrará en sí mismo. ¿Y si se lo preguntara indirectamente?: «¿Puedo hacer algo por ti?». Entonces él pediría otro gin. Lo más sencillo sería meter la mano debajo de la sábana. Pero a lo mejor a él le daba por gritar. Si por lo menos pusiera algo de su parte… Emmanuelle sonríe de nuevo y Christopher, que cree que se burla de él, se siente cada vez más triste.

¡Es igual! Que sea lo que Dios quiera. Se batirá en duelo con Jean, se dejará matar, pero quiere a Emmanuelle, la tendrá, la tomará por la fuerza, la violará. Ahogará las protestas de ella con la almohada. Y le hará el amor de tal manera que, con la fiebre que

tiene, morirá. Así ya no tendrá que preocuparse de lo que ocurra después. ¿Y ella? Quedará deshonrada. Puede que se suicide. Y será él, el amigo, el hermano elegido, el culpable de todos estos males. Una náusea le sube a los labios. ¡Se siente podrido e inmundo! Lloraría por sí mismo si no sintiera más vergüenza de sus lágrimas que de su concupiscencia.

«Ella es el símbolo de la fidelidad», piensa. «El único hombre que existe en el mundo es su marido. Yo no soy nada para ella, ni siquiera me ve. ¡Ah, si me estrechara con la mano, no pido más que eso, si me tomara entre sus dedos, si me calmara un poco! Me acercaré a ella despacito. Si no se mueve, tal vez pueda frotarme contra sus nalgas sin que se dé cuenta».

Emmanuelle lo mira desconcertada. ¡Qué joven tan raro! Lleva más de tres semanas en su casa. ¿Por qué no se habrá acostado con ella? La tiene al alcance de la mano y no hace nada. A estas alturas ya debe de saber que todo lo que es de Jean es también suyo. Sería ridículo que su amigo le prestara su casa, sus libros, sus pipas, su coche, pero no su mujer. ¿De qué serviría entonces ser bonita?

Emmanuelle tiene calor. Se quita la camisa. Christopher admira sus senos, casi con tristeza. Es tan pura, tan perfecta… Ademanes que en otra serían una provocación a la lujuria… «Tendría que arrodillarme…».

En ese instante, ella se levanta y sale de puntillas de la habitación. Va al encuentro de Jean:

—Parece dormir, pero dice cosas incoherentes. ¿Crees que está delirando?

—Siempre divaga un poco, aunque se encuentre bien. ¿No lo habías notado? —La toma por el cuello—: ¿No tienes ganas de hacer el amor?

—Siempre las tengo —dice empezando a desnudarle—. Esta noche yo me pondré primero encima de ti.

Al cabo de un rato, murmura entre dos gemidos:

—¿Estás contento de tener una mujer adúltera?

*

«Si consigo cruzar la explanada con este atuendo sin que la policía me detenga», se dice Emmanuelle en el coche que la lleva al lugar de la cita, «y si el portero no me echa, estoy preparada para que me violen en el ascensor. Aunque, pensándolo bien, ¿puedo ser violada si me entrego a todo el que me desea? Me parece difícil. Me he hecho inviolable».

De todos modos, sin duda habrá otras maneras de sentirse violada. Seguramente será una cuestión de atmósfera. O de la persona. O de la intención. Pero, siempre, una experiencia apasionante, desde luego.

—Si fuera mujer —confiesa para sus adentros—, me gustaría que me violaran continuamente…

La casulla de tela de yute roja, su único atavío, no es, evidentemente, una prenda de ciudad. Es una pieza rectangular, sin costuras, botones ni corchetes, provista de un agujero para pasar la cabeza. Sus dos mitades cubren a Emmanuelle por delante y por detrás, y están ceñidas a la cintura por una trenza de cuero, pero están abiertas por los lados dejando ver los pechos y los muslos y, al menor soplo de aire, las nalgas y el vientre.

Emmanuelle ha decidido que una filosofía del vestir no tiene por qué hacer concesiones, y ella se atiene a la siguiente: si lleva falda, tiene que ser transparente o abierta y un palmo más corta de lo que manda la moda; si es amplia o plisada, ella se la levanta para sentarse; si es estrecha, se sube ella sola. Durante el día, usa jerséis que transparenten y prendas de lana que le colorean el pecho y resaltan los pezones. O blusas camiseras, desabrochadas hasta la cintura. Por la noche, escotes cuadrados o redondos que dejan asomar parte de la aureola y permiten ver el pecho completo en cuanto ella se inclina. No le gustan los vestidos sin tirantes, porque tienen que quedar ajustados al busto; es mucho más atractivo un escote holgado. Y con respecto a la ropa interior, la ha desterrado para siempre.

No tiene necesidad de enfrentarse al pudor de nadie en la explanada, pues el chófer, a pesar de la prohibición, detiene el coche delante de la marquesina de entrada al rascacielos. El portero ni pestañea. Tampoco el ascensorista, ni las personas que entran y

salen del ascensor en los distintos pisos. Emmanuelle se siente ufana. La audacia ha ganado la partida.

La terraza, que domina la ciudad, parece un jardín, y el apartamento del médico, un chalet construido en medio del jardín. La fachada está cubierta de rosas. El nombre, efectivamente, está en la puerta de ese apartamento.

«“El doctor Marais estaba podando los rosales…”. No», se dijo ella, «ése sería un mal comienzo». Es mejor que la historia empiece con incógnitas. Fuera, nadie. Una pared, una puerta. Todo está detrás de esa puerta. Pero ¿el qué? ¿Ocurrirá algo? ¿O tal vez nada?. ¿Tenía ella la menor idea de lo que la aguardaba?

«La boca del lobo», pensó mirando la puerta. «Si no regreso, no sabrán ni dónde buscar». Examinó las ricas piedras. ¿Qué era? Mármol, no. ¿Sílex? Al otro lado, no tendría a sus testigos habituales. ¿No sería mejor ir en su busca? ¿O conformarse con los juegos del club, que era terreno conocido?

Reaccionó. ¡Ahora no pensaba volverse atrás! Pulsó el timbre.

La muchacha, muy joven, que abrió la puerta era una criada, a juzgar por el traje, pero éste llamaba la atención. En vez del tradicional *sarong* de las criadas tailandesas, llevaba un vestido muy ceñido al cuerpo, tan corto o más que el de Emmanuelle, pero de lana —¡con aquel clima!—, de manga larga y con un cuello blanco redondo y almidonado. En el pelo, peinado con flequillo, lucía una cofia de encaje, como una doncella de comedia. Sin embargo, lo más llamativo del uniforme eran las finas medias negras que cubrían unas piernas que a Emmanuelle le parecieron tan bonitas como para quitar el hipo, muy largas y de una finura poco común en los tobillos y en las rodillas.

—Tenga la bondad de pasar.

La voz era suave y el acento tan impecable que Emmanuelle se preguntó si aquella insólita preciosidad sería francesa. Pero, entonces, ¿de dónde le venía aquella piel dorada, los ojos almendrados y los pómulos salientes? Miraba a Emmanuelle con una insistencia que tal vez traslucía inocencia.

—Mis señores la esperan.

Emmanuelle la siguió por unos corredores climatizados en los que los pies se hundían en las moquetas y cuyas paredes estaban

cubiertas de cuadros antiguos. Bangkok parecía lejos.

La habitación en la que fue introducida era amplia, fresca y estaba escasamente iluminada. Sus ojos tardaron en habituarse a la penumbra creada por unas lámparas de pantalla granate. No entraba luz del exterior. Aquí y allá, biombos y tapices, pero ninguna ventana o abertura. Iconos, maderas preciosas, cueros repujados, libros, armas raras y oros viejos fueron revelándose poco a poco a los ojos de Emmanuelle. Un silencio suave, un silencio de lana mullida, la acarició como una brisa. Sus amistades de la víspera la miraban.

La mujer que la había «descubierto» llevaba un vestido verde pálido muy ajustado, como de bailarina o de ladrón que acabara de introducirse en un hotel para robar. La prenda, de una sola pieza, le cubría incluso las manos. Tampoco esta vez podría saber la invitada si su anfitriona era rubia o morena. Afortunadamente, sus pechos (y eso era lo más importante) seguían siendo tan prominentes bajo la presión del nailon como cuando emergían del bikini.

El dueño de la casa, desde su butaca, observaba a Emmanuelle con una flema estudiada. Llevaba un pantalón ceñido, de pana, un fino suéter de punto y un pañuelo de seda. Emmanuelle se dijo que ambos debían de ser muy frioleros. Había otro personaje, elegantemente vestido, como para una cena. Lo que más le llamó la atención fue su cráneo, perfectamente calvo, pulido como un objeto de marfil. Tampoco tenía cejas ni pestañas… Sin embargo, el hombre no le inspiraba repulsión ni temor.

Sobre un diván de piel negra vio, por fin, al adolescente de la piscina, tendido de espaldas, en una pose de cuadro y completamente desnudo.

Al parecer, no había nadie más. La doncella, desde luego, debía de haberse retirado. ¡Pues no! Estaba en un rincón oscuro, casi escondida en la penumbra. Sus senos en punta se alzaban y bajaban con movimientos tranquilos y acompasados.

Por fin, el doctor Marais se levantó, besó la mano de Emmanuelle y le ofreció la butaca que él había ocupado hasta ese momento. Ella se encontró al lado del hombre sin pelo. El anfitrión le presentó:

—Mi ilustre amigo Georg von Hohe.

«Ilustre», se dijo Emmanuelle. «¿Qué podía ser?».

—Eric se ha dormido —dijo después el dueño de la casa, enternecido.

«Eric está en su perfecto derecho», comentó ella para sí. «No tiene por qué molestarse».

El alemán le tendió un vaso. Después, nadie dijo nada. Ella tenía la impresión de que todos se habían dormido.

Para hacer algo, fue bebiendo a sorbos el contenido del vaso. No descubrió la insidia hasta que hubo apurado la última gota. La cabeza le daba vueltas. Se enojó.

—Ustedes quieren drogarme —dijo.

El médico se animó lo indispensable para encogerse de hombros.

—Ese vaso sólo contenía alcohol.

—Entonces lo que quieren es emborracharme.

—De usted depende saber moderarse.

Emmanuelle no estaba de humor para sermones. Se rió en su cara:

—¡Así que me han hecho venir para que me modere!

«Es posible que mis quejas no resulten muy lógicas ni coherentes», se dijo, «pero, para ser franca, empiezo a preguntarme qué estoy haciendo aquí». Nadie parecía particularmente ansioso de sacar el menor provecho de su presencia. Tal vez la reunión no tuviera más objeto que el de beber en silencio.

La brusquedad de la réplica la pilló desprevenida:

—Ya que, al parecer, desea conocer por anticipado cuál ha de ser su cometido, se lo diré. Usted está aquí para que nosotros la utilicemos *plenamente*.

Hizo girar su butaca y la miró con una altivez que la impresionó menos que las palabras que siguieron:

—La clase de juego que nos ofreció ayer no nos divirtió demasiado. Si eso le basta, mejor para usted. Pero nosotros necesitamos más. Porque también nos gustan las sensaciones fuertes. Y hoy usted nos procurará los medios para que nosotros consigamos esas sensaciones. Usted se divirtió ayer, y hoy nos toca a nosotros.

En la mente de Emmanuelle se abrió paso una tentación: sentir miedo. Pero razonó que no había que dramatizar tan pronto, lo más

urgente era averiguar, si podía, las aficiones de aquella banda. De modo que prosiguió el diálogo:

—¿El cóctel que he bebido era uno de esos medios?

—No pretendo habérselo dado sin intención.

—¿Cree que borracha les gustaré más?

—Por lo menos, será más complaciente.

—Quizá me comporte mejor si estoy en mis cabales.

Por primera vez, el hombre sonrió, no sin cierta condescendencia:

—Me parece más fácil que no tengamos que convencerla.

—¿Por qué privarme del placer de entregarme por mi voluntad? —se defendió valientemente Emmanuelle.

—No sabe lo que nosotros pensamos hacerle —intervino inopinadamente la mujer, que parecía salir de un ensueño.

Emmanuelle se la imaginaba ya con látigos y cadenas en las manos.

—¿Van a torturarme?

Al anfitrión pareció divertirle la pregunta.

—Es usted aficionada a las malas lecturas —la reconvino—. Nosotros tenemos más imaginación.

—Queremos corromperla —dijo la anfitriona.

Su marido explicó:

—Modificar su sensibilidad y su conciencia. Sustituir su voluntad por otra facultad. Después, tal vez vuelva a interesarnos poseerla físicamente.

Emmanuelle se dijo que probablemente hacía mal en no asustarse.

—¿Y qué me harán hacer, cuando me hayan modificado a su voluntad?

—Algo que no haría en su estado normal.

—¿Cambiaré de aspecto? —se alarmó ella.

—Sí. Pero para mejorar.

—Me gusto tal como soy.

—Podría estar aún más animada. De todos modos, lo que más se altere será su mente.

—¿Me convertiré en un monstruo?

—Según el criterio de la sociedad, podría admitirse que esa

palabra describe con bastante aproximación lo que serán sus acciones y su mentalidad.

—¿Cometeré crímenes?

—Ciertamente. Pero ¿acaso no los comete ya?

—Mis crímenes no atentan más que contra la tontería.

—A cada cual sus antipatías. Nosotros sólo queremos privarla de su libertad.

Se había lanzado como una atolondrada y ahora pagaría cara su imprudencia. Pero se dijo que no sería sin pelear.

—La esclavitud nunca asustó a las mujeres —refunfuñó, con un nudo en la garganta—. Es una manera de gozar como otra cualquiera.

—Nosotros la haremos más que esclava.

Lo que la angustiaba era que no lograba adivinar a qué clase de peligros se había expuesto.

—Ya sé —dijo—. Quieren hipnotizarme.

—Le aconsejo que se deje de hipótesis novelescas. Será mejor que se mantenga tranquila.

—¿Cree que estoy asustada?

—Eso no me interesa. Lo que a mí me importa es el estado en el que se hallará dentro de poco.

—¿Por qué no me lo describe? A lo mejor a mí también me divierte prepararme.

Él la contempló con lo que parecía un asomo de curiosidad.

—A fin de cuentas —dijo, como si hablara consigo mismo—, que usted se divierta o no, poco importa. Ya habrá comprendido que no tiene otra alternativa que hacer lo que nosotros queramos, ¿no es verdad?

—Ustedes no me han traído hasta aquí a la fuerza. He venido por mi voluntad. Eso demuestra que quería probar.

Esta vez él pareció francamente intrigado.

—¿Y no tiene usted ni la menor idea de qué se trata?

—Ni la menor idea. Lo sabré cuando lo haya probado.

Tras permanecer unos segundos pensativo, de pronto el hombre se decidió.

—Consiste en lo siguiente —dijo—: para empezar, entrará en un estado de supraorgasmo. Y sin que nadie la toque, ni siquiera usted.

La calidad e intensidad de lo que sentirá no tendrá punto de comparación con el placer que haya podido conocer, por grandes que sean los recursos de su temperamento. Se volverá literalmente loca de placer. Y ese estado se prolongará durante varias horas sin interrupción.

—¿Cuántas horas? —preguntó Emmanuelle.

—Esta vez, calculo que durante unas dos horas.

Ella hizo una mueca, dando a entender que no le parecía excesivo.

—¿Y después?

—Psicológicamente, sentirá una verdadera pasión por entregarse. Querrá ser utilizada como un objeto, como una mercancía sin alma, no para su propio placer, sino para el de los demás. Se lanzará, frenética, a satisfacer sus fantasías. Se obsesionará por hacer gozar.

Emmanuelle se echó a reír.

—Verdaderamente, no veo en todo eso nada que requiera tantas complicaciones. He sentido ya todas esas cosas no sé cuántas veces. Si es eso lo que tratan de estudiar, puedo decirles, sin esperar más, que es una experiencia muy agradable.

El médico se volvió hacia sus cómplices como para ponerlos por testigos de semejante desfachatez.

—Nada la sorprende, ¿eh? —dijo a Emmanuelle con un sarcasmo no exento de cierta indulgencia—. Pues bien, escuche: nuestras sensaciones, cuando nos sirvamos de usted, serán de una perfección que usted no puede ni imaginar. En comparación con estos refinamientos, las satisfacciones que se obtienen de modo natural no provocan más que aburrimiento.

—¡Maravilloso! —aplaudió Emmanuelle—. ¿Y cómo se llega a eso? Porque supongo que alguna ayuda se necesitará.

—Exactamente. Cierto preparado.

—¿Eso que me han hecho beber?

—No. La sustancia debe ser inyectada.

Emmanuelle tuerce el gesto.

—¡Ah! Las inyecciones me horrorizan.

—Tranquila. Es totalmente indolora.

Se le aceleró el corazón, y no porque temiera un pequeño dolor

pasajero. Intentó una maniobra de diversión.

—De todos modos, esto es un agravio —dijo con una sonrisa zalamera—. Yo no necesito afrodisiacos para ponerme en cualquier estado. Normalmente, amo mi cuerpo. Quizá ese… estimulante esté más indicado para las muchachas un tanto escasas de hormonas.

—No se trata de un afrodisiaco. Esas drogas de las que habla excitan los deseos. La mía los satisface. Simplemente, los satisface con desmesura.

—¿Como el opio o el hachís?

—Nada de eso. El efecto que le he descrito no vendrá de fuera, sino de dentro de sí misma.

—Entonces, ¿como el LSD?

—Tampoco. Es de otro tipo. Mucho más profundo. Y más radical.

—Explíquese.

—No puedo entrar en detalles.

—¡Qué se le va a hacer! —suspiró ella. Meditó un instante y preguntó—: Naturalmente, correré peligro de muerte, ¿no?

Él sonrió de nuevo.

—¡Qué va!

Ella dijo entonces con escepticismo:

—Eso es lo que dicen siempre los médicos. De todos modos, hay bastantes posibilidades de que me vuelva loca, ¿verdad?

—En absoluto.

—¿Después de ese… trance recobra uno todos sus sentidos?

—Uno sólo lamenta que haya acabado. Y desea que vuelva a empezar.

—¿No podré vivir sin eso?

—No podrá.

Emmanuelle no pestañeó. Su rostro no dejaba traslucir lo que sentía. Marais explicó, sin abandonar su tono desapasionado:

—Después de unas cuantas experiencias, necesitará una dosis diaria. Pero eso no le impedirá vivir, al contrario.

El hombre miró a su esposa. Emmanuelle, con una excitación que la avergonzó, imaginó que aquella mujer debía de vivir siempre en ese estado, sumida en un mundo de placer desmedido. Gozar todos los días, hasta perder el sentido, y hacer gozar más aún a las

personas queridas… Este pensamiento era casi una tentación. Reaccionó:

—¿Después de unas cuantas experiencias? —repitió en tono de asombro—. ¿Quiere decir que no queda uno intoxicado después de la primera dosis?

—Se necesitan varias sesiones —corroboró el médico en tono de excusa—. Uno no se habitúa, en general, hasta la décima o la duodécima.

—Entonces, lo que van a hacerme hoy no servirá de nada —dijo Emmanuelle en tono de chanza.

—Nos bastará por esta tarde —replicó él con altivez—. Desde luego, usted no se beneficiará de modo permanente, sino después de recibir todo el tratamiento, que requerirá unos diez días.

—¿Y dónde me lo aplicarán?

—Aquí mismo. Deberá presentarse a la hora que le indiquemos.

Emmanuelle no daba crédito: entonces, ¿no la tendrían prisionera?

—No pienso volver —anunció, desdeñando toda prudencia. Ya no sentía temor. Puntualizó—: El paraíso no es lo mío. —Y antes de que los otros pudieran reaccionar, agregó, radiante—: Pero no se inquieten, no pienso privarles de su fiestecita. A mí tampoco me haría gracia haber venido aquí para nada. Y puesto que una dosis no crea adicción… —Los contempló con una mirada soberana—: Quiero probar ese filtro. Para saber a qué atenerme.

Marais la contemplaba con incredulidad. Su mujer conservaba su expresión impenetrable. Y por lo que se refiere al burgrave, Emmanuelle no se molestó en volver la cabeza para ver su expresión. Toda aquella gente carecía de nervio. Bien, les contagiaría su buen humor. Necesitaban que alguien los espabilara:

—Bueno, doctor, ¿a qué estamos esperando? Ya ve que soy yo quien se ofrece. ¡Vamos, no tenga miedo y póngame ya esa inyección!

8

Deus escreve direito por linhas tortas

> He causado grandes calamidades, he despoblado provincias y reinos. Pero fue por el amor de Cristo y de su Santa Madre.
>
> Isabel la Católica, reina de Castilla

> Busquemos como buscan los que tienen que hallar y hallemos como hallan los que deben seguir buscando.
>
> San Agustín

Marie-Anne surgió del paisaje una tarde azulada por el aliento de la tierra ahíta de lluvia. Emmanuelle estaba sentada en el umbral de la puerta, con la barbilla apoyada en una rodilla y la otra pierna extendida hacia delante, la mirada perdida entre las húmedas hojas de las plumerias, esperando a Anna Maria. Hacía una semana que no posaba para ella.

—¿Tú? —exclamó, precipitándose hacia su joven amiga—. ¿De dónde sales? ¿Qué haces aquí?

Tomó en sus manos las trenzas de oro pálido de Marie-Anne y, riendo de placer, frotó sus labios en las mejillas esmaltadas por el sol y el aire del mar. La recién llegada explicó:

—Cosas de papá. Necesitaba a mi madre para recibir a unos señores que vienen de París. Nos quedaremos toda la semana.

—¿Sólo una semana? —exclamó Emmanuelle, entristecida.

—¿Por qué no vas tú a vernos a la playa? —replicó Marie-Anne —. Ya te lo he dicho otras veces. ¡Y deja de tirarme del pelo! —dijo, debatiéndose—. Me haces daño.

Emmanuelle hizo un nudo con las trenzas y con ellas rodeó el cuello de su amiga, como si fuera a estrangularla. Luego le confesó:

—Te he echado de menos. ¡Qué guapa estás!

—¿Ya no te acordabas?

—Estás cada vez más guapa.

—Lógico.

Emmanuelle preguntó entonces:

—¿Y yo? ¿Sigo gustándote?

—Ya veremos. ¿Qué has hecho mientras yo no estaba vigilándote?

—Sólo barbaridades.

—Demuéstralo.

—Antes confiesa tú tus estupros. Esta vez tú hablas y yo escucho. Se han trocado los papeles.

—¿Y por qué, pregunto yo?

—Porque soy yo la menos casta de las dos.

En los ojos verdes de Marie-Anne brilló un destello de escepticismo.

—Al parecer, tus relaciones con Mario se han enfriado —dijo el hada con estudiada indiferencia—. ¿Ya no os veis?

—Es que tengo tanto éxito… —bromeó Emmanuelle—. Ha de esperar su turno. —Luego, para dejar claro que no permitiría que nadie la controlara, insistió—: No trates de salirte por la tangente. Cuenta. ¿Has tenido aventuras?

—A miles.

—Descríbeme una, para que me haga una idea.

El estrépito de un escape libre las hizo volverse hacia el camino.

—¿Qué coche es ése? —preguntó Marie-Anne, sorprendida—. ¿Y quién lo conduce?

—Anna Maria Serguine. ¿La conoces?

—¡Ah, ella! Está pintando tu retrato. Me quedaré para veros.

—Estás al tanto de todo. ¿Cómo es que estás tan bien informada?

Marie-Anne, por entre los párpados entornados, lanzó una mirada burlona y, como de costumbre, pasó por alto la pregunta comentando:

—Espero que tu retrato quede bien.

—Sí. Lástima que sea sólo de cara.

—Para lo demás, sería preferible que te dirigieras a un hombre.

—¿Estabais haciendo el amor? —preguntó Anna Maria alegremente.

Emmanuelle la miró con estupefacción.

—No… ¿Por qué?

—Si no haces el amor con esta preciosidad, entonces ¿con quién? —se sorprendió la recién llegada.

—Ya veo que vas desentumeciéndote.

—Nada de eso. Simplemente, trato de ponerme en tu lugar y comprender tu lógica.

Marie-Anne adoptó un aire de suficiencia.

—No hagas caso a Emmanuelle cuando te diga que es lesbiana —dijo—. Lo es principalmente con los hombres.

—¿Pero tú sabes lo que dices? —terció ásperamente Emmanuelle—. Tiene razón Anna Maria, tengo que meterte en cintura. —Añadió, imperiosa—: Ante todo, ¿qué haces ahí vestida? Desnúdate.

—Tu invitada se escandalizaría —objetó la interpelada.

—En absoluto —declaró la italiana, para la creciente sorpresa de Emmanuelle—. Al contrario.

—En ese caso… —accedió Marie-Anne, complaciente.

Obedeció en un abrir y cerrar de ojos y se exhibió con afectación ante las dos mujeres:

—¿Os gusto?

—Sí —dijo Anna Maria—. Tomo nota. Cuando termine el retrato de Emmanuelle te esculpiré.

—¿En qué?

—Aún no lo sé. En algo suave al tacto.

—Anna Maria llega al safismo por medio del mármol —ironizó Emmanuelle.

—Quiero que la gente acaricie mi estatua. Me gustaría.

—Ven aquí —ordenó Emmanuelle—. Quiero palparte los pechos.

Marie-Anne no se lo hizo repetir y su amiga oprimió su relieve con las manos, no sin mirar de soslayo a Anna Maria; pero ésta no reaccionó.

—¿No vas a enfadarte? —se asombró Emmanuelle.

La otra aparentó inocencia.

—¿Crees que yo podré modelarla sin hacer lo mismo que haces tú?

—Todo depende de la intención —observó Emmanuelle, despechada.

—Si tocar los pechos de esa estatuilla de Tanagra fuese un crimen, el mundo estaría desquiciado.

—¿Por qué no tocas los míos?

Anna Maria no respondió. Emmanuelle se irritó:

—¿Y eso?

Deslizó un dedo entre los muslos de Marie-Anne, bajo el deslumbrante pelaje de lince ártico. Anna Maria permaneció imperturbable. Fue Marie-Anne quien protestó:

—Me haces cosquillas. Déjame. No sabes.

Una oleada de pesar, casi de aflicción, invadió el corazón de Emmanuelle. Trató de luchar con todas sus fuerzas contra esta debilidad: «Soy tonta; no es más que orgullo herido…». Pero no. Su amargura le recordaba lo que había sufrido por Bee. «¿Por qué?», se preguntaba casi con rabia. Luego, bruscamente, su pena se trocó en ternura.

«No es nada malo», pensó. «Querer no tiene nada de malo. Y Marie-Anne no me rechaza de verdad. Su brusquedad nace del mismo pudor que a mí me induce a confesar que tengo corazón. No importa, eso no son sino residuos de virginidad. Cuando las dos hayamos dejado atrás por completo la edad del pavo, no nos dará vergüenza reconocer que somos sensibles».

Sonrió a su amiga, como si le abriera los brazos.

—Tienes razón. Haremos el amor cuando nos apetezca. Ahora no. No es el momento adecuado.

Dio media vuelta y sorprendió en el rostro de Anna Maria una expresión de desencanto tan fugaz que temió haberlo imaginado. Parecía que la joven artista se sentía defraudada: sin duda no le hubiera desagradado que los acontecimientos tomaran otro cariz. Emmanuelle recobró su buen humor.

Marie-Anne se disponía a vestirse.

—Quédate desnuda —insistió Emmanuelle.

«Si acepta, es que me quiere», se dijo.

Marie-Anne volvió a tirar la falda. ¡Qué hermosa era la vida!

—Subamos a la terraza —propuso Anna Maria.

—Sé buena y di que nos traigan té —pidió Emmanuelle a Marie-Anne.

Ésta, con perfecta naturalidad, se dirigió hacia la cocina.

—Que Marie-Anne esté desnuda en nuestra compañía no tiene nada de malo, pero hacerla ir a la cocina de ese modo… —la riñó Anna Maria—. Eso ya es perversidad.

—Tú no eres buen juez —repuso Emmanuelle—. Una muchacha desnuda en un cuarto de baño no tiene ningún valor. En una cocina, ya es distinto.

—¿Valor erótico, quieres decir? ¡Pero si en el erotismo no pinta nada el criterio del bien y del mal! El cuerpo de Anna Maria tiene un valor humano, el de ser una niña adorable de trece años. Y un valor estético, que no depende de la emoción sexual que provoca.

—¡Pues claro que sí! Es ahí donde los artistas se desenmascaran. Si pintan y esculpen desnudos, y no manzanas, es porque el arte sí tiene un componente sexual. Es porque ellos y los que contemplan sus obras quieren excitarse. Su intención no puede estar más clara. La prueba es que, cuando se han calmado, pintan manzanas. —Emmanuelle no dejó a la otra tiempo para que se disculpara y prosiguió—: ¡Y no esperes engañarme con tus hipocresías! Estoy segura de que, por más que digas, el cuerpo de Marie-Anne te desazona.

—¡Es ridículo! Precisamente, Marie-Anne me deja fría, mientras que…

Anna Maria se interrumpió bruscamente, con un gesto de desagrado. Ya era tarde. Emmanuelle se puso de pie de un salto, le echó los brazos al cuello y le dijo, cara contra cara, con acento burlón:

—… mientras que a mí no quieres pintarme desnuda porque tienes miedo de que flaqueen tus principios, ¿no es verdad?

—No, en absoluto. Te lo aseguro. Es casi todo lo contrario.

—¿Todo lo contrario? ¿Qué quieres decir? Explícate, por favor.

Anna Maria está tan visiblemente turbada que Emmanuelle se pregunta si, para consolarla, no debería besar aquellos labios contritos. Marie-Anne regresa un instante demasiado pronto.

—¡Es que no quieres comprender, Emmanuelle! —se lamentó Anna Maria, irritada—. No es simplemente cuestión de virtud o de vicio. Yo no soy lesbiana, eso es todo. Porque a ti te gustan las mujeres crees que todas son como tú. Te equivocas por completo. La mayoría no han nacido con esa inclinación.

—Bueno, pues que la adquieran —exclamó Emmanuelle con soberbia—. Esas cosas se aprenden. Y se aprenden muy fácilmente. Puedes hacerte lesbiana sin ninguna ceremonia: no es necesario nacer ni crecer con el secreto. Desde que tengo uso de razón, he visto a mi alrededor a muchas chicas cambiar de bando.

—¿Las convertías tú? —preguntó Marie-Anne, que se había instalado sobre los almohadones, a sus anchas en su desnudez, y hojeaba unas revistas.

—Lo que convierte es la ocasión. Por poco que las circunstancias ayuden, cualquier mujer puede sentir un día la tentación de hacer el amor con otra mujer. Aunque sólo sea por curiosidad.

—O por pereza —dictaminó Marie-Anne—. Porque no tengan hombres a mano y no quieran molestarse en buscarlos. O porque encuentren soso hacer el amor a solas. Entonces se masturban a cuatro manos.

Emmanuelle se echó a reír.

—Eso es psicología de oblata —se chanceó—. La verdad es que un cuerpo de mujer es deseable en sí, no sólo para el sistema nervioso del macho. Todo ser normalmente constituido es sensible al encanto de un cuerpo femenino. Las que aparentan indiferencia hacia el cuerpo de una mujer, o son irresistiblemente frígidas o se niegan a comprender que son víctimas de la sociedad: están condicionadas y atrofiadas por el conformismo y las conveniencias. Tanto en un caso como en el otro, son unas lisiadas. Les han amputado un sentido.

—Les han amputado un sexo —terció Marie-Anne.

—Nunca sabrán lo que es el amor. Porque, si uno no ama a su propia gente, ¿a quién va a amar?

La llegada del té hizo que la conversación se desviara momentáneamente. Pero el tema tenía que volver a aflorar. Un comentario de Marie-Anne, en el que salió a relucir la palabra «gusto», dio a Emmanuelle el pretexto que esperaba.

—Ocurre lo mismo que en el safismo —machacó—. En primer lugar, es cuestión de estética: para que no te gusten las mujeres hay que carecer de gusto. A Anna Maria hubieran tenido que suspenderla en Bellas Artes.

—Me agradan las chicas guapas, pero de un modo normal. Y por más que tú digas, la homosexualidad no es normal.

—Pues a mí me parece menos anormal que amar a la Virgen Santísima.

Anna Maria pareció molesta. Emmanuelle, sin hacerle caso, insistió:

—¿Quieres decir con eso que, como artista, tu ambición consiste en limitarte a lo normal? Creí que el arte tenía la misión de abrir cauces más allá de la naturaleza.

—Yo, en lo sobrenatural, trato de distinguir entre lo divino y lo diabólico.

—¡No me digas que crees en el diablo! ¿No tienes ya bastante con Dios? De todos modos, tienes que elegir entre creer en el uno o en el otro. No puedes creer en los dos a la vez. Yo, por mi parte, no tengo preferencias.

Anna Maria no sabe qué contestar. Emmanuelle tiene una manera de ir y venir entre Lesbos y la teología que desorienta.

—Admitamos a Dios —concede Emmanuelle, generosa—. No os mováis.

Se aleja y vuelve a los pocos minutos con un libro grande y delgado, con unas cubiertas ornadas por un suntuoso damero rojo, azul, amarillo y negro.

—Escucha lo que dijo alguien que debe gustarte.

—¿Mondrian?

—El mismo: «La belleza pura es idéntica a lo que en el pasado se llamó divinidad».

Anna Maria hace una mueca, pero no dice nada. Emmanuelle le pasa el libro. Marie-Anne interroga:

—¿No es cierto que quieres a Emmanuelle porque es hermosa?

*

Otro día, Emmanuelle encontró este pensamiento de Che Tao:

«La gente cree que la pintura y la escritura consisten en reproducir las formas y los parecidos. No; el pincel sirve para hacer salir las cosas del caos».

Y, al día siguiente, este otro de Marcel Brion:

«La naturaleza está llena de peligros. El hombre no se sentirá seguro hasta que haya construido un universo de formas no naturales, para refugiarse en él».

—La verdad —le dice Emmanuelle a Anna Maria— es que el hombre todavía se avergüenza de sus orígenes animales. No sabe qué inventar para hacerlos olvidar. Aquello de que Dios le dio un alma ya era una idea, pero eso no le llevó mucho más allá. Un espacio artificial en el que Dios no participe ya es algo más fuerte. Eso es lo que tú tratas de hacer cuando pintas. Pero no pasa de ser una chapuza. —Al cabo de un rato puntualiza—: El arte, en el fondo, es un modo de crear una especie que todavía no es capaz de crear naturaleza. El día en que sepamos crear vida o mover los astros, dejaremos de perder el tiempo pintarrajeando mundos de *gouache*. —Y después—: Dice Mario que la obra de arte acabada no es más que una huella muerta. ¡Vaya timo el que se da a los pobres millonarios que tan caros pagan los cuadros! Lo que ellos compran, el arte ya lo abandonó… en el instante mismo en que el pintor soltó los pinceles. Lo que queda de su esfuerzo no es más que la cáscara. La obra de arte nace y muere en el momento. No hay obras inmortales, sólo hay instantes creadores, bellísimos, que se desvanecen antes de llegar a envejecer. El arte está en el hombre, no en las cosas. Es lo que creo cuando hago el amor como yo lo hago.

—¡Arte ingenuo!

—El arte no puede ser ingenuo. El amor sí, pero a nosotros nos incumbe enderezarlo.

—Entonces, ¿es un mal la ingenuidad?

—Sí. El mal de la infancia. Lo contrario del amor ingenuo es el erotismo.

—Entonces déjame a mí la salud de la infancia. Tus adulterios de adultos, tus figuras complicadas, tus mujeres con órganos masculinos, tus alardes, tus intercambios son para mí una

enfermedad del amor, no un arte.

—Si yo sospechara que lo que hago está mal, dejaría de hacerlo: lo más importante no es el placer, sino el orgullo. Por supuesto, hay maneras de hacer el amor que son malas, como hay maneras de orar que sin duda hacen sufrir a tu Dios. Ser erótico no consiste en alimentarse de pensamientos vergonzosos; todo aquello que se hace a escondidas corre el peligro de ser feo. ¿Por qué habría yo de tener vergüenza? ¿De qué? Sólo he hecho el bien. La gracia erótica consiste en alegrarse por gozar. Y la virtud, en felicitarse por hacer gozar.

—Vivimos en mundos distintos.

—¿Seguro? Si piensas sinceramente que el amor es pecado, sabes más que Cristo, pues él lo ignoraba, el pobre, ya que tenía cierta debilidad por las mujeres adúlteras, las de mala vida, los pecadores y los buenos ladrones. ¿Dijo alguna vez: no hagáis el amor, porque es malo y no entraréis en el paraíso? Yo he estudiado los cuatro Evangelios y en ningún lugar he encontrado una apología de la castidad. Por eso tú me das risa con tus continencias y tus virginidades: yo entraré en el Reino antes que tú. En realidad, ya estoy en él, porque el Reino de Dios es allí donde viven los hombres y las mujeres que tienen ojos para ver y oídos para oír, los que tienen hambre y sed de verdad… Es el reino de este mundo lo que tenemos que descubrir eternamente y lo que el amor me ayuda a buscar.

—Puros juegos de palabras. El amor que predicaba Jesús no tiene nada que ver con tus partidas de placer.

—¿Qué sabes tú de mis partidas de placer? Ellas ilustran la diferencia entre el erotismo y la obsesión sexual. En ellas no se hace colección de orgasmos muertos, como si fueran figuritas de yeso o cuadros; en ellas se inventa el arte de amar. Y nos comportamos de forma más moral que física.

—El amor doctrinario contra el amor endocrino.

Emmanuelle sonríe. Anna Maria insiste:

—¿Quién cae en la trampa de esos razonamientos? Tú haces el amor a diestro y siniestro porque te gusta, eso es todo. Te deshaces de los principios que te molestan, y los que forjas para sustituirlos sirven sólo para adornar esta verdad, una verdad de lo más

pedestre: que diez hombres te dan más satisfacción que uno.

—También podría elegir el camino más fácil y quedarme a descansar. Podría conformarme con mi marido o con mis manos, pero no estoy en el mundo para conformarme.

—Estás en el mundo para esperar.

—Estoy para aprender. Pero ¿me hace falta aprender a hacer el amor? Me parece que soy ya lo bastante fuerte en esa materia. Sin embargo, para llegar a saber amar de verdad me queda todavía mucho camino por recorrer. En mis partidas de placer, como tú las llamas, Anna Maria, no me perfecciono como pareja para el acto sexual, sino como enamorada. Y para conseguirlo, no me bastará toda una vida, ni todos los hombres, ni todas las mujeres del universo.

—Tu ideal viene de la mente más que del corazón. ¿Estás segura de que esta abstracta pasión por el hombre es el verdadero amor?

—¿Se puede amar sin un motivo? El amor, el amor del que yo aspiro a ser merecedora, es como una inteligencia con otro nombre. La gracia de ser hombre es amar aquello que le hace capaz de alcanzar el genio.

—Tú te bates contra los mitos, pero me temo que tu erotismo es el más quimérico de todos.

—Es la escuela misma de la realidad. Yo sólo creo en los principios que descubren los Arquímedes: los del buen Dios no me parecen demasiado sólidos.

—Siempre hubo mujeres que se acostaban con todo el mundo. ¿Acaso podría deberse a ellas el progreso de las ciencias?

—¡Quién sabe! Si, a lo largo de los siglos, las ninfas y las cortesanas no hubieran guardado a los hombres de sucumbir a la hipnosis de Dios, quizá la Iglesia habría conseguido que perdieran la afición al saber y el gusto por la vida. Sin ese gusanillo en el fruto del bien y del mal que fueron ellas, tal vez haría ya mil años que nuestro mundo giraría como un astro castrado. —Emmanuelle añade en tono cada vez más vehemente—: Por culpa de vuestras malas leyes, ya no se puede ser casta ni fiel. Tener muchos amantes se ha convertido en un deber, como para los revolucionarios el lanzar bombas, aunque les horrorice el estrépito y la sangre. Los culpables no son los que atacan a los tiranos. ¡Que empiecen los

señores inquisidores! El alma negra de los servidores de Dios juzga a Dios. Los días de su reinado fueron la noche de la Tierra.

—Las invectivas que lanzas contra Dios son también una forma de reconocerle. Tú crees en Él, pero estás en contra.

—Eso sería demasiado honor. No soy tan temeraria. Pero el pasado está lleno de Dios y el pasado es el tiempo del error. La verdad está delante de mí: no es culpa mía si, al mirar hacia delante, no veo a Dios. No me obligues a volver la cabeza: tal vez entonces olvide mis quejas.

—El Creador no se deja olvidar tan fácilmente.

—¿Tú crees? Trata de pensar en Dios mientras gozas. La religión fue inventada por personas que no sabían hacer el amor.

—Pero ¿por qué tiene que existir algo que no sea la nada? —se angustia Anna Maria—. ¿Por qué la naturaleza rebosa de misterios? ¿Por qué los murciélagos duermen cabeza abajo? ¿Por qué eres tan hermosa, tú que sabes amar y que tienes que morir? La ciencia no me lo dice.

—La religión tampoco. Trabajemos para descubrirlo, en lugar de jugar a pintar retratos.

*

—En Angkor, en tiempos del esplendor jemer —cuenta Jean durante la cena (Emmanuelle ha invitado a Anna Maria y a Marie-Anne)—, los monjes del gran templo desfloraban a las jóvenes, ofrecidas por sus padres. En general, todas tenían menos de diez años. Sólo los pobres las conservaban vírgenes más tiempo, pues había que pagar bastante por el rito y los usureros no soltaban el dinero sin garantías. Los monjes se servían del dedo o de la verga. Luego recogían la sangre y la mezclaban con vino. La familia se marcaba la frente y los labios con el líquido. Cada bonzo podía desvirgar a una al año. Cuando las muchachas deseaban casarse después, iban a bañarse desnudas al lago y los hombres las escogían.

*

—Nada ha cambiado —dice Marie-Anne a Emmanuelle la mañana siguiente, mientras toman el sol al borde de la piscina—. A los bonzos siguen gustándoles las vírgenes.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has pasado por sus horcas caudinas?

—No necesito haberlo vivido para saberlo.

—A mí me han dicho que los monjes budistas jamás tocan a las mujeres.

—Una virgen no es una mujer.

—¡Vaya gustos raros!

—Los monjes no son personas como nosotros.

—¿Y dónde encuentran a todas esas vestales?

—Es difícil. Los padres tailandeses no son tan serviciales como los jemeres de antaño.

—¿Ya no entregan a sus hijas al tiempo que las ofrendas para el culto?

—Ya sabes cómo se pierde la religión. ¡Ya no hay Buda! Hoy son los bonzos los que tienen que pagar.

—¿Y cómo lo hacen, si sus votos les prohíben manejar dinero?

—Pagan en oro.

—¡Marie-Anne, exageras! Dices esas cosas para presumir de ingenio.

—Si no me crees, pregúntale a Mervée.

*

Emmanuelle no buscó a la pequeña leona. La frase de su amiga se le olvidó enseguida. Pero un domingo por la mañana, mientras compraba unas orquídeas en el gran atrio de la pagoda del Buda de Esmeralda, en compañía de Ea, se tropezó con la muchacha de la melena leonada. Los rizos y las ondas de aquella crin cobriza parecían formar parte de la exposición de plantas exóticas y casi monstruosas de la selva tailandesa. Emmanuelle observa que sus líneas curvas de puntas enhiestas armonizan de modo impresionante con los párpados oblicuos, con la graciosa arista del mentón e incluso con la boca, en forma de medialuna, que se destaca sobre la piel muy blanca. El rostro de Mervée casa con el

fondo de tejados tailandeses: su geometría y la de los templos son parejos.

—La arquitectura budista y tú sois homotéticas —ríe Emmanuelle, recurriendo a un término matemático.

—¿Te interesa el budismo?

—No mucho.

Miró a dos bonzos que pasaban envueltos en su toga amarillo azafrán, con un hombro y las piernas al aire y el cráneo cuidadosamente rasurado. Un niño de unos diez a doce años, vestido como ellos, iba a su lado, interponiendo entre los ardores del sol y su persona un abanico de seda bordada amarillo intenso, con forma de hoja de higuera sagrada. Era evidente que aquellos monjes no hacían sino pasear, sin interesarse por nada.

—No parecen meditar mucho —observó Emmanuelle.

—Tienen todo el tiempo ante sí.

Se cruzaron con unas colegialas vestidas con blusas blancas marcadas con las iniciales de su escuela y faldas plisadas rojas o azules, a ras de las nalgas. Los bonzos ni se dignaron mirarlas.

«No parece ser eso lo que buscan ellos», se dijo Emmanuelle. Y en voz alta añadió:

—Creí que les gustaban las jovencitas.

—Lo que cuenta no es la edad. Con tal de que sean vírgenes…

—Entonces, ¿no es una leyenda?

Emmanuelle recordó lo que había dicho Marie-Anne y añadió:

—Es verdad. Al parecer, tú eres la persona indicada para contármelo.

Con una sonrisa escéptica, esperó la reacción de Mervée.

Ésta no respondió enseguida. Miró a su interlocutora con una fuerza tan penetrante que Emmanuelle tuvo la impresión de ser sometida a los rayos X.

—¿Quieres saber esas cosas simplemente por diversión o porque te interesan de verdad? —preguntó al fin Mervée.

Su voz tenía tanta intensidad como su mirada. Durante un breve instante, Emmanuelle perdió la noción del lugar en el que se encontraba, del tiempo…

—Lo que más temen los bonzos es la impureza —dijo la mujer —. Y copular con una virgen no mancha.

—Pues no deben de hacer el amor a menudo —trató de bromear Emmanuelle.

—No es necesario que la virginidad sea real: lo importante es salvar las apariencias. El Perfecto dijo: «Todo es ilusión»…

—¿Y sus discípulos son lo bastante dóciles para creerlo?

—Los tailandeses no creen nunca. Saben que la fe es la raíz de todas las dificultades. Y las dificultades les horrorizan.

A Emmanuelle empezaba a interesarle la conversación de Mervée. Hasta entonces había creído que no era más que melena y zarpas.

—Tú, por ejemplo, les agradarías mucho.

—¿Yo a los bonzos? ¡Bah…! Y sobre mi virginidad…

Mervée no pareció desconcertada.

—Eso es cosa mía —declaró con picardía—. Encajas perfectamente.

—Es que… no me tienta en absoluto. La idea de hacer el amor con un monje, aunque sea budista, no tiene para mí nada de excitante. Probablemente, me falta sensibilidad para lo sagrado.

—No es eso. Un día me dijiste que podrías venderte. Habíamos llegado a un acuerdo.

Emmanuelle recordaba la proposición de Mervée, pero no recordaba haberla aceptado. Esa artimaña la hizo reír.

—Y precisamente tengo una petición —prosiguió el felino, mirándola con sus ojos helados.

«Estoy loca», se dijo entonces Emmanuelle. «Pero sería toda una experiencia que esta mujer me vendiera como si fuera una mercancía».

—¿Haces esto por dinero? —preguntó, sorprendida.

—Sí. ¿Te parece bien mañana?

—De acuerdo —dijo Emmanuelle—. ¿Dónde nos encontramos?

«¿Le reportaré buenos beneficios?», se preguntaba. «¿Le pagarán bastante por mí?».

Había olvidado por completo que, para tener algún valor, tenía que ser virgen.

*

La barca se desliza sin ruido, impulsada por el remo del batelero, sobre los reflejos ocre y malva del río crecido por las lluvias. Emmanuelle hace girar con el dedo, al pasar, las cáscaras de los cocos y los manojos de verdura que arrastra la corriente. El agua, densa como la savia, llega a ras de su estrecha piragua de teca, blanqueada por el tiempo, indestructible. La pasajera piensa que seguramente se caerá al agua antes de que lleguen a su destino, pero ¿qué importa? El río es un hervidero de gentes que nadan. Ella se unirá a su multitud vocinglera. Unos muchachos desnudos se aferran a la proa, haciendo oídos sordos a los insultos del barquero. ¿Jugarán a hacerles zozobrar? Las manos de los muchachos corren por la borda. Uno se acerca a Emmanuelle. Sus ojos burlones brillan al sol y ella hace coro a su risa. El muchacho agita la cabeza y la salpica, tiende el brazo: ¿qué quiere pedirle? No tiene que seguir preguntándoselo mucho rato. Con una presteza de salamandra, la mano se desliza bajo la falda, entre los muslos, le roza el pubis… El muchacho vuelve a sumergirse, después de lanzar un grito de triunfo.

Emmanuelle achica el agua con la mano.

—No llegaremos sin naufragar un par de veces —vaticina.

Mervée responde que espera que se equivoque, ya que se estropearía el equipaje. Emmanuelle recuerda entonces que Mervée transporta en un maletín un traje que piensa ponerle para el culto al que ella va a consagrarse. La perspectiva del ceremonial, más que intranquilizar a Emmanuelle, la divierte. Porque, ¿qué traman aquellos hombres santos sino gozar de un cuerpo de muchacha? Todas sus mascaradas y su exorcismo no desmerecerán a esta simple y llana verdad. Si se moja el traje, ¿qué importa?, ella se presentará en el convento con la desnudez de Eva. Eso no la preocupa.

Antes de embarcar, ha hecho lo que Mervée le pedía… Desde la noche de Maligâth, y en vista de las reticencias de Ariane, se preguntaba qué la esperaría. Pero puesto que había aceptado entregarse al leoncito, era natural que lo hiciera totalmente y que le concediera todo lo que deseaba. Y sería una cosa más que Emmanuelle conocería.

. . . .

El embarcadero al que llegan está esculpido con flores de estuco, con fragmentos de vidrio y cerámica incrustados, y coronado por un tejado en forma de tiara de bailarina, igual que el templo al que da acceso. Éste se compone de múltiples construcciones antiguas, separadas unas de otras por grandes espacios verdes. El edificio más grande, ceñido por una columnata, debe de albergar un buda macizo de escayola, como los que Emmanuelle ha visto a centenares durante las últimas seis semanas; no siente la menor curiosidad por comprobarlo.

El *stupa* que ocupa el centro del recinto conventual le parece ya más digno de atención. Su base, en forma de cuenco invertido, es notable, tanto por sus dimensiones como por la gracia de su curvatura. La flecha, formada por aros concéntricos que se estrechan gradualmente, se yergue hasta un centenar de metros. Las tejas de cerámica color carne que la revisten tienen a la luz de la tarde un tono tan suave que Emmanuelle se quita los zapatos y echa a correr sobre la hierba para acariciar con las dos manos el tibio caparazón del gran monumento dormido, cerrado, incomprensible y sin objeto bajo el lógico cielo.

Un joven monje se acerca a Mervée con aire ocioso. Emmanuelle se une a ellos. El monje les indica que le sigan y las conduce a un pabellón rectangular de tejado cubierto de musgo y paredes blancas, sin otra abertura que una puerta gruesa y chirriante. Su interior está iluminado por cirios de olor dulzón, en candeleros de latón reluciente. El mobiliario está formado por armarios en forma de pirámide truncada con batientes dorados, esteras y mesas bajas llenas de tarros enanos.

En un ángulo, un pájaro de madera roja con ojos de pedrería, patas de garza y senos de mujer, mira en un espejo rectangular inclinado, con marco de cerámica, la mueca afeminada de su boca pintada. Emmanuelle se inmoviliza delante de él, muda de asombro.

El bonzo se sienta y se abanica. Entra un muchacho con una bandeja de té. Lo sirve hirviendo, en tazas de una pequeñez absurda: hay que beber varias seguidas para tener la impresión de saciar la sed. Y uno se abrasa. Pero, una vez cumplida la cortesía,

un aroma de jazmín se esparce por la garganta. Emmanuelle se relame. ¿Es semejante néctar lo más indicado para una vida de renuncias?, se pregunta. ¡Aunque, ciertamente, también ella está allí para servir a esos ascetas!

El joven monje, tras dejar la taza en la mesita, se digna pronunciar una frase tan breve y con una voz tan discreta que Emmanuelle no consigue oír nada. Pero Mervée responde. En tailandés. ¿Tanto sabe, entonces? Ella habla mucho más que el hombre. «Debe de elogiarle mis cualidades», piensa Emmanuelle. «¡Pide más por mí!», la anima para sus adentros. El bonzo no puede parecer menos interesado. No mira ni una sola vez hacia el objeto del trato. «Es un viejo ardid de chalán», se dice ella, burlona. No hay que dejarse engañar. ¡Qué lástima que ella no pueda participar en el regateo! Desde luego, va a tener que ponerse a estudiar el idioma. Su ignorancia la priva de legítimas diversiones.

Con la misma brusquedad con que empezó a hablar, el monje se levanta y se va, cerrando la puerta. El humo de los gruesos cirios empieza a marear a Emmanuelle. Le gustaría salir de aquella sala. Pero Mervée, que parece saber lo que hay que hacer, decide otra cosa.

—Te ayudaré a cambiarte —dice.

Desabrocha el traje de su pupila y se lo quita. Abre el maletín que llevaba consigo y extrae de él un echarpe muy largo y ancho, de seda blanca bordada en oro, con el que envuelve a Emmanuelle con una habilidad imprevista. Ésta se pregunta si esa especie de toga no se le caerá al primer paso que dé, pero, al fin y al cabo, tal vez la vistan así para eso, y poco le importa. Además, el atuendo le parece muy elegante. Se mira en el espejo de la *kinari*. Pero las velas alumbran tan mal…

—Ven —dice Mervée.

Emmanuelle da un suspiro de alivio al encontrarse al aire libre. La luz del día le hiere los ojos.

Entran en un corredor. Mervée parece conocer bien el camino. Va contando las puertas a media voz. Al llegar a la undécima, se detiene delante de una figura de ojos grandes y pico curvo.

—Pasa —dice.

Y se queda fuera.

En el interior, Emmanuelle encuentra al joven bonzo. Él le señala una esterilla sobre la que hay un almohadón en forma de prisma.

—Siéntese y espere aquí —le dice en un francés resuelto.

Después se va. Emmanuelle se sienta, pues, en el almohadón, tal como le han ordenado, con las piernas dobladas, como las tailandesas a las que ha visto en los templos.

La habitación no tiene ventanas y es extraordinariamente fresca. Flota en ella un vago aroma a resina. ¿La madera de las paredes? No se ve. La única fuente de luz es una minúscula lamparilla de aceite que apenas ilumina la zona que la rodea. No obstante, Emmanuelle está segura de que la celda es pequeña. No distingue en ella ningún mueble. Pero, al cabo de un instante, advierte que no todas las paredes son invisibles; la que está cerca de la lamparilla puede adivinarse y, a fuerza de mirar, llega a distinguir una puerta, más baja y estrecha que aquella por la que ha entrado. Y mientras la contempla, la puerta se abre. Muy despacio, sin ruido. A Emmanuelle le late con fuerza el corazón. Se encoge sobre sí misma sobre el almohadón. Cuando la puerta se ha abierto del todo, sobre un fondo de tinieblas, algo o alguien sopla la lamparilla. Y se hace la oscuridad absoluta.

Un gemido escapa de la garganta de Emmanuelle. ¡No quiere llorar! Pero tiene mucho miedo…

Siente una presencia. No es el joven bonzo, está segura. Él no se anda con tanto misterio. ¡Cómo le gustaría que volviera! Este otro fantasma que no quiere ser visto, ¿qué irá a hacerle?

Está tan tensa, tiene los músculos tan agarrotados, los nervios tan a flor de piel, que cuando una mano la toca, lanza un grito. Ésta niñería (ella misma califica así de inmediato su reacción) la tranquiliza y la libera. Recobra el aplomo y se ríe de sí misma. Probablemente, el visitante se ha alarmado tanto como ella, pues la ha soltado inmediatamente.

«Soy lamentable», se recrimina. «¿Qué papelito habré hecho yo si él me planta ahora mismo, contrariado de que le hayan traído a una idiota? Quedaré muy mal con Mervée y ella habrá perdido el día».

Pero, pensándolo mejor, se dice que ha hecho bien en mostrarse

tímida, que ése es el papel que le toca representar. No hay nada que lamentar. Además, ni esa oscuridad ni esos misterios se han inventado para impresionarla a ella, sino para ahorrarle al bonzo la vergüenza. Él es el que peca y se esconde. Emmanuelle tiene la conciencia tranquila. Ella está en una posición de superioridad y puede aprovecharse de ello. Ahora que ya se le ha pasado el miedo siente deseos de divertirse. ¿La cree inocente el monje? Pronto saldrá de su error. «¡Sacrilegio, sacrilegio! ¡Escándalo!», salmodia mentalmente Emmanuelle ahogando la risa en silencio.

Extiende los brazos y palpa la oscuridad. Muy pronto, sus dedos tocan una tela sin apresto, barata, que se arruga fácilmente. Se la imagina de color amarillo azafrán. Más arriba, a la izquierda, sin duda hay un hombre desnudo. Sí, ahí está. Carne prieta, piel con tacto de piedra seca. Sin duda, es un monje delgado. Es fuerte, pero no joven.

Una mano imperiosa sujeta los dedos indiscretos de Emmanuelle, los aparta, los retiene prisioneros para impedir que cometan otras ofensas. Ella sonríe. Una mujer no debe tocar a un miembro de la santa *Sangha*. Pero, entonces, ¿por qué está ella allí? No desea precisamente jugar a hipocresías. Trata de desasirse y, en el intento, se acerca al hombre. Tiene un propósito: quiere desnudarlo.

Él se resiste y el echarpe de Emmanuelle se suelta y cae al suelo antes de que ella consiga desanudar la toga amarilla. De todos modos, el atuendo del monje budista no está mucho más ajustado y seguro que el suyo, y ella sabe servirse de uñas y dientes para hacer soltar la presa al adversario, quien, a su vez (¡y ahora le toca a él!) tiene que ahogar gritos que no son precisamente de placer. Emmanuelle no le da cuartel.

Cuando por fin, jadeante y un poco magullada, consigue tenderse sobre el cuerpo desnudo del hombre, puede sentirse satisfecha. El falo duro como el hierro que siente en el vientre, y el aliento candente que le azota la cara, demuestran que ha ganado. Ahora tiene derecho a descansar.

Los dedos huesudos del monje separan sus cabellos y le aprietan la nuca hasta hacerle daño, pero es un daño agradable. Exploran la espalda, recorren su espina dorsal, le arañan las nalgas. Al mismo

tiempo, el cuerpo del hombre se arquea y la verga se tensa más aún. La punta roza el ombligo de Emmanuelle, que, casi imperceptiblemente, mueve la cintura para acrecentar el deseo de ambos. Las manos invisibles suben, grabando un surco, hasta los hombros, los oprimen con fuerza, obligándola a deslizarse hacia abajo. Ella cede, su rostro roza un torso que huele a sándalo y su boca recibe el glande inflamado.

Emmanuelle se prepara para la irrumación, pero sin esforzarse por hacerla agradable. No tiene el menor deseo de derrochar su talento, ni de que el monje goce sobre su lengua.

Éste debe de sentirse decepcionado, pues la rechaza bruscamente. Pero ella no tiene tiempo de preguntarse en qué parará aquel movimiento, porque él la obliga ya a ponerse de lado y a doblar el cuello hasta que la barbilla de ella roce la parte superior del busto. Emmanuelle se pregunta por qué. El monje le dobla las piernas, le coloca las rodillas contra la cara, y ya está: se ha convertido en un feto. Y entonces aquel pene duro como un hueso empieza a frotar su abertura dorsal.

La saliva de Emmanuelle, que todavía impregna el pene, ayuda a la penetración, pero, de todos modos, ella tiene que contenerse para no gemir. Qué estrecha es, se lamenta. ¡Y cómo duele!

Y, cuando el hombre consigue pasar, ella sufre al comprobar que el miembro es muy largo. Cuando lo tenía en la boca no lo advirtió. Tanto avanza que cree que la perforará. Ella supuso que lo más doloroso era el momento en que el glande penetraba en el ano, pero ahora que embiste brutalmente, muy adentro, no puede contener las lágrimas.

No podría decir en qué momento el placer empezó a mezclarse con los sollozos. Necesitó mucho más tiempo para llegar al orgasmo que cuando era poseída por la vagina. Sus lágrimas devolvieron a la esterilla el olor a hierba fresca. Después que hubo gozado una vez, el monje siguió sodomizándola con una fuerza y una insistencia tales que pronto provocaron en ella nuevos orgasmos. Entonces gritó mucho más fuerte que cuando él le hacía daño. No habría sabido decir si aquello duró varias horas o, simplemente, unos minutos interminables, y tampoco el momento en que su amante eyaculó.

Ahora está otra vez sola en la celda oscura, tendida en el suelo. Un torpor de satisfacción le entumece los miembros. Ella espera, sin saber qué hacer ni atreverse a mover un músculo. Quizá aún la necesiten. ¡Quién sabe! Puede haber otros bonzos… Pero le gustaría poder ver. Aquella oscuridad la oprime. ¿O es el aire de la cámara cerrada? Siente una profunda laxitud y permanece acurrucada, suspirando de vez en cuando.

Por fin, alguien abre una puerta que da al exterior. Anochece y no entra más que una luz crepuscular. Es el primer monje. Se queda en el umbral, mirando a Emmanuelle sin perder detalle. Ella se toma su tiempo. Se pregunta qué aspecto debía de tener el que le ha hecho el amor: seguramente no era tan guapo como éste, o no se hubiera rodeado de oscuridad. Por supuesto, era más viejo, pero ¡qué ardor! Probablemente, el abad del monasterio, bueno, el Supremo Patriarca del Pequeño Vehículo… Sonríe con impertinencia delante de su guía, que no se ofende y se limita a decir con voz neutra:

—Ya puede salir, señorita.

«¡Es verdad!», se dice ella, con regocijo. «Había olvidado que era virgen».

Al pensarlo, se echa a reír.

Y, desde luego, por lo que el cenobita esperaba de ella, no tenía por qué andarse con escrúpulos. No había peligro de que él descubriera la superchería. La ha dejado marcharse tan virgen como llegó. ¡Aún podría volver a servir!

Pero bruscamente se le ocurre que quizá esos monjes busquen otra virginidad. En ese caso, ¿de qué medios disponen para asegurarse que se les reservan las primicias? Se necesita ser crédulo… O un verdadero sabio.

Se envuelve en el echarpe (otra cosa que tampoco ha causado efecto, pues lo mismo hubiera dado venir cubierta de harapos), aunque con más desenvoltura que la que tuvo Mervée al arreglarla, y sale de la celda detrás del monje, que avanza ya por el claustro.

Unos pasos más allá, él penetra en otra habitación, más grande y con un ventanal. Se acerca a un arca casi cúbica colocada sobre un pedestal lleno de incrustaciones, la abre y saca un objeto que entrega a Emmanuelle.

—Obsequio de nuestra comunidad —dice.

Ella lo mira, sorprendida. ¿Tenía que recibir algo? Creía que esta parte del trato correspondía a Mervée. De todos modos, el momento no se presta a hacer preguntas, por lo que toma el estuche sin decir palabra.

—Ábralo —le insta el bonzo.

Tampoco eso parece fácil. Es una caja rectangular, de madera negra, olorosa… Apretando aquí y allá, por fin consigue que se deslice la tapa. Inmediatamente, lanza una exclamación de embeleso.

Se trata de un soberbio falo de oro de tamaño natural, tan real que sin duda ha sido obtenido por un vaciado. Seguramente está hueco, de lo contrario pesaría demasiado, pues es largo y recio. Tiene una forma arqueada y lo recorren unas nervaduras longitudinales que parecen henchidas de savia. El glande es notable y tan voluptuoso al tacto que se siente la tentación de atribuirle una suavidad de mucosa y las cualidades de la vida. Ni siquiera Ariane tiene algo igual.

¿Es realmente para Emmanuelle esta joya extraordinaria? ¡No tiene intención de dársela a Mervée! Quiere conservarla para una circunstancia que esté a la altura de su magnificencia.

El bonzo la esperaba fuera y ella se reunió con él. A los pocos minutos llegaron al embarcadero, donde la esperaba Mervée.

El joven volvió sobre sus pasos sin dignarse mirar ni saludar a Emmanuelle. Ella refrenó el impulso de correr tras él para decirle…, ¿para decirle qué? Se encogió de hombros y apretó el estuche contra el pecho.

—No lo comprendo —murmuró—. La cosa no merecía tanta esplendidez.

Miró a su acompañante, como poniéndola por testigo, pero la otra no hizo ningún comentario.

—Cualquier novicio hubiera podido servir.

En el río cae la noche. Allí está ya la barca, y el barquero, que se aburre.

—No pienso volver a la ciudad con esta facha —dice Emmanuelle despojándose del echarpe—. ¡Qué bien se está desnuda! —comenta. El agua la atrae—. ¿Y si nos bañáramos?

Mervée mueve negativamente la cabeza.

—Es tarde. Me esperan.

Emmanuelle, de mala gana, se pone su vestido de civilizada.

—Yo también estoy deseando hacer el amor —dice al subir a la barca.

—¿Conmigo? —pregunta Mervée.

—No. Con un chico guapo.

—Yo te buscaré uno.

—Prefiero encontrarlo por mí misma. O dejarme encontrar.

La barca se desliza a favor de la corriente, entre las orillas iluminadas.

—Obtendrías mejores resultados si tomaras la iniciativa.

—También resulta erótico dejarse llevar —dice Emmanuelle—. Somos mujeres.

—No se trata de erotismo —se impacientó Mervée—. Se trata de triunfar. La pasividad no es eficaz.

—Pues yo no puedo quejarme —manifiesta Emmanuelle con placidez.

—¿Cómo lo haces?

—Dejando hacer a los que me desean. No tienen más que mirarme las piernas o los pechos para darse cuenta de que valgo la pena.

—No dan crédito a sus ojos.

—Nada les impide tocar.

—No son tan osados.

—¿Y si yo me levanto la falda?

—Lo atribuyen a su imaginación, o a su vanidad. Sus deseos los desconciertan. No les parecen reales. Nada les asusta tanto como que les den calabazas.

—Los miro con ojos seductores.

—Tus insinuaciones sólo los desorientan más.

—Me arrimo a ellos.

—Es una prueba más de tu inocencia y tu pureza. Si ellos interpretaran mal tu actitud, podrías desmayarte, pedir socorro…

—Me siento en sus rodillas.

—Las niñas tienen ademanes provocativos de los que no se dan cuenta. Son los caballeros los que deben saber comportarse.

—¡Pues sí…! Y yo que imaginaba que no pensaban más que en acostarse conmigo…

—Y lo piensan, puedes estar tranquila. Pero les falta valor.

—¿Tanto valor se necesita para darme un beso?

—Sólo los héroes se lanzan al asalto de las ciudadelas. ¿Y qué baluarte es más inaccesible que la mujer de su prójimo, ese monumento de virtud?

—¿Qué puedo hacer entonces?

—No esperar a que ellos te asedien.

—¿Salir con bandera blanca?

—Lo único que piden los hombres es ir sobre seguro. Y a poder ser, que la otra parte se adelante. No basta una señal; necesitan una indicación explícita e inequívoca. La alusión, el símbolo, las lítotes los petrifican. Sólo se sienten revivir entre las prostitutas. No por su belleza ni su talento, sino porque ellas son las primeras en hablar y se entiende lo que dicen.

—Ahora comprendo por qué nos vendes.

—No os vendo para hacerles un favor a los hombres. No estoy de su parte.

—Es graciosa esa manera tuya de dividir a la gente en hombres y mujeres. Para mí, todos los que están a favor del amor pertenecen al mismo bando. El sexo no tiene importancia. ¿No es ésa la razón por la que somos lesbianas?

—Yo no soy el descanso del guerrero. Tiene que haber esclavos y amos, conquistadores y súbditos. Yo soy de la raza de las reinas. Los hombres están para servirme.

Emmanuelle se limita a sonreír. La barca avanza. Se siente a gusto respirando el aire tibio de la noche. Mervée continúa, en tono más sereno:

—Ha llegado la hora de poner el mundo del revés. Los hombres ya han corrido bastante detrás de las mujeres: ahora nos toca a nosotras darles caza, escogerlos, dejarlos o cambiarlos, como sementales cuya valía no es inmutable. Además, nuestros gustos también son otros. Ellos tenían sus apartamentos de soltero, a los que llevaban a las cándidas palomas para disfrutar de su carne fresca. Yo tengo, para fines semejantes, mi propio apartamento, adonde llevo a los hombres que seduzco para abusar de su

inocencia robándoles el esperma.

La alegre carcajada de Emmanuelle reverberó en el agua.

—¿Y violas a muchos? —preguntó.

—A todos los que quiero. Los hombres son fáciles de conquistar porque creen que son ellos los que conquistan.

—Y no se equivocan, ¿eh? De todos modos, tanto si conquistan como si son conquistados, lo pasan bien.

—No tanto como nosotras. ¿Te acuerdas de Tiresias?

—No.

—Por una oscura historia de serpientes a las que había molestado en sus amores, los dioses lo transformaron en mujer. No perdió con el cambio, como comprendió demasiado tarde el cielo, siempre tan mal informado de las cosas del mundo. Una vez que volvieron a transformarlo en hombre, Tiresias reveló a Júpiter, que se asombró al oírlo, que el goce femenino era nueve veces más intenso que el del hombre.

—¡Nueve veces!

—Ni más ni menos.

—¡Qué suerte la nuestra! —exclamó Emmanuelle, atónita—. ¡Pobres hombres! Tenemos que ser buenas con ellos. La próxima vez procuraré transmitirles un poco de mi placer.

Mervée soltó una risita burlona.

—¿No crees que las reinas tienen que preocuparse de la felicidad de sus súbditos? —se sorprendió Emmanuelle.

La pequeña leona contraatacó:

—¿Te avergüenzas de haber permitido que vendiera tu cuerpo?

—¡Oh, claro que sí! Pero es una vergüenza agradable. —Reflexionó un instante y añadió—: Últimamente, la gente no hace más que preguntarme si soy ninfómana, prostituta y qué sé yo cuántas cosas más. No me siento nada de eso. ¿Dónde está la diferencia?

—Sólo en la intención.

Emmanuelle asintió. Por una vez estaba de acuerdo con Mervée. Ésta alargó la mano, le desabrochó varios botones del vestido y anunció:

—No pienso acudir a la cita. Te llevaré a mi casa.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Emmanuelle, como si su

conducta fuera a depender de la respuesta.

—Nací el mismo día que tú, pero un año después.

—¡Asombroso! —se admiró Emmanuelle. Permaneció en silencio unos minutos y después preguntó—: ¿Has hecho el amor con tantos hombres como Ariane?

—No he contado los amantes de Ariane. Yo cambio todos los días.

—¿No te quedas más tiempo con alguno? Me dijiste que tenías un amante.

—Con él no hago el amor. Nunca hago el amor dos veces con el mismo hombre. Sería muy aburrido.

—¿Estás segura de gozar nueve veces más que ellos? —preguntó Emmanuelle, súbitamente dubitativa.

Mervée la miró con altivez.

—¿Me tomas por frígida?

—Frígida, no; pero tú y yo no nos parecemos. No hay un hombre que te interese de verdad. Y temo que tampoco haya una mujer. A mí, por el contrario, todos me apasionan, todos me llenan por igual y a todos los deseo. Yo podría pasar toda la vida con un solo amante. Si cambio, no es por necesidad.

—¡Ni yo! Yo cambio por juego.

—Yo cambio por estética. Hago el amor con el mismo ánimo con que esculpiría una estatua. Y… ¿acaso esculpiría una sola? Yo no he nacido para triunfar en el amor, sino para aportar al mundo más belleza de la que había cuando llegué. Yo no hago el amor para saciar mis deseos, sino para ensanchar los límites de lo posible. Yo hago el amor porque soy capaz de ser feliz y lo hago sin condiciones porque soy libre. Si fuera poeta, cantaría mi ternura con versos. Si fuera pintor, enriquecería lo real con formas y colores imaginarios. Si fuera reina, legaría mi nombre a las estrellas. Pero soy Emmanuelle y grabaré en la Tierra la huella de mi cuerpo. Quiero que su calor siga vivo miles de años después de que yo haya muerto, y para ello lo daré a conocer a miles y miles de cuerpos vivos. ¡Todos ellos serán mi amor!

Su mirada se cruzó con la mirada extrañada de Mervée.

—Puede que tú hagas el amor más veces que yo, Mara —dijo Emmanuelle, sin darse cuenta de que había utilizado otro de los

nombres de su acompañante—. Porque yo sé, mejor que nadie en esta ciudad, acaso mejor que nadie en el mundo, por qué lo hago. Y, como tú misma acabas de decir, en eso reside la diferencia.

9

Los pájaros sin máscaras

Y en sus piernas, donde la víctima se acuesta…
avanza el paladar de esta boca extraña,
pálida y rosa como una concha marina.

Stéphane Mallarmé, *Parnasse satyrique*

¡Ah, que se llene, se colme y se tense, este duro
y muy dulce testigo cautivo de mis redes de azul…!
Duro en mí, pero ¡tan dulce a la boca infinita!

Paul Valéry, *La joven Parca*

Buen porte: la buena ordenación
de los movimientos corporales.

Platón, *Definiciones,* 412, d

Marie-Anne volvió a la playa y Christopher, por su parte, regresó a Malasia, sin haberse atrevido a confesar su deseo a la esposa de su amigo y sin haberla tocado. Septiembre se acercaba a su fin.

Anna Maria, cuando acabó de pintar los ojos de Emmanuelle, la esculpió desnuda, como había pensado hacer con Marie-Anne y cosa que luego sin duda olvidó. Emmanuelle no hacía nada por tentarla. Mientras posaba, no le hablaba de amor, ni de placer, ni de la moral de los tiempos nuevos.

La bella italiana estaba enamorada de Emmanuelle y ésta lo sabía. Pero no quería que Anna Maria pudiera echarle en cara que la había seducido. Por lo tanto, hacía el amor con Ariane, o con las tailandesas, cuya piel de seda mate la maravillaba.

Echaba de menos a Mario. No había vuelto a verlo desde la noche del príncipe. Cuando ella comprendió la lección que Mario le había ofrecido, él ya no estaba allí. Se había ido de viaje, lejos. Recibió de él esta carta:

¿Por qué no puedo contemplar Grecia sin desear lo mejor para ti? Esta vez, en el Peloponeso no hay nieve. Su piel surcada de venas envuelve un corazón. Poco antes, volví a ver ese mar perfecto que rodea a Cefalonia y a Zante. Pero las nubes caprichosas me negaron el largo yoni *corintio, como por coquetería, para que no pudiera volver a contarte la misma historia…*

Estoy volando. Y a mi lado el cielo se apoya en los horizontes aprendidos en el colegio. Durante treinta siglos, los yunques de estas montañas forjaron mis alas de hierro. El aire que las sustenta fue el aliento de los dioses. Mi supervivencia y mi libertad son el regalo hecho por su humanismo a mi incredulidad. ¡Oh, dioses llenos de humor, dioses escépticos, dioses de esta tierra, cómo debéis de comprendernos a nosotros, que nunca os adoramos! Vosotros supisteis desde el principio a quién pertenecía el dominio del mundo, vosotros que nos envidiáis nuestras mujeres y nuestras guerras y estáis celosos de nuestra facultad de amar.

Emmanuelle, en este cielo lacónico, la certidumbre de nuestro destino me ilumina: existe una felicidad, y nosotros, los hombres prometeicos, nosotros, los verdaderos padres de Helena, somos capaces de disfrutarla frente a todo el universo. La mezquindad, la cobardía, la zozobra no son todo nuestro sino. Escúchame. ¡Levántate, muéstrate! Es preciso que hagas comprender al mundo que es dueño de su felicidad. Todavía no lo sabe. Es un niño y, sin embargo, está cansado. De su esperanza, hace angustia. En sus negras capitales, el aire está sobrecargado de riquezas, de bacilos y de cenizas. Yo, durante todo este tiempo, pasado entre quienes no pensaban ya en amarse, que no se tomaban tiempo para amar, no es que me olvidara de mi honor, no, pero me dejaba ganar por su desánimo. Tal vez, después de todo, yo sea un soñador y la vida se limite a este nudo en la

garganta, a este cálculo, a este encogerse de hombros. Pero aquí, ahora, avanzando tan velozmente sobre la tierra dórica que acaso, sin que yo lo sospeche, ya esté lejos de mí, la evidencia del azul, más alto que los vapores de la Tierra, proclama que el hombre es dios.

*

Las semanas siguientes fueron muy animadas, pues se entregaron a los preparativos de los festejos para celebrar el cumpleaños de Ariane. En Tailandia, donde se calcula la edad por ciclos diferentes de los del resto del mundo, el fin de cada uno de ellos exige una solemnidad especial. Las amigas de Ariane y la propia Ariane querían que su fiesta fuera digna de aquellas costumbres. Para empezar, decidieron ofrecer al vecindario el espectáculo de un baile de máscaras.

Las invitadas se confeccionarían ellas mismas sus disfraces. Mervée las adiestraría en este arte delicado cuyos secretos le había transmitido Leonor Fini.

Esa tarea fue ya en sí una fiesta. Las jóvenes pasaban las horas en casa de Ariane, sembrando el suelo de adornos de plumaje para la cabeza, plumas de cisne y de canario, penas de tórtola, moños de cotorra, plumón de petirrojo, bozo de curruca, remeras de ruiseñor, bárbulas de arrendajo azul y plumas pediales de mochuelo, plumas de gaviota, de chotacabras, de tántalo, de faralaes del ave lira, penachos de aves del paraíso y colas de abejaruco escarlata.

La labor avanzaba lentamente, pues les ocupaban más tiempo las diversiones que el trabajo. Los planes fueron discutidos y reajustados varias veces por el placer de cambiarlos. Finalmente se acordó que las máscaras serían muy ceñidas y que cubrirían toda la cara, el cabello y el cuello. Hasta los ojos desaparecerían tras los párpados y pestañas de seda. Nadie podría quitarse la máscara mientras durase el baile. Así no serían reconocidas y podrían hacer lo que no se atrevían a intentar en días normales a cara descubierta.

A modo de traje, bastarían unas mallas ajustadas. Pero serían de

lana muy fina y transparente. Mervée (¡no podía ser otra!) sabía dónde encontrarlas: traería diez negras y diez rojas, de un rojo verdugo. Eso limitaba el número de mujeres-pájaro. No podrían ser más de veinte. Cualquiera que fuera su talla, el traje les sentaría bien, pues era de un material elástico que se ceñía a todas las formas. De todos modos, si se quería que los pechos conservaran su nobleza, tenían que ser lo bastante voluminosos para tensar la tela. Este requisito determinó después de un primer examen la eliminación de varias candidatas, las cuales, más o menos despechadas, se resignaron al verse reducidas al papel de espectadoras para no renunciar a asistir a la fiesta.

Las mallas tendrían mangas largas. ¿Se podrían completar con unos guantes? El maestro de ceremonias opinó que la caricia de una seda muy delicada podría ser muchísimo más suave que la de la mano desnuda, por lo que se optó por unos guantes muy ligeros, rojos para las que llevaran mallas negras y negros para las demás. Tampoco podrían quitárselos en ningún momento.

Ariane y Emmanuelle creían que las mallas de Mervée serían parecidas a las que llevan las bailarinas, de una sola pieza desde el cuello hasta los pies. En realidad, no cubrían más que la parte superior del tronco, hasta los riñones. Mervée pensaba completarlas con unas medias caladas hasta la cintura. Si se las ponían sin braguita, el efecto no podría ser mejor. Sus cómplices discreparon por motivos de orden práctico. Esa especie de modernos calzones, debido a la impaciencia humana, no serían tolerados durante mucho tiempo, por muy atractivos que fuesen, o, precisamente, a causa de su atractivo. O bien se les practicarían brechas, con deterioro del conjunto, o bien serían eliminados, lo cual resultaría peor, ya que el buen gusto era contrario a las desnudeces. Si se había dispuesto que las invitadas conservaran puestos los guantes y las caretas durante toda la noche, no era cosa de consentir que se quitasen los calzones. La propuesta de Mervée fue rechazada.

No, adujo Emmanuelle. Para no faltar a la corrección, la única posibilidad sería presentarse ya desnudas de cintura para abajo. ¿Le quedaban todavía plumas a Maria? Podrían utilizarse para adornar el pubis. La longitud de las mallas no se prestaba a ello, objetó la encargada del vestuario, ya que llegaban hasta el ano. Muy bien,

convinieron sus compañeras. En tal caso, las mallas serían suficiente vestido.

De todos modos, no era un atuendo fácil de llevar. La verdadera dificultad estribaba en saber a quién ponérselo. Desde luego, podían encontrarse más de veinte cuerpos esculturales, pero no se trataba de organizar un desfile de estatuas. Más importante que la perfección física era la disposición anímica. Las participantes no sólo debían ser capaces de pensar, sino que también debían compartir principios y estar compenetradas. Era el aniversario de Ariane. No preparaban en su honor un espectáculo, sino una fiesta de amistad.

El comité organizador confeccionó listas que se revisaban día a día, al principio para rectificar criterios, y después, una vez enviadas las invitaciones, para llenar los huecos debidos a ausencias, a indisposiciones o a falta de valentía. Finalmente, con el tiempo suficiente para que se confeccionaran sus máscaras de plumas, se consiguió reunir a suficientes elegidas para asegurar el éxito de la velada.

Cuando se puso sobre el tapete el tema de los hombres, tampoco hubo unanimidad. ¿Los disfrazaban? No, era preferible que toda la atención se centrase en las mujeres. Ellas serían la aparición preciosa, una bandada de aves fantásticas, cuerpos ofrecidos y rostros sellados: el enigma supremo. ¿Para qué ponerles rivales? Aquella noche, los hombres serían sus oficiantes. Por lo tanto, que ellas solas fueran las diosas. Y sólo las diosas están desnudas. Los hombres irían de esmoquin.

¿Cuántos habría? ¿Tantos como mujeres? Sería darles demasiadas facilidades. Que rivalizaran para merecer los favores de las encarnaciones, que suplicaran, que aguardaran su turno. Y para que no se definiera ninguna línea, para que no hubiera ninguna cantidad evidente, no los invitarían en múltiplo simple del número de mujeres. No serían el doble ni el triple, ni estarían en relación aritmética alguna inteligible.

¿Y los maridos? Ninguno, dijo Mervée. Ariane se opuso: todos los que lo merecieran. Empezando por Jean. La intervención de Emmanuelle las desconcertó:

—No —dijo—. Jean no. No hasta que Anna Maria no sea capaz

de unirse a nosotras.

¿Dónde estaba la lógica? Emmanuelle no dio explicaciones ni ellas se las pidieron.

Las amigas de Ariane se reunieron por última vez la víspera del gran día para probarse los trajes.

Soberbias, con sus pesadas capas de terciopelo negro que las envolvían hasta los pies, y que no se quitarían hasta después de haber hecho languidecer a sus espectadores, permanecieron largo rato contemplando en silencio sus caras de pájaros soñadores, tratando de recordar a las mortales que fueron.

Emmanuelle llevaba una máscara de lechuza corintia, de capucha roja, mirada patética y nevada y grandes pestañas temblorosas, cuajadas de lágrimas de perlas. Pero en aquella ave nocturna Emmanuelle no veía una lechuza, sino que le había puesto un nombre inventado por ella: una búhita.

El gran penacho ámbar, los ojos altivos y el pico azul del pergolero daban a Ariane la fuerza de un mito. ¿Qué rasgos de mujer hubieran podido igualar tal sortilegio?

Mervée era una alondra alzacuello con golilla turquesa y plumaje de la cabeza negro. ¿O acaso esta ave se había tocado con una corona inca de ensueño?

Una africana llevaba la cabeza del *Pteridophora*. Las plumas, que surgían de su frente como dos hojas de helecho, llegaban hasta el suelo con temblores de metal que excitaban los nervios, y uno se preguntaba si esa materia y ese ruido no habrían sido traídos, por un misterioso contrabando, de planetas de otro sol.

El intrigante cortejo de artistas enamoradas de su obra decoraba de rojo y negro los salones, mientras las plumas dibujaban en el aire un ballet de fuegos artificiales. Los muslos desnudos, descubiertos al fin, resultaban extrañamente parecidos entre sí, acaso por contraste con la exuberante originalidad de los tocados. Y es que aquellas esbeltas y largas piernas de hada apenas se distinguían entre sí, salvo por el color, doradas las de las rubias, con reflejos más sombríos las de las tailandesas y, destacándose entre aquellas islas de maravilla, las del *Pteridophora*, como faros giratorios de luz negra que balizaran cadenciosos el archipiélago dorado.

Una linda eufema estaba nimbada de plumas de brillo nacarado, y el vello de su pubis tenía también la claridad de la espuma marina y su densidad misteriosa cuando en ella se enmarañan esos organismos medio vegetales y medio animales que el reflujo abandona en las rocas en las que, algunas veces, ponen en práctica recursos amorosos bastante intimidantes. Ella estaba tan prendada de su vientre con cabellera de varec que sin cesar sus enguantadas manos acudían irresistiblemente a sus nudos salpicados de coral. Y a no tardar su suave cabeza se apoyó en unos almohadones de terciopelo y ella otorgó al fin a los dulces labios de su sexo las caricias soñadas que no podía recibir su boca de cartílago.

Emmanuelle, mientras la miraba, pensó que el mar, en su génesis fabuloso, hubiera podido hacer de ella, en vez del bípedo aventurero en que se había convertido, un alga enamorada, beldad consciente de las profundidades. ¿Sería feliz, ignorando la posibilidad de sus otros destinos, si en este momento fuera la amante de glaucas sirenas, lamiendo la sal de sus sexos exquisitos o las gotas de leche yodada del orgasmo que sus caricias conjurarían de sus senos de escamas?

Los ojos crédulos y el cuerpo naranja de un gallito de las rocas de frente abombada y senos esféricos; el cráneo aterciopelado, las velludas orejas bordeadas de pelusa púrpura, el collar de prelado y la cola desmesurada de una *Astrachia stephania*; los párpados de almendra, casi verticales, el pico afilado y la cola ahorquillada y cortante como una navaja del cinante azul, eran más que unas máscaras; eran las parejas que el surrealismo de la vida ofrecería a los hombres para hacerles sentir el enigma de las mujeres. Por ello, a pesar de su crueldad, aquella noche los picos resultarían más atrayentes que el cuerpo de las bellas.

Las aves se prometieron prolongar el prodigio todo lo posible. No se traicionarían por la emoción ni por la risa y, bajo sus penachos de ensueño, se exhibirían como arcanos inviolados, tan cercanas como para inflamar los deseos y al mismo tiempo tan distantes como para hacer llorar.

Era tan desconcertante su metamorfosis que sus mismos familiares dudarían en reconocer los senos de la cacatúa de moño rojo, los hombros delicados del guacamayo o, bajo el puntiagudo

cráneo serio y cómico a la vez y el plumaje policromo de la adorable *Lophornis*, la cabellera desbordante de una argelina de dieciséis años que pretendía haber tenido ya mil amantes. E incluso los que la idolatraban como pocas mujeres lo habrán sido en el mundo tendrían que violentarse para no pensar que estaban cometiendo un sacrilegio antes de caer a los pies de la hija del príncipe, cuyo rostro de esfinge se escondía bajo el cuello flexible, los ojos azul añil y el perfil lascivo del colibrí safo.

Desde luego, era de esperar, y así lo comprendían las mágicas aves, que muchos hombres se confundieran adrede. Pero podía perdonárseles. Deliberadamente confundirían a Laura con Mervée, llamarían Djamila a Malini, reconocerían a Emmanuelle bajo la máscara de Marayât, a Dafne bajo el plumaje de Miriam, a Maité bajo el pico de Ariane o tomarían a Nil por Inge. Pero tal vez ello sirviera para descubrir sorprendentes predilecciones. Y si les acometían deseos menos confesables, incluso podrían pretender que los seres sin rostro que tendrían en sus brazos eran tal o cual beldad inaccesible, apenas entrevista en otro lugar, que no habían sido invitadas y que, después, se asombrarían al enterarse de que habían sido vistas en la fiesta y que unos enamorados de los que nada sabían las habían rendido con bárbaros abrazos.

Las jóvenes pasaron todo el día saboreando por anticipado aquellas delicias. De antemano absolvían a sus pretendientes de todas sus debilidades. Salvo Emmanuelle, que declaró que su fantástica creación hacía posibles nuevas emociones y que los hombres harían un lastimoso papel si se limitaban a poner bajo las máscaras de sus visitadoras formas y sentido habituales. Se les brindaba la ocasión de amar lo no terrestre, lo extrahumano, lo desconocido. ¿Acaso no serían capaces de hacer algo mejor que pensar en simples mujeres cuando tenían genios al alcance de la mano?

*

Hasta muy tarde, mucho después de iniciada la fiesta, las aves del paraíso no anunciaron que se quitarían las máscaras.

Una pantalla de fina seda blanca bajó del artesonado, dividiendo el inmenso salón. Hasta entonces, nadie había reparado en él, recogido como estaba en una funda dorada. Las luces se apagaron. Sólo quedaron encendidos unos proyectores colocados detrás de la pantalla.

En el lado que estaba a oscuras, se instaló a los invitados en grandes butacas, con toda clase de bebidas a su alcance. Allí estaban todos los hombres y las mujeres que habían acudido sin máscara. Entre ellos se hizo un silencio expectante.

En la blanca pantalla fueron apareciendo, una a una, sombras fantasmagóricas; falos de formas y tallas diversas sostenidos como flores delicadas por dedos esbeltos; dos, cuatro, ocho mujeres bailando una pavana lenta, en torno a un fantasma con los brazos extendidos, una muchacha fantasma cuyo cuerpo real vive en el espacio prohibido, entre los proyectores y la seda…

Su sombra se inclina lánguidamente y queda tendida en el suelo. Apenas se distingue. Sólo los senos marcan su relieve. ¡Lástima que no conserve el perfil memorable de su rostro de ave! Convertida de nuevo en criatura humana, nadie sabe ya quién es.

Un brazo de sombra describe una parábola, una mano viene a posarse en el vientre invisible. La mano permanece inclinada y se distingue un dedo que acaricia suavemente el lugar donde uno imagina que se encuentra el sexo. Poco a poco, la danza de los espectros fálicos se acelera hasta convertirse en una giga endiablada. La mano enamorada sigue el ritmo. El cuerpo se arquea, en el suelo sólo se apoyan la nuca y los talones, parece tenso, como si fuera a resonar. De pronto, el dedo se hunde, los príapos se calman, la silueta se desploma y la pantalla se oscurece.

Cuando vuelve a encenderse la luz, ilumina sobre la pantalla nívea un perfil de tinieblas con los senos puntiagudos, las piernas largas y esbeltas y el peinado vaporoso, alto como una cornamenta de ciervo. Una segunda silueta surge del lado izquierdo y avanza bailando suavemente a los sones de un acompañamiento sordo. La sombra de su virilidad tiene la firmeza de un dibujo etrusco.

Las dos sombras se unen. Una levanta a la otra como si no pesara nada. De pie, con la espalda arqueada, sin más punto de apoyo que sus míticas piernas, el hombre de sombra penetra

impetuosamente a la bailarina, cuyos miembros describen graciosas curvas y cuya espalda se curva en forma de medialuna. La noche cae sobre las dos siluetas acopladas.

Una aurora imaginaria nace dibujando el contorno de una mujer de rostro huidizo. ¿Es la misma de antes? (¡Era más fácil distinguir a las perdidas aves del paraíso!). Está sentada, con una pierna doblada debajo del cuerpo y la otra estirada, con el talón apoyado en el suelo. Un hombre (¿otra vez el fauno?) aparece, se acerca, se arrodilla. La silueta femenina posa en el hombro de él la pierna que tenía doblada y adelanta el sexo hacia la boca que espera. La cabeza del hombre se funde con la sombra de los muslos. La mujer se toma los pechos con las manos y los levanta hacia el cielo, doblando la nuca. Se hace oscuro de golpe.

En el cuadro cuarto aparece un hombre sentado. Una sombra con senos de musa y cabellera de nube surge de la nada, se acerca a él bailando y se deja caer a sus pies. El falo del héroe se yergue lentamente, y lentamente desaparece en la nebulosa indecisa que ocupa el rostro de la deidad. Vuelve a surgir y a hundirse ceremoniosa, hieráticamente, hasta que la encarnación que se ofrece a la libación se estremece y abate. Luego, desaparece. El semidiós se queda solo.

Pero en el horizonte nace otra sombra, semejante a una vela negra. El hombre le tiende los brazos, la atrae, la levanta en vilo y, como hiciera el primer aparecido poco antes, la perfora con su miembro mientras las suaves curvas de la mujer borran el relieve nudoso de los muslos del amante. Unos brazos ciñen su cuello y unos labios invisibles se posan sobre sus labios. Luego, suavemente, el cuerpo femenino se agita con flexibilidad felina, se tensa hacia una superficie quimérica, se hunde, vuelve a elevarse. A cada intento, la verga que lo sostiene apenas se entrevé y después desaparece de nuevo en su carne de sombra.

Los espectadores sienten en sus nervios y sus arterias la presión húmeda, marina, cada vez más profunda, la succión, el contacto de unos músculos que aprietan con sus mucosas, la subida alucinante del fluido —esa bendición de manantial— por el miembro escondido. La escena se prolonga. Por fin, la cautiva se tensa y bate el aire con los brazos, sus senos se afilan, lo que debe de ser su

cabello se suelta y dibuja una densa sombra hasta el suelo.

El vientre del hombre late y se tensa. A los espectadores les parece ver brotar el esperma.

En la escena siguiente, aparece la silueta de una mujer tendida boca abajo sobre un lecho alto, con los hombros levantados y cubiertos por la masa oscura de su cabello, que envuelve también su cara. El peso dilata sus senos. Sus nalgas se alzan, como entumecidas, sus rodillas se doblan. Ella se apoya en sus antebrazos como una fiera al acecho.

Aparece un hombre. Con movimientos firmes toma entre sus manos la grupa que se le ofrece, la atrae hacia sí, penetra en ella hasta el fondo. Luego, se queda inmóvil. La mujer parece también haberse convertido en piedra.

Poco después, por la izquierda se destaca otra sombra femenina. Deambula, titubea, se acerca… Su pubis prominente pasa junto a la mujer inmovilizada, que bruscamente levanta la cabeza, echa hacia atrás la cabellera que le cubría el perfil y proyecta hacia el cebo la sombra voraz de su lengua.

Entonces el hombre recobra vida. Con un brusco éxtasis, se solaza en el dorso de su prisionera, que, rompiendo intolerablemente el silencio del espectáculo, huye de él soltando un grito selvático y desaparece en la noche.

Después de una larga pausa, la pantalla se ilumina otra vez sobre dos hombres que, en el centro, se hacen frente. Sus falos, de una rigidez soberana, forman una sola línea, gruesa como un brazo. Detrás de cada uno, a cierta distancia, una mesa (¿o es un altar?).

En el extremo izquierdo y en el extremo derecho de la pantalla hay sendas figuras dignas de un bajorrelieve nubio. Sus pechos isíacos se destacan encima de su vientre liso. Sus muslos ahusados se animan súbitamente y las llevan lentamente hacia el grupo central. La efigie de la derecha se inmoviliza a mitad del camino. La otra se sitúa entre los dos perfiles masculinos fundiendo su sombra con la de ellos. Hay que estar muy atento, o tener imaginación, para advertir que inclina el cuerpo y besa o acaso hace que penetren su boca, si tal cosa fuera posible, el doble falo. Después se yergue y, siempre con movimientos lentos y rítmicos, se tiende sobre una de las mesas, con los senos apuntando al cielo. Su nuca sobresale del

plano horizontal de la mesa y la cabeza cuelga en el vacío, a la altura de las nalgas del hombre, aunque no lo bastante cerca para rozarlas con los labios.

La otra mujer repite minuciosamente el ritual y se coloca en posición simétrica a la de la primera. Entonces, los dos personajes centrales, renunciando a su cara a cara uranista, dan media vuelta y avanzan un paso. La boca de las yacentes se abre y ellos introducen en ella la verga.

Aparecen en escena dos sombras, portando sendos símbolos viriles entre sus senos abombados. Graciosamente, oblicuamente, se los quitan del cuello y los insertan en el cuerpo de las mujeres. Luego, se arrodillan entre los muslos de esos nuevos hermafroditas e, inclinadas sobre su vientre, maman el retoño que acaban de injertar.

Otros dos hombres vienen de la derecha y de la izquierda hacia las mujeres arrodilladas. Ellas se vuelven, sueltan los príapos clavados en el sexo de sus compañeras y prueban los de los recién llegados. Evidentemente, sus labios prefieren las erecciones de carne que nacieron de su arte y los hombres dan la vuelta a sus sombras y les ayudan a levantar las caderas. Por sus movimientos, se aprecia que penetran en ellas.

Todavía queda un espacio entre las dos figuras que permanecen de pie, con el sexo en la boca de las andróginas. Entran dos personajes masculinos que van uno al encuentro del otro en el centro de la pantalla, giran sobre sus talones y se colocan en el hueco, en la misma posición que tenían al principio los dos hombres, cuyas nalgas rozan ahora las de ellos.

Casi inmediatamente, dos formas femeninas surgen por ambos lados y, después, otras dos.

Las primeras se sitúan al lado de las mesas, besan los pechos de las mujeres yacentes y acarician el lugar donde se insertó el injerto viril. Las segundas se sientan sobre sus talones, perpendicularmente a las mujeres arrodilladas que chupan el zumo de los injertos, y adelantan una mano hacia la sombra de sus sexos. Tal vez los penetren con sus dedos, ya que los amantes de aquellas mujeres no eligieron este camino. Con la otra mano, estas recién llegadas excitan los pechos de su pareja.

Llegan otras seis sombras, tres por cada lado: un hombre y dos mujeres. Cada hombre toma a una de las mujeres por la cintura, la tiende de espaldas en el suelo, de manera que su nuca descanse sobre los talones del hombre arrodillado que sodomiza a la vestal que rinde culto al falo artificial. Luego coloca a la segunda, con el sexo en la boca de la primera y los hombros apoyados en los del mismo hombre, cuyo torso rodea ella echando los brazos hacia atrás hasta empuñar la verga que él hunde en el dorso de la otra mujer.

La misma escena se repite en las dos mitades del díptico. Finalmente, los hombres que trajeron a las cuatro últimas protagonistas se tienden uno a cada extremo del grupo, sobre el cuerpo de las mujeres que hasta ahora sólo tenían tomada la boca, y copulan con ellas. Al mismo tiempo, oprimen con las manos los pechos de la mujer a la que su amante está lamiendo el sexo y unen su lengua a la de ella.

Sus movimientos se combinan con los que, en ese mismo momento y con idéntica dicha, realizan todos los participantes. Las mujeres que reciben sus miembros y aquellas a las que acarician con sus manos y con sus besos dedican sus caricias a otros hombres y mujeres; las que rinden homenaje de rodillas a los injertos que ellas mismas fabricaron con ramas tiernas de árboles —y servidas por el placer de los hombres que abrazan sus caderas y por la sensualidad de las compañeras que enlazan su talle— se consagran, con sus labios, a las yacentes andróginas, que, a su vez, son saciadas en sus pechos y en su sexo por sus otras amantes y, en la garganta, por los príapos insaciables de los hombres que permanecen de pie, a los que se adosan sus compañeros de armas, cruzando verga con verga. El interés del cuadro reside en la conjunción armoniosa de todas estas relaciones.

Pero parece que la luz disminuye. Ya hay que forzar la vista para distinguir lo que cada uno recibe y da. Las sombras se confunden en la pantalla, hasta que la oscuridad llena todos los huecos existentes entre las formas. Pero el espectáculo no acaba todavía. El juego sutil de negros y grises que se agitan y se transforman prolonga las visiones concretas. Y los reflejos que inventa la fusión de los cuerpos sustituyen a los que despide la materia inanimada y preparan a los invitados para el goce de placeres desconocidos.

10

El más noble talento

> Y esta escuela en que me tiene no es para su deleite sino para mi gobierno: no son lecciones de erotismo lo que me da, sino una lección única: si amas, sé capaz por lo menos de los actos del amor o guarda silencio. Una especie de honor me invita entonces a abandonarme más y más. Honor: honor que ayer hubiera llamado precisamente deshonor.
>
> Christiane Rochefort, *El reposo del guerrero*

Mario estira sus largas piernas y suspira mirando caer el diluvio.

—Va a estar así varios días —profetiza con humor sombrío.

—¿Qué puede importar eso? —razona Emmanuelle—. ¿Por qué te tomas tan a lo trágico el tiempo que hace? ¿Acaso pensabas hoy hacer algo al aire libre?

—Estar prisionero, de la lluvia o de lo que sea, es siempre estar prisionero. Todo aquello que atenta contra mi libertad es mi enemigo. Aborrezco la lluvia.

Ella se ríe, mucho menos preocupada. El murmullo monótono del agua sobre el tejado de aguilones curvos y las terrazas de la casa tiene también cierto encanto para ella. Emmanuelle se siente inclinada a ver belleza en todo.

—Juguemos a ser libres —propone.

El rostro de su visitante se suaviza, y él pregunta:

—¿Te sientes libre, Emmanuelle?

—Supongo que es posible serlo cada vez más, ¿no?

Él mueve afirmativamente la cabeza.

—Así es como hay que considerar la libertad: un bien que nos espera.

—Antes de venir a Bangkok, yo me consideraba tan libre que ni siquiera sospechaba que pudiera serlo más. Y, sin embargo, hoy lo soy diez veces más. De todos modos, seguramente todavía puedo progresar.

—Eso, siempre. Siempre queda algo por encontrar.

—Pero no sé el qué. Será que me falta imaginación. ¿Estás tú mejor dotado?

—Más que tú, no: ¡no soy más que un hombre! Pero puedo ayudarte a ser insaciable.

—¡Has sido enviado para darme mi sed más ardiente! —parodia Emmanuelle. Pero el afecto que hay en sus ojos desmiente su tono de burla. Mario no se deja engañar.

—Tú lo has dicho.

—¿Sabes, Mario? —revela ella—. Tengo muchas cosas que contarte. He sido violada.

Él comparte su júbilo.

—«Si oyes decir que han violado a Parthenis» —declama—, «no dudes que ella puso algo de su parte, pues nadie goza de nosotros sin ser invitado a ello».

—¡Ah, qué bien me siento! —se maravilla Emmanuelle—. Soy feliz. ¿A qué se debe?

—A que estamos juntos. A que tienes unas piernas preciosas.

Él contempla la lluvia con un poco más de paciencia. Emmanuelle se inclina hacia él y prosigue sus confidencias.

—¡También me han vendido!

Mario guarda silencio un instante y pregunta:

—¿Estás dispuesta a dar el siguiente paso?

—Desde luego, si me dices cuál es.

—Asumir tu papel hasta el fin. Aceptar prostituirte.

—¡Pero si eso ya lo he hecho! —exclama ella—. ¿No acabo de decírtelo?

—Quiero decir prostituirte *de verdad*. No en broma ni por capricho.

—¿Me acercaría eso a la libertad? —se asombra ella—. Yo me figuraba que la prostitución era una servidumbre. ¿Acaso la mujer no acude a ella siempre obligada? Por alguien o por algo: la desgracia, el desengaño, la miseria… ¿Y no acaba siendo cautiva de

su condición?

—La mujer que se prostituye cuando nada la obliga a ello es, precisamente, todo lo contrario de una esclava.

—De acuerdo. Pero ¿qué diferencia hay entre eso y lo que yo he hecho?

—No es una diferencia de naturaleza, sino de grado. Simplemente, *más* libertad. ¿Y no es eso lo que persigues? Tu libertad está limitada por la elección que todavía haces entre los hombres a los que te entregas. Tal vez te creas libre de elegir, pero en realidad estás sometida a la necesidad de elegir. Cuando sepas que te ofreces a todos y que tu amante de dentro de una hora será el que el azar te envíe, entonces serás totalmente libre.

Emmanuelle sonríe, no muy convencida.

—Me parece —insiste él— que te he dicho ya que el erotismo exige organización. Le apasiona lo sistemático. Y mejor te irá en tu vida erótica cuanto más metódica sea. Eso que yo llamo prostituirse es simplemente organizar con inteligencia la entrega de tu cuerpo. Para que no esté sometido al juego de los caprichos y de las preferencias. Y es, al mismo tiempo, propiciar un triunfo estético, ya que se trata de sistematizar lo imprevisto. Míralo como una victoria más de lo cerebral sobre lo físico. No se trata de saber si vas a gozar más o menos. El arte, y no voy a repetírtelo, cuenta más que el placer.

—¿La prostitución considerada como una de las bellas artes?

—El arte es, ante todo, trabajo. ¿Piensas vivir toda la vida sin trabajar?

—No tengo necesidad de hacerlo. Jean es rico.

—Y te parece normal venderte a él. ¿No te parecería más digno venderte por él?

—Tienes razón. Lo haría con gusto si él me lo pidiera. ¿Por qué no me lo pide?

—Hablar entre marido y mujer es lo más difícil del mundo. ¿Y por qué tiene que ser él quien diga la primera palabra? Si quieres ser su mujer de verdad, procura ser buena en algo, como lo es él. Su oficio es construir presas. El tuyo, hacer el amor. Y no sólo por diletantismo, sino por utilidad.

—Pero yo quisiera que para mí el amor fuera siempre un placer,

no un oficio.

—¿Y el oficio de Jean no es también un placer para él? ¿Construye presas sólo para ganar dinero? ¿O para que su poder como hombre triunfe sobre la carne de la Tierra?

—Entonces, ¿por qué el mundo honra a los arquitectos y desprecia a las cortesanas?

—Tal vez los hombres y las mujeres que ven la verdad carecen del valor necesario para proclamarla a los cuatro vientos, más alto de lo que los imbéciles proclaman su error. Pero dos mil años de cobardía y de estupidez no sellan para la eternidad el destino del bien y del mal. Los hombres deberían comprender a estas alturas que su pretendida moral, tan joven y tan vieja al mismo tiempo, sólo mueve a risa. No les digamos que es fea; no les molestaría. Pero al menos tratemos de demostrarles hasta qué extremo es arbitraria y a qué confusión de valores sus gazmoñerías y chocarrerías han llevado a su sociedad. Se rinde homenaje a la mujer que alquila su cuerpo para llevar paquetes, que se deja encadenar a una máquina o que se ofrece como modelo a un fotógrafo, y a nadie le parece ultrajante para las buenas costumbres que su jefe la remunere por estos servicios. Pero no es legítimo, ni meritorio, ni decente, sino pecaminoso, egoísta, sórdido y sacrílego que saque partido del más noble talento de su cuerpo. ¿Acaso hacer el amor es menos digno que pasar a máquina órdenes de arresto?

—Si todas las mujeres fueran cortesanas, ¿quién contestaría al teléfono?

—¿Es que una y otra función son incompatibles? A mí sólo me inspiran respeto las secretarias que se prostituyen.

—De todos modos, también han de disponer de los medios.

—¡Buena respuesta! A aquellas a las que la naturaleza ha dotado más generosamente para los secretos del fichero que para las artes de la carne no les tomaremos a mal que se dediquen a sus dosieres. Pero ¿sería imaginable que tú, que naciste hermosa como el sueño de los hombres, te consagraras a algo que no fuera el amor por el amor?

—En otras palabras, que todas las muchachas bonitas deberían prostituirse, ¿no?

—Gracias a Dios, eso es lo que hacen. Me complace mucho

comprobar que a los pimpollos de nuestra nobleza hoy les tienta más el lupanar que el convento. ¿Podríamos soñar con una prueba mejor de que por fin nuestra civilización se hace inteligente?

—Pues tu Anna Maria no milita en ese movimiento.

—¿Te gustaría que te tomara la delantera?

—¡Bien! Trabajaré —se rinde Emmanuelle.

—No pongas esa cara de mártir —se burla Mario—. Es un trabajo agradable.

—No es el trabajo lo que me preocupa —suspira ella—. Supongo que mis escrúpulos se deben a que las palabras desconciertan más que los actos. Si lo llamaras de otra manera…

—Por eso no lo hago. Te recuerdo tu vocación de mujer y sin hipérbole te digo que la manera más satisfactoria de cumplirla es prostituyéndote.

—Admitirás, sin embargo, que me presentas la prostitución bajo formas muy halagüeñas. Seguramente me parecerá menos apasionante cuando un tipo viejo y gordo pretenda ponerme al servicio de su fealdad. Por no hablar de enfermedades.

—¿Acaso renuncias a comer ostras porque algunas estén malas? Piensa ante todo en las sorpresas gratas que tendrás.

—Los hombres que me gustan no necesitan pagarme.

—¿Estás segura de que no preferirían pagarte a tener que darte gusto?

—Entonces, ¿tengo que venderme para que se sientan cómodos? No es la primera vez que lo oigo.

—Está bien: así ya habrás tenido tiempo de pensarlo. Y estoy seguro de que convendrás en que el hombre que no se siente obligado a fingir el flechazo tiene mayores posibilidades de saber lo que hace mientras fornica. Deberías agradecérselo.

—Entonces, ¿es verdad que los hombres ya no sienten orgullo ni placer al conquistarnos según las normas tradicionales?

—Lo que sienten es aburrimiento. Haceros desear tal vez aumentaría vuestro valor en los tiempos en que nosotros no teníamos nada más que hacer. Pero ahora ya no estamos para juegos: Valmont ha quedado atrás. Alfa Centauro está a cuatro años luz y hay alguien que nos espera allí. No pretenderás que perdamos más tiempo paseándonos por los caminos del Mapa de los

Sentimientos. *Bis dat, qui cito dat*! Para mí, la mujer que no se entrega al cabo de media hora de charla trivial me resulta más cargante que la lluvia. Y nunca vuelvo a ver a la que no hace el amor en nuestra primera cita. —Mario deja pasar unos segundos y añade—: Por su propia iniciativa, naturalmente.

—Me echas en cara mi pereza. Pero ya veo que debemos evitarnos cualquier esfuerzo. Incluso el de galantear.

—Simple reparto de funciones. Para los hombres, las obras que requieren fuerza. Para vosotras, las del amor. El motivo esencial es el siguiente: los hombres de hoy quieren, por encima de todo, saber a qué atenerse. Su bestia negra es el equívoco. La moda del amor abstruso ha enviado a los museos a los velos y las faldas largas. El amor de hoy enseña ya la boca y las piernas. El de mañana tendrá el realismo sin ambigüedad del átomo. Y del mismo modo que los humores cedieron el puesto a las hormonas, el amor sin juramentos, el amor sin estados de ánimo, el amor sin confusión, demostrará que el amor de Tristán, el amor de Romeo, el amor de Abelardo, han quedado desfasados en nuestras ciudades de cristal y aleaciones ligeras. El velo de Isolda no puede burlar el ojo impávido de nuestro radar. Y a nuestros ordenadores que nadie les vaya con el galimatías de las elegías y los madrigales. La verdad, la nitidez, el ímpetu y la simplicidad del amor erótico ridiculizan los filtros, los circunloquios, los suspiros y las gazmoñerías del amor romántico. Sus evidencias arrumban los convencionalismos y creencias. Ya estamos hartos de brumas, soponcios y suicidios románticos; queremos entregarnos al amor con alegría. El porvenir es de aquellos que sean capaces de saber y comprender sin sufrir. El amor desdichado no tiene futuro. Emmanuelle, los hombres están cansados y lo que quieren es esto: que la energía del mundo se utilice para algo menos ridículo y más útil que golpearse el pecho. Quieren que el amor les descanse el ánimo, no que les hostigue o les atonte. Y desean que el amor les hable francamente. Así que cuando yo te invito a que te prostituyas no hago más que aconsejarte que tengas la franqueza de obrar de acuerdo con tus ideas. Se trata, sencillamente, de una manera lógica de lucir los colores del erotismo en esta época de desmitificaciones. —La mano de Mario aletea en el aire—. Cualquier otra cosa que haya podido decirte

estaba subordinada a este principio.

—Perfecto —dice Emmanuelle—. Manos a la obra.

Mario la mira amistosamente. De todos modos, le advierte:

—Lo que yo piense o deje de pensar no es lo que debe pesar en tu decisión. No tienes que prostituirte porque yo te lo pida. En realidad, no te lo he pedido. Me limito a indicar la posibilidad y a señalar su interés. Pero tú eres libre. La decisión depende de ti. Te acompañaré a donde puedas hacerlo cómodamente sólo si tú me lo pides.

Ella lo mira con un fuego extraño en el fondo de los ojos. Mario levanta una mano para atajar las palabras que pudiera pronunciar.

—Tampoco tienes que acceder a ir sólo porque tu mente sienta un placer casi físico en ceder. Libérate de esa tentación.

—Sin embargo, ¿no sería erótico que me obligara a prostituirme un hombre que estuviera enamorado de mí?

—¡Desde luego! No hay erotismo posible para la pareja que se limita a sí misma. ¿Pretendería saber amar el hombre que no entregara a la mujer amada? Yo sólo creo en los amantes que venden a sus mujeres. Y bien insensato es el marido que no impone a su esposa por lo menos una etapa de vida cortesana.

—¡Ajá! ¿Lo estás viendo? Ahora sales con la coacción, cuando hace un momento te llenabas la boca hablando de mi libertad.

—¿A cuántas liberaciones no nos sometemos sino por la fuerza?

—Entonces, ¿por qué te niegas a obligarme?

—Porque no soy tu marido ni tu amante.

—A decir verdad, no sé lo que eres.

—Soy el altavoz de tu pensamiento.

—¿Así que no me has enseñado nada?

—Nada más que a tomar conciencia de tu genio.

—Y cuando yo acabe de venir al mundo, tú te desvanecerás como el humo, supongo.

—¿Acabarás de nacer algún día?

Ella sonríe ante una idea que se le ofrece y, en un tono que pretende estar lleno de aplomo, pregunta:

—¿Me quieres?

—De momento, sí —responde Mario sin asomo de turbación.

Es Emmanuelle la que se queda sin aliento.

—Mario —dice con inquietud—, empiezo a preguntarme si has estado enamorado alguna vez y si podrás llegar a estarlo. Tú quieres a la mujer para mantener con ella relaciones eróticas, pero no para amarla.

—¿Y qué crees tú que es el amor? ¿Piensas todavía que es un don del cielo, una gracia sobrenatural henchida de misterio que desciende sobre ti desde la altura de su trascendencia, como el fuego divino sobre la zarza elegida? ¿El amor es para ti una visión del más allá que te deja ciega a toda realidad terrena? ¿Un estupor del alma que no puede explicar la psicología? ¡Un poco de seriedad! Ese amor alucinante sólo existió en las malas novelas. ¡Y mucho cuidado! Si el amor es una Visitación, ¿qué te quedará cuando el ángel te deje sola? Si queremos a alguien sin una buena razón, no amamos a ese alguien, sino al fantasma que nosotros hemos creado, y el despertar de este trance puede ser mortal. ¿Está bien morir de un espejismo? Porque morir por el mito de amar no es morir de amor. ¿Sé yo amar? Te aseguro que el amor es lo absoluto de la inteligencia, y que su razón de ser es lo que yo practico bajo el nombre de erotismo.

—Si hay razones para amar, también las habrá para dejar de amar.

—Puedes estar segura de ello. Y de que esta seguridad te confiere prudencia y sabiduría. El amor no se te debe, sino que tienes que merecerlo. No pierdas las cualidades por las que se te ama. Gustaste porque Eros estaba en ti. Échalo y dejarás de gustar. Si dejas de ser erótica, dejaré de quererte.

—¿Y si dejo de ser hermosa?

—Tu obligación es seguir siéndolo.

—¿Y cuando sea vieja?

—La belleza de Eros no teme los años. Debes procurar no envejecer.

—¿Y si me hago virtuosa, con la virtud que el mundo reverencia?

—Te odiaré.

—¿Y si encuentro otro interés en la vida que no sea el amor?

—Te olvidaré.

—¿Es ésa tu fidelidad?

—¿Tengo que ser fiel a los traidores?

—¿Cambiar es cometer una traición?

—No tienes derecho a cambiar si no es para hacerte más osada. Volver atrás sería todo lo contrario de cambiar: sería la inmutabilidad de la muerte.

—¿Y si un día me canso del erotismo y de tener que avanzar siempre?

—Entonces, muere.

Emmanuelle se queda quieta unos instantes, absorta en lo que parece una compleja reflexión. De pronto se echa a reír:

—Antes de llegar a eso, me gustaría probar.

—¿El qué? —pregunta Mario.

—La vida de dama galante.

Él no parece haberla oído. Se levanta y pasea por la sala. Resulta evidente que el monzón ha dejado de fastidiarle.

—¡Mario! —le llama Emmanuelle—. Dime, ¿correré algún peligro?

—Muchos.

Ella suspira, pero no de miedo. Mario no le da tiempo de flaquear:

—¿Te tentaría el saber si no supusiera un peligro?

Emmanuelle le advierte entonces, retadora:

—Tal vez yo ya haya hecho más de lo que imaginas.

—Lo sé.

Ella lo mira con incredulidad.

—¡Me sorprendería!

Pero como él no parece querer discutir sobre eso, ella vuelve al otro tema:

—Te he dicho que sí por lo menos tres veces. ¿De qué otra manera tengo que decírtelo para que te convenzas de que estoy de acuerdo? Obrando por propia voluntad y conforme a mis derechos de menor de edad emancipada por el matrimonio, me parece bien y decido prostituirme. Llévame a ese lugar que tú sabes.

Él se acerca, la toma del brazo, la coge por la barbilla, la mira a los ojos y sonríe. Para Emmanuelle, esa sonrisa es como un beso.

—¿Nos vamos? —pregunta.

—No. Hoy no. Tengo que prepararlo. Mientras tanto, te invito a

almorzar en una discoteca diurna.

—¿Qué es eso?

—Imagínate una discoteca nocturna que funciona de día. No hay nada más misterioso. Y allí tendrás una sorpresa.

—¿Qué es? Dímelo, anda.

—No qué, sino quién. Un viejo amigo tuyo al que te gustará volver a ver.

—¡Oh, Mario, por favor, no me hagas sufrir!

—Quentin. Te acuerdas de él, ¿no?

—¡Quentin!

Ella se queda ensimismada: la velada a bordo del *khlong*, la primera que pasó con Mario, el paseo en la noche, Gengis Khan, el opio, el templo de los falos, el
sam-lo
… Y aquel inglés que no dejó de mirarla sin decir nada, que no tocó más que sus piernas y que prefirió a extraños muchachos… Jamás creyó que volvería a verlo.

—Hoy hace dos meses exactamente, Mario. No lo he olvidado. Fue el 19 de agosto. —Y añade con una sonrisa pura—: ¡Qué guapo es! Casi tanto como el hombre que me encontró desnuda en el avión.

—¿Qué avión? —se asombra Mario—. Esa historia no la conozco.

—Escucha —dice Emmanuelle—. Érase una vez un unicornio hermoso como el sueño de los hombres…

*

Estaba tan oscuro como si la discoteca fuera nocturna. Necesitaron algún tiempo para descubrir las mesas, unas diez en total, muy pequeñas, dispuestas alrededor de una pista de baile también liliputiense. Todas les parecieron ocupadas.

La atmósfera era suave. Una orquesta compuesta por tres muchachas muy jóvenes, que llevaban unas casacas con reflejos de acero, los cabellos muy cortos y color de luna, las piernas y la cara pintadas de un azul casi violeta, y los labios, los párpados y las

pestañas plateados, tocaba una música tan tenue que al principio los recién llegados creyeron que sólo simulaban tocar.

Un *maître* canijo les preguntó en voz baja si habían reservado mesa, pero, en ese momento, alguien que estaba sentado a una mesa, solo, alzó un brazo y Mario dijo:

—Ahí está Quentin.

Se acercaron a él. Emmanuelle se sintió conmovida. Estaba más elegante de lo que ella recordaba. Y sus ojos eran de un esmalte oscuro, de tabicado chino.

—¿Volvió junto a sus murias? —le preguntó ella en tono trivial.

—*No. Not this time. Too bad, isn't it?*

Emmanuelle sonrió cortésmente y contuvo un suspiro.

«Había olvidado que sólo hablaba inglés», se dijo. «Tendré que comunicarme por señas otra vez…».

Era una lástima. Le hubiera gustado charlar con Quentin. Mario acudió en su ayuda. Nunca lo había visto tan solícito.

Comieron platos tailandeses y bebieron vinos excelentes. Se rieron mucho. Desde luego, eran los clientes más ruidosos de aquella especie de santuario en sordina, pero los demás llevaban su discreción hasta el extremo de fingir que no les oían.

Emmanuelle observó, sorprendida, que todas las mujeres eran muy hermosas. No vio a ninguna que no fuera deseable. En todas las mesas, los hombres se inclinaban hacia ellas como atraídos por una llama. Una pareja se levantó y salió a bailar. Otras la imitaron, pero no muchas. Forzando un poco la vista, Emmanuelle podía admirarlos a todos, uno a uno, a pocos metros de ella, desnudarlos con la imaginación y pensar cómo haría el amor con ellos.

Una muchacha se acercó a la mesa de Emmanuelle y sus acompañantes para preguntarles por qué no bailaban. Ellos se limitaron a sonreírle y ella se sentó a su mesa, mirándolos con curiosidad cándida. Tenía una cara de una blancura y una pureza extraordinarias, encuadrada por cabellos negros, tupidos y lisos, peinados con raya en medio y recogidos en la nuca en un moño que le daba un aspecto un poco anticuado que contrastaba con su juventud. Su vestido, de otomán negro, le moldeaba el cuerpo con

tanta distinción que inducía a atribuir el mérito a algún modista parisiense. Un fino collar de diamantes y unas medias muy finas, casi invisibles, daban a la recién llegada un aire de refinamiento, armonía y buen gusto que no cuadraba con la idea que uno suele hacerse de una empleada de un local como ése. Emmanuelle dedujo que debía de tratarse de alguna mujer que estaba sola y se aburría.

Hablaba francés e inglés con igual soltura y les preguntó quiénes eran. Todos se mostraron muy amables. Acababa de llegar y ya le hablaban con tanta confianza como si fuera una antigua amiga. Ella aceptó el café y el licor que le ofrecieron.

Quentin la sacó a bailar. Mario y Emmanuelle les siguieron, pero regresaron a la mesa antes que ellos. No quedaban en la pista más que tres parejas. Quentin bailaba muy bien y la muchacha parecía muy animada. La orquesta, por su parte, acompañaba con evidente complacencia los pasos expertos de los dos. Las restantes parejas se mantenían a cierta distancia para verlos mejor.

La muchacha hablaba y reía moviendo la cabeza. Bruscamente, su cabellera negra se soltó y le cayó como un espeso manto hasta más abajo de las caderas. Al mismo tiempo, seguramente para refrescarse, se desabrochó el botón del cuello de su vestido. Siguió bailando, un poco separada de él. Después se desabrochó el segundo botón, el tercero… Emmanuelle empezaba a sentirse intrigada y la miraba cada vez con mayor atención. Con naturalidad, sin prisa, como si ello no tuviera nada de extraordinario, la muchacha acabó de desabrocharse todo el vestido sin perder ni un ápice de dignidad y se lo quitó. Fue a dejarlo cuidadosamente en el respaldo de una silla y volvió junto a su pareja.

No llevaba ligas: las medias eran de una sola pieza y, en su parte superior, desaparecían bajo una especie de corsé negro, de guipur elástico y ceñido, que le hacía también de braga, aunque muy escotado en las caderas, y que le cubría los senos y se abrochaba en los hombros.

Era muy hermosa. Emmanuelle sentía en la lengua el sabor del deseo. Mario comentó:

—No sé si es una atracción del restaurante o una improvisación personal, pero aplaudo su ejecución.

Quentin y la muchacha volvieron a la mesa. Emmanuelle la

felicitó. No se atrevió a preguntarle si había actuado así por deber profesional o movida por un impulso. Se sentía intimidada.

Con creciente sorpresa, oyó que la desconocida la invitaba a bailar. Emmanuelle consultó a Mario con la mirada. Él, con un gesto, la animó a aceptar.

La joven semidesnuda la tomó por la cintura y empezó a bailar, sin decir palabra, mejilla con mejilla. Fue Emmanuelle quien finalmente le dijo que deseaba hacer el amor con ella.

La desconocida se echó hacia atrás y la miró riendo como si lo tomara a broma.

—¿En qué club trabajas? —le preguntó.

Emmanuelle se sintió cohibida. Deseaba haber podido darle una dirección, pero Mario no le había dicho adónde tenía intención de llevarla. «¡Qué mala suerte!», pensó. «Si me lo hubiera preguntado mañana, habría podido responder. ¿Qué digo yo ahora?». En tono de excusa, respondió:

—Acabo de llegar a Bangkok. Todavía no he hecho nada.

—¿Cuál es tu género?

Emmanuelle tampoco supo qué responder a esto. Ni siquiera entendía la pregunta. Por fortuna, la otra añadió:

—¿Tú bailas?

—No —respondió Emmanuelle con alivio—. Yo sólo hago el amor.

De nuevo, la joven se rió. No parecía tomarlo en serio.

—Perdona. Voy a quitarme el corsé.

Se desasió de los brazos de Emmanuelle y, con la misma espontaneidad que había mostrado anteriormente, se desabrochó unos corchetes invisibles que había en la parte delantera de su ceñidor negro, se lo quitó con elegancia y lo arrojó indolentemente a los pies de las muchachas de la orquesta.

Las medias no terminaban en la cintura, sino que formaban una sola pieza con una malla que le llegaba hasta el cuello, tejida del mismo nailon fino y transparente que le cubría las piernas. Parecía estar completamente desnuda, a pesar de que no lo estaba. Aquel tenue material no lograba ocultar la punta minúscula y muy roja de sus pechos soberbiamente modelados, y la hendidura del pubis, sin un solo pelo, se veía larga y profunda en la base de su pubis liso.

—Volverías loco a cualquiera —dijo Emmanuelle cuando la muchacha volvió a ponerse a bailar—. Seguramente yo soy la única persona del local que sabe que no estás desnuda, pero precisamente te encuentro más excitante que si lo estuvieras. —Se echó a reír con súbita malicia—. Con ese traje, ¿sabes?, no puedes hacer el amor con un hombre. Con una mujer, sí.

La joven hizo una mueca de leve reproche, como enfadada por la inconveniencia. Emmanuelle habría jurado que se había puesto colorada.

Siguieron así un buen rato. El lance era para Emmanuelle una tortura exquisita, pues no se atrevía a estrechar con más fuerza aquel cuerpo deseado por miedo a ofender su paradójico pudor. Al pensar en todos los que veían cómo tenía en sus brazos a aquella figura turbadora, su placer aumentaba.

De pronto, la mujer le dijo al oído:

—Desnúdate tú también.

Emmanuelle movió negativamente la cabeza.

—Volvamos a la mesa —propuso entonces la extraña muchacha—. Allí lo harás.

Volvieron junto a Mario y Quentin. Los demás clientes las miraban, desde luego, pero no más que antes de que la joven desconocida se desvistiera, y sin asomo de lubricidad. Cualquiera habría dicho que seguían admirando la elegancia de su vestido.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Mario.

—Metchta.

Al mismo tiempo, hizo una seña a Emmanuelle, para recordarle lo que tenía que hacer.

—Voy a desnudarme —anunció ésta a sus acompañantes.

Ni Mario ni Quentin hicieron observación alguna. Ya nadie bailaba.

Emmanuelle llevaba un traje sencillo. Ella se quitó las dos piezas pausadamente.

—Ahora deberías hacer algo que fuera digno del honor de estar desnuda —dijo Mario.

Emmanuelle se levantó, tomó de la mano a la joven rusa y la llevó a la pista de baile. El público se quedó un momento mirándolas y después las parejas se unieron de nuevo a ellas. Todos

se comportaban de un modo distinto a como lo hubieran hecho si ellas hubieran estado vestidas.

—Me gustaría ofrecerte a mis amigos —dijo Emmanuelle—. ¿Cuándo estás libre? Te pagaré.

*

En el bungalow de troncos que se abre al canal, al que ha vuelto por primera vez desde la noche en que Mario le enseñó la «ley», Emmanuelle está tendida junto a Quentin sobre una gruesa alfombra china, delante de la larga mesita en la que está servido el té. Se quedaron en la «discoteca diurna» hasta muy tarde, y está empezando ya el breve crepúsculo del equinoccio. Metchta se reunirá con ellos a la hora de la cena. El agua tiene el mismo tono irisado que la piel de las muchachas de la orquesta.

Mario está sentado a su escritorio. De vez en cuando, interrumpe su escritura para abrir un libro, consultar una página, dar una chupada a su largo cigarrillo filipino. El criado con ojos de gacela le entra el periódico de la tarde.

La voz de Mario rompe el silencio.

—«Médico detenido» —lee en primera página—. «En su casa se ha encontrado el cadáver de una muchacha, muerta en circunstancias sospechosas».

—Morir en casa de un médico no tiene nada de sospechoso —comenta Emmanuelle.

—Últimamente, se moría demasiado en casa de Marais —declara Mario.

Emmanuelle no responde. Él termina para sí la lectura del caso y observa:

—Yo estoy a favor del erotismo que hace vivir, no a favor del que mata.

Luego, vuelve a lo que estaba escribiendo y nadie añade una palabra.

Emmanuelle lleva una falda violeta, un poco acampanada, y una blusa de tricot de seda del mismo color, pero más pálido. Ella y Quentin están frente a frente, muy cerca uno del otro, paralelos a la

mesa del té. El eje de sus cuerpos forma un ángulo de cuarenta y cinco grados con el escritorio de Mario y sus piernas están vueltas hacia él.

Quentin peina con los dedos los largos cabellos de Emmanuelle, aparta los mechones que le ocultan la frente, le acaricia las pestañas, le besa los ojos, los pómulos, la nariz y, finalmente, los labios. Ella rodea con sus brazos los hombros del joven y le pellizca la nuca. Él la estrecha contra su pecho. Los dos se abrazan sin prisa.

La pierna izquierda de Emmanuelle se posa sobre la pierna derecha de Quentin. Ella dobla la rodilla hacia la cadera masculina, baja y vuelve a subir. La carne de su pierna, cada vez más al descubierto, se desliza sobre la del hombre. Su pie descalzo está tenso, como para bailar sobre las puntas. Su planta pulposa y suave sabe acariciar tan bien como una mano.

A medida que la pierna de Emmanuelle se vuelve más cariñosa, la de Quentin se adelanta entre ésta y la que permanece inmóvil sobre la alfombra. De este modo, la falda queda recogida dejando el muslo al descubierto. Mario observa que es la más hermosa que ha visto en su vida, y no es fácil que a él se le olviden unas piernas de mujer. Precisamente la parte que acaba de revelarse, la próxima a la ingle, es la más conmovedora, sobre todo vista así, desde arriba y oblicuamente, con sus músculos redondos y lisos delante, y detrás esos surcos longitudinales apenas marcados, esos tendones delicados y esa delicada proporción entre la longitud y el diámetro. Mario ha visto pocas imágenes que superaran en hermosura o que le conmovieran tanto como aquella pierna, en aquel momento, en aquella postura ideal: tendida, replegada sobre el cuerpo del hombre deseado, relajada pero sin perder el tono muscular, perfecta, tan excitante y tan dorada bajo la luz azafrán de las lámparas. «Una pierna así es tan íntima como un pecho», se dice. «Sólo puede existir bajo una falda, pues es lo que conduce a la abertura del sexo y, desde el momento en que empieza a revelarse, nada puede ya detener el avance del hombre en el cuerpo de la mujer».

La mano de Quentin desciende por ella, se posa en la rodilla, resigue su contorno, sube por el muslo y la acaricia bajo la falda.

Ladeando el cuerpo, Emmanuelle se incorpora, cruza los brazos

delante de la cara con los codos levantados a la manera de una figura de ballet, se quita la blusa, que arroja lejos, y vuelve a echarse, libre de un peso.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta a Mario.

—Os describo.

El torso desnudo que aparece por encima de la falda violeta es tan hermoso que Quentin se queda mirándolo, inmóvil. Luego, guía hacia él las manos de Emmanuelle, que, dócilmente, se acaricia los pechos para que él pueda deleitarse en esa imagen, hasta que ella desfallece, abrumada por su propia ternura.

> *Se aprietan el uno contra el otro como si no dispusieran de más espacio que una estrecha zanja abierta para evadirse de un calabozo fatal y, al subir, antes de llegar a la mitad del camino del día, el cuerpo del hombre, viscoso de arcilla, sintiendo el peso del cansancio y de la vana esperanza, roza el de su cómplice. La fugitiva ha tenido que despojarse de la blusa empapada que estorbaba sus movimientos; tiene los senos desnudos en el barro. También ha tenido que dejar atrás su pantalón rayado de prisionera que la hubiera traicionado. La ropa que se pondrá al salir la lleva en un hato, con los mapas y el cianuro. El cuerpo del hombre se aprieta a su costado. Ella no puede más que avanzar sobre las rodillas y los codos, y descansa sobre él. Disfruta del consuelo de sentir aquel vientre robusto sobre su vientre. Los labios que rozan sus labios están frescos y le hacen bien. ¡Qué importa! Es casi seguro que los centinelas dispararán. Ella es virgen, pero el sexo viril que aparta sus muslos es fuerte. El beso que la muerde ahoga sus gritos. La tierra esponjosa absorbe su sangre. No es para el hombre el momento de ser cariñoso, atento ni prudente. Ella aprueba que se abalance como una fiera hasta romperse los riñones. No podría decir si sufre o es feliz. Está abierta y desgarrada, colmada y hecha mujer. El súbito grito del hombre los delatará, pero en su cuerpo está el afán de la evasión y sus voces se funden en un suave gemido.*

En el *khlong,* los vigías de los juncos de alta popa se inclinan tratando de taladrar la noche.

Mario dice en inglés:

—Me gustaría que diez hombres pagados por mí se echaran uno tras otro sobre ella, tal como está ahora, y la poseyeran. Diez… o tal vez veinte.

—¿De qué estáis hablando? —pregunta Emmanuelle, inquieta.

—De ti. De entregarte a una horda. En el número está lo sublime.

—Esta noche prefiero hacer el amor sólo con Quentin, con Metchta y contigo.

—Lo sé. Por eso me excita la idea de gozar de ti de otro modo.

—Creí que ponías mi consentimiento por encima de todo.

—Tu consentimiento es para mañana. Hoy deseo otra cosa.

—¿El qué? ¿Tratarme como un objeto?

—Tal vez, pero no estoy seguro. Quizá sea todo lo contrario… Sueño con algo áspero y bestial que pase sobre ti como un ejército pagado por mí sobre mi más hermosa subyugada. Pero también quiero cerciorarme de que tu placer sea tanto como mi generosidad. —El tono de Mario se hace distante—. Dejemos de hablar de esto. Sólo sabré qué es lo que espero una vez que se haya cumplido.

Emmanuelle calla. Pero es Mario quien, rompiendo su propio deseo, añade:

—¿Existirá en el mundo una voluptuosidad más divina que la del hombre que se dispone a ordenar que sus mercenarios violen a la mujer que ama? —Bruscamente, su expresión apasionada cede paso a una sonrisa elegante. Y entonces explica lo que le regocija—: De lo que se deduce que nosotros nos amamos.

11

La casa de cristal

¡No hay otro Techo,
no hay otra Puerta,
no hay otra Hermosura,
no hay otra Ternura!
Sé bien venido en mi corazón,
en mis ojos, en mis labios,
¡tú, que levantas las piedras!

Poema místico árabe

No castigaré a vuestras
hijas cuando se prostituyan.

Oseas 4, 14

—Iremos en tu coche —dice Mario—. Yo conduciré.

Un sol diáfano ha emergido de las cataratas de la víspera. Casi hace fresco. Una temperatura suave, como de primavera europea. Emmanuelle se deleita con el aire que le azota la cara y hace volar sus cabellos. Ha dormido hasta muy tarde y todavía tiene ganas de desperezarse.

Mario ha subido a su habitación y ha escogido por ella el traje adecuado. Muy de vestir, bastante más de lo que ella suele llevar. Y preciosas joyas de platino.

La ha ayudado a vestirse. Emmanuelle se ha sentido feliz de que él la tocara. El día ha empezado bien.

Tienen a la vista el hotel más lujoso de la ciudad. Mario llega a la explanada que precede a la marquesina de entrada.

—¿Acaso vamos al Chandra? —pregunta Emmanuelle, inquieta.

Encontrará en el vestíbulo a veinte conocidos que seguramente adivinarán lo que ha ido a hacer…

Mario no responde, pero cuando Emmanuelle se dice ya que no le queda más remedio que resignarse, él tuerce hacia la izquierda tan bruscamente que Emmanuelle cae sobre él. El hotel ha desaparecido. Ahora se encuentran entre dos setos, espesos como parapetos y tan altos que el cielo parece visto desde el fondo de una garganta. Antes de que ella pueda pedirle una explicación, Mario hace un nuevo viraje en ángulo recto y entran en un jardín.

—Es curioso —se asombra ella—, nunca había visto esta salida. ¿Cómo está disimulada?

—Por un efecto óptico muy sencillo y gracias a unos arbustos debidamente recortados —explica Mario—. Nadie encuentra la puerta, salvo que sepa el secreto. Es muy práctico.

El edificio hacia el que se dirigen desconcierta a Emmanuelle. Sus dimensiones pillan desprevenido a cualquiera, pues parece imposible que una construcción tan monumental pueda existir en un barrio tan céntrico sin que nadie se dé cuenta. Emmanuelle pasa por allí a diario y le parecía que la mole blanca y negra del hotel ocupaba ella sola todo el espacio.

La fachada es rectilínea, plana, desnuda, a imitación de un Escorial, pero en vez de la austera opacidad mate de la piedra o el ladrillo, ofrece el reflejo desconcertante de mil luces. Se diría que un mago ha transformado súbitamente en un diamante de talla fabulosa la morada que ocultaban los altos árboles, en medio del parque espacioso y cerrado.

—Parece de cristal. ¿Cómo es posible?

—Está construida con un tabicado de placas de vidrio de quince a veinte centímetros de espesor, tan sólido como el hormigón. No penetra el calor ni las miradas. En todas sus piezas hay una luz difusa sin necesidad de ventanas.

—¿Y por dónde entra el aire?

—Por unas bocas de respiración colocadas en la terraza. Los climatizadores lo enfrían y lo distribuyen.

—¡Pero tampoco hay puertas! ¡Ninguna abertura!

—Efectivamente —reconoce Mario—. Se entra de otro modo.

El coche recorre la muralla cuyos reflejos les obligan a guiñar

los ojos. Después doblan una esquina del edificio. Éste presenta idéntica apariencia en todas sus fachadas. Su forma es la de un enorme cubo de hielo.

Mario detiene el coche, pero no se apea. Emmanuelle le aprieta el brazo. Están hundiéndose.

A los pocos segundos, están bajo tierra. Mario vuelve a poner en marcha el motor y conduce lentamente hasta salir de la plataforma del ascensor; éste se eleva de nuevo, vacío, ocultando a su mirada el rectángulo de cielo que momentáneamente había quedado al descubierto sobre sus cabezas.

Una luz azulada ilumina la cripta de la que parten en semicírculo largos corredores de techo bajo. A la entrada de uno de ellos, se enciende una flecha y el conductor lleva hacia allí su vehículo. Más adelante, otra señal les desvía y una puerta de hierro se levanta ante ellos. La cruzan. La puerta vuelve a caer, como una trampa. Están prisioneros en una sala de tabiques nacarados, en la que se respira un aire fresco que alivia la tensión de Emmanuelle.

«Es un garaje», piensa. «Está bien organizado».

Mario le abre la portezuela y la ayuda a bajar. Sin darle explicaciones, se dirige hacia la pared del fondo, en la que nada rompe su lisa superficie. Automáticamente, ante él se recorta un rectángulo: una puerta tan bien ajustada que hasta entonces era invisible. Emmanuelle entra la primera y se encuentra en una pequeña cabina provista de un banco tapizado de terciopelo. Tan pronto como entra Mario, la puerta vuelve a cerrarse; un movimiento casi imperceptible los eleva. El silencio es impresionante.

«No es más que un ascensor». Emmanuelle trata de tranquilizarse lo mejor que puede.

—Estas instalaciones han debido de costar una fortuna. ¿De dónde ha salido el dinero? —pregunta.

—De los usuarios.

Ella permanece pensativa.

—¿Cómo se llama este lugar?

—No tiene nombre dentro del país —responde Mario—. En el extranjero, los que han oído hablar de él lo llaman el Gran Burdel. Pero muy pocos saben dónde se encuentra exactamente.

Se inmovilizan, sin sacudidas. Se abre un panel, revelando un corredor con tabiques de cristal con el oriente de las perlas. Echan a andar. A Emmanuelle el camino le parece largo. Tampoco aquí se ven puertas ni fisuras.

De repente salen a una rotonda en la que desembocan varios corredores parecidos al recorrido por ellos. En lo alto, derramando una luz de calvero, una cúpula digna de un observatorio o de una basílica.

Hay en el centro de la rotonda una lujosa mesa de madera preciosa con aplicaciones de bronce labrado, vacía salvo por un prisma de cuarzo colocado en el centro, en el que hay grabada una inscripción en varias lenguas. Emmanuelle lee, en francés: *Secretaria*.

En el acto, se abre una puerta curvada. Antes de que vuelva a cerrarse, se distingue una gran oficina en la que varias jóvenes trabajan ante máquinas de escribir, copiadoras, bandejas de correo, archivadores, ficheros, magnetófonos, micrófonos, pantallas y teléfonos. Una mujer muy alta y esbelta, de aire envarado y, a decir verdad, un tanto esnob, ha salido a la rotonda y se inclina ante los recién llegados. Lleva un traje chino muy ceñido, con cortes laterales sobre los muslos, color marfil. Ni maquillaje ni alhajas.

—Le informaré sobre el reglamento —dice a Emmanuelle, sin más preámbulos.

El tono de su voz es agudo, y su acento, imposible de identificar. ¿Es europea o asiática? Emmanuelle no logra averiguarlo. Tampoco sabe si tiene que encontrarla hermosa.

La secretaria no les invita a sentarse. Por otra parte, tampoco hay asientos. Lleva en la mano un libro con tapas de piel que sin duda contiene el reglamento, pero es evidente que se lo sabe de memoria, pues ni siquiera hace ademán de abrirlo. Seguramente, lo sacó del cajón para darse más prestancia o subrayar el carácter oficial de sus palabras.

—No se precisan formalidades de inscripción —dice para empezar.

Emmanuelle se da por enterada con un leve movimiento de cabeza, similar al de la encargada. Ésta prosigue:

—Las obligaciones recíprocas de la institución y de sus clientes

no están garantizadas más que por la honorabilidad de las partes. Los contratos pueden ser verbales o escritos, a elección de la dirección.

«Ahora caigo», se dice Emmanuelle: «es una mujer electrónica. Su voz tiene tono de robot».

—Toda persona es admisible de inmediato, a discreción de la secretaria. De todos modos, en los archivos de las oficinas existen expedientes de todas las residentes de la ciudad que, en uno u otro momento, han sido consideradas aptas para interesar al establecimiento; es decir, que los fallos o dictámenes de la secretaria no son arbitrarios, sino que los emite con pleno conocimiento de causa.

»Sus decisiones se basan principalmente en las peculiaridades de dichas personas. Es comprensible que no sea más explícita al respecto.

Emmanuelle se pregunta si ella dará la talla. ¿Qué tiene ella de particular? Le gusta que gocen en su boca, que la tomen entre varios, que la contemplen mientras se masturba y es lesbiana. Es una chica común y corriente…

(Su examen de conciencia le ha hecho perderse una parte de la arenga. Distracción: le pondrán mala nota…).

—«… De todos modos, dado que determinadas condiciones exigidas son comunes, pueden ser formuladas sin riesgo de indiscreción. Por ejemplo, las mujeres autorizadas a beneficiarse de las ventajas de la institución deben pertenecer a la mejor sociedad, ser, preferentemente, esposas o hijas de magistrados, de políticos, altos funcionarios, universitarios, oficiales de alta graduación, dignatarios religiosos, diplomáticos, personajes del mundo de las artes y de las letras, de los negocios o de las finanzas. Los bienes de fortuna facilitan la entrada a igual título que el nacimiento o la pertenencia del padre o del marido a una orden de caballería. Sólo se puede entrar en coche, ya que el mecanismo de recepción no prevé el acceso de los peatones.

»Naturalmente, sólo tienen derecho a frecuentar la casa las mujeres perfectamente hermosas. La severidad de la administración al respecto es estricta y notoria en la ciudad. De ahí los esfuerzos e intrigas de muchas mujeres por conseguir que las admitan.

Esfuerzos totalmente vanos, desde luego, ya que la secretaria es incorruptible.

»No existe límite inferior de edad; las candidatas más jóvenes son las mejor recibidas. Las de más de cuarenta años sólo tienen acceso si así lo recomiendan sus singulares dotes estéticas o técnicas.

»La secretaria asigna a cada visitante una habitación para toda la jornada. La elección no se hace al azar. Las dimensiones, forma, mobiliario y utensilios de cada habitación son diferentes. De todos modos, no existen posibilidades de que a una visitante se le dé dos veces la misma habitación. De nada serviría pedirlo.

»Ni antes ni después de ser admitida podrá una persona mostrar preferencias, ni ejercer discriminación alguna, ni expresar deseo particular o general por lo que atañe a los visitantes que le serán presentados. Semejante exigencia sería una incorrección a ojos de la institución, cuyo reglamento es tan riguroso en lo que concierne a la cualificación masculina como a la belleza y rango de las candidatas. Aquellas que deseen recurrir a los servicios de la casa pueden confiar plenamente en el juicio, distinción y experiencia de las autoridades que la administran a satisfacción general desde hace años y que le han dado su reputación en el extranjero. A este respecto, es significativo que una proporción nada desdeñable de la clientela esté formada por personalidades que están de paso, algunas de las cuales han hecho el viaje con este solo propósito.

»Los clientes son introducidos en los aposentos de las pensionistas, tanto individual como colectivamente, según sus preferencias o el criterio de la secretaria. Permanecen el tiempo que deseen. Pueden solicitar la compañía simultánea de varias mujeres, pero no se les garantiza que puedan obtenerlas. Al margen de eso, tienen, naturalmente, todos los derechos.

»Si bien la institución no fomenta esta práctica, que le complica las cuentas y acrecienta los gastos generales, toda mujer tiene derecho a no pasar en el establecimiento, si así lo desea, más que el tiempo de recibir a un solo cliente, pero en este caso deberá salir del establecimiento en su compañía. Si la norma no le conviene o el cliente se niega a hacerse cargo de ella, estará obligada a recibir a todos aquellos que la secretaria le envíe a continuación. Además, en

el supuesto que de entrada se le envíe a todo un grupo, ella deberá aceptarlo, aunque haya acudido para una sola cita, ya que los clientes suministrados simultáneamente son considerados como uno solo. Por otro lado, y en general, la secretaria es la que juzga lo que más conviene a cada cual, tanto en lo que atañe al número como a la calidad, y es preferible atenerse totalmente a su criterio. Los poderes discrecionales de que está investida no tienen más razón de ser que su probada competencia.

»A pesar de las elevadas tarifas que cobra el establecimiento, el número de aspirantes es alto. Existe el riesgo de que una mujer reciba entre sus clientes a algún amigo o a su marido. Esta situación no contraviene en modo alguno el reglamento, mientras el importe sea satisfecho escrupulosamente, y la administración no se hace responsable de los prejuicios que pudieran derivarse de tales coincidencias o cualesquiera otros gajes.

»La institución se reserva de entrada cierto porcentaje de las tarifas. Estas reservas se dedican a diversas obras de mantenimiento y a trabajos de ampliación. Pese a la envergadura de las funciones que dependen de ella y a la modestia de los honorarios que percibe, la secretaria no acepta gratificación alguna».

Y sin hacerle ninguna pregunta ni tomarle los datos, sin preocuparse siquiera de averiguar si estaba de acuerdo con las condiciones que acaban de serle expuestas, aquella mujer, en la que evidentemente sus jefes tenían absoluta confianza, ordenó a la recién llegada que la siguiera, y agregó que la llevaba a la habitación 2238 y que tenía ya un cliente para ella. Emmanuelle la acompañó con el corazón palpitante, volviéndose para mirar a Mario, que no le había dicho adiós, ni le había dedicado una palabra de aliento. Emmanuelle habría escapado, de haber sabido por dónde.

La habitación a la que la condujo la secretaria tenía forma de hemisferio. El suelo constituía el plano diametral. La cúpula que formaban el techo y las paredes, y que, una vez cerrada la puerta, se ofrecía sin solución de continuidad, evocaba la de un planetario, pues estaba enteramente tapizada de terciopelo azul noche. Una luz débil e íntima emanaba de lámparas invisibles, dando al tapizado reflejos que cambiaban a medida que el observador se desplazaba.

Los climatizadores, cuyo discreto zumbido podía llegar a oírse aguzando el oído, perfumaban y refrescaban el aire. Una moqueta gris ceniza cubría todo el suelo. Tan gruesa era que los tacones de los zapatos de Emmanuelle se hundían por completo. Tuvo que descalzarse para seguir avanzando.

Lo que más le llamó la atención fue ver, en el centro de la pieza, que no parecía muy apropiada para servir de habitación, una cama enorme, sin cabecero, montantes ni pies, cubierta de una manta de piel tupida que caía sobre la moqueta. Su forma armonizaba con el ambiente, pero no por ello era menos desconcertante. Era una cama perfectamente redonda.

Alrededor, se amontonaban con desenfadado desorden alfombras de lana de largos flecos y tonos confusos, como las que se tejen en Grecia o en Mallorca. Tres butacas, también de forma semiesférica, una azul, otra roja y la tercera violeta, pufs de altura diversa, y una mesa alargada, negra y mate, eran todo el mobiliario. Colgado a poca distancia del suelo, sobre el terciopelo de la pared, ligeramente inclinado debido a la concavidad de la cúpula, y ricamente enmarcado en oro viejo, un cuadro abstracto, grande y magnífico, era un contrapunto a la nota clara de la cama.

La secretaria se acercó al punto de la cúpula diametralmente opuesto al cuadro y apoyó la mano en la pared. Una parte de ésta se abrió (Emmanuelle ya no se asombraba de nada) descubriendo un cuarto de baño. El techo y las cuatro paredes, cuyas líneas y ángulos rectos chocaban como una incongruencia con el espacio curvilíneo de la habitación, estaban cubiertos de espejos. Emmanuelle observó que el suelo, de un material brillante y pulido como el cristal (y tal vez lo fuera, después de todo), reflejaba su imagen tan nítidamente como las demás superficies.

Empotrada en el suelo había una bañera cuadrada que, por sus dimensiones, parecía una piscina. Más espejos (no podía ser de otro modo) cubrían los costados y el fondo de la bañera. Un agua verde pálido que olía a pino la llenaba en sus tres cuartas partes.

Clavados en los tabiques, o colocados sobre pequeñas mesas, había numerosos instrumentos de metal cromado. La visitante identificó sin esfuerzo un vibrador de masaje, como uno que ya había probado, y varios mangos de duchas, algunos de las cuales

terminaban en formas fálicas de inequívoca finalidad. Pero el uso de otros aparatos siguió siendo para ella un misterio.

Un movimiento que percibió a su espalda la sacó de su ensimismamiento. Se volvió. En el marco curvilíneo de la puerta había dos hombres.

—Para usted —dijo la secretaria a media voz.

Emmanuelle sintió la tentación de sujetarla, de pedirle un poco de tiempo, al menos el suficiente para concentrarse en su papel. Pero la mujer se eclipsó dejándola sola y cruelmente consciente de su ridícula situación.

Se preguntó si no sería más honrado confesar su preocupación y su inexperiencia, presentarse como una principiante desconocedora de las reglas y apelar a la indulgencia de sus visitantes. Pero era evidente que ellos habían ido allí a buscar los refinamientos que sólo puede procurar una experta y no querrían atender a razones. Presentarían una reclamación a la dirección, pedirían que les devolvieran el dinero, y Emmanuelle quedaría cubierta de vergüenza. Dio un respingo. No, no se sometería a semejante humillación. Ésta era la ocasión de descubrir si realmente era buena para algo.

La sonrisa que este pensamiento dibujó en su rostro fue tan radiante que, de haber sido más perspicaz, hubiera comprendido que no necesitaba esforzarse más. Había conquistado a sus primeros clientes. Los hombres se acercaron a la gran bañera. Con una inocencia de niña, tendió la cara al que estaba más cerca y le dio a besar sus labios. Luego, levantó las manos hasta la corbata, le deshizo el nudo, le desabrochó la camisa y lo desnudó por completo, con unas atenciones llenas de una exótica dulzura que lo dejaron boquiabierto. Idéntico tratamiento dispensó al segundo. Y, después, con gracia, sin prisas, procurando que apreciaran el arte de sus movimientos, se desvistió, bajó las escaleras y, más desnuda si cabe, con el agua de jade hasta medio muslo, se volvió para invitarles a seguirla.

Ellos la acariciaron y la tomaron, salpicando toda la pieza. Emmanuelle puso tanto empeño en satisfacerlos que no pensó en gozar y se consideró recompensada al oírles elogiar sus servicios. Hizo cuanto estuvo en su mano para que los dos hombres no

tuvieran que esforzarse; se adelantó a sus deseos, sacó partido de la ingravidez de su cuerpo en el agua tibia… Tras largas variaciones, los dos gozaron al mismo tiempo, uno en su boca y el otro en su sexo. Después los bañó y los secó y, una vez que hubieron descansado sobre el pelaje blanco de su cama redonda, ella volvió a acariciarles con sus labios.

Apenas habían salido los dos hombres cuando un altavoz de tono amortiguado anunció que debía prepararse para recibir a otro visitante. Corrió a ponerse la bata de terciopelo verde que había visto colgada cerca de la ducha. Casi al instante apareció la secretaria, que se hizo a un lado para dejar paso a un hombre alto y moreno. Emmanuelle se echó a reír: era el marino.

—Observo que siempre apareces en el lugar indicado —empezó él.

Ella le dijo que aquel día le gustaría salir de la casa de cristal en su compañía. ¿Aceptaría él? Eso dependería de las satisfacciones que ella le procurara, respondió él.

Pasaron una tarde tan voluptuosa e interesante, y se hicieron y confiaron tantas cosas, que Emmanuelle se dijo que no hubiera podido ser mejor si hubiera estado enamorada de él.

*

—He escrito un borrador de un nuevo reglamento —anuncia Emmanuelle triunfalmente—. ¿Quieres que te lo lea?

—Temo no ser muy buen juez —advierte Anna Maria—. No te enfades si no demuestro toda la admiración precisa en el momento adecuado. Ya conoces mis lagunas.

—No te aflijas —la consuela su modelo bondadosamente—. Podrás pedir las explicaciones que quieras. Esta mañana me siento muy pedagógica.

—De todos modos, observo que el reglamento vigente no te satisface. ¿Acaso se ha entibiado ya tu fervor de neófita?

—Todo lo contrario, se inflama. Y mi imaginación con él. Me tomo tan a pecho los intereses de la casa que quisiera verla progresar espectacularmente, adelantarse a su tiempo, abrir

caminos insospechados. No me consolaría si cayera en el conformismo.

—Pues ya ha caído. No hay nada tan viejo como un burdel.

—Acompáñame un día, en lugar de hablar sin conocimiento de causa. Ya verás lo moderno y lo sorprendente que es. Lo único que me fastidia es que sólo puedan prostituirse las mujeres. Convengo en que esto es un poco retrógrado; algo así como una discriminación sexual.

—¿Te gustaría que hubiera también putas machos?

—Eso es. No comprendo por qué los hombres han de tener menos derechos que nosotras.

—Creí que te vendías por sentido del deber.

—En el mundo de los mutantes, deber y derechos es una misma cosa.

—Es verdad. ¿En qué estaría yo pensando? ¿Y tu borrador de reglamento tiene en cuenta esta evidencia?

—Juzga por ti misma. Se basa en la idea de que nada debe ser unidireccional. El amor erótico no es activo ni pasivo, sujeto ni objeto. Y la libertad no es un vector.

—¿Cómo?

—O, si acaso, es un vector recíproco. Lo mismo debería ser la prostitución.

—No entiendo nada.

—No importa. Los nuevos artículos de mi reglamento prevén que:

«Primero: no habrá distinciones entre los sexos.

»Segundo: cualquier miembro del club podrá indistintamente "elegir" o "ser elegido". Por ejemplo, cualquier mujer tendrá la posibilidad de acudir a la casa de cristal tanto para alquilar el talento de un hombre como para ofrecer el suyo propio. En el primer caso, ella paga y manda; en el segundo, cobra y obedece. O bien satisface sus propios deseos, o está allí para el reposo del fatigado».

—¿No pueden ir las dos cosas juntas?

—Físicamente, sí. Pero, mentalmente, trocar los papeles tendría que hacer variar los placeres.

—Ya…

—¿Y qué sabes tú?

—Nada. Continúa.

—Tercero: cada miembro tendrá una cuenta abierta. Si elige, se le anota una «elección» en su debe, y en el caso contrario, se anota en su haber. La originalidad de la regla consiste en que, para poder elegir, hay que haber sido elegido previamente, por lo menos una vez. En otras palabras, el saldo tiene que ser siempre acreedor. No se admiten descubiertos.

—¿Ni cargando intereses?

—¡Buena idea! Tengo que explotarla. Lo bueno podría ser fijar una tasa de interés que tuviera cierto valor artístico; por ejemplo, podría satisfacerse prostituyendo a los hijos.

—¡Odioso!

—¿Y si son guapos? Los que no tuvieran hijos presentables podrían pedirlos prestados o entregar a una amiguita. A poder ser, virgen.

—Tienes que reconocer que tu imaginación se inclina por naturaleza al vicio.

—¿Tú crees que la que es doncella tiene que seguir siéndolo?

—Para perder la virginidad hay mejores lugares que un burdel.

—Eso es algo que yo me pregunto. ¿No te has dado cuenta de que desde que lo frecuento soy más lista? Pero volvamos a nuestra contabilidad: a fin de mes se le paga a cada uno lo suyo, es decir, el saldo.

—Tu sistema cae por su propio peso: ¿cómo te las arreglarás para que *todos* los saldos sean acreedores?

—Tendremos que consultar con un experto. Las finanzas no son mi especialidad.

—Ya se ve. Pero ¿por qué no pagar al contado? ¿Por qué ese empeño en la cuenta de compensación?

—Para que todo el mundo esté obligado a venderse. De lo contrario, habría gente que sólo vendría a comprar. Eso daría ventaja a las clases pudientes.

—Tus preocupaciones sociales me conmueven.

—¡Y con razón! Porque al decir clases pudientes me refiero a los maridos que tanto te gustan a ti, que poseen mujeres igual que poseen incunables, que acuden a la casa de cristal a comprar otras,

pero que se sublevarían ante la idea de pagar con su propia persona.

—Ya veo que te has unido a las sufragistas y feministas.

—No. Te digo y te repito que hablo en interés de los hombres. No es justo que se les prive de la voluptuosidad de venderse. Aunque, por el momento, sean incapaces de apreciarla.

—¡Qué altruismo! Hubieras tenido que nacer en tiempos de Fourier.

—Mi tiempo ya me conviene. A propósito, tampoco será posible ir a la casa de cristal sólo a enriquecerse, porque por lo menos la mitad del crédito que hayas acumulado tendrá que ser reinvertido en especie, en forma de «elecciones» que te serán cargadas en cuenta. Los fines de la institución son filantrópicos, no comerciales.

—Así que ya no se trata de prostitución, sino de buenas obras. Se va al burdel como al ropero de la parroquia. Confieso que imaginaba algo más picaresco. La cosa me tienta cada vez menos.

—Espera. Al cliente que lo desee, cualquiera que sea su sexo, se le mostrará la lista de los que pueden ser elegidos, siempre, claro está, que la cuenta del cliente tenga un saldo acreedor, es decir, que él o ella puedan elegir. En el momento en que pide la lista, al cliente se le carga una elección, aunque no elija a nadie y se vaya sin haber hecho nada. La curiosidad está permitida, pero tiene el mismo precio que la lujuria. Así queda reconocido su valor erótico.

—¿Y tiene uno que hacerse una idea de la calidad de los artículos en venta sólo con ver su nombre? Supongo que todos los socios del círculo se conocerán, ¿no?

—De ningún modo. Y continuamente entrarán nuevas adquisiciones. Éste es precisamente el mayor encanto del sistema: la atracción que ejerce lo desconocido.

—Sin embargo, uno tiene que dar un nombre.

—Nada te impide dar un nombre falso.

—Entonces, es menos una elección que una lotería.

—Si lo prefieres… Pero todos los números ganan y todos los premios son buenos.

—¿Y los feos no tienen la menor posibilidad?

—En absoluto.

—¿Y ésa es tu justicia?

—Siempre les queda tu paraíso.

—El cielo no está reservado sólo a la fealdad.

—La Tierra está reservada a la hermosura.

—Tu club no va a contribuir a fomentarla.

—Vamos, sé buena jugadora. Olvida por un momento tus prejuicios y dime con sinceridad lo que piensas de mi reglamento.

—Que es malo. Con tu régimen de pretendida igualdad entre los sexos destruyes el templo del erotismo. Y tú misma dijiste una vez que la mujer era la diosa de este templo. Y la única. Que se compraran sus favores era comprensible. Pero que ella compre los de sus fieles… Al hacerle el amor, los hombres le rinden culto y se ponen a sus pies. Que además ella les obligue a pagar es ya una broma pesada. Pero, si ella les paga a su vez, ¿qué queda de su divinidad?

—Estás hablando muy bien. Continúa.

—Habría que saber si haces del erotismo una moral estética con su lógica, o si persigues una utopía igualitaria. En tal caso, te prevengo que no es nueva y me resulta tan atrayente como la puerta de una cárcel. Tu club se parece más a un falansterio que a una Citera del futuro. Tus pensionistas consiguen de tal manera hacerse equivalentes en su intención y coincidir en su conducta que hasta resulta imposible distinguir su sexo. Yo prefiero conservar el mío: ser mujer, la única hermosa, la única preciosa, la única deseada y, si un ser humano puede venderse, la única que se vende. Y conservar mi privilegio. Y que los hombres continúen del lado hacia el que hay que extender el brazo, lo mismo en el amor que en la Bolsa.

—Por una vez, me parece que tienes razón.

Emmanuelle hace una bola con el borrador y lo arroja con todas sus fuerzas por encima de la balaustrada de la terraza, entre las hojas despeinadas de los cocoteros.

*

Otro día, Emmanuelle le confió a Anna Maria:

—Un hombre que estaba demasiado cansado para hacerme el

amor me dijo que el amor era una tontería. Ahora he aprendido lo suficiente para saber que estaba equivocado. En realidad, el amor es el medio que encontró el hombre para conseguir que la inteligencia traspasara los límites de la unidad.

*

En su habitación, completamente blanca y que recordaba un poco la de una clínica, el primer objeto que atrajo la mirada de Emmanuelle fue un taburete, un asiento doble, vagamente en forma de ocho, de patas cortas y con la parte central más pequeña que el resto. Dedujo que debía servir para hacer el amor sentados frente a frente. O quizá el uno detrás del otro.

La habitación estaba dividida en dos por una cortina. Además del extraño taburete, había a este lado una especie de potro, una vitrina que contenía objetos hechos de materiales diversos y con aspecto de penes de animales —desde el perro hasta el burro— de tamaño natural, grilletes, látigos, pinzas, espéculos y un artefacto bastante raro formado por dos medias esferas de cristal del tamaño de unos hermosos pechos, unidas por tubos de goma a una pequeña bomba manual.

«¡Una ordeñadora de mujeres!», pensó Emmanuelle. «¡Qué placer debe de dar!».

A lo largo de una de las paredes de cristal que tamizaban la luz gris del exterior había dos estrados, alfombrados de rojo, que sostenían unos aparatos aún más extraños. El primero, fabricado con un metal que parecía maleable, color de latón pálido, estaba vaciado en forma de cuerpo de mujer, con unos tubos para las piernas y los brazos y dos cavidades a la altura de los pechos. La cabeza debía introducirse en una especie de máscara de esgrima de bordes guateados, provista de una boca de la que escapaba un vapor amarillento. Otras fumarolas flotaban en el fondo de las copas practicadas para albergar el pecho y de la depresión dibujada a la altura del sexo. Emmanuelle se inclinó para aspirar esas fumarolas. Casi inmediatamente, percibió una sensación aguda como un aguijonazo en el clítoris y en los pezones, tan precisa que

estuvo a punto de gozar. Titubeó. ¿Por qué no instalarse sin más dilaciones en aquel molde, con el vientre y la cara contra el metal y esperar acontecimientos? Se quitó rápidamente su vestido de verano, abrochado delante, debajo del cual no llevaba nada. Pero la curiosidad que le inspiró lo que había en el otro pedestal pudo más que este primer impulso.

Sobre un grueso colchón parecía dormir una mujer de talla, líneas y tez perfectas. Emmanuelle la tocó: estaba hecha de espuma, más suave que la carne. Tenía la piel aterciopelada, ni caliente ni fría. La boca y el sexo estaban perfectamente imitados. La visitante acercó la cara a la de la muñeca y le entreabrió los labios. De ellos salió un hálito levemente perfumado. Le resultaba difícil analizar la impresión que aquello le produjo, y decidió que era más bien desagradable. Emmanuelle exploró la vagina: estaba caliente y llena de los mismos efluvios.

«Interesante», se dijo. «Sin duda se trata de una composición destinada a los hombres que sólo les gusta a ellos. La casa no fomenta la bisexualidad. ¿Qué habrá al otro lado de la cortina?».

Dejó el vestido sobre un puf, cruzó la habitación, abrió las cortinas y pasó al otro lado. Allí vio una cama rectangular cubierta con una sábana. Dos hombres vestidos estaban sentados uno a cada lado, de frente, como un adorno de chimenea. Eran muy parecidos tanto por su aspecto como por su actitud: altos, delgados, de cara arrugada color de azafrán y los ojos muy oblicuos, como los de los coreanos. No se volvieron cuando entró Emmanuelle. Con una atención intensa, como investigadores ocupados en un experimento científico, estaban examinando un cuerpo tendido en la cama, un cuerpo con torso de muchacho, pubis saliente y rasurado, piernas elegantes y un color ambarino que Emmanuelle conocía. Era el cuerpo de Bee.

¿Estaría muerta? Emmanuelle la contemplaba como si, a su vez, sufriera catalepsia. Pero casi inmediatamente la figura abrió los ojos, sonrió, miró a uno y otro de sus guardianes y suspiró:

—*So fantastic!*

Emmanuelle exhaló un suspiro. Los otros tres la miraron. Bee parecía sentirse tan a sus anchas desnuda como con su traje de chaqueta de brocado, esa misma tarde de mediados de agosto en

que habían ido a tomar el té a casa de la madre de Marie-Anne.

—¡Qué alegría volver a verte! —exclamó.

Se sentó en la cama, apoyándose en el hombro de uno de los asiáticos.

Tenía la voz tan alegre y la cara tan risueña como siempre. La dulzura de aquella mirada gris dio a Emmanuelle ganas de llorar.

—Ya que os conocéis, haced el amor entre vosotras —dijo uno de los clientes en un francés difícil de entender.

Emmanuelle se adelantó, se puso de rodillas en el borde de la cama y levantó la mirada hacia el hombre que había hablado, esperando órdenes. Pero éste no añadió ni una palabra ni movió un músculo. Entonces Emmanuelle se volvió hacia la norteamericana, preguntándose quién empezaría. Fue Bee quien rodeó con los brazos el cuello de su antigua amante, la atrajo hacia sí, doblándole la cintura, y la apretó contra su pecho.

—¿Te acuerdas? —dijo—. Tú me enseñaste.

Acarició con el muslo el pubis de Emmanuelle.

—He progresado desde entonces.

Una mano siguió al muslo, y tan experta que Emmanuelle se asombró. ¡Desde luego que había progresado! Y aquella boca en sus pechos. Y en su boca. ¡En su boca!

Pero ella estaba inerte, insensible.

«Es horrible», pensó. «Me he vuelto frígida».

Trató de concentrarse en los dedos y los labios de Bee, que acariciaban la superficie de sus mucosas. Bruscamente, recordó el día en que, siendo aún muy pequeña, le extirparon las amígdalas con anestesia local. Estaba protegida contra el dolor, pero conservaba la sensibilidad táctil. Siguió atentamente el trabajo que los instrumentos realizaban en su garganta, sintiendo cómo pellizcaban y cortaban. Ella trataba de convencerse de que aquello dolía, pero tuvo que reconocer que no sufría. Era incapaz de sentir cualquier emoción física; estaba totalmente fría, apática, indiferente a lo que hicieran con ella, como si la hubieran echado del mundo de los vivos, que son seres que experimentan alegría y dolor, que lloran de angustia y que gozan, y no cosas que se tocan y se cortan sin que sangren siquiera en el universo estéril e imperturbable de los sabios. Una náusea espantosa sacudió a la Emmanuelle niña y

hubo que interrumpir la operación, calmarla y anestesiarla del todo. Una náusea parecida estremeció ahora a la mujer en que aquella niña se había convertido y que seguía sin poder soportar la insensibilidad. Se volvió bruscamente boca abajo, hundiendo la cara en la almohada.

«¿Qué me pasa?», pensaba, frenética, mordiendo la tela. «¿Qué tengo?».

Trató de rememorar el rostro de Bee, de recordar cómo la esperaba y la deseaba… Y repetía, sin que el eco respondiera:

«¡Oh, mi tierra firme! Hermosa, tesoro… Puerto de paz, mi vida…».

Las palabras daban vueltas en su cabeza vacía, escabulléndose. Ya no las reconocía. ¡Bee! ¿Acaso no había jurado amarla con un amor de leyenda, más fiel que las estaciones? ¿Llamarla desde el fondo de la ausencia? ¿Desde el fondo del olvido…?

Se incorporó con pena y con rabia, sin mirar a Bee. Saltó de la cama y, sin volverse, se dirigió hacia la cortina y la apartó con repugnancia. Al otro lado, encontró su vestido, se inclinó para recogerlo, siguió andando hasta la puerta, la abrió y salió. Durante unos momentos, avanzó por el pasillo sin ver nada. Un hombre la detuvo y le preguntó algo que ella no comprendió. Se oyó a sí misma responder:

—Perdone… Hoy, no.

Siguió andando, de corredor en corredor, con el vestido en la mano, hasta que por fin se abrió una puerta que daba acceso al complicado sistema de pozos y galerías donde, no obstante, consiguió orientarse. Salió de la casa de cristal conduciendo el coche como hipnotizada, entre las luces multicolores y los gritos de la ciudad, ajena a los accidentes que estuvo a punto de provocar.

Jean estaba esperándola. Se sentaron a la mesa.

—Acostémonos pronto —propuso ella—. Y hagamos mucho el amor. Quiero saber si aún te amo.

—¿Lo dudas? —se burló él cariñosamente.

—En realidad, no. Pero más vale asegurarse.

*

—Si yo fuera marido, me gustaría que mi mujer hiciera el amor con el mayor número posible de hombres y, por supuesto, de mujeres —decía Emmanuelle a Anna Maria—. Continuamente le buscaría nuevos amantes. Únicamente me esforzaría en ensanchar mi círculo de amistades para aumentar sus posibilidades. Mi casa sería la más hospitalaria de la ciudad, pero no se entraría en ella a menos de que se llegara decidido a seducir a la dueña. Cada vez que conociera a alguien, mi primer pensamiento sería: «¿Desea esta persona honrar el cuerpo de la mujer que yo quiero? Si no es así, no tengo por qué perder el tiempo con ella». El que no hubiera poseído a mi mujer no podría ser amigo mío. Porque, ¿podría yo soportar que alguien que la conociera no la deseara? Y a mí sólo me gustarían las personas que le gustaran a ella.

—Vamos, que tu buen esposo debería tener alma de proxeneta.

—Si es proxeneta el que ama a una mujer lo suficiente para desear verla colmada de caricias, entonces sí. El buen esposo quiere que el mundo entero tienda las manos hacia su bien amada, la toque y la haga gozar.

—Eso es ridículo. No se puede hacer el amor con todo el mundo.

—No se puede, ya lo sé. Y es una lástima. Pero, por lo menos, habría que hacerlo con muchos. Por eso quiero yo que mi marido no se limite a entregarme sino que me exhiba, me exponga, me haga propaganda. Que me ponga en venta públicamente, en subasta, a quien dé más. Venderme no es perderme; es ganarme. Yo le quiero y estoy orgullosa de ser para él una riqueza.

—Así pues, ¿la vida sólo sería una historia de proxenetas y prostitutas, sin más ley que la «ley de la calle»?

—En una sociedad en la que la prostitución se considera un vicio, ¿qué tiene de extraño que los proxenetas sean unos chulos y que las prostitutas sean unas putas?

—¿Piensas presentarme ahora un proyecto de república, o se trata de irritantes divagaciones sin trascendencia?

—No, tú me hiciste perder la afición al Código Civil.

—Siempre puedes legislar para el Eclesiástico.

—Y eso es lo que he hecho.

—¿Cómo?

—He grabado las nuevas Tablas de la Ley.

—¡Nada menos! Ardo en deseos de recibirlas.

—¿Te acuerdas de lo que le pasó a Moisés?

—Tu Dios no es tan celoso.

—¿Estás segura de desear la Tierra Prometida?

—¡Basta de peroratas! Quiero juzgar con conocimiento de causa. Muéstrame tu decálogo.

Emmanuelle va a su habitación y regresa con una carpeta de la que extrae una hoja de papel cubierta con su letra redonda.

—Mujer —lee—, ésta es tu ley, dictada por ti misma, para que el reino del amor venga así en la Tierra como en el cielo estrellado, donde está el mundo de los hombres:

LOS DIEZ MANDAMIENTOS DEL ARTE DE AMAR

I
Sólo a Eros honrarás,
con actos, imágenes y palabras.

II
El amor a ti misma te harás,
tanto de día como de noche.

III
Senos y piernas mostrarás,
y también tu goce, con orgullo.

IV
En público te desnudarás
para que te gocen con libertad.

V
A tu carne el acceso permitirás
a cada cual por donde prefiera.

VI
Con grandes tragos de esperma
tu paladar regalarás.

VII
Tanto a los hombres como a las mujeres
tus caricias otorgarás.

VIII
A más de uno te entregarás
simultánea o sucesivamente.

IX
De tu cuerpo consentirás
que tus dueños a otros lo ofrezcan.

X
Tu amor ennoblecerás,
enamorada, prostituyéndote.

Las dos muchachas se echan a reír. Anna Maria comenta:

—Creo que es un compendio bastante ajustado de las técnicas de tu erotismo. Pero ¿es amor?

—No —dice Emmanuelle—, no es amor. Sin embargo, si no se ajusta a estas leyes, el amor es un mal.

12

Sus piernas desnudas sobre tus playas de fuego

—¿Es tu mujer la que está cerca de ti?
—No está cerca de mí. Está en mí. Es yo mismo.
Si la ves distinta de mí, no sabes verla.

Jean Giraudoux, *Les Gracques,* I, 3

Yo llamo matrimonio a la voluntad de dos de crear
algo que es más que lo que crearon.

Nietzsche

Camino
sin querer llegar
mi destino
el infinito
mi realidad
caminar.

Alessandro Rispoli, *Le pulsazioni del silenzio*

La carretera que conduce a la costa bordea un canal navegable cubierto de lotos. Las barcas de remos y de vela los apartan, pero ellas recomponen a su paso su acuarela inmutable. Grandes norias con alas de madera extraen el agua limosa y la vierten en los arrozales resquebrajados por el calor y en los huertos. Redes colgadas de cuerdas tan altas como árboles se levantan al paso de los barqueros, después de que éstos avisen con sus gritos breves al niño que las vigila.

El coche pasa junto a unos bonzos que caminan en fila india sobre el talud que es un hervidero de insectos. Cada uno de ellos

lleva, además de la escudilla de cobre que contiene la comida que les dieron las mujeres piadosas al amanecer, una sombrilla plegada, voluminosa y, al parecer, pesada.

—¿Por qué van tan cargados? —se extraña Emmanuelle—. Ni siquiera la usan, a pesar de que el sol está ya alto.

—No son sombrillas, sino tiendas —explica Jean—. Cuando anochece, cada uno la planta allí donde esté, se enrosca alrededor de la caña y se echa por encima la tela amarilla. Así puede dormir con su dignidad a cubierto.

—¿Y si llueve?

—La tela se moja.

—¿No sería mejor que esperasen la llegada de la estación seca para salir en peregrinación?

—Ya estamos en la estación seca. Empieza hoy. Esta noche, al claro de la luna llena, miles de barquitos de la suerte hechos con hojas de banano y cáscara de coco, con una vela encendida a modo de palo mayor, navegarán por los ríos y los canales, portando flores, incienso y ofrendas para la Madre Agua. Es el Loi Krathong, día fausto y feliz en el que, según la tradición, florecen los amores, los enamorados se prometen y los prometidos se casan.

—¿Acaso existe un mundo en el que no están dedicados al amor todos los días? —finge escandalizarse Anna Maria—. ¡Pobre Emmanuelle, qué iba a ser de ella si tuviera que esperar al fin de las lluvias!

—Acortaría las estaciones.

—Los que esperan lo hacen porque quieren —comenta Jean—. Pero ¿esperan? Tratándose de amor, a la gente le gusta mentir.

—¡Ajá! —dice Emmanuelle—. No es que a mí me guste el amor más que a los demás. Lo que me distingue es que yo amo la verdad.

Los tres van sentados delante; Anna Maria se sienta entre Emmanuelle y su marido. La víspera, Jean les anunció que tenía trabajo cerca de la frontera. El trayecto pasaba cerca de Pattaya. Emmanuelle exclamó:

—¡Vamos a ver a Marie-Anne!

—Ahora no tengo tiempo. Pero podría dejarte en su casa. Después, a mi regreso, podría pasar allí unos días con vosotras.

—¿Cuántos días piensas quedarte en Chantaboun?

—Una semana. Te recogeré el sábado o el domingo.

—¿Y si lleváramos a Anna Maria?

—¡Excelente idea! Reservaré un bungalow para que no molestéis a Marie-Anne y a su madre.

Anna Maria ha puesto en el coche sus útiles de pintura y Emmanuelle, una cámara nueva, películas, un tocadiscos, revistas y libros como si partiera para una larga travesía. Jean se echó a reír al ver su atuendo, pero no le instó a cambiarlo. La blusa está hecha de una red de pescar cuya urdimbre deja espacios de casi un centímetro. Los pezones asoman por entero y parecen más erguidos que nunca. La falda es de yute tejido muy flojo, calado y del color de su piel. Es abierta por delante y, cuando Emmanuelle se sienta, deja los muslos al descubierto.

Cuando Jean se detiene en la gasolinera, a la salida de la ciudad, los mecánicos y los transeúntes rodean el coche y contemplan boquiabiertos a Emmanuelle. Ésta, naturalmente, está encantada, pero le sorprende que Anna Maria no la sermonee. Incluso dice, conteniendo la risa:

—Esas buenas gentes nunca volverán a ser lo que eran. Su escala de valores tendrá que ser revisada.

—En este país faltan los temas de reflexión —conviene Jean—. Proporcionárselos es una obra de misericordia. ¡Y ya sabes lo bondadosa que es mi mujer!

—¡Bah! —exclama ésta—. Un día me hicieron atravesar Bangkok de un extremo a otro desnuda como la palma de la mano y a nadie le dio un ataque.

—No, pero la ciudad entera lo comenta todavía —observa Jean, encantado.

—La verdad sobre la franqueza de Emmanuelle es que a ella le gusta lo que enseña. Y en vista de lo que tiene para enseñar, no se le puede tomar a mal.

Cuando el coche reanudó la marcha, Emmanuelle se abrió la falda, descubriendo su vientre dorado y el triángulo de bucles relucientes.

—¿Y a ti no te gusta? —le dijo a la joven italiana.

Como ésta no respondía, le tomó la mano y la puso sobre su sexo.

Era la primera vez que Anna Maria tocaba esta parte de Emmanuelle. El corazón le palpitaba con fuerza, no se atrevía a retirar la mano muy aprisa por temor a ofender a su amiga o a parecer más pudibunda de lo permitido, tras casi dos meses de íntimas confidencias, pero tampoco quería que pareciera que prolongaba el contacto por su voluntad. Providencialmente, Emmanuelle la libraba de parte de sus escrúpulos al retener allí aquella mano tímida. De todos modos, cuanto más se prolongaba la situación, más se agravaba el conflicto de los sentimientos de la joven y su pánico. Y lo que aumentaba su turbación era, por descontado, la presencia de Jean.

El evidente azoro de su amiga aumentaba el deleite de Emmanuelle. Apretaba entre las piernas aquella mano tan deseada, obligándola, con un imperceptible movimiento de los muslos, a la inconcebible caricia… A medida que un incipiente placer y una ternura adorable hacían que Emmanuelle frunciera los labios y doblara el cuello sobre el hombro de su compañera, un inesperado sentimiento de consumación y de orgullo sustituía poco a poco la zozobra de Anna Maria. Nadie la obligaba y, sin embargo, seguía tocando la voluptuosa suavidad de aquel sexo, palpitante como un pájaro vivo, acariciando esa carne que se abría, bajo sus cálidas plumas.

Los dedos de Anna Maria penetraban cada vez más, a medida que el cuerpo de Emmanuelle se tendía hacia ellos. «Hacerla feliz no puede ser malo», se decía Anna Maria. «Además, la quiero. Tengo que ser lógica…».

Emmanuelle le rodeó el cuello con el brazo y se apretó contra su mejilla.

—Eres mi amante —murmuraba, loca de alegría—. ¡Amor mío, eres mi amante!

Anna Maria no sabía qué responder. A cada movimiento de sus dedos, se prendaba más de los encantos que descubría. Estaba temblando. Un deseo, más fuerte que todos los temores y las defensas de la joven, doblegaba a su antojo los poderes secretos de sus sentidos.

Dejó que la boca de Emmanuelle se posara sobre la suya y que las manos de Emmanuelle le acariciaran los senos y le bajaran por

el vientre.

«¡Oh, no!», pensaba. «¡Oh, no!».

Pero no opuso resistencia y, mientras Emmanuelle tomaba posesión de ella, su pensamiento giraba en el vacío, enloquecido, sin que ella llegara a darse cuenta de si sentía realmente placer.

Por lo menos, sabía que sentía amor. Y lo único que hallaba, además de esta certeza, en el desorden de sensaciones, imágenes e ideas que le llenaban la cabeza era una pequeña frase, una frase casi ridícula por lo simple, que se limitaba a dar fe de una evidencia informulable e irrevocable. Tal vez, después de todo, aquella que tan patéticamente buscan los mortales para liberarse de sus falsas razones:

—¡Es esto! ¡Es esto!…

*

Mucho más tarde, Emmanuelle rompe el silencio.

—Mario llegará mañana —dice—. Es una suerte que se digne viajar. He tenido que arrastrarme a sus pies.

—¿Dónde lo pondrás? —pregunta Jean.

—Con nosotras. Seguramente, no hay sitio en casa de Marie-Anne.

—¿Tendremos bastantes camas? —pregunta Anna Maria.

—No —contesta Emmanuelle—. Pero, al fin y al cabo, es primo tuyo.

—Muchas gracias —protesta la joven—. Ya ha habido bastantes incestos en la familia.

—Entonces lo pondré conmigo —decide su amiga.

—Eso estará mucho mejor —aprueba Jean.

El coche franquea un cambio de rasante a toda velocidad y Anna Maria se aferra al cuello de Emmanuelle. La suelta inmediatamente, con gesto contrito. Y pregunta:

—Jean, ¿te es indiferente que tu mujer comparta la cama con otro hombre?

—No.

—¡Ah, ya!

—Me gusta.

«¡No diré una sola palabra más!», se promete Anna Maria.

Además, después de lo ocurrido, casi no se atreve a mirar a Jean. De todos modos, al poco rato su curiosidad es más fuerte que su decisión. ¿Es concebible que Jean apruebe realmente las ideas eróticas de Emmanuelle? Es la ocasión de obligarle a definirse sin equívocos. Si hace falta, un tanto de malicia le ayudará a conseguirlo, aun a costa de que Emmanuelle se enfade más que él. Anna Maria se dice que el envite bien vale el riesgo de tener que aguantar algunos sarcasmos. Y declara, tajante:

—Entonces no la quieres.

Jean parece encajar la acusación con más flema de lo que esperaba Anna Maria. Él se limita a preguntar:

—¿Es no quererla alegrarse de que tenga lo que la hace feliz?

—No me digas que un marido debe llevar el altruismo o el espíritu de sacrificio hasta ese extremo —dice Anna Maria en tono burlón.

—Por favor, resultaría humillante para mí que se me creyera capaz de un sacrificio.

—¡Qué orgullo! ¡O qué paradojas!

—Nada de eso. Piensa un poco y verás que eso que el mundo reverencia con el nombre de sacrificio suele no ser más que un guiso almibarado de presunción y cobardía, un tributo de la virtud al vicio. No es ése mi estilo.

—¿Y cuál es tu estilo?

—O bien la conducta de Emmanuelle me parece mala y me opongo a ella. O bien le dejo hacer lo que quiere porque me parece bien. Y siempre inspirado en un egoísmo robusto y sin falsa vergüenza: no me parece bueno para ella más que lo que es bueno para mí. Lo mío no es abnegación, como tampoco es ceguera o indulgencia. Lo escandaloso sería mi desinterés, si yo me desinteresara.

—No irás a decirme que por hacer el amor con todo quisque, Emmanuelle se convierte en una amante mejor. O que se vende para aumentar los ingresos de la familia y tú se lo agradeces.

—Mi actitud es todavía mucho más simple. Yo no veo a Emmanuelle como otra persona.

—¿Qué quieres decir?

—Que ni ella es distinta de mí ni yo soy distinto de ella. Ella es yo.

—Nadie siente celos de sí mismo —explica Emmanuelle.

—Una pareja puede enfrentarse, sus intereses pueden ser diferentes —continúa Jean—, o el juicio y la voluntad de uno pueden ceder a los del otro. Pero nosotros no somos una pareja. Nosotros somos un solo ser. Por lo tanto, su placer no puede ser un dolor para mí, ni sus aficiones mis aversiones, ni sus amores mis odios. Y no tiene mérito que yo quiera su bien, ya que su bien es el mío.

—Lo que hace cada uno de nosotros es algo de lo que el otro es autor. No tenemos necesidad de estar juntos físicamente. Dondequiera que esté Jean estoy yo. Cuando construye una buena presa es porque yo, con él y en él, le he ayudado.

—Tenemos para los dos un solo significado.

—Somos una célula hermafrodita —dice Emmanuelle, jubilosa—, y estoy segura de que nos perpetuaremos por escisiparidad.

—Su cuerpo es mi cuerpo. Ella es el principio femenino, y yo, el instinto masculino. Sus senos acariciados son mis senos y su vientre mi vientre. Ella amplía para mí el campo de lo posible. Ella me abre las puertas de un universo cerrado al hombre solo.

—¿Y a ti… no te resulta incómodo identificarte así con ella… y que los hombres la acaricien? ¿No es como…, como ser homosexual, en cierto modo?

—Cuando yo soy ella, soy mujer. Y cuando ella hace el amor con una mujer, soy lesbiana.

Anna Maria se pone colorada. Jean sonríe. Pero la joven recobra pronto la sangre fría y vuelve a la carga:

—¿Eres sincero o aceptas que Emmanuelle te sea infiel para no arriesgarte a perderla?

—¡Perderme! —ruge Emmanuelle—. ¿Puede alguien imaginar que Jean me pierda? ¿Y le he sido infiel alguna vez?

—Emmanuelle me es fiel porque no deja de formar parte de mí. Y ni uno ni otro tememos perdernos.

—¡Qué seguros estáis! —exclama Anna Maria, casi con amargura—. ¿Existe entre vosotros una especie de telepatía que no

os permita dudar el uno del otro?

—Es una telepatía tan vieja como el hombre. Tiene un nombre menos prestigioso pero más seguro: simpatía. Los que son capaces de sufrir juntos, ¿no pueden ser también capaces de gozar juntos?

—Anna Maria, amor mío, Jean está dándote la respuesta a la pregunta que tú te haces continuamente.

—¿Qué pregunta?

—Sigue escuchando y lo adivinarás.

Pero Jean no agrega nada, y Anna Maria, pensativa, mira desfilar, a uno y otro lado de la carretera ocre, los monótonos mangles. Se diría que les acecha la somnolencia y que, para defenderse de ella, la hermosa italiana sacude bruscamente la cabeza y eleva una protesta vehemente que sus acompañantes ya no esperaban:

—¡No se puede vivir así sin correr riesgos espantosos! Jean, ¿no tienes miedo de dejar que otros hombres vean a tu mujer desnuda, la toquen y se tiendan sobre ella? Si la quisieras de verdad…

Un cruce, sin indicador.

—Debe de ser a la derecha —dice Jean.

Toma el viraje, haciendo chirriar los neumáticos, y, antes de que pueda sujetarse, Anna Maria se siente proyectada hacia él. Él sigue hablando sin demostrar que ha advertido la turbación de su pasajera.

—¿Sería más segura la prudencia? A las hermosas encerradas por sus amantes celosos les crecen llaves falsas en los dedos. Además, no creo que Emmanuelle me quisiera timorato. ¡Lo que atonta ser pusilánime! Si por temor a que vean desnuda a mi mujer la tengo siempre tapada, yo me privo de su hermosura más de lo que privo a los demás. ¿Hay que esconder lo que se ama? Tú misma, Anna Maria, hace poco aprobabas que Emmanuelle amara su cuerpo, estuviera orgullosa de él y lo mostrara. Pues bien, yo amo a mi mujer, me enorgullece que sea hermosa y me alegra que se muestre deseable y sea deseada. El rasgo de carácter más horripilante que conozco es el de aquel preso que enseñaba una foto a sus compañeros y les decía muy contento: «¡Mirad qué fea es! ¡Fea como un trasero! Me casé con ella porque es horrible. Así no tengo miedo de que me la quiten».

—Los celos tienen sus extravagancias, pero son inseparables del amor. ¿Cómo no has de sufrir cuando otros toman a la mujer que amas? ¿Es que no eres hombre?

—«Te adoro, furor de virgen, ¡oh delicia!» —canturrea Emmanuelle.

—¿La toman? —pregunta Jean—. ¡Son tan inadecuadas las palabras del amor! ¿Qué es lo que puede tomar el hombre que le da a mi mujer el placer que ella prefiere? ¿La toma a ella? Él sólo recibe placer. Y a mí no me quita nada.

—Lo que ella le da, hubiera podido dártelo a ti.

—¿Acaso eso se mide? ¿Y lo posee en tan escasa cantidad que tenga que racionarlo? No lo había notado. Lo que ella da a los demás, no me lo quita a mí.

—Pero ¿no te humilla tener que compartir su cuerpo con cualquiera? ¿No sería más precioso si fuera inaccesible a los intrusos, sólo para ti?

—Creo que tú misma te has contestado. Hablas de orgullo, del precio de las cosas, de propiedad y de exclusividad, de la pasión de poseer. Yo hablo de amor.

—Pues ese amor debe de ser una especie de santidad. Vosotros, que os burláis de mi espiritualidad, sois los seres de otro mundo. La pasión carnal es más recelosa.

—¿Me imaginas separado de su cuerpo? ¡Pregúntale a ella! Pero los límites de mi amor no están en la frontera de su carne. No marcan el final de nuestro viaje en común, sino el punto de partida. Ya no recuerdo si, antes de conocer a Emmanuelle, yo sabía amar. Pero estoy seguro de que, amándola, me he hecho capaz de un amor infinito. Y no creas que esto lo he aprendido sin sufrir. Pero de celos no he sufrido nunca. Si a veces tengo miedo (porque yo tampoco soy perfecto y puedo sentir miedo) no es de verme privado de sus cuidados, sino de que ella pueda llegar a estarlo de los míos. ¿Qué me quedaría si no pudiera seguir preocupándome por ella, si no pudiera arroparla durante la noche, cuando el aire refresca y ella no se da cuenta de que tiene frío? Si yo no estoy, ¿quién la velará cuando la fiebre la convierta de nuevo en una niña sin fuerzas? Pero no me quejaría si me la quitara otro, siempre que no fuera la muerte. ¿Cómo habría de atreverme a presentarme delante de mis

amigos? ¿Cómo decirles: «No supe guardar a aquella que la vida había confiado a mis cuidados»? Porque ella también es su amiga, y si la protejo lo hago tanto por ellos como por mí. ¿Debo considerar un peligro a los hombres y las mujeres que me ayudan a que ella viva? Lo hacen por amor y no son mis rivales, sino mis aliados.

Anna Maria no responde. Ahora es tan recta la carretera que se afila en el horizonte como las vías del tren. Jean, que había aminorado la marcha, vuelve a acelerar. El polvo les seca la garganta.

—Jean no tiene por qué estar celoso de mis amantes —dice Emmanuelle—. Son ellos los que deberían tener celos de él. Porque ninguno me dará lo que me da él. No creas que es sólo la libertad. Él hace de mí una mujer por encima del común de las mujeres. No estoy ciega a mi suerte. Él no espera de mí más que personalidad. Y que corresponda a su confianza con osadía. ¿Te gustaría que le defraudara?

—La única libertad que tiene sentido es la que libera del temor —dice Jean—. ¿Y quién de nosotros no teme a veces la verdad? Emmanuelle sabe que en el mundo hay por lo menos una persona a la que puede decírselo todo. Y es bastante para que se sienta fuerte. Yo soy ella, pero al mismo tiempo soy su fiador, su garante. El resto del mundo nada puede contra ella.

—¿Y si el resto del mundo se escandaliza?

—¿Por qué tiene que asustarla eso, si yo no me escandalizo?

—Supongamos que, a pesar de todo, se asusta.

—Entonces, me habría equivocado. Y ella tendría que hacérmelo comprender. Mi amor me hace desear también que ella me ayude.

—Mi misión es dar testimonio de que nada que sea amor puede estar mal —dice Emmanuelle—. A no ser que tú, una virgen, te empeñes en mantener que el amor físico es lo contrario del amor.

—El cuerpo es otra cosa que la fuente del bien y del mal —dice Anna Maria.

—Si no pudiera amar vuestro cuerpo, no podría amaros a vosotras —dice Jean.

—Acuérdate, arcángel —dice Emmanuelle—. Cuando tu amo quiso algo de nosotros se hizo carne… ¿Querrías tú que fuésemos nosotros más delicados que él?

—Si no condeno a Emmanuelle por hacer el amor con cualquiera es porque ella no tiene culpa —aduce Jean—. El amor no es bueno o malo según se haga con un hombre o con otro. Él es su propia justificación. Es la inocencia absoluta.

—Jean —dice Anna Maria—, si Emmanuelle no fuera mujer para nadie más que para ti, ¿se lo reprocharías?

—Si fuera capaz de negarse, no merecería que yo la amara. La entrega es el único valor del que se puede estar seguro.

—¿Así que la fidelidad es un sueño vano?

—Si no fuera más que eso, podría perdonársele.

—¿Es algo todavía más abominable?

—Nueve de cada diez veces es una deshonra.

—Las palabras ya no tienen sentido.

—Las de fariseísmo, mediocridad, conformismo y convencionalismo, desgraciadamente, todavía lo tienen. Y la «fidelidad» del mundo que las honra no suele ser valiente, hermosa, noble ni tierna, sino mezquina, interesada y cobarde. Por eso la llamo una deshonra.

—¿De modo que un marido no puede ser más que un mediocre?

—Contentarse con un hombre cuando se puede conocer a muchos es roerse las alas y despreciar la suerte que la ha hecho a una capaz de volar —dice Emmanuelle—. Es arrastrarse por ganas de arrastrarse.

—Pero ¿no basta con amarse uno a otro? ¿Ni con entregarse a quien se ama? ¿Es que realmente se necesita más? —pregunta Anna Maria, tan tensa que parece a punto de echarse a llorar.

—¿Es necesario atrancar la puerta? —dice Emmanuelle suavemente—. El mundo está lleno de amigos.

—Si el efecto del amor tuviera que ser privarse de algo, la razón exigiría que empezáramos por privarnos del amor —dice Jean—. Y si el amor de una persona tiene que cerrar el corazón y el cuerpo al amor de otras, sin duda sería mejor no amarla.

—Es el amor de Jean lo que me hace capaz de amar —dice Emmanuelle—. Si dejara de amar a Jean, no podría amar a nadie más, fuera hombre o mujer. Ni hacerme el amor a mí misma. Pero mientras él me ame, amar a otros hombres me enseña a amarle mejor a él.

—El amor que es un egoísmo de dos, no es más recomendable que el egoísmo en solitario —recalca Jean—. En lo exclusivo hay un sabor de soledad que me da náuseas: nada me parece más alarmante que los enamorados que están «solos en el mundo». Por algo se dice de los que no gustan de compartir con sus semejantes el encanto de la vida que se comportan como lobos. Son más fieras que hombres.

—De todos modos, ¡bien que has ensalzado la unión de dos! —se lamenta Anna Maria.

—La pareja no debe contentarse con existir —dice Jean—. Es preciso que tenga una finalidad, que vaya a alguna parte. Y para ello tiene que comunicarse, aceptar el intercambio, mezclarse con los demás, lanzarse a los caminos más frecuentados, salir de lo de siempre.

—No se puede avanzar mirándose a los ojos. En cuanto das un paso, tropiezas. Si reducimos el mundo al espejo negro y redondo de la pupila del ser amado, ¿cómo no acabar odiándolo y rompiéndolo? En estas condiciones, no hay que extrañarse de que la gente se complazca en asociar el amor y la muerte.

—La pareja que es una línea cerrada, un anillo, no puede hacer más que girar sobre sí misma —dice Jean—, o sea, quedarse siempre en el mismo sitio. Si queremos hacerla salir a la vida, tenemos que abrirla, separarle las piernas dejándola como una U.

—Como una hipérbole equilátera, que tiene cuatro pies —corrige Emmanuelle.

—En eso que tú llamas adulterio —continúa Jean—, yo veo la prerrogativa de la pareja de preferir al mundo limitado del círculo las posibilidades ilimitadas de la hipérbole.

—Cuya asíntota es el amor —concluye Emmanuelle.

—Pero nunca puede alcanzarse —objeta Anna Maria.

—Sí. En el infinito. Confórmate, por lo menos, con que no te falte el ánimo para acercarte siempre a ella.

—¿Cómo Sísifo a la cumbre?

—La aventura de amar no es tan ardua. ¿Tienes prisa por descansar?

—Yo quisiera un amor que pudiera llevar hasta el fin de mi vida.

—Los brazos de tu amante número mil lo depositarán sobre las

escaleras de tu tumba.

—¿Y por qué no seguir como estamos?

—Porque la evolución es ley de vida —responde Jean— y no avanzamos más que transformándonos. Lo que se es, ya ha dejado de ser. Hay que convertirse en otra cosa.

—Ya no somos estilitas —dice Emmanuelle—, pero nunca atravesaremos la Vía Láctea si llevamos con nosotros el peso de nuestro miedo a gozar.

—¿Qué equilibrio puedo esperar de esta búsqueda sin tregua, de esta incertidumbre?

—¿Es una manera de vivir estar en equilibrio? —se burla Emmanuelle—. Eso es algo que no se consigue más que a ras del suelo. Mi cuerpo está deseando alzar el vuelo.

Anna Maria se relaja y sonríe a su amiga.

—¿Hay otro espacio que el cielo, a la medida de sus alas? ¿Hay otro infinito que la eternidad, digno de sus sueños?

—Yo no creo que haya un Dios —dice Emmanuelle—. Pero si lo hay, debe de estar orgulloso de mi temeridad.

La carretera deja atrás el llano y sube entre colinas de laterita desde las que se divisa el mar, que parece fundirse bajo un sol feroz.

—La eternidad está en el cuerpo de los que hacen el amor —dice Emmanuelle—. Pero es precaria y está amenazada. En cuanto dejemos de acariciarnos, se habrá perdido. Renovar los abrazos nos permite recobrar la eternidad.

Anna Maria parece de nuevo angustiada.

—Jean, ¿tú también crees que el erotismo ha sustituido al amor en el mundo y que ahora hay que adorar a este dios en vez de al nuestro?

—No lo sé —responde Jean—. Lo único que sé es que no hay nada más humano que una muchacha hermosa. Admirarse de su gracia me parece más importante que confesar los pecados o meditar sobre la Santísima Trinidad. No cuentes con que yo tome partido. En materia de dioses, no tengo preferencias. Para mí, el erotismo está entero en Emmanuelle. Es Emmanuelle. Y como todo lo que es ella, lo es para mí, también es erótica por mí. Si ella dejara de ser erótica, el erotismo, a mis ojos, no tendría autor, contenido ni sentido. Y no habría dios ni mujer que la sustituyera.

—¿Que la *sustituyera*? —se asombra Anna Maria—. ¡Pero ella seguiría siendo tu mujer!

—No —dice Emmanuelle—. Ya no lo sería.

—No os entiendo, a ninguno de los dos —suspira Anna Maria.

—Ni siquiera sería mujer. Sería una máscara funeraria, una momia. Y Jean, que me conoció viva, ¿tendría que conservarme embalsamada en su cama? Por mi culpa, él lo habría perdido todo, el placer del erotismo y el placer de mi persona. Y como no es posible volver a edificar una vida sobre tanta poesía traicionada, también habría perdido las ganas de vivir.

—¿Así que para ti no hay más alternativa que el erotismo o la muerte?

—No hay para nadie otra elección que entre la muerte o el carácter. A menos que queramos ser muertos vivientes, como aquellos que esperan el paraíso. Si un día nos ves convertidos en esos muertos en vida, porque hayamos perdido el amor por el amor; si ves que yo me preocupo por el qué dirán, por lo trivial y lo ficticio más que por el deseo de los hombres que se cruzan conmigo por la calle; si ves que me siento sin enseñar las piernas, me alargo la falda o me subo el escote, aunque sólo sea cuando tenga que ver a personas como es debido; si ves que, cuando alguien entra en mi cuarto para hacerme una visita o servirme el desayuno, me pongo una camisa; si ves que acepto cenar con un hombre sin que después me haga el amor o que tome el té con una muchacha sin tratar de desnudarla, si ves que dejo que pase un solo día sin masturbarme, o tolero que me conozcan sin haberme visto desnuda o que hablen de mi cuerpo para otra cosa que no sea recordar haberlo acariciado o para prepararse a hacerlo, entonces, viajera, vuelve la mirada hacia otro lado, fuera del escenario en el que estaremos representando esa función de títeres. Emmanuelle y Jean, a los que tú quisiste, habrán sido infieles a su sueño: ahórrales la vergüenza de que tus ojos contemplen su fracaso.

Aunque Emmanuelle parece burlarse de su propio énfasis, Anna Maria percibe la sinceridad de sus palabras y siente frío bajo aquel cielo tórrido. Se queda pensativa un rato, antes de preguntar:

—¿No encierra tanta intransigencia el peligro de que uno de vosotros se canse antes que el otro? ¿Y qué ocurriría si el

absolutismo y la negativa misma de refrenar ese erotismo acabaran por chocar con la naturaleza, por agriarse o saturarse? En lugar de no dejaros más salida que la obstinación o el abandono, ¿por qué no aceptar la idea de que un día otro género de vida venga a sustituir al erotismo y pueda interesaros tanto como él?

—Mucho me temo que no nos has entendido bien —respondió Jean—. Pareces pensar que estamos inspirados por una especie de fanatismo o que nos consagramos a mantener qué sé yo qué ortodoxia. Ese afán conservador no va con nosotros. Emmanuelle ha querido decir, simplemente, que, para obrar mejor, lo primero es intentar no retroceder. ¡Hay tantos hombres y tantas mujeres que, después de avanzar un poco, pasan el resto de su vida tratando de hacérselo perdonar cambiando de opinión, renegando de sí mismos o, como vulgarmente se dice, sentando la cabeza!… Nosotros no quisiéramos defraudar así. Pero para comportarnos bien, no nos basta con no retroceder. Sería también un modo de caer, por mucho que hubiéramos subido, imaginar que habíamos llegado.

Habla con tanta serenidad que Anna Maria le dedica una sonrisa casi de alivio.

—Nuestra unidad está sólo en sus comienzos —prosigue él—. Para sobrevivir tiene que avanzar, fortificarse, descubrir nuevos poderes, todos sus poderes. Lo que estos poderes puedan ser, ni siquiera puede vislumbrarlo. Pero la exploración merecerá la pena. Emmanuelle y yo compartimos la pasión por las verdades de mañana más que la nostalgia por las de ayer. Esta pareja no entra en el futuro andando hacia atrás.

—Nuestro amor conduce a la juventud —se regocija Emmanuelle—. Vamos hacia el futuro haciendo lo contrario de envejecer.

—Ponéis en ello mucha ilusión… —murmura Anna Maria, soñadora—. ¿Quién sabe lo que pasará? Tal vez consigáis rehacer la realidad del amor.

—El amor no hay que rehacerlo —dice Emmanuelle—. Todavía no está hecho.

*

Un abrupto acantilado, cuya arista se recortaba en el cielo con una hermosura brutal, obligaba a la carretera a doblarse y bajar hacia el mar, muy próximo ya, y tan transparente que, sobre el fondo de madréporas, podía verse brillar el ojo azul de los erizos gigantes.

—Paremos para comer nidos —dijo Jean.

Un centinela armado guardaba una brecha en la muralla silícea. Saludó con una sonrisa a los tres extranjeros. En el interior, un súbito frescor les hizo tiritar. No veían nada. Después la grieta se ensanchó y salieron a una inmensa cueva iluminada desde arriba por una especie de chimenea: pájaros del tamaño de moscas entraban y salían a miles.

Sobre un terraplén en el que habían instalado varias mesas hechas con maderas colocadas sobre piedras, y una cocina ambulante detrás de la que oficiaba un chino jovial, gentes del país comían con palillos una sustancia gelatinosa servida en pequeñas escudillas, con evidente fruición. Los recién llegados se sentaron junto a ellos.

—¿Por qué ese soldado en la entrada? —preguntó Anna Maria.

—La cueva contiene tesoros —explicó Jean—. Los nidos son propiedad del Estado. Además, los pájaros están protegidos por la ley. Ni las cobras ni tú tenéis derecho a matarlos. Pondrían precio a tu cabeza.

—¿Son golondrinas?

—Más bien una especie de vencejos enanos, muy inquietos y, como puedes apreciar, bastante chillones, que se llaman *salanganes* y, aquí, *ianes*. Se alimentan de algas y plancton tanto como de insectos.

—¿Y sus nidos están hechos de esas algas?

—Nada de eso. A riesgo de que te repugne, tengo que decirte que estos pájaros los fabrican completamente con una secreción de su boca que no es saliva, sino una especie de cemento, muy comestible por cierto. Las proteínas, yodo y vitaminas que contienen hacen de ellos la especialidad culinaria que tú sabes.

—Es el condimento lo que la hace buena.

—Buena al paladar, tal vez; pero se elogia por otras propiedades.

El risueño cocinero les sirvió el manjar.

—Sus patas no les permiten posarse en las ramas —explicó Jean —, por lo que los *ianes* no construyen sus nidos en los árboles, sino en las cavidades de las treinta y una islas prohibidas y en esta cueva. Una tribu de tailandeses tiene el monopolio de la recolección. Les llaman los *tchao-ho*, el pueblo de las chozas, a causa de los abrigos que construyen, durante la estación, en las cumbres y en los flancos. Se cuelgan de largas cuerdas, trepan a postes de bambú, arriesgan la vida y, muchas veces, la pierden para arrancar de la pared esos nidos en forma de concha de los que caben dos en la palma de la mano. Cuando se quita a los pájaros su primer nido, ellos construyen otro con la esperanza de poder incubar sus huevos, pero también les es arrebatado. Les dejan el tercero, manchado de sangre, porque han estado a punto de morir al construirlo.

—¡Qué crueldad! —se indignó Emmanuelle—. Nunca más comeré nidos.

Pasó junto a ellos un hombre de porte noble, seguido de cuatro muchachas, todas bonitas, con grandes cestas llenas en la cabeza.

—Un *tchao-ho* con sus mujeres —dijo Jean.

—¡Cuatro! Creí que la ley tailandesa no permitía más que una.

—Él hace caso omiso de la ley. Vivir peligrosamente hace amar la vida.

El escalador lanzó una mirada llena de interés hacia los senos de Emmanuelle. Las mujeres sonrieron amablemente al grupo.

—Ya lo ves —dijo Emmanuelle—, no tienen celos.

—A lo mejor les gustaría ser cinco —comentó Anna Maria.

—Vámonos —dijo Jean—. Todavía tenemos media hora de viaje.

Fuera de la cueva, el aire casi candente les quitó las ganas de hablar. Después de varios kilómetros, Anna Maria reanudó la conversación.

—¿Es porque la mayoría de los hombres de esa tribu se matan en sus escaladas por lo que las mujeres están obligadas a repartirse un marido entre cuatro?

—¡Obligadas! —protesta Emmanuelle—. ¿Quién te ha dicho que estén obligadas?

—Son libres —asegura Jean—. Pero no les gustaría ser la única esposa.

—¿Por qué?

—Les daría vergüenza.

—Un matrimonio que no pasa de dos personas no es un matrimonio bien logrado —corrobora Emmanuelle.

—¡Por si no era bastante el adulterio, ahora la poligamia! —se escandaliza Anna Maria.

—Dejemos correr ese chisme arcaico —tercia Jean en tono bonachón—. Practicar la poligamia es dividirse. Y lo que nosotros buscamos es una unidad mayor. Lo logrado por una pareja, continuarlo en mayor escala.

—No veo la diferencia.

—Por ejemplo —expone Emmanuelle—, la unión entre tres personas es todo lo contrario de la poligamia.

—¡Ah! ¿Sí? Es una quimera. Nunca ha funcionado.

—Porque las bases eran falsas —dice Jean—. A lo mejor, ponían la carreta delante de los bueyes: se quería hacer entre tres lo que todavía no se había logrado entre dos. El trío no es el remedio para el fracaso de la pareja.

—Tiene que ser la recompensa por su éxito —afirma Emmanuelle.

—La poligamia es el pasado, la pareja el presente y el trío armonioso la novedad. Pero más adelante habrá también otras fórmulas. —Jean se ríe—. Esto no es más que un principio; evolucionar es crecer.

—Bastante difícil es ya conseguir sinceridad y confianza entre dos —suspira Anna Maria—. Imagina lo que sería un mal matrimonio de tres.

—Es preferible imaginar lo que sería un buen matrimonio de tres.

—Lo más probable es que, tarde o temprano, a uno de sus integrantes se le deje de lado —insiste Anna Maria—, que se convierta en un intruso. Y dentro de vuestro trío se forme y se aísle un dúo. Que no tiene por qué ser el inicial. Y sólo en esto consistiría el cambio.

—El buen matrimonio es el nacido de la fusión de tres parejas —

declara Emmanuelle, categórica.

—¿Cómo? ¡Seis personas!

—No: tres. Un hombre que sea amante de dos mujeres y forme con cada una de ellas una pareja, como la que formamos Jean y yo, y ellas que sean amantes entre sí.

—¿Es que no puede haber trío feliz sin homosexualidad?

—Claro que no.

—¿Y si fueran los hombres los que fueran amantes entre sí?

—Sería lo mismo.

—¿Y no preferirías dos hombres y dos mujeres?

—Yo, por mí, sí. Pero Mario prefiere número impar.

—Entonces, ¿pensáis hacer el experimento con Mario? —pregunta Anna Maria.

—No —responde Emmanuelle—, contigo.

*

Balizando la playa en forma de medialuna, que quema los ojos de tan blanca, hay unos pescadores negros subidos a las rocas. Sus miradas, en vez de volverse hacia las mujeres venidas de la tierra, siguen las evoluciones de la pesca. Con un gesto de sembrador, arrojan al aire unas redes grandes y finas que se elevan como un velo, caen arrastradas por el viento y rozan apenas las olas, sin peso. Luego, los hombres las atraen hacia así y vuelven a ponerse al acecho. ¿Han capturado algo? ¿Nada? Son tan sobrios y elípticos sus movimientos que las espectadoras no han tenido tiempo de ver si extraían del esparavel alguna captura. O quizá la presa era demasiado pequeña y la dejaron prendida en la red. El siguiente voleo la devolverá al mar.

Un junco dobla el cabo por el oeste. Al principio se recorta a contraluz, sobre el agua color de sol y de humo. Es un verdadero junco de libro de cuentos, un junco dibujado, con su velamen de trapecios rojos y planos que giran lentamente en la calma, como un abanico entre los dedos de un mandarín. Lo siguen otras embarcaciones de forma similar, pero de tamaño distinto, a cierta distancia. Ahora su disposición es perfecta, a la medida del paisaje.

Una vela menos y el marco sería demasiado grande; una más y el dibujo quedaría recargado. El mismo número, pero repartido de otro modo entre el faro y los arrecifes, y uno tendría ganas de cambiar las embarcaciones de sitio.

La más pequeña pone proa a tierra y, aunque rompe la armonía de la obra de arte, Anna Maria y Emmanuelle la encuentran preciosa. Corren a su encuentro. Está llena de niños. ¿No hay personas mayores entre la tripulación? Seguramente, pero no se les distingue. Vistos de lejos, los cuerpecillos parecen llenarlo todo: los mástiles, las vergas, la cubierta y la roda. Sus piernas cuelgan sobre el casco de madera vieja y blanqueada y sus manos sostienen jarcias más grandes que ellas. Sin embargo, cuando el barco se acerca a la playa, se observa que sus pasajeros no son más de diez.

Algunos son tailandeses. Los demás, la mayoría, tienen la piel tostada y sana de los europeos curtidos por el sol. El más pequeño tendrá unos cuatro años, y el mayor diez u once. Hay tantos niños como niñas.

Cuando el galeón infantil se ha acercado todo lo que su calado le permite, vira, colocándose paralelo a la playa. El pasaje se agolpa en el mismo lado, gritando y agitando los brazos hacia las muchachas. Los orientales llevan telas de algodón azul y blanco, rojo y negro o malva y ocre ceñidas a las caderas. Los demás niños y niñas están desnudos.

Los más ágiles saltan al agua, entre salpicaduras, y luego llaman a los que se han quedado a bordo. Una niña de cara redonda, nariz minúscula, grandes ojos azul oscuro, y un cabello rubio ceniza casi tan largo como su persona, se sube a la viga gastada que hace las veces de burda, abre los brazos, grita con todas sus fuerzas y se lanza hacia delante, como si creyera que sus alas van a transportarla. Cae en medio de un revoltijo de manos y espuma y reaparece al instante, con el pelo chorreando, dando gritos de alegría.

Los demás ya danzan entre las olas. Llaman a las muchachas de la playa, gritando y gesticulando. Emmanuelle corre hacia ellos. Cuando el agua le llega a los muslos, se levanta la falda y se la ata a la cintura, formando una bolsa en la que trata de instalar a la rubia, pero todo se desata. Un muchacho se cuelga de su cuello. La mayor

de todos, cuyos senos empiezan ya a esbozarse, le imita. Llegan otros y se unen a ellos. Emmanuelle se hunde bajo la avalancha. Los gritos de alegría aumentan. Ella se libera, se desabrocha la falda y se quita la blusa, que después podrán utilizar los pescadores, y, con un gesto parecido al de ellos, la lanza lejos de sí, pero hacia la playa. Luego, desnuda como los niños, juega con ellos hasta perder el aliento.

Otro junco, que ella no ha visto acercarse, fondea al abrigo del primero. Los niños lo saludan a gritos. Voces similares les contestan. Es otro grupo de niños, pero menos numeroso. Son mayores y llevan traje de baño. Anna Maria desea avisar a Emmanuelle, pero una voz estruendosa ataja sus palabras. Es Marie-Anne, con las trenzas sueltas flotando a la luz como un pabellón de popa hecho de flecos de oro.

El enjambre que jugaba entre las olas llega a la playa. Las manos de Emmanuelle acarician aquellas pieles relucientes. La más pequeña de las niñas, que se ha prendado de ella, se aferra al vello de su pubis. Emmanuelle toma con el brazo izquierdo el cuerpecillo de ámbar y, con el derecho, a un niño tailandés, y avanza hacia Marie-Anne, que acaba de desembarcar.

—¿Todos estos niños son tuyos? —pregunta Emmanuelle.

—Por el momento, sí. ¿Cómo habéis venido? ¿Solas?

—Nos ha traído Jean. Y tienes que saber que hemos venido a verte. Él ya se ha ido. Tenía prisa. Pero vendrá a buscarnos dentro de cinco días. Y, alégrate: ¡mañana llega Mario! ¿Dónde está tu bungalow?

—Lejos. En la otra playa. ¿Qué hacéis en este lugar perdido?

—Estamos en esa casa. Ahí delante.

—¡Qué ocurrencia!

—Jean la ha alquilado para nosotras.

Marie-Anne mira a Anna Maria, se queda pensativa y dice:

—Os llevaré en mi junco. Primero iremos a acompañar a la chiquillería. Después iréis a ver a mamá. Cenaremos juntas y podréis regresar por las rocas. Por la noche la marea está baja y hay luna llena. No debéis tener miedo.

—Voy a ponerme algo —dice Emmanuelle recogiendo su ropa mojada.

—¿Y tú no te cambias? —pregunta Marie-Anne a Anna Maria con velada ironía.

La italiana sonríe sin responder y sigue a Emmanuelle hacia la casa.

Vuelven a la playa al cabo de un instante, las dos con bañador. Casualmente, la forma de los dos trajes es idéntica: de una sola pieza, de un tejido muy fino, con la espalda y los riñones al descubierto, moldeando el busto y muy escotados en las caderas, lo que acentúa el relieve del pubis y los muslos. El de Emmanuelle es color siena y el de Anna Maria verde aceituna.

Cuando suben a bordo, descubren a los marineros: dos chinos impávidos, tendidos en cubierta. Maniobran la embarcación sin levantarse siquiera. Pensativos, mastican hojas de betel con sus dientes rojos.

Levada el ancla, Marie-Anne se quita su bikini blanco y se tiende de espaldas, con la cabeza hacia la proa, los senos tan firmes como si fueran de terracota y las piernas muy abiertas. En el ángulo que forman, se instala un muchacho, boca abajo, con la cara a la altura de los tobillos de Marie-Anne. Es guapísimo, de doce o tal vez trece años. Contempla muy serio el pubis de la niña. Ninguno de los dos habla. Ni Emmanuelle ni Anna Maria miran la costa orlada de palmeras que desfila a su izquierda, sino al muchacho, sus ojos atentos y su espalda mecida por el oleaje.

*

El mar se ha retirado tanto que las luces del bungalow casi desaparecen. Es más de medianoche, seguramente. Emmanuelle y Anna Maria están tendidas en la arena mojada y caliente, en la línea del reflujo.

Han regresado tarde de casa de Marie-Anne y se han acercado a la terraza. El viejo vigilante con cara de pirata, que teóricamente debería protegerlas, estaba tendido de espaldas, con la boca muy abierta, durmiendo sin remordimientos, con la porra en la mano. Pero ellas saben que no tienen nada que temer. La presencia del guardián no es más que un signo de dignidad.

Emmanuelle propuso tomar un último baño en el mar. Anna Maria, sin que su amiga le dijera nada, se bajó, uno tras otro, los tirantes del bañador, se lo quitó y lo dejó al lado del corsario. Después echó a andar por la playa, blanca debido a la luna. Era la primera vez que Emmanuelle la veía desnuda.

Ahora, tendida cerca de este otro cuerpo, siente que una timidez desconocida le retiene las manos y los labios. Desea que Anna Maria hable, no del amor, ni de los hombres, ni de ellas dos, ni del futuro, sino de cosas simples: de la espuma y del rumor del mar, de las conchas que se clavan en su piel, de las sombras negras que pasan a lo lejos, inclinadas sobre la arena, buscando mariscos, de las luces que bailan en el agua, de los barcos que pescan sepias. Pero Anna Maria mira al cielo y guarda silencio.

—¿Con qué estás soñando? —pregunta al fin Emmanuelle.

—No estoy soñando. Estoy contenta.

—¿Por qué?

—Por ti.

«Si no la hubiese amado desde el primer momento, no la habría amado nunca», piensa Emmanuelle. «Por eso he podido esperar».

—Todavía no te había visto —dice Emmanuelle.

—Mírame.

—Puedo quererte. A ti, que eres más hermosa que yo.

—Ya es tarde para que me defienda.

—¿Sigues creyendo que soy el mal?

—¿Y tú? ¿Crees que soy el ángel?

—Eres mi amante. Mi mujer.

—Me iré a vivir contigo y con Jean. Yo seré vosotros.

—Yo haré que hagas todo aquello que a mí me gusta.

—No corras. Todavía estoy un poco asustada.

—¡Un poco de valor, jovencita! No te quiero para economizarte. Te dilapidaré a manos llenas.

—¿No piensas guardar nada?

—Prodigarte no es perderte. ¿Esperas que me pose sobre ti como una lechuza, para embrutecerme con tu sangre dulce?

—¿No bastaría para saciarte?

—No, nada me bastará. Siempre buscaré algo más. Mira al cielo…

—Tú has querido hacérmelo olvidar.

—Mira este cielo. Cómo se alegra en él la tierra. Él es su carrera. Es nuestro. Hemos venido de la mano del hombre.

—¿Qué más podemos encontrar en él?

—¡Todo! ¡Todo! Piensa lo que nos queda por conocer. ¡Ay! Es imposible. Es el mundo el que nunca llegará a hacerse.

—¡Ten confianza! —dice Anna Maria con súbito fervor—. Jean y nosotras y los que se parezcan a nosotros, aquellos a los que amamos, lo veremos surgir.

—Nosotros no. Nunca, nadie. Siempre los que siguen.

—¿Y quién nos seguirá a ti y a mí?

—Nuestra hija.

—¿Quién la tendrá? ¿Tú, yo? ¿Y quién nos la habrá dado? ¿Jean?

—O tú a mí o yo a ti. ¡Qué importa! Nosotros le enseñaremos a nacer. A cambiar.

—¿Eso es todo?

—Lo demás tendrá que enseñárnoslo ella. O sus hijas y las hijas de sus hijas.

—Nosotras ya no estaremos —dice Anna Maria con un nudo en la garganta—. ¡Ah, me gustaría poder volver! Dentro de mucho, mucho tiempo. Cuando los hombres hayan crecido.

—Calla… ¿Te acuerdas del fauno? ¿Qué decía? «Estas ninfas…». Mi novia, mi hermana, yo te he engendrado: ¡no es bastante! Mi amor por ti prolonga mi sueño. Siento en mí el deseo de perdurar.

—¿Qué quieres? —pregunta Anna Maria.

—Perpetuarnos. ¡Te quiero! Estoy enamorada de ti. Entrégate a nosotros.

—«He aquí agua, sal, algas y arena. ¡Y he aquí mi cuerpo!».

—¡Qué hermoso está, acariciado por mis labios y mis manos!

—Haz que sea obra tuya.

*

Aquella noche, Emmanuelle desfloró a Anna Maria.

*

Sobre el bungalow con techumbre de caña, raya el día. Por la ventana abierta de par en par, tiñe de color sepia los cuerpos abrazados sobre la cama de caña.

¿Ha dormido Emmanuelle? No lo sabe. Mira el sol que asoma por el promontorio. La mar debe de estirarse bajo su luz. Siente deseos de verla, de zambullirse para pedirle fuerzas.

Anna Maria dormita, con una sonrisa de arrobo en los labios. Emmanuelle deshace cuidadosamente el abrazo y sale de la habitación sin hacer ruido. En la terraza, los grandes corales blancos yerguen su mítico ramaje descarnado. El vigilante ya se ha ido: probablemente, lo ha hecho con las sombras de la noche. ¿Habrá tenido siquiera una mirada para sus dos cuerpos desnudos antes de alejarse? ¿Le tuvieron despierto sus gemidos?

En la playa, Emmanuelle desentumece sus miembros cansados. Su aparición hace levantar el vuelo a varios cormoranes y fragatas, también con las alas todavía entumecidas. La arena, fina como talco, le acaricia los pies. Se agacha para llenarse las manos y la deja resbalar entre los dedos. Luego, se levanta, olfatea el aire con la cara vuelta hacia las olas que lamen el lomo de las rocas, a pocos pasos de su lecho nocturno. Ríe mirando al cielo, arquea la espalda, los senos en punta, los muslos ahusados, los pies clavados en el suelo blando. Su cabellera de ave nocturna ondea al aire sobre la franja de crustáceos, conchas desmenuzadas, algas, trozos de bambú y fibras que la marea ha empujado hacia la costa. Después la sacude al viento de la mañana y echa a correr en línea recta, levantando haces verdes y blancos en torno a sus tobillos y rodillas.

Se zambulle, se aleja hacia mar abierto. Su cabeza no es más que un punto negro entre las olas que desaparece, reaparece y finalmente se desvanece.

Tres siluetas rodean la punta rocosa que cierra la cala. Avanzan lentamente, paseando, dando puntapiés a los restos de conchas y algas y pinchando con un bastón las medusas muertas.

Pasan por delante de la cabaña de madera, la miran, pero están debajo de la terraza y no pueden ver a Anna Maria, que duerme en su interior.

Son tres jóvenes bien parecidos, musculosos, bronceados, rubios, de rostro enérgico e inteligente, muy parecidos entre sí. Tienen que ser hermanos.

Se detienen en la orilla y se consultan. Uno introduce un pie en el agua y mueve afirmativamente la cabeza. De un mismo impulso, los tres empiezan a nadar. También ellos se pierden de vista.

Cuando los nadadores reaparecen son cuatro. Los tres hombres encontraron a Emmanuelle flotando entre las olas y la rodearon. Al principio, se limitaron a mirarla, a sonreír, luego le preguntaron quién era, de dónde venía, si estaba sola y esas preguntas que hacen a una desconocida los jóvenes que empiezan a trazar el plan de conquista. Emmanuelle les contestó, y ahora ellos saben que nadie la protege y que a esta hora, en este paraje desierto, no es probable que los molesten. De todos modos, ella escapó a su cerco y los jóvenes tuvieron que entablar con ella una lucha de velocidad. Y así han vuelto a la orilla.

Aquí, la transparencia del agua les revela que Emmanuelle está desnuda. Sus sentidos se inflaman, se acercan a ella, la tocan, al principio uno solo, después, los tres. Le palpan los pechos, las nalgas… Le dicen que es la muchacha más bonita que han visto en su vida. ¿No tiene novio? ¿No le gustan los besos? Una mano se introduce entre sus piernas. Unos dedos tratan de entreabrirlas. Pero ella vuelve a escapar, nadando y corriendo, y sale del agua, como Venus vestida de gotas, agitando el pelo entreverado de algas, radiante, el rostro vuelto hacia el sol.

Los muchachos la alcanzan al pie del bungalow. Ella se deja caer en la arena, abandonándoles su cuerpo jadeante, su boca, que el primero en alcanzarla muerde con avidez. Emmanuelle siente que un miembro duro como la roca le frota los muslos y tropieza con su pubis. Ella comprende su impaciencia, se abre a él, se ofrece sin condiciones a la violencia de su embate. Se alegra de que él no busque su consentimiento, que la posea a su antojo, sin preocuparse de enternecerla, arrollándola como si le urgiera fecundarla. Después les tocará a los otros.

Pero no. Después de esta primera arremetida, se controla saboreando con más sutileza aquel cuerpo deseado. Y ahora sus

besos conmueven a Emmanuelle más que su violencia de antes.

Bruscamente, da media vuelta sobre sí mismo de manera que ella queda encima. Emmanuelle comprende su intención al sentir que otras manos le acarician las nalgas, las separan y otra verga penetra en ella irresistiblemente sin que su primer amante se retire de su interior. La sal del mar le ha secado las mucosas, pero en ese momento ella no quiere pensar en el dolor. ¿Cómo no ha de estar contenta? El goce de esas dos virilidades hermanas en su vientre y en su dorso es también un goce para ella. Las imagina largas, fuertes, arqueadas, soberbias, decididas a saciarse al unísono separadas sólo por tenues membranas. Ella desea incluso que este obstáculo desaparezca y que, a fuerza de perforarla los hombres, cada uno por su lado, lleguen a encontrarse en su interior sus miembros desnudos, carne con carne, y se confundan en una eyaculación inefable.

Pero todavía no es bastante. Queda libre un último acceso, un último recurso voluptuoso de su cuerpo. A esos dedos que le sujetan las sienes los esperaba ya. Emmanuelle levanta la cabeza y el falo del tercero de los hombres entra en su boca.

¡Amordazada! ¡Y ella que de buena gana gritaría de gozo! Quiere reír, cantar, celebrar su sino envidiable y la suntuosidad de estos misterios. ¡Qué suerte la suya! ¡Y qué hermosos sus héroes! ¿A cuál prefiere? Pero ¿acaso necesita elegir? Los tres son para ella un mismo amante, el amante, el único amante cuyo cuerpo triadelfo nació del alba marina para que Emmanuelle se hiciera plenamente mujer.

¿El triunfo de los sentidos? ¡No! ¿Quién se atrevería aún a llamar carnal este invento del hombre, este arte superior a la naturaleza? ¡Prodigio que eterniza! ¡Ella ama! Emmanuelle recuerda la ansiedad de la virgen: «¿Es esto el amor?». Estos cuerpos que son ella en todas sus partes son la esencia misma del amor absoluto.

¿Quién es ella? ¿De dónde viene? Por muy atrás que se remonte su existencia, no hay más que un abismo de agua oscura ceñida de nieve de la que recuerda haber sido extraída para hacer realidad el sueño de los hombres. Diosa de pasado sin memoria, sí, pero ¿con qué designio, para qué futuro inimitable? «No es el placer del

momento lo que yo os traigo, sino el placer de lo más remoto…». A la pregunta que le hace una mujer no dará más respuesta que lo imposible. «Yo no os enseño lo más cómodo, yo os enseño lo más temerario». El amor no es lo que se estrecha entre los brazos, es el límite al que se hace retroceder.

Uno a uno, sus amantes gozan en ella. Emmanuelle se libera, con tanta brusquedad que ninguno de los tres llega a hacer un movimiento por impedirlo. Sus muslos se distienden, salta a la terraza y franquea la puerta de la habitación en la que se despierta Anna Maria.

Emmanuelle se arrodilla y abre con las dos manos las piernas de su amiga. Posa los labios en el sexo abierto y sopla en su interior el esperma que llena su boca.

Notas

[1] Véase Emmanuelle 1, «La lección del hombre», cap. «El sam-lo». (N. de la A.). < <